

DAUDET

ROMONT
Y
ISLER

PQ2216
.F8
S6

1020026217





FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA RAZÓN SOCIAL

FROMONT Y RISLER

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
ES PROPIEDAD

Núm. Clas. B 230 N
Núm. Autor
Núm. Adq. 29920
Procedencia — 8 —
Precio
Fecha

LA RAZÓN SOCIAL

FROMONT Y RISLER

COSTUMBRES PARISIENSES

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

Original de

ALFONSO DAUDET

Traducción de

CECILIO NAVARRO

ILUSTRACIÓN DE A. RIQUER

Grabados de THOMAS

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
FRANCISCO PÉREZ, *Ausias-March*, 95
1883

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

29920

098498

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8/13
D.
PQ2216
F.8
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico-editorial de Francisco Pérez

Á LOS DOS POETAS

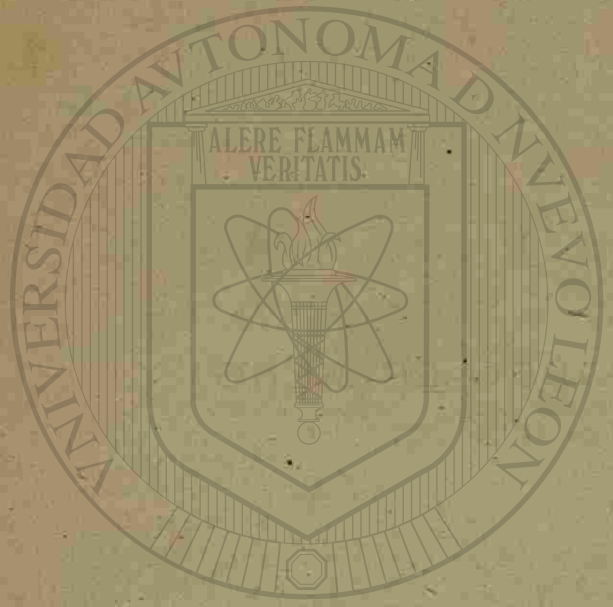
Julio y Leónidas Allard

Prenda de cariño y respeto filial

A. D.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
D



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO PRIMERO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

Una boda en Vefour



MADAMA Chebe?

—Amigo mío?

—Estoy contento.

Era la centésima vez que el honrado Risler decía que estaba contento aquel día, y siempre con el mismo acento enternecido, con la misma voz lenta, sorda, profunda, esa voz que, dominada por la emoción, como que no se atreve á salir de tono por no ahogarse en lágrimas.

Y por nada absolutamente hubiera querido Risler llorar en aquel momento. ¡Bien estaría un novio llorando en su banquete nupcial! Sin embargo, no le faltaban las ganas: su misma felicidad lo sofocaba anudándole la voz en la garganta, y todo lo más que podía

hacer era murmurar de cuando en cuando, no sin que le temblaran los labios:

—Estoy contento... estoy contento.

Y efectivamente, tenía motivos para estarlo.

Desde el amanecer se creía el pobre hombre poseído por uno de esos magníficos ensueños de que se teme despertar súbitamente con los ojos deslumbrados; sino que pareciale á él que el suyo no había de acabar nunca, como quiera que, habiendo comenzado á las cinco de la mañana, aún duraba a las diez de la noche, bien dadas en el reloj de Vefour.

¡Cuántas cosas aquel dia, y cómo se le grababan al afortunado novio en la memoria del corazón los más ligeros pormenores!

Veíase al romper el día recorriendo su cuarto de solterón con alegría igual á su impaciencia, afeitado ya, puesto de levita y provisto de guantes blancos, de que con cierta previsión llevaba en el bolsillo nada menos que dos pares. Ahora he aquí los coches de gala, y en el primero, en el de los caballos blancos forrado de damasco amarillo, vislumbrando como nacarada nube los atavíos de la novia... Luégo la entrada en la iglesia, dos á dos, precedidos siempre de la blanca nube, flotante, ligera, deslumbradora. El órgano, el sermón, los cirios iluminando las joyas, los trajes de primavera... y aquella concurrencia en la sacristía y la nubecilla blanca perdida, cercada, abrazada, ahogada, mientras el recién casado da sendos apretones de manos á todo el alto comercio parisiense que había acudido allí á honrar el acto... Y la despedida del órgano, inundación de armonía más solemne y brillante, porque, ya á puerta abierta, hacía participar de la ceremonia de familia á la calle entera; y el cortejo saliendo al compás mayor de aquella música, y las exclamaciones del gentío, entre las cuales fué más distinta que todas la de una resuelta y desenfadada bruñidora que dijo con toda esta gallardía:

—Lo que es el novio no es un primor; pero la novia es una real moza.

Pero esto es lo que enorgullece á los novios.

Después el almuerzo en la fábrica, en un taller adornado de tapices y flores; el paseo por el bosque, condescendencia tenida con la suegra Madama Chebe, que, fiel á su clase inferior en el comercio parisiense, no hubiera creído casada á su hija sin una vuelta por el lago y otra por la cascada... Y luégo al punto de partida para comer, mientras encendían las luces en el *bulevar*, donde se volvían los transeuntes á ver pasar la boda, llevada al paso de los caballos de alquiler hasta la escalera de Vefour.

Hasta aquí estaba de su sueño.

Entonces entorpecido de fatiga y felicidad, el bueno de Risler miraba vagamente aquella larga mesa de ochenta cubiertos en fórma de herradura, ocupada ya por conocidos en cuyos risueños semblantes pareciale reflejada su propia dicha.

Por fin terminó la comida. El rumor de los coloquios flotaba al rededor de la mesa. Aquí unas caras se volvían hacia otras; allá se tendía un brazo por detrás de un canastillo de asclepiadas; por encima de una frutera una cabeza infantil y los postres á la altura de los ojos inundaban la mesa de colores, de luces, de alegría.

¡Oh! sí, Risler estaba contento.

Á excepción de su hermano Franz, estaban allí todos los que amaba. En primer lugar y frente á frente, Sidonia, ayer una niña, hoy su esposa. Para sentarse á la mesa se había quitado el velo y había salido de su nube. Ahora de su traje de seda blanco y liso salía un bello rostro más blanco aún y mate y dulce, y su corona de cabellos por debajo de la otra corona tan primorosamente hecha y ceñida, tenía palpitaciones de vida

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y reflejos de plumas que no pedían sino volar. Pero los maridos no ven estas cosas.

Después de Sidonia y Franz, la persona más querida de Risler era Madama Georges Fromont, la mujer de su consocio, la hija del difunto M. Fromont, su antiguo patrono y su ídolo. La había puesto á su lado y en su manera de hablarle se echaba de ver cierta ternura, no ya sólo deferencia. Era esta dama una joven de la misma edad que Sidonia, poco más ó menos; pero de belleza más correcta y tranquila. Fuera de sus hábitos en medio de tanta gente, hablaba poco, bien que se esforzara en parecer amable.

Al otro lado de Risler estaba Madama Chebe, su suegra, tan pomposa y radiante con su vestido de raso verde, más reluciente que un escudo. Y desde que Dios amaneció todos los pensamientos de la buena señora eran tan brillantes como su vestido de emblemático matiz. Á cada instante decía para sí: «Se casa mi hija con *Fromont menor* y *Risler mayor*.» Y era que en su imaginación no era Risler mayor sólo quien se casaba con su hija, sino toda la muestra de la casa, aquella razón social tan conocida en el comercio de París. Y cada y cuando que comprobaba tan glorioso acontecimiento, se empinaba más y más, derecha y rígida, estirando la seda del escudo hasta hacerla crugir.

¡Qué contraste con la actitud de su esposo M. Chebe, colocado algunas sillas más lejos! En el matrimonio, por lo regular, las mismas causas producen efectos del todo diferentes. Aquel hombrezuelo de gran frente utopista, lucia, abollada y vacía como una gran calabaza, tenía una expresión de mal humor tan radiante como la satisfacción de su mujer. Estaba en carácter, sin embargo, como quiera que de buen humor no estaba nunca y antes bien renegaba todos los días del año. Con todo eso, no tenía en tan solemne ocasión la

cara mustia y mísera de siempre, ni el amplio y flotante paletó, cuyos enormes bolsillos resaltaban llenos siempre de muestras de aceite, de vino, de vinagre, alternativamente según las exigencias de la oferta. Su levita negra y flamante hacía muy buena pareja con el vestido verde de su cara mitad; mas por desgracia sus ideas eran del mismo color que su levita... ¿Por qué no se le había colocado cerca de la novia, como pedía su derecho? ¿Por qué ocupaba el sitio que á él le correspondía Mr. Fromont menor? Y el viejo Gardinois, el abuelo de esa familia ¿qué tenía que hacer al lado de Sidonia? ¡Ah! ¡todo para los de Fromont y nada para los de Chebe! Y luégo extraña esta gente que se hagan revoluciones!...

Por fortuna, para desahogar su enojo, tenía junto á sí á su amigo Delobelle, antiguo comediante sin contrata, que le escuchaba con la fisonomía plácida y majestuosa de sus días felices. Por más que la mala voluntad de los empresarios tenga alejado del teatro á un actor, espacio de quince años, siempre encuentra el actor, cuando es menester, actitudes escénicas adecuadas á las circunstancias. Así, pues, tenía Delobelle aquella noche su cara de los días de bodas, cara medio seria, medio risueña, condescendiente con aquella gente de poco más ó menos, y á la vez despejada y solemne. Hubiérase dicho que asistía, en presencia de todo el público de un teatro, á un festín de primer acto con manjares contrahechos; y tanto más parecía que desempeñaba un papel el fantástico Delobelle, cuanto que esperando que se utilizaría su talento en tan buena coyuntura, repasaba mentalmente, desde que se sentó á la mesa, los mejores pasajes de su repertorio, lo cual daba á su semblante una expresión vaga, facticia, despegada, ese aire de falsa atención del comediante en escena, que fingiendo escuchar lo que le dicen, no piensa sino en lo que ha de contestar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y, cosa singular, la novia también tenía algo de esta misma expresión: á su rostro tan bello y juvenil, que la felicidad animaba sin despejarlo del todo, asomaba una preocupación secreta, y a las veces, como si hablara consigo misma, una ligera sonrisa fruncía la comisura de sus labios.

Con esta ligera sonrisa contestaba á las chanzas un tanto picarescas del abuelo Gardinois, sentado á su derecha.

—¡Siempre la misma esta Sidonia!—decía riendo el viejo.—Apenas hace dos meses que no sino quería entrar en un convento. No son malos conventos los que desean estas mozas. Es lo que se dice allá entre nosotros: *En el convento de Santa Ana, cuatro zapatos bajo una cama.*

Y todos celebraban á carcajadas los chistes rurales del viejo campesino del Berrí, en quien una fortuna colosal suplía el corazón, la instrucción, la bondad, pero no el ingenio, porque sagacidad tenía el zorro viejo mas que todos aquellos mercaderes juntos. Entre las personas que le inspiraban algunas simpatías, que eran por cierto muy pocas, la bella Sidonia, á quien había conocido muy niña, le gustaba singularmente; y ella por su parte, demasiado pronto rica para no adorar la fortuna, hablaba á su comensal de la derecha con expresión muy notable de respeto y coquetería.

En cuanto al de la izquierda, ó sea Jorge Fromont, consocio de su esposo, al contrario, mostrábase con él muy reservada, limitando su conversación á los cumplimientos de buena crianza, y aun había al parecer entre ellos como una afectación de indiferencia.

Luégo cundió de pronto entre los convidados ese movimiento simultáneo que precede al levantarse, ruido de sedas, de sillas, de últimas palabras y risas; y en este punto, más expansiva ya Madama Chebe,

decía en alta voz á un primo suyo de provincia, extático ante el porte reservado y tranquilo de la recién casada, de pié ya y del brazo de Mr. Gardinois:

—Ya ves, primo, á esa niña. Nadie pudo saber nunca lo que pensaba.

Entonces se levantaron todos y pasaron al salón.

Mientras los convidados del baile llegaban en tropel á confundirse con los del festín, afinaba la orquesta y los aficionados al vals echaban el lente á las impacientes jóvenes, el recién casado, tímido ya de suyo y más por las circunstancias, se había refugiado con su amigo Planus, cajero de la casa Fromont treinta años hacía, en aquella galería adornada de flores y tapizada de papel de hojarasca, que viene á formar un fondo de verdura en los dorados salones de Vefour. Allí á lo menos estaban solos y podían hablar á sus anchas.

—Sigismundo, amigo mío, estoy contento.

Y Sigismundo estaba contento también; sino que Risler no le daba tiempo de decirlo; pues ahora que no temía llorar delante de tanta gente, se desbordaban y salían ya afuera todos los júbilos del corazón.

—Considera, amigo mío, lo que pasa por mí. ¡Es tan extraordinario que una joven como ella me haya preferido á mí! Porque, en fin, no soy yo nada gentil de mi persona, sin que para saberlo necesite que nadie me lo diga, como la desvergonzada de esta mañana. Fuera de esto, me zumban ya los cuarenta y dos años, que es una edad respetable, especialmente para ella tan moza y agraciada. Había para su regalada elección tantos otros más jóvenes y encopetados, sin contar mi pobre Franz que tanto la amaba!... Pero no, no ha querido á nadie sino á su viejo Risler. Pero ¡por qué manera tan chusca se ha hecho todo esto! Tiempo hacía que la veía triste y enteramente cambiada y desde luégo entendí que la inquietaba

algún pesar amoroso. De acuerdo la madre y yo, nos devanábamos los sesos, ansiosos de averiguar lo que había en ello de cierto, cuando he aquí que una mañana entra en mi habitación madama Chebe y me dice con las lágrimas en los ojos: «Á usted, mi pobre amigo, á usted es á quien ama.» Y en efecto, era á mí á quien amaba... ¡Era á mí! ¿Quién hubiera sospechado semejante cosa? ¡Y pensar que en un mismo año me han tocado dos lotes tan dichosos!... Asociado á la casa de Fromont y casado con Sidonia... ¡Oh!

En esto, al compás de un vals tempestuoso una de las parejas entró á raudos giros en el saloncito: eran la novia y Jorge Fromont, el consocio de Risler. Jóvenes y elegantes ambos á dos, hablaban reservadamente encerrando sus palabras en los estrechos círculos del vals.

—Mentira—decía Sidonia un tanto pálida, pero siempre con su peculiar sonrisa.

Y el otro, más pálido que ella, contestaba seriamente:

—No, no es mentira. Mi tío moribundo quiso aquel matrimonio... Usted había partido y... yo no me atreví á resistirme.

Desde lejos, los admiraba Risler diciendo:

—¡Qué hermosa es! ¡Y qué bien valsan los dos!...

Pero viéndolo ellos, muy luégo se separaron, y Sidonia se le acercó á buen paso.

—¡Como!—le dijo—¿Aquí está usted? Y ¿qué hace usted aquí? Por todas partes se le busca. ¿Por qué no está usted allá?

Hablando así, con un gracioso movimiento de mujer impacientada, le arreglaba el lazo de la corbata. Esto enloquecía á Risler, que se sonreía mirando de reojo á Sigismundo, sintiéndose demasiado feliz al contacto de aquellas manos, bien que enguantadas para notar el temblor de todos sus dedos.

—Déme usted el brazo—le dijo su esposa luégo, volviendo juntos á los salones.

El traje blanco y rozagante de la novia hacía que pareciera más desairada la negra levita del novio, si mal cortada, peor puesta. Pero una levita no es ya cosa que se arregle como el lazo de una corbata, y era preciso aceptarla tal como era. Mientras saludaban al paso á los que anhelaban una sonrisa, hubo de gozar Sidonia un momento de orgullo, de vanidad satisfecha, que bien á su pesar no pudo durar mucho. Había á un extremo del salón una dama tan joven como hermosa, á quien nadie invitaba á bailar y que miraba á las parejas con tranquilos ojos, iluminados con toda la alegría de la primera maternidad. En cuanto Risler la vió, se fué derecho á ella y obligó á Sidonia á sentarse junto á ella. No hay para qué decir que era madama Georges. ¿Á qué otra hubiera hablado Risler con tan respetuosa ternura? ¿En qué otra mano hubiera podido poner la de su Sidonia diciendo:

—¿No es verdad que la amará usted mucho, señora? Es usted tan bondadosa!... Y luego tiene ella tanta necesidad de sus buenos consejos, de su conocimiento de la sociedad!...

—Pero, amigo mío—contestaba madama Georges—Sidonia y yo somos antiguas amigas, y las dos tenemos razones para amarnos en adelante.

Y su mirada franca y serena en vano procuraba encontrar la de su antigua amiga.

Con su completa ignorancia en achaque de mujeres, y la costumbre que tenía de tratar á Sidonia como una niña, el bueno de Risler continuó en el mismo tono:

—Tómala por modelo, hija mía, pues no hay dos en el mundo como madama Georges, toda á su padre; una verdadera Fromont.

Sidonia, con la vista baja, se inclinaba sin contestar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una palabra; pero un estremecimiento imperceptible corría desde la punta de su bota de raso hasta el último azahar de su guirnalda. El honrado Risler no observaba nada de esto. La emoción, el baile, la música, todas aquellas flores y luces lo tenían embriagado y como loco, y creía que los demás respiraban como él aquella atmósfera de felicidad que lo envolvía. No sentía las rivalidades, los odios que se cruzaban por encima de todas aquellas frentes adornadas.

No veía á Delobelle apoyado en la repisa de la chimenea, cansado de su eterna actitud, con una mano en la sisa del chaleco y el sombrero en la cadera, mientras pasaban las horas sin que nadie pensara en utilizar sus talentos. No veía á Mr. Chebe que con sombrío enojo se reconcomía entre dos puertas, más furioso que nunca contra los de Fromont. ¡Oh los de Fromont! Allí estaban todos ellos con sus mujeres, con sus hijos, con sus amigos, con los amigos de sus amigos. ¿Quién hablaba de los Risler ó los Chebes? Ni siquiera lo habían presentado á él, con ser el padre de la novia. Y su furor subía de punto, cuando veía tan satisfecha á su mujer y tan erguida en su vestido con reflejos de escarabajo.

Por lo demás, había allí como en casi todas las fiestas nupciales, dos corrientes bien distintas que se rozaban, por decirlo así, sin confundirse, y una de las dos cedió muy luégo á la otra. Aquellos Fromont que tal y tanto enojo causaban á Mr. Chebe y que formaban la aristocracia del baile, el presidente del tribunal de comercio, el síndico de los procuradores, un famoso chocolatero, diputado del cuerpo legislativo y el millonario Gardinois, todos se retiraron poco después de las doce. Detrás de ellos Jorge Fromont y su esposa tomaron su carruaje. Con esto no quedó más que el partido Risler-Chebe; y luégo al punto, cambiando de aspecto la fiesta, hubo de hacerse más ruidosa.

Fatigado de ver que no se le pedía nada, el ilustre Delobelle se había decidido á pedirse algo á sí mismo y con voz rimbombante comenzó el monólogo de Ruy-Blas: «Buen apetito, señores» mientras en el ambigú se disponía cada cual á tomar su chocolate y su ponche. Mozas de modesto porte se exhibieron entonces en las banquetas, contentas con producir en fin su efecto, y por aquí y por allá algunos dependientes de mostrador, se divirtieron arriesgando un cuatrillo.

Tiempo hacía ya que la novia quería retirarse y muy luégo desapareció con Risler y su madre. En cuanto á Mr. Chebe, que había recobrado ya toda su importancia, imposible llevárselo de allí. Alguien había de hacer los honores ¡qué diablo! y apuesto á que el hombrezuelo se encargaría de ello. Estaba rojo, encendido, turbulento, lenguaraz, casi sedicioso. Desde abajo se le oía hablar hasta de política con el fondista de Vefour.

La carroza nupcial, cuyo adormecido conductor llevaba un poco flojas las blancas bridas, rodaba pesadamente por las desiertas calles hacia el Marais.

Entretanto, Madama Chebe hablaba hasta por los codos, como suele decirse, enumerando los esplendores de aquel memorable día y admirando sobre todo la comida, cuyo servicio había sido para ella la más alta expresión del lujo. Sidonia soñaba despierta en las sombras del carruaje, y Risler, sentado enfrente de ella, si no decía ya que estaba contento, lo pensaba, lo sentía de todo corazón. Una vez intentó asir una blanca mano que se apoyaba en el vidrio levantado; sino que huyendo la mano á su contacto, quedó ya él inmóvil y perdido en muda adoración.

Pasaron el mercado, la calle de *Rambuteau* llena de carros de hortelanos; después hacia el extremo de la calle de *Francs-Bourgeois* y torcieron la esquina de los Archivos para entrar en la calle de Braco. Detuvié-

ronse allí la primera vez, y madama Chebe se apeó en su puerta, demasiado estrecha para su pomposo traje de seda verde, que desapareció al fin en la entrada con ruidosos frotamientos y aun quejas de todos sus volantes. Algunos minutos después una maciza portada de la calle de *Vieilles-Haudriettes*, que bajo borrado escudo de antiguo palacio ostentaba el rótulo azul de *Papeles pintados*, abrió sus dos hojas y libre paso á la carroza nupcial.

Esta vez, inmóvil y como dormida la recién casada, pareció que se dispertaba de súbito, y si todas las luces no hubieran estado apagadas en los inmensos talleres y almacenes alineados en el patio, habría podido ver Risler la sonrisa de triunfo que vino á animar de pronto aquel bello, pero enigmático rostro. Las ruedas acallaron su ruido en la menuda arena del jardín y á poco se detuvieron delante de la escalinata de la casa habitación, en cuyo principal vivía el joven Fromont con su esposa y en cuyo segundo iba á instalarse Risler con la suya. La casa estaba al aire libre: aquí el comercio rico se vengaba de la calle lóbrega, del arrabal perdido. Desde el primer peldaño hasta el segundo piso se extendía una estrecha y larga alfombra; había jarros de flores en la antesala y por todas partes esplendores de mármoles y reflejos de espejos y bronces bruñidos.

Mientras Risler paseaba su alegría por todos los aposentos de su nueva habitación, quedó á solas Sidonia en su gabinete. Á la luz de la lámpara azul pendiente del techo, echó una ojeada al espejo, que la reflejaba de piés á cabeza, y á todo aquel lujo tan nuevo para ella. Luégo en vez de acostarse, abrió la ventana y permaneció inmóvil al balcón.

La noche era clara y tibia y se veía distintamente desde allí toda la fábrica con sus innúmeras ventanas, sus lucientes y altos vidrios, su larga chimenea que

se perdía en la profundidad del cielo, y más cerca el vistoso jardincito contiguo á la pared del antiguo palacio. Al rededor de todo esto, casucas tristes y pobres, calles oscuras, negras. De pronto se estremeció la joven: allá en la más sombría, en la más fea de todas aquellas casas que se apoyaban unas en otras como sobrecargadas de miseria, abríase de par en par una gran ventana de quinto piso, que muy luégo reconoció... era la ventana del rellano en que vivían sus padres.

¡La ventana del rellano!...

¡Cuántas cosas le recordaba este solo nombre! ¡Cuántas horas y aun días enteros había pasado allí, inclinada sobre aquel húmedo reborde, sin balcón ni apoyo, mirando la fábrica! En este momento creía la recién casada estar viendo allá arriba su marchita cara de niña y en el fondo negro de aquella ventana toda su vida infantil y su triste juventud.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



En París, para las familias pobres, estrechas en sus desvanes, después de todo, demasiado pequeños, la meseta ó rellano común es como un aposento más, un ensanche ó dilatación de la casa. En la estación calorosa está aquello más ventilado y fresco, y allí departen las mujeres y juegan los muchachos.

Cuando en su niñez hacía Sidonia mucho ruido en el interior de la casa, decíale su madre:

—Me mareas, hija: vé á jugar allá al rellano.

Y la niña corría afuera de muy buena voluntad.

Este rellano en el último piso de una casa antigua donde no se había economizado el espacio, venía á ser un corredor alto de techo, protegido por la parte de la escalera por una barandilla de hierro, y alumbrado por una amplia ventana desde donde se veían tejados, patios y otras ventanas, y más lejos el jardín de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fabrica Fromont, que aparecía como un rincón verde en el intervalo de gigantescas y viejas paredes.

No era esto muy alegre, pero la niña estaba allí bien hallada ó más á gusto que dentro de la casa, que era en verdad muy triste, sobre todo cuando llovía y no salía Fernando.

Con su cabeza siempre llena de ideas nuevas que por mal de sus pecados no se realizaban nunca, Fernando Chebe era uno de esos comerciantes perezosos y proyectistas, cuyo número abunda tanto en París. Su mujer, á quien al principio deslumbrara, muy pronto echó de ver su nulidad y acabó por sufrir con paciencia sus continuos reveses de fortuna y los disgustos que inmediatamente les seguían.

De los ochenta mil francos de dote aportados por ella y mal gastados por él en ridículas empresas, no les quedaba ya más que una mezquina renta que les daba cierta posición para con los vecinos; y la cachemira de madama Chebe, salvada por milagro de todos los naufragios, sus encajes de boda y dos botones de brillantes muy pequeños y modestos, guardados en el fondo de la cómoda bajo un antiguo estuche de terciopelo blanco, en que se había ya borrado el nombre del joyero, eran las únicas prendas de lujo de aquella casa de rentistas.

Mucho, muchísimo tiempo había estado buscando Mr. Chebe una colocación que le permitiera añadir algo á sus menguadas rentas; pero no buscaba el empleo sino en el comercio ambulante, ó *de pié*, como él decía, oponiéndose á su salud toda ocupación sedentaria.

Parece ser que en sus comienzos, cuando se daba á los grandes negocios con su caballo y su tilbury, que tenía de suyo para las gestiones de su tráfico, hubo de dar el hombrezuelo una caída peligrosa; y este salto mortal de que hablaba á tuertas muchas veces,

si algunas á derechas, serviale para cohonestar los ocios de su gran pereza.

Nadie estaba con él cinco minutos sin que le dijera en són de confidencia:

—¿Sabe usted la desgracia que le ocurrió al duque de Orleans?

Y añadía golpeándose la mezquina y calva frente:

—Pues la misma me ocurrió á mí allá en mi mocedad.

Desde aquella famosa caída, todo trabajo de escritorio le daba desvanecimientos y se veía fatalmente reducido al *comercio de pié*. En fuerza de esto había sido alternativamente agente ó corredor ó comisionista de aceite, de vino, de vinagre, de libros, de criadillas, de relojería y de mil cosas más.

Por desgracia, se cansaba en este tráfico, sin encontrar nunca una posición digna, ó suficiente á lo menos, para un antiguo comerciante con tilbury y todo, y poco á poco, á fuerza de juzgar inferior á sus circunstancias toda ocupación, había venido á ser viejo, inepto, un verdadero haragán.

Échanse en cara á los artistas sus rarezas, sus caprichos naturales, ese horror á lo ordenado que los lanza á caminos tortuosos; pero ¿quién puede enumerar los ridículos devaneos, las extravagancias y necedades con que un burgués ocioso puede llenar el vacío de su vida?

Mr. Chebe se creía en la necesidad y hasta en el deber de salir y corretear. Mientras se estuvo construyendo el bulevar Sebastopol, iba allá dos veces todos los días, sólo á ver cómo adelantaban las obras. Nadie conocía mejor que él los almacenes de fama, las especialidades, y muy á menudo, aburrida su esposa de ver á las vidrieras la inútil cabeza del hombrezuelo, mientras ella remendaba la ropa de la casa, se desembarazaba de él enviándolo allá al quinto infierno á algún mandado.

—¿Sabes—le decía—allá lejos, esquina á la calle de *Chose* donde venden tan buenos bollos? Pues vé allá y trae postres para la comida.

Y el marido iba, tomaba el bulevar, vagueaba por las tiendas esperando el ómnibus y perdía la mañana tras dos bollos, que traía al fin triunfalmente enjugándose la frente.

Mr. Chebe era muy aficionado al estío, á los largos paseos á pié, por el polvo de Clamart ó Romainville, al movimiento de los días de fiesta, al gentío: era de aquellos que iban á contemplar, toda una semana antes del 15 de Agosto, las lamparillas negras, y demás zarandajas de los improvisados puestos. Y no le pesaba á su mujer, que á lo menos, no tenía á la vista á aquel eterno quejumbrón, que andaba al rededor de su silla con proyectos de empresas gigantescas, de combinaciones disparatadas y propósitos de volver á las andadas con el reconcomio y despecho de no ganar nunca un céntimo.

Ella tampoco ganaba ¡pobre mujer! pero siquiera sabía economizar, y su admirable economía hacía tales prodigios que la miseria, compañera casi siempre del ocio, jamás llegó á invadir aquellos tres aposentos tan limpios, ni á destruir los viejos muebles, siempre tan bien cuidados.

Enfrente de la puerta de Chebe, cuyo llamador de cobre relucía sobre el rellano, abríanse otras dos más pequeñas.

En la primera una tarjeta de visita, sostenida por cuatro tachuelas, á la usanza de los artistas industriales, exhibía este breve anuncio:

Risler, dibujante de fábrica.

En la otra, sobre una lámina de cuero bien curtido se leía este otro anuncio:

MADAMA DELOBELLE



La puerta de Delobelle estaba casi siempre abierta: una gran pieza enladrillada, donde dos mujeres madre é hija, casi una niña esta, pálidas y fatigadas una y otra, trabajaban en uno de esos mil oficios de fantasía, de caprichosa moda, de que se compone lo que se llama técnicamente el *artículo de París*.

Moda era á la sazón adornar los sombreros y vestidos de baile con esos lindos bichos de la América del Sur que tienen colores de joyas y reflejos de piedras preciosas. Y la mujer y la hija de Delobelle tenían esta especialidad en boga.

Una casa rica adonde llegaban las remesas directamente de las Antillas, les enviaba sin abrirlas largas y ligeras cajas, que al destaparlas despedían un polvillo de arsénico y un olor desagradable, dejando á descubierto lucientes moscas y apilados pájaros vistosos, cuyas alas sujetaba una tira de papel. Preciso era montar todo esto, hacer que se movieran las moscas sobre tembloroso hilo de oro ó de latón, erizar las plumas de los colibríes y darles lustre, componer aca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so con sutil hebra de seda la rota pata de coral, poner en el sitio de los muertos ojos perlitas relucientes, y finalmente dar al insecto ó al pájaro su graciosa actitud natural.

La madre preparaba la obra bajo la dirección de la hija, como quiera que, niña y todo, tenía Desiderata muy exquisito gusto é inventiva de hada, y nadie como ella sabía incrustar dos ojos de perlas en las cabecitas de los pájaros ni desplegar con más gracia sus inanimadas alas.

Coja desde su infancia, á consecuencia de accidente infausto, que á dicha no había alterado en nada la agraciada corrección de su semblante, Desiderata Delobelle debía á su inmovilidad casi forzada, á su reclusión continua, cierta aristocracia de tez y la ebúrnea blancura de sus manos. Peinada siempre con infantil ó inocente coquetería, pasaba los días en peso sentada en una gran butaca delante de una mesa sobrecargada de grabados de modas, de pájaros de todos colores, hallando en la mundana y caprichosa elegancia de su oficio el olvido de su propia miseria y como un desquite de su desgracia.

Pensaba en que todas aquellas alitas iban á volar de su mesa inmóvil para emprender verdaderos viajes al rededor del mundo parisiense y brillar en bailes y saraos á la luz de las arañas; y sólo en el modo de colocar sus moscas y pájaros hubiera podido adivinarse el giro, la tendencia, la expresión de sus pensamientos. Los días de abatimiento y tristeza, los afilados picos se dirigían hacia adelante, desplegábanse las alas á toda su extensión, como para tomar vuelo lejos, muy lejos de las habitaciones de quinto piso, de las estufas de hierro, de las privaciones, de la miseria en fin. Á las veces, cuando estaba contenta, ó no estaba abatida, no parecían sino vivos sus insectos y avecicas: tal y tanto era el anhelo de vivir que había reflejado en ellos.

Triste ó alegre, empero, la pobre Desiderata trabajaba siempre con el mismo ahinco. Desde los primeros albores del día hasta á deshora de la noche, la mesa estaba cargada de labor. Al cernerse las sombras del último crepúsculo, cuando la campana de las fábricas sonaba en los patios vecinos, encendía luz la madre y daban de mano para comer; sino que después de mísera comida, volvían al trabajo otra vez.

Estas dos infatigables mujeres se proponían un fin, tenían uná idea fija con cuyo afán no sentían el peso de sus largas y laboriosas veladas: era la gloria dramática del ilustre Delobelle.

Efectivamente, desde que abandonó los teatros de provincia para buscar en París más digna escena, estaba esperando Delobelle que un empresario inteligente, ese empresario ideal, providencial, que descubre los genios, fuera á solicitarlo para ofrecerle un papel adecuado á su mérito. Tal vez, sobre todo al principio, hubiera podido encontrar acomodo en un teatro de tercer orden; pero el ilustre actor no quería rebajarse, echarse á perder. Prefería esperar, luchar, como él decía. Y he aquí cómo entendía él la lucha:

Por la mañana en su aposento y con frecuencia en su misma cama, repasaba los papeles de su antiguo repertorio; y su mujer y su hija se estremecían de piés á cabeza oyendo resonar al través del tabique, escenas de *Antony* ó del *Médico de los niños*, declamadas con tonante voz y entre anhelosos ronquidos, que se mezclaban con los mil rumores y golpeteos de labor de la gran colmena parisiense. Luégo, después de almorzar, salía el comediante hasta la noche, iba técnicamente á *faire son boulevard*, esto es, á pasearse con todo su tono y aun entono entre el *Château-d'Eau* y la Magdalena con el mondadientes en la boca, el sombrero un poco ladeado, siempre muy bien calzado de guantes, recién afeitado, acepillado y reluciente.

El asunto del porte era cosa para él de mucha cuenta, como que pretendía que era una de las mayores probabilidades de éxito, el incentivo para el empresario, aquel empresario inteligente, á quien no hubiera caído nunca en mientes la idea de contratar á un hombre mal puesto.

Con esto, las dos pobres mujeres, madre é hija, en cuidado se tenían que nada le faltara, siquiera sucumbiesen de puro fatigadas, pues no hay qué decir cuántos pájaros y moscas era menester montar para sostener carga tan pesada. El comediante, por su parte, creía que este sacrificio era lo más natural del mundo.

Según sus ideas, los esfuerzos, las privaciones, los desvelos y fatigas de su mujer y de su hija no se consagraban á él positivamente, sino á aquel genio misterioso y desconocido de que en cierto modo se consideraba como depositario.

Entre la familia de Chebe y la de Delobelle había cierta analogía ó identidad de posición; sólo que en esta última la posición era menos triste. Los otros sentían su vida de rentistas arruinados clavada y remachada en torno de ellos, sin horizontes, siempre igual, mientras en la familia del comediante, la esperanza y la ilusión abrían camino real por todas partes.

Los primeros estaban como alojados en un callejón sin salida; los segundos vivían en una calleja sucia, sin luz ni aire; pero por donde debía pasar pronto un magnífico bulevar. Fuera de esto, Madama Chebe no creía ya á su marido, mientras en virtud de esta palabra mágica, *el arte*, su vecina no había dudado nunca del suyo.

Y sin embargo, durante años y años, Mr. Delobelle había tomado en vano el vermut con agentes teatrales, el ajenjo con jefes de *claque*, el *bitter* con romanceros y dramaturgos y hasta con los tramoyistas. Con todo eso, las contratas no venían, y el ilustre actor, sin

echar una comedia, hubo de deslizarse sin sentir del papel de primer galán al de barba y de éste al de bobo.

Á esta altura estaba.

Más de una vez se le había proporcionado el medio de subvenir á las necesidades de la vida ofreciéndole el empleo de gerente de un círculo ó café, ó encargado de grandes almacenes en los *Faros de la Bastilla* y en el Coloso de Rodas. Sólo bastaba para esto tener buenas maneras, y ¡pardiez! lo que es Delobelle las tenía magistrales. Pero no obstante, nuestro ilustre actor hubo de oponer siempre una heróica negativa á todos los ofrecimientos.

—No tengo—decía solamente—no tengo el derecho de renunciar al teatro.

En boca de aquel pobre hombre, que por espacio de tantos años, no había pisado las tablas, era sobremanera ridícula tan porfiada negativa; pero no daban ganas de reir, cuando se veía á su mujer y á su hija tragando noche y día polvo de arsénico, y se les oía repetir con la misma insistencia perpetuando la fatiga, el dolor, la abnegación del sacrificio:

—No, no: Mr. Delobelle no tiene el derecho de renunciar al teatro.

¡Dichoso hombre, cuyos ojos reventones, cuya condescendiente sonrisa y cuya costumbre de reinar en las tablas, habíanle creado esa situación excepcional, que pudiéramos llamar de un rey-niño mimado y admirado! Cuando salía de su casa, los tenderos de la calle de *Franc-Bourgeois*, con esa predilección de los parisienses á todo lo que atañe al teatro, lo saludaban respetuosamente. ¡Iba siempre tan bien puesto!... Y luego era tan bondadoso y complaciente!... ¡Y pensar que todos los sábados por la noche él, Ruy Blas, Antony, Rafael el de las *Jóvenes de mármol*, Andrés el de los *Piratas de la Sabana*, iba con una caja de modista bajo

el brazo á llevar la obra de sus mujeres á una casa de flores de la calle de *Saint Denis!...*

Pues bien, aun evacuando semejante encargo, aquel diablo de hombre ostentaba tanta nobleza y dignidad natural, que la damisela encargada de comprobar la cuenta se veía harto embarazada para entregar á un *gentleman* tan irreprochable la mezquina suma tan laboriosamente ganada.

Estas noches no volvía el comediante á cenar á su casa, y su familia estaba ya prevenida. Topaba siempre en el bulevar con algún antiguo compañero tan ilustre y perdido como él, pues hay muchos así en el nobilísimo gremio, y le pagaba el *restaurant* y el café.

Después, muy fielmente, y había que agradecérselo, entregaba el resto del dinero á la casa, á veces un ramo de flores á su mujer y cualquier otro obsequio á su hija y en paz. ¿Qué queréis? Son costumbres del teatro. ¿No suele verse en los melodramas que se tira un puñado de luises por la ventana?

—«Toma, truhán, toma ese bolsillo y corre, vé y dile á tu ama que la estoy esperando.»

Con esto, á pesar de su valor verdaderamente heróico, y aunque su oficio fuera harto lucrativo, las dos pobres mujeres se veían muy apuradas, sobre todo en las épocas estacionarias ó tiempo muerto para el artículo de París.

Por fortuna estaba allí el bueno de Risler, dispuesto siempre á servir á los amigos.

Guillermo Risler, el tercer inquilino del quinto piso, vivía con su hermano Franz, que era unos quince años menor que él. Estos dos suizos, grandes, fuertes, rubios, colorados, traían á la mezquina casa aire de campo y de salud. El mayor de ellos era dibujante en la fábrica de Fromont y costeaba los estudios del menor que iba á la academia de Chaptal, esperando ingresar en la Escuela Central.

Al llegar á París, embarazado con su instalación, había encontrado Guillermo en la vecindad de las señoras de Chebe y Delobelle consejos, advertencias, una ayuda indispensable a un hombre ingenuo, tímido, tardo, entorpecido por su francés chapurrado y su modo de ser, chapurrado también, extranjero todo. Al cabo de algún tiempo de vecindad, de roce, de trato y mutuos servicios, los hermanos Risler formaban, por decirlo así, parte de las dos familias.

Los días de fiesta sus cubiertos estaban siempre puestos en la mesa de una ú otra, y era en verdad un gran consuelo para los dos expatriados encontrar en el seno de aquellas pobres casas calor de hogar y ternura de familia. Los honorarios del dibujante, habilísimo en su oficio, le permitían hacer algún favor á Delobelle y entrar en casa de Chebe como un deudo, cargado siempre de sorpresas, de obsequios y agasajos; de tal modo que apenas le veía la pequeñuela, cuando trepaba á sus rodillas para requerirle los bolsillos.

Los domingos, se los llevaba á todos al teatro, y casi todas las noches iba con Chebe y Delobelle á la cervecería de Blondel, donde los obsequiaba con cerveza y *prachtel;* la afición á una y otro era su único vicio.

Para él no había mayor placer que sentarse delante de su vaso, entre sus dos amigos y escucharlos, sin mezclarse, sino con una risotada ó un movimiento de cabeza, en su conversación, que por lo común era un capítulo de inculpaciones y quejas contra la sociedad.

Una timidez de niño y los germanismos de lenguaje conservados siempre en aquella vida de absorbente labor, lo embarazaban mucho para expresar sus ideas. Sobre esto, sus amigos le imponían cierto respeto, como quiera que tenían de su parte la inmensa superioridad del hombre que no hace nada sobre el hombre que trabaja; y Mr. Chebe, menos generoso que

Delobelle, no escrupulizaba en hacérsela sentir. El rentista lo tomaba de muy alto. Para él, un hombre que, como Risler, trabajaba diez horas diarias, estaba incapacitado para expresar una opinión racional. Á veces, llegando fatigado de la fábrica, todavía se aprestaba el dibujante á trasnochar para ver de rematar obras urgentes. Y era de oir entonces á Chebe, que en són de escándalo decía:

—¡Oh! Lo que es á mí no se me obligaría á desempeñar semejante oficio.

Y añadía, mirando al suizo frente á frente con la escudriñadora atención de un clínico.

—Cuando tenga V. un ataque de...

Delobelle no era tan feroz; pero aún lo tomaba de más alto.

El cedro no ve una rosa á su pié.

En efecto, el ilustre comediante, desde su altura, no veía á Risler allá abajo.

Cuando á dicha se dignaba apercibirse de su presencia, tenía el grande hombre cierta manera de inclinarse hacia él para escucharlo, de sonreirse á sus palabras, como si hablara un niño; ó bien se complacía en deslumbrarlo refiriéndole gestas de actores y actrices, dándole lecciones de elegancia, las señas de los proveedores, no pudiendo comprender cómo un hombre que ganaba tanto, fuera siempre tan mal puesto.

Convencido de su inferioridad, el buen Risler procuraba borrar sus faltas con multitud de obsequios y atenciones, obligado á todo esto porque era el eterno bienhechor.

Entre las tres familias que vivían en el rellano, la niña Sidonia era como el lazo de unión con sus perpetuas idas y venidas. Á todas horas del día se deslizaba en el taller de las señoras de Delobelle, se divertía con su trabajo, miraba todos aquellos bichos, y más coqueta ya que juguetona, si una mosca había perdido

sus alas en el viaje ó un colibrí su collar, hacía de sus despojos un adorno y prendía esta nota viva entre los rizos de sus hermosos cabellos. Desiderata y su madre se reían de verla ponerse de puntillas para mirarse al desusado espejo con melindres de prematura complacencia. Luego que se había mirado y admirado, volvía á abrir la puerta, y con cierta gravedad por no descomponerse el tocado, iba á llamar á la puerta de Risler.

Durante el día, sólo había en la casa Franz, ó el estudiante, siempre sobre sus libros de texto con aplicación harto provechosa. Pero cuando entraba Sidonia ¡adios estudio! Preciso era dejarlo todo para recibir dignamente á una señorita adornada con un colibrí, la cual no sino parecía una princesa que iba á visitarlo al colegio de Chaptal para pedirlo en matrimonio al mismo director.

Y era de ver al mocetón, que había crecido demasiado pronto, jugando con una niña de ocho años, cediendo á sus caprichos, adorándola en sus mismos juegos, en manera que más tarde, cuando llegó á enamorarse de ella seriamente, nadie hubiera podido determinar la época en que se pegara fuego.

Por mimada que estuviera en lo interior de ambas viviendas, llegaba siempre un momento en que la niña corría á la ventana del rellano. Allí era donde encontraba su mayor distracción, un horizonte siempre abierto, algo como una visión del porvenir hacia la cual se inclinaba curiosamente y sin cosa de espanto, porque los niños no sienten vértigos.

Entre las cubiertas de pizarra, inclinadas unas sobre otras, el muro de la fábrica, las copas de los plátanos del jardín, los talleres con sus innumerables vidrios parecíanle á ella como una tierra prometida, el país de sus ensueños.

La casa Fromont era para la niña la máxima expresión de la riqueza.

El área que abarcaba en aquel extremo del *Marais* envuelto á ciertas horas en su humo y lleno de sus rumores, el entusiasmo de Risler, sus fabulosas narraciones sobre la fortuna y la habilidad de su bondadoso patrono, hubieron de despertar esta curiosidad infantil; y lo que podía verse del edificio de habitación, las grandes cortinas de persiana, la escalinata á cuyo pié se extendían en orden los muebles del jardín, una gran pajarera de luciente metal blanco y alambres dorados, y el cupé azul enganchado en el patio, eran otros tantos objetos de su constante admiración.

Sabía Sidonia todas las costumbres de la casa: la hora á que se tocaba la campana, la de entrada y salida de los operarios, los días de pago, que eran los sábados, por lo cual permanecía encendida la luz del cajero hasta muy entrada la noche y los días de descanso, que eran los domingos, en cuyas largas tardes, con los talleres cerrados y la chimenea apagada, el mismo silencio acercaba a ella los juegos dē la niña Clara Fromont corriendo en el jardín con su primo Jorge. Por boca de Risler sabía más pormenores.

—Enséñame —le decía — las ventanas del salón y el aposento de Clara.

Prendado de tales simpatías por su amada fábrica, el bueno del suizo explicaba desde allá arriba á la niña la disposición de todo el edificio; indicábale los talleres de estampación, de doradura, de retoque; el cuarto en que dibujaba él, la cuadra de las máquinas de vapor, de que arrancaba aquella alta chimenea que ennegrecía con su humo todas las paredes circunstantes. Y no sospechaba por cierto que una vida oculta bajo un techo vecino mezclaba sus pensamientos más íntimos con sus afanes de trabajadora infatigable.

Por fin, un día hubo de penetrar Sidonia en aquel entrevisto paraíso.

Madama Fromont, á quien Risler hablaba con frecuencia del buen entendimiento y gracia de su vecinita, le rogó que la llevara al baile infantil que preparaba para Navidad. De buenas á primeras, Mr. Chebe, padre de Sidonia, negó su permiso secamente. Ya en aquel tiempo los señores de Fromont, cuyo nombre tenía siempre en boca el buen suizo, lo cargaban, lo deprimían con su fortuna. Por otra parte, se trataba de un baile de máscaras ó mejor dicho de disfraces, de trajes, y Mr. Chebe, que no vendía papeles pintados, no tenía medios para vestir á su hija de bailarina. Risler, sin embargo, insistió tomándolo á su cargo todo, y desde luégo se puso á dibujar un traje á propósito.

Fué una noche memorable.

En el cuarto de madama Chebe lleno de trapos, cintas, alfileres y demás zarandajas de tocador, Desiderata Delobelle dirigía el galano y vistoso disfraz de Sidonia. La niña, que parecía mayor con su falda corta de franela blanca á listas negras, estaba al espejo inmóvil y derecha en todo el esplendor de su belleza y de sus galas. Cruzado el talle con cintas de terciopelo que se anudaban sobre el blanquísimo camisolín, las largas y abundosas trenzas de pelo castaño, cuyo arranque cubría gracioso y picaresco sombrero de paja, todos estos detalles, vulgares si se quiere, del traje de Suiza, estaban realzados por la inteligente fisonomía de la niña y su gracia y desenfado entre los vivos colores de aquel disfraz de teatro.

Todos los vecinos, allí presentes, daban gritos de ingenua admiración. Mientras se iba á llamar á Delobelle, arreglaba la cojita los pliegues del faldellín, enlazaba las cintas de los zapatos, daba la última mano á su obra sin dejar la aguja un momento, animada ella también de la embriaguez de una fiesta á que no había de ir la desgraciada.

Luégo llegó el grande hombre, el cual hizo repetir á

Sidonia las gallardas cortesías que él mismo le había enseñado, el modo de andar, de ponerse en planta y hasta de sonreir con la boca en forma de sortija, que hubiera de ajustarse exactamente al dedo meñique. Y era en verdad cómica la precisión con que la niña aprendía estas lecciones.

— Tiene sangre de actriz en las venas — decía entusiasmado el antiguo actor.

Y sin saber por qué, el gran pazguato de Franz tenía ganas de llorar.

Un año después de tan dichosa noche hubiera podido decir exactamente Sidonia las flores que adornaban las antesalas, el color de todos los muebles, el compás de la pieza y aun la misma pieza que se tocaba, cuando entró ella en el salón de baile: tan profunda fué la impresión de su placer. Nada absolutamente había olvidado: ni los trajes que flotaban á su alrededor, ni aquellas risas de niños, ni los piececitos que se deslizaban sobre el lustroso pavimento. Sentada luégo un instante al borde de un sofá de seda roja, mientras tomaba el primer sorbete de su vida, pensó de pronto en la lóbrega escalera y en la habitación mezquina de sus padres, y hubo de representársele esto como un país lejano, abandonado para siempre.

Por lo demás, á todos pareció encantadora y fué admirada y obsequiada por todos. Clara Fromont, miniatura de Cauchoise toda cuajada de encajes, la presentó á su primo Jorge, brillante húsar que se volvía á cada paso á ver el efecto de su portapliegos.

— Es amiga mía, Jorge — le dijo — y con permiso de mamá, vendrá á jugar con nosotros el domingo.

Y en la ingenua expansión de una niña feliz, abrazaba á Sidonia de todo corazón.

Pero llegó en fin la hora de retirarse.

Mucho tiempo aún, en la oscura calle en que la nieve se derretía, en la escalera á oscuras también, en el

silencioso cuarto donde la esperaba su madre, la espléndida luz de los salones brillaba ante sus deslumbrados ojos.

— ¿Estaba bien el baile? ¿Te has divertido mucho? — le preguntó en voz tácita la madre, desabrochando uno á uno los corchetes del vistoso traje.

Pero Sidonia, abrumada de cansancio, se dormía de pié sin contestar, comenzando un fastuoso ensueño, que había de durar toda su juventud y costarle al fin muchas lágrimas.

Clara Fromont cumplió su palabra. Sidonia fué con frecuencia á jugar al bello jardín enarenado y pudo ver de cerca la pajarera de luciente metal blanco y alambres dorados. Recorrió todas las cuadras y los rincones todos de la anchurosa fábrica, y jugando al escondite se ocultó muchas veces detrás de las mesas de impresión, en la soledad de las tardes de domingo. Todos los días de fiesta se le ponía cubierto á la mesa de los niños.

Pero si bien todos la querían, ella por su parte no manifestaba mucho afecto á nadie. Mientras estaba en medio de aquel lujo, se sentía tierna, feliz, embellecida; pero ya en la casa paterna, cuando veía la fábrica al través de los empañados vidrios de la ventana común, no sentía sino despecho, cierta cólera inexplicable.

Y sin embargo, Clara Fromont la trataba como verdadera amiga.

Á las veces la llevaban al Bosque, á las Tullerías, en el famoso cupé azul, ó bien al campo á pasar una semana entera en la quinta del abuelo Gardinois, situada en Savigny de Orge; y gracias á la solicitud del bondadoso Risler, orgulloso de los triunfos de la niña, ésta iba siempre bien vestida. Madama Chebe creía que estaba en esto interesado su pundonor, y la linda cojita estaba siempre á punto para poner de buen

grado al servicio de su amiguita tesoros de coquetería, que no le servían á ella.

Mr. Chebe, empero, siempre hostil á los de Fromont, veía con malos ojos aquella creciente intimidad; aunque si vale decir la verdad, la verdadera razón de su enojo era que no lo convidaban á él. Sino que, por bien parecer, daba otras razones, en cierto modo aceptables, diciendo á su mujer en són de padre solícito:

—¿No ves que la niña, triste y pesarosa cuando vuelve de allá, pasa horas enteras distrayendo sus penas en la ventana del rellano?

Pero la pobre mujer, tan desgraciada desde el punto mismo de su casamiento, había llegado á ser imprevisora. Y sostenía que es menester gozar el presente por temor del porvenir, coger la felicidad cuando pasa, puesto que las más veces no se tiene en la vida más consuelo que el recuerdo de una niñez dichosa.

Esta vez se halló que Mr. Chebe tenía razón.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



III

HISTORIA de la NIÑA Sidonia

Las Perlas Falsas

Después de dos ó tres años de intimidad, de juegos comunes, años en que Sidonia se asimiló los hábitos del lujo y las graciosas maneras de las niñas ricas, se interrumpió súbitamente la amistad.

Tiempo hacía ya que el primo Jorge, cuyo tutor era Mr. Fromont, había ingresado en un colegio. Clara, á su vez, entró de educanda en un convento con un ajuar de reina; y precisamente á la sazón hubo de tratarse y resolverse por los padres de Sidonia enviarla al aprendizaje de un oficio. Con esto, se prometieron eterno cariño y verse todos los domingos de salida, que eran dos mensualmente.

29920

En efecto, la niña Sidonia bajó todavía algunas veces á jugar con sus amigos; sino que á proporción que iba creciendo, más aína comprendía la gran distancia que los separaba, y todavía aguzaba esta punzante idea el parangón de su ropa, que ya comenzaba á parecerle demasiado humilde para el fausto de la casa de los señores Fromont.

Cuando á dicha sólo estaban los tres juntos, la amistad de la infancia, que los hacía iguales ante la dichosa inocencia angelical, no destilaba sobre ellos ninguna gota de hiel; pero solían venir visitas, otras amigas de colegio y entre ellas una niña bien crecida y mejor puesta, que la doncella de su casa llevaba los domingos á jugar con los niños de Fromont.

Sólo al verla subir la escalinata, galana siempre y desdeñosa, dábanle ganas á Sidonia de irse sin más demora. La otra la embarazaba y aburría con indiscretas preguntas, como por ejemplo: ¿Dónde vivía? ¿Qué eran sus padres? ¿Cómo era su carruaje?

Oyéndolas hablar del convento, de sus amigas, de sus labores y recreos, sentía Sidonia que vivían en un mundo aparte, á cien leguas del suyo; y deslizábase en su alma una tristeza mortal, sobre todo cuando de regreso á su casa le hablaba su madre de entrar de aprendiza con Mlle. Le-Mire, amiga de las de Delobelle, la cual tenía en la calle del *Roi-Doré* un grande almacén de perlas falsas.

Risler apoyaba con mucho empeño la idea del aprendizaje de la niña.

—Que aprenda ella un oficio—decía el honrado y bondadoso industrial—y más tarde yo me encargo de establecerla.

Á dicha, Mlle. Le-Mire trataba de retirarse dentro de algunos años, y esto ofrecía favorable coyuntura.

Una mañana, triste mañana de noviembre, condújola su padre á la calle del *Roi-Doré* y al cuarto piso

de una casa vieja, más vieja y lóbrega aún que la suya.

Abajo, al extremo del pasillo, había colgados varios anuncios que en letras doradas decían: *Fábrica de neceseres, cadenas de dublé, juguetes de niño, instrumentos de precisión de cristal, ramilletes para casadas y doncellas de honor, especialidad de flores naturales;* en todo lo alto había una como urna ó escaparate de pulverientos vidrios donde sartas de amarillentas perlas y racimos de uvas y cerezas contrahechas rodeaban el presuntuoso nombre de Angelina Le-Mire.

¡Horrible casa!



Ni siquiera tenía aquel amplio rellano de los Chebe, sombrío de vejez, pero alegre por su ventana y el bello horizonte que la fábrica ofrece... Una escalera estrecha, una puerta estrecha, una sucesión de piezas enladrilladas, pequeñas y frías todas, y en la última una solterona fea y vieja, con su cerco de bucles, sus confortantes de redecilla de seda negra en actitud de leer una grasienta entrega del *Diario para todos*, que dejó á su pesar al parecer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mlle. Le-Mire, en una palabra, recibió al padre y á la hija, sin levantarse, habló extensamente de su posición perdida, de su padre, antiguo hidalgo del Rouergue (que dió siempre mucha fruta de esta especie) y de un mayordomo infiel que se lo había llevado todo. Con esto fué ya simpática á Mr. Chebe, para quien tenían los arruinados atractivo irresistible, y hecha la presentación, se retiró el bueno del rentista prendado de la solterona y prometiendo á su hija que volvería á buscarla á las siete de la noche, según lo convenido.

La tarea de Sidonia se reducía á escoger perlas y ensartarlas en hilos de igual longitud, que se anudaban juntos para la venta al por mayor. Pero las operarias, que habían de llegar muy luégo, le enseñarían más puntual y menudamente lo que tenía que hacer, pues Mlle. Le-Mire, en una palabra, no se mezclaba en nada y vigilaba su hacienda desde muy lejos, desde el fondo de aquel cuarto oscuro, donde pasaba la vida leyendo folletines.

Á las nueve llegaron, en efecto, las operarias, que eran hasta cinco mozas pálidas, mustias, miserablemente vestidas, pero muy bien peinadas, eso sí, con la presunción de las operarias pobres que van descobijadas por las calles de París.

Algunas de ellas bostezaban grandemente frotándose los ojos de sueño. ¿Quién sabe lo que habrían hecho de la noche?

En fin, pusieron manos á la obra al rededor de una mesa grande, donde cada cual tenía su cajón y sus utensilios. Se acababa de recibir un pedido de joyas de luto y era menester darse prisa. Sidonia, á quien la oficiala mayor había puesto al corriente en su labor con un tono de superioridad facultativo, comenzó á escoger melancólicamente un sin número de perlas negras, cuentas de casis y espigas de crespón.

Las demás operarias, sin ocuparse de la rapaza, platicaban entre sí trabajando al mismo tiempo. Hablaban de un casamiento de muchas campanillas, como decían ellas, que había de hacerse aquel mismo día en San Gervasio.

—¿Vamos á verlo?—dijo una roja llamada Malvina.

—Es á las doce y tendríamos tiempo para ir y venir, como fuéramos de priesa.

Y efectivamente, á la hora de almorzar, las tres *Gracias* y dos más, que eran ya cinco, bajaron á saltos las escaleras.

Sidonia había llevado su almuerzo en un canastillo como una alumna, y con despecho comió sola por la primera vez á un ángulo de la mesa. ¡Oh Dios! ¡Qué miserable y triste le parecía la vida, y qué desquite había de tomar tan temerario de todos estos sinsabores y tristezas!...

Á la una volvían de su correría las cinco susodichas, garrulas y animadas.

—¿Habéis visto bien el traje de la novia?

—Vestido de gró blanco.

—Y velo de punto de Inglaterra.

—He ahí una mujer de suerte.

Después de esta especie de proemio, siguieron todas las observaciones que habían hecho en la iglesia mentalmente ó en voz baja, de codos en la balaustrada durante la ceremonia. El asunto del dichoso casamiento, de las galas y atavíos de la novia, dió de sí materia de conversación para todo el día, sin menoscabo del trabajo, que antes bien cundía con la animación de la palabra.

Estas industrias menores, que se refieren al tocador, al traje, por sus más menudos detalles, ponen á las operarias al tanto de la moda y les dan eternas preocupaciones de elegancia y lujo. Para las pobres muchachas que trabajaban en el cuarto piso de Mlle. Le-Mire, las paredes negras y la calle estrecha no

existían, como quiera que pensaban en otra cosa, pasando el tiempo y aun su vida preguntándose, por ejemplo:

—Dí, Malvina, ¿qué harías tú, si fueras rica?

—Yo viviría en los Campos Elíseos.

Y sus grandes árboles, y los carruajes que, ligeros ó pausados, ruedan por allá, les producían una visión momentánea, pero deliciosa.

Sidonia, en su aislamiento, escuchaba sin decir una palabra, montando sus racimos de uvas negras con la precoz destreza y buen gusto que había adquirido con la amistad de Desiderata. Con esto, cuando á la noche vino su padre por ella, le dieron mil norabuenas.

Desde entonces, todos los días fueron iguales para la aprendiza. El día siguiente, en lugar de perlas negras, hubo de montar perlas blancas y cuentas de coral falso, pues dicho se está que, en casa de Mlle. Le Mire, no se trabajaba sino en falso, y precisamente allí debía hacer el aprendizaje de su vida la hija de Mr. Chebe.

Por espacio de algún tiempo, la pobre aprendiza, más joven y mejor criada que las otras operarias, hallábase aislada y como á solas en medio de ellas; pero luégo que fué creciendo, fué admitida amistosamente en sus confidencias, aunque sin participar nunca de sus placeres. Era demasiado altiva para ir al medio día á ver casamientos, y cuando oía hablar de un baile nocturno en el *Waux-Hall*, ó en las *Delicias del Marais*, ó de una casa de lo *superfino* en los *Sargentos de la Rochela*, no sino lo oía como quien oye llover.

—Tú calzas más puntos, Sidonia ¿eh?

Por otra parte, su padre iba todas las noches á llevársela bien acompañada. Á veces, sin embargo, á fines de año, tenía que velar con las otras para terminar la obra de pedidos urgentes, y á la luz del gas daba lástima de ver á aquellas mozas pálidas, escogiendo perlas blancas como ellas, de un blancor mate y doliente. Tenían el mismo esplendor facticio, la misma fragilidad de las falsas joyas. No hablaban mas que de bailes de máscaras, de teatros, etcétera.

—¿Viste á Adela Page en los *Tres Mosqueteros?* ¿Y á la Melinga? ¿Y á María Laurent? ¡Oh! la Laurent!...

Los justillos de los actores y los bordados trajes de las reinas de melodrama se les aparecían en el blanco reflejo de las sartas que llevaban entre manos.

En la estación de verano, aflojaba naturalmente la obra: era el tiempo muerto de la demanda. Entonces, en lo más fatigoso del calor, cuando al través de las cerradas persianas se oía á los revendedores vocear las mirabelas y las ciruelas claudias, dormíanse las obreras reclinando la pesada cabeza en la mesa de trabajo. Á veces iba Malvina á pedir á Mlle. Le-Mire una entrega del *Diario para todos*, que leía en alta voz.

Pero Sidonia no gustaba de novelas, como quiera que otra, más interesante que todas, le llenaba la cabeza.

Nada había podido hacer que olvidara la fábrica de Fromont. Al salir de su casa, del brazo de su padre, todos los días echaba una codiciosa ojeada á su tierra de promisión. En aquel momento se despertaban los talleres. Sidonia oía de paso los gritos de los tiradores, los sordos golpes de la estampación, el aliento poderoso y rítmico de las máquinas; y todos estos rumores del trabajo, confundidos en su memoria con recuerdos de fiestas, de cupés azules, de elegancia y lujo, la perseguían obstinadamente.

Esto hablaba más alto que el ruido de los ómnibus, la gritería de las calles y las cascadas de los arroyos; y hasta en el taller, cuando escogía las perlas falsas, y hasta en la casa paterna, cuando volvía por la noche á respirar el aire del rellano y á mirar por su ventana la desierta y muda fábrica, aquel supremo murmullo

zumbaba siempre á su oído, formando como un acompañamiento infinito á su idea fija.

—La niña se apena, madama Chebe. Es preciso distraerla: el domingo que viene iremos todos al campo.

Estos paseos del domingo, que el bueno de Risler organizaba para distraer á Sidonia, no hacían sino entristecerla más y más.

Estos días, había que levantarse de madrugada porque los pobres compran todos sus placeres, y siempre había algún trapo viejo que componer á última hora, alguna guarnición que arreglar para rejuvenecer ó dar aire de novedad al eterno vestido de color de lila con listas blancas que la solícita madre alargaba á medida que la muchacha crecía.

Y todos partían juntos, los Chebes, los Risler, el ilustre Delobelle: únicamente Desiderata y su madre no eran de la partida. La pobre cojita, humillada con su desgracia, no quería moverse nunca de su butaca, y su madre estaba siempre en casa para acompañarla. Fuera de esto, ni una ni otra tenía un traje conveniente para mostrarse en público al lado del grande hombre: hubiera sido destruir todo el efecto de su elegante porte.

Al principio se alegraba un poco Sidonia. Este París con sus rosadas brumas de las mañanas de Julio, las estaciones llenas de trajes claros y elegantes, el campo, desarrollándose mágicamente al raudo andar de los wagones; y luégo el ejercicio, ese gran baño de aire puro, impregnado de agua del Sena y aromado por los floridos prados; y las doradas mieses, y el otero y la cabra y el pastor... todo esto la distraía un momento; mas luégo al punto recaía en su nostalgia, pues dejaba atrás su tierra... prometida.

Y siempre así.

Detenianse en un figón al aire libre en vísperas de una fiesta rural, tan bulliciosa como alegre, porque

necesitaba público el ilustre Delobelle, que mecido siempre por su otra quimera iba allá vestido de gris, calzado de gris, con su sombrerito á la oreja, su claro sobretodo al brazo, figurándose que el teatro representaba un campo de los afueras de París y que representaba él á un parisiense en *villeggiatura*.

En cuanto á Mr. Chebe, que se jactaba de amar la naturaleza como Juan Jacobo (que en paz descanse) no la comprendía sino con mucho movimiento, mucho polvo y no poca ni mala pitanza, lo cual era también para su esposa el ideal de su vida campestre, bien que no tuviera afición ninguna al polvo.

Sidonia, dicho se está, tenía otro ideal muy distinto; y aquellos domingos parisienses, paseados tan alegremente por las calles de los pueblos rurales, le causaban indecible tristeza. Su único placer en tales expediciones era sentirse mirada, admirada. Esta admiración, siquiera fuera de un rústico, expresada en alta voz, con toda ingenuidad, al lado ó enfrente de ella, le hacía sonreir y aun reir muy complacida, pues era de aquellas que no desdeñan ningún requiebro.

Á veces, dejando á los demás en la fiesta, íbase Risler á campo traviesa con su hermano y la rapaza, á buscar flores, ó mejor dicho, modelos para sus dibujos. El corpulento Franz cimbraba las altas ramas de oxiacanto, ó trepaba al muro de un parque para coger un rámo visto desde abajo. Pero donde hacían su agosto, por decirlo así, era á orillas del agua.

Hay allí esas plantas flexibles de largos y encorvados tallos que tienen tanta gracia en los tapices, grandes cañas rectas, y volúbilis cuya flor, abriéndose de pronto en los caprichos del dibujo, no sino parece una cara viviente, la cara de álguien que nos mira en medio de la indecisión encantadora del follaje. Risler agrupaba sus ramos, los disponía artísticamente, inspirándose en la naturaleza misma de las plantas y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

procurando comprender bien la animación de su fresca vida, que se evapora y pierde luégo que un día de fatiga ha pasado por ellas.

Hecho el estudio, ataba el manojo con un tallo de yerba á manera de cinta y se lo echaba al hombro á su hermano Franz, volviendo al punto de partida. Preocupado siempre con su arte, seguía Risler buscando por el camino asuntos y combinaciones.

—Mira, pequeña, mira aquel tallo de lirio con su cabeza blanca entre aquellos agabanzos. ¿Qué te parece? Sobre un fondo verdemar ó gris de lana sería cosa linda ¿eh?

Pero Sidonia no gustaba más de los lirios que de los agabanzos. Las flores del campo le parecían flores de pobres, algo que estaba en el tono ó gusto de su vestido lila.

Bien se acordaba de haber visto otras flores en casa de Mr. Gardinois, en la quinta de Savigny, en los invernáculos, sobre los balaustres, en los jarrones que rodeaban el arenado patio.

Estas, y no otras, eran las flores que le gustaban á ella, y así, y no de otro modo, comprendía el campo.

Este recuerdo de Savigny se le ofrecía á cada paso. Cuando pasaban por delante de la verja de un parque, se detenía á mirar la calle recta que debía conducir á la escalinata. Los céspedes sombreados regularmente por árboles pomposos y los tranquilos terrazos á orillas del agua, recordábanle infaliblemente otros céspedes y otros terrazos; y estas visiones de lujo, mezcladas con sus recuerdos, hacían más tristes aún sus expediciones domingueras. Pero la vuelta, sobre todo, la desconsolaba.

¡Están á estas horas tan llenas y sofocadas las estaciones de las cercanías de París!... ¡Qué de alegrías facticias! ¡Qué de risotadas estúpidas! ¡Qué de canciones á voz exhausta, extenuada, sin mas fuerza que

para aullar!... Y sin embargo, aquí estaba muy bien hallado y como quien dice en su elemento, Mr. Chebe.

Podía atropellar impunemente y precipitarse y tomar posesión de la ventanilla del despacho, indignarse de los retrasos del tren, tomar por su cuenta al jefe de la estación, á la compañía entera y hasta al mismo gobierno, decir á Delobelle en alta voz para que lo oyeran los circunstantes:

—¿Qué le parece á V.? ¡Si esto pasara en América!..

—Ciertamente—contestaba con mímica expresión el ilustre comediante.

Y el tono magistral con que lo decía, su aire de superioridad hacía suponer al rededor de ellos que estos señores sabían exactamente lo que en semejantes casos pasaba en América. Absolutamente lo ignoraban así el uno como el otro; pero entre la multitud esto les daba importancia.

Sentada al lado de Franz con la mitad del ramo en las rodillas, estaba la niña Sidonia como aniquilada en medio de aquel tumulto esperando los trenes de la noche. Desde la estación alumbrada por una sola luz, veía allá fuera grandes masas de sombra atravesadas á trechos por las últimas luces de la fiesta, una calle de negror más denso, gente que acudía presurosa y un reverbero en un malecón desierto.

De vez en cuando, por detrás de las puertas vidrieras, pasaba un tren sin detenerse entre nubes de vapor y rojos centelleos. Entonces estallaba en la estación una tempestad de gritos y precipitados pasos, sobre la cual se cernía el soprano de Mr. Chebe, que clamaba diciendo con su voz de gaviota:

—¡Derribad las puertas! ¡derribad las puertas!

Pero de hacerlo él por sí se hubiera guardado muy bien, porque tenía miedo cerval á los gendarmes.

Al cabo de un momento, había pasado la tempestad. Fatigadas por el tragín y desgreñadas por el aire ó

por el tragín mismo, dormíanse en las banquetas las mujeres. Veíanse allí vestidos desgarrados, efectos rotos y otros percances de la fiesta.

Sobre todo, el polvo se respiraba allí hasta más no poder: caía de todas las ropas, subía de todos los pasos, oscurecía la luz, escoriaba los ojos, turbaba la vista, formaba como una nube por encima de los ajados rostros. Los wagones donde se embarcaron al fin, después de tal fatiga y tanta espera, estaban también llenos de polvo. Sidonia bajó los vidrios y se puso á mirar la negra llanura, línea de sombra infinita. Muy luégo, como innúmeras estrellas, los primeros reverberos de los bulevares exteriores comenzaron á brillar junto á las fortificaciones.

El terrible día de descanso de toda aquella pobre gente había terminado. La vista de París recordaba á cada cual su trabajo del día siguiente. Por triste que hubiera sido su domingo, Sidonia empezó á sentirlo: pensaba con los ricos, para quienes todos los días de la vida son días de fiesta y de reposo; y vagamente como en la visión de un sueño, las largas calles de los parques entrevistos aquel día, se le representaron llenas de esos dichosos del mundo paseándose sobre fina y blanda arena, mientras de rejas afuera, en el polvo del camino, el domingo de los pobres se iba á más andar, teniendo apenas tiempo para mirar un momento y envidiar.

Desde los trece á los diez y siete años esta fué la vida de la infeliz Sidonia.

Los años se sucedían sin traer consigo el menor cambio. La cachemira de madama Chebe se había estropeado más; el vestido lila de Sidonia había sufrido algunas composturas y adiciones, pero ni más ni menos. Cierto que á medida que iba creciendo Sidonia, el suizo Franz, que era ya un mocetón, la miraba con mejores ojos y le tenía atenciones de enamorado,

obvias para todos; pero la moza ni siquiera lo había notado. Verdad es que nada le interesaba.

En el taller hacía su tarea regular y silenciosamente; pero esto, como todo lo que hacía, tenía como un sello de interinidad, de entretanto, de espera.

Franz, al contrario, de algún tiempo atrás se aplicaba á sus libros con singular ardor, con todo el afán de los que ven algo al cabo de sus esfuerzos; de tal manera que á los veinticuatro años de edad salía de la Escuela Central con el título de ingeniero.

Aquella feliz noche, el hermano mayor llevó al Gimnasio á la familia de Chebe, y durante toda la función, la madre de Sidonia y él se estuvieron haciendo señas de inteligencia á espaldas de los novios. Á la salida, la misma madre hubo de enlazarlos del brazo, como quien quisiera autorizar al reservado amante para que hiciera su declaración y se despachara á su gusto.

Y en efecto, el pobre muchacho se propuso hacerlo así dando de lado á la reserva impuesta por su misma timidez.

El camino era largo: desde el Gimnasio al *Marais*. Apenas se han andado algunos pasos, cuando se apaga el esplendor del bulevar, las calles se ponen más sombrías y los transeuntes son más y más raros. Franz comenzó por hablar de la función: era muy aficionado á las comedias en que había sentimiento, y así lo dijo.

—¿Y V., Sidonia?

—¡Oh! Yo... con tal que haya elegancia y...

La verdad es que en el teatro no se ocupaba en otra cosa. No era ella de las sentimentales á la Bovary que vuelven del espectáculo con frases de amor ya hechas, con un ideal de convención; no. El teatro únicamente le daba locos deseos de elegancia, de lujo, y sólo sacaba de él modelos de tocados y patrones de vestidos. Los trajes nuevos y exagerados de las actrices, su modo de andar y hasta sus entonaciones falsamente

aristocráticas que le parecían á ella la suprema distinción; y con esto el oropel y las luces que la deslumbraban, el cartel resplandeciente á la puerta, los carruajes esperando, todo aquel ruido algo malsano que se hace al rededor de una función en voga... he aquí lo que gustaba á Sidonia.

El enamorado Franz continuó:

—¡Qué bien han representado la escena de amor!

Y al pronunciar esta palabra capital, se inclinó tiernamente sobre una linda cabeza, cabeza rodeada de una nube de blanquísima lana, contrastando con sus oscuros cabellos.

Sidonia suspiró.

—¡Oh! sí... la escena de amor... ¡Qué preciosos diamantes llevaba la dama!

Hubo un instante de silencio.

El pobre Franz tenía mucha dificultad en explicarse: las palabras que buscaba eran las que no le acudían, y además el temor lo poseía y embargaba. Así es que, para hablar, se iba dando términos.

—Luégo que pasemos la puerta de Saint Denis... En cuanto salgamos del bulevar...

Pero allí se ponía á hablar Sidonia de cosas tan indiferentes, que la declaración de Franz se helaba en sus labios, ó bien eran detenidos por un carruaje que daba tiempo á la familia para alcanzarlos.

En fin, ya en el *Marais* se decidió de repente.

—Escuche V., Sidonia... yo la amo...

Aquella noche se había velado hasta muy tarde en casa de Delobelle.

Era costumbre de las animosas mujeres prolongar todo lo posible las horas de trabajo, de tal modo que la luz de su taller era de las últimas que se apagaban en la tranquila Calle de *Braque*. Para acostarse, esperaban siempre al grande hombre, cuya cena, bastante confortable, guardaban al calor en el rescoldo del hogar.

Allá cuando representaba, tenía esto su razón de ser: obligados los comediantes á comer temprano y muy ligeramente, salen del teatro con bastante apetito y comen bien al volver á casa. Delobelle no trabajaba ya hacía mucho tiempo; pero no teniendo el derecho, como él decía, de renunciar al teatro, conservaba su manía con una multitud de hábitos de cómico de la legua, y su cena trasnochada formaba parte de ellos, como su retirada siempre á deshora, pues no se recogía nunca hasta que el último teatro del bulevar había apagado su gas. Acostarse sin cenar á la hora que los demás mortales hubiera sido abdicar, renunciar á la lucha. Y él no renunciaba ¡vive Dios!

La noche á que aludimos, no había vuelto aún el ilustre comediante y esperábanlo las dos mártires trabajando y departiendo, muy animadas por cierto, á pesar de lo avanzado de la hora. Toda la noche no habían hecho más que hablar de Franz, de su aplicación, de su triunfo, del porvenir que se abría á sus ojos.

— Ahora — decía la madre — no le falta más que encontrar una buena esposa.

Este era también el parecer de Desiderata. No faltaba más que esto á la felicidad del buen Franz, una buena mujer, honrada, laboriosa, infatigable, que todo lo olvidara por él. Y si Desiderata hablaba de esto con tal seguridad, era porque conocía muy íntimamente á la mujer que tanto convenía á Franz Risler. Tenía de edad un año menos que él, precisamente lo que es menester para ser más joven que el marido y poder servirle de madre al mismo tiempo.

¿Hermosa?

No hermosa precisamente; pero más bien agraciada que fea, á pesar de su cojera, porque la pobre cojeaba, dicho sea sin agravio. Y luégo fina, despierta y sobre todo cariñosa. Nadie, sino Desiderata, sabía hasta qué punto amaba á Franz aquella mujer y cómo pensaba

en él noche y día, de mucho tiempo atrás. Ni él mismo lo había notado, y parecía no tener ojos más que para Sidonia, que era una picarilla. Pero no importa; es tan elocuente el amor silencioso!... y hay tal y tanta fuerza en los sentimientos reprimidos!... ¿Quién sabe? Acaso un día ú otro...

Y la cojita, inclinada sobre su eterna labor, partía para uno de esos largos viajes al país de las quimeras; viajes que hacía con frecuencia en su butaca de impotencia con los piés apoyados en el inmóvil taburete; viajes maravillosos de que volvía siempre sonriente y feliz, apoyándose en el brazo de Franz con toda la confianza de esposa amante.

Siguiendo sus dedos el sueño de su corazón, el pajarillo que arreglaba en aquel momento parecía que era también del viaje y que anhelaba volar allá lejos, muy lejos, alegre y ligero como ella.

De pronto se abrió la puerta.

—Si no molesto á ustedes...—dijo una voz triunfante.

La madre, ya un tanto adormecida, levantó súbitamente la cabeza.

—¡Ah! ¿Es Franz? Adelante, Franz, adelante. Ya lo ve usted, estamos esperando á Delobelle. Estos artistas se retiran siempre tan tarde... Siéntese usted y cenará con él.

—¡Oh! no; muchas gracias—contestó el joven suizo, cuyos labios estaban aún pálidos y temblorosos de emoción.—Muchas gracias; no puedo detenerme... He visto luz aquí y entro sólo para decir á ustedes... para darles una noticia que ha de gustarles, puesto que tanto me estiman.

—¿De qué pues se trata?

—Hay palabra de casamiento entre Franz Risler y Mlle. Sidonia Chebe.

—¡Ah! Cuando yo decía que no le faltaba más que

una buena esposa!—exclamó la señora mayor levantándose para abrazarlo.

Desiderata no tuvo fuerzas para decir una palabra. Inclinóse más sobre su obra, y como Franz tenía los ojos exclusivamente fijos en su dicha y la madre sólo miraba al reló para calcular el regreso de su esposo, nadie echó de ver la profunda emoción de la infeliz cojita, su palidez mortal, el convulsivo temblor del pajarito inmóvil entre sus dedos, con la cabeza caída como un pájaro herido de muerte.



UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



IV

HISTORIA DE LA NIÑA SIDONIA

Las luciérnagas de Savigny

Savigny de Orge.

MI QUERIDA SIDONIA:

AYER estábamos á la mesa en el gran comedor que ya conoces, con su amplia puerta al jardín todo florido. Yo estaba aburrida; papá había tenido mal humor toda la mañana y mi pobre mamá no se atrevía á decir una palabra, aterrada por su ceño. Y pensaba que es verdaderamente lástima esto de hallarme tan sola en medio del verano y en país tan pintoresco, y por consiguiente que sería una dicha, ahora que he salido del convento y he de pasar estaciones enteras en el campo, tener como en otro tiempo, álguien que corriera conmigo por el bosque y por los sotos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Jorge suele venir alguna que otra vez, pero viene siempre tarde, sólo para comer, y parte al día siguiente con papá antes de que yo me levante. Además, es ya un hombre serio, trabaja en la fábrica y los cuidados del negocio le fruncen á él también la frente algunas veces.

»En esto estaba pensando, de pronto se vuelve papá hacia mí y me dice:

—¿Qué ha sido de tu amiguita Sidonia? Tendría gusto en verla por aquí una temporada.

»Figúrate si me pondría yo contenta. ¡Qué alegría volvernos á ver para renovar aquella buena amistad interrumpida no por culpa nuestra! ¡Cuántas cosas qué contarnos! Tú, la única que tenías el dón de desenojar al siempre malhumorado y displicente abuelo, serás la alegría de la casa, y te aseguró que tenemos buena necesidad de ello.

»¡Está este bello Savigny tan solitario! Figúrate que por la mañana suelen pasarme por la cabeza ideas de coquetería, y me visto, me acicalo, me rizo el pelo. Luégo me paseo por todos los andenes hasta que me cercioro de que he perdido el tiempo componiéndome para los cisnes, para los patos, para el perro *Kis* y las vacas que ni siquiera se dignan volver la cabeza, cuando paso. En mi desencanto, vuelvo entonces más que aprisa á despojarme de mis galas y perifollos, y poniéndome una bata de percal, me ocupo en los quehaceres domésticos. Y estoy por decir que me ha servido de mucho el mismo aburrimiento, pues huyendo de él, llegaré á ser con el tiempo una buena ama de gobierno.

»Por fortuna viene ya á más andar la estación de la caza y cuento con ella para divertirme un poco. En primer lugar, Jorge y mi padre, grandes cazadores los dos, vendrán más á menudo: y luégo tú estarás aquí, pues supongo que me contentarás sin demora anunciándome tu próxima llegada. ¿No es así?

»Risler nos dijo que andabas algo mala. Vente desde luégo á respirar estos aires y te restablecerás completamente.

»Todos te esperamos aquí; y no vive ya de impaciencia tu afectísima amiga

CLARA».

Escrita y cerrada su carta, tomó Clara Fromont su gran sombrero de paja, porque aquellos primeros días de agosto eran tan calurosos como espléndidos, y bajó á echarla en el buzón de la quinta, de donde todas las mañanas tomaba de paso el cartero la correspondencia del lugar.

Estaba situado el buzón al extremo del parque en un recodo del camino. Clara se detuvo un momento á contemplar el paisaje, los corpulentos árboles, los prados circunvecinos, dormidos y bañados de sol. Mas lejos acarreaban algunos rústicos las últimas gavillas de dorada miés, y otros araban más allá. Pero toda la melancolía del trabajo silencioso había desaparecido para la joven con la esperanza de volver á ver pronto á su antigua amiga.

Ni un soplo de aire se levantó de las colinas que festoneaban el horizonte, ni una voz vino de la copa de los árboles, inmóviles y callados, á advertirla con un presentimiento, á impedirle que enviara aquella fatal carta. Y sin retardo se ocupó á su regreso en preparar á Sidonia un cómodo y bonito aposento, contiguo al suyo.

La carta fué á su dirección fielmente: desde la portezuela verde de la quinta rodeada de glicinas y madreselvas, fué derechamente á París y llegó aquella misma tarde con su sello de Savigny y con el aroma del campo al quinto piso de la calle de Bragué.

¡Qué acontecimiento aquel! La dichosa carta fué leída hasta tres veces, y permaneció por espacio de

ocho días en la repisa de la chimenea junto á las reliquias de madama Chebe, el péndulo de globo y las copas del imperio. Para Sidonia fué aquello como una maravillosa novela llena de encantos y promesas que leía ella de corrido sin abrirla, sólo mirando el blanco sobrescrito donde resaltaba la cifra de Clara Fromont.

Esto olía ya á bodas. Lo esencial era el traje que había de llevar á la quinta. Era preciso ocuparse gravemente en esto, cortar, combinar, improvisar vestidos y tocados elegantes...

¡Desdichado Franz! ¡Cuánto lo apenaban estos preparativos! La ida á Savigny, á la cual había procurado en vano oponerse, retardaba más y más su casamiento, felicidad que, sin saber por qué, alejaba Sidonia un poco cada día. Ni siquiera podía ir á verla, y una vez allá rodeada de obsequios, gustos y regocijos ¿quién podía decir cuándo y cómo volvería?

Á las señoras de Delobelle iba siempre el despechado amante á contarles sus cuitas, como sus alegrías, sin advertir como una vez se levantó vivamente la pobre Desiderata, en cuanto él entró, para hacerle sitio á su lado y cómo se sentó luégo con las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

Hacía algunos días que no trabajaban ya en pájaros ni moscas. La madre y la hija hacían volantes de color de rosa para el traje de Sidonia, y la verdad sea dicha, nunca jamás había cosido la buena de la cojita de mejor voluntad y gusto.

Y es que había heredado de su padre esa facilidad de ilusionarse y esperar hasta el fin y aún más allá.

Mientras Franz le refería sus amorosas cuitas, pensaba Desiderata que, ausente ya Sidonia, iría él con más frecuencia á visitarlas, siquiera no fuera más que por hablar de su amada; que de este modo lo tendría allí bien cerquita de ella; que velarían juntos ambos á dos esperando á su ilustre padre, y que acaso una

noche echara de ver, mirándola bien, la diferencia que hay entre la mujer que ama y la que sólo se deja amar.

Entonces la idea de que cada punto dado en el traje anticipaba una partida con tal y tanta impaciencia esperada, imponía á su aguja un movimiento extraordinario; y el pobre enamorado miraba con terror cómo á vista de ojos se iban acumulando en torno de ella volantes, guarniciones y demás adornos.

Luégo que el traje estuvo hecho, partió para Savigny la señorita Sidonia.

La quinta de Mr. Gardinois estaba situada en el valle del Orge, á orillas de este riachuelo tan caprichosamente bello con sus molinos, sus islas, sus exclusas y sus mantos de musgo que se extendían á lo largo de sus márgenes.

La casa, antiguo edificio á lo Luís XIV, alto sólo de techo, tenía cierto sello de tristeza, una apariencia especial de antigüedad aristocrática: amplia gradería, balcones de hierro oxidado, jarrones viejos en que las flores nuevas resaltaban vivamente sobre la roja piedra. Los muros de la cerca se extendían hasta perderse de vista, descendiendo por un suave declive hasta el mismo río, y la casa-habitación los dominaba con su cubierta de pizarra y el poblado parque con sus tilos y fresnos, sus castaños y álamos.

Pero el encanto de la antigua posesión era el agua que animaba su silencio y alegraba sus vistas. Sin contar el río, había en Savigny manantiales, fuentes, estanques, donde se refleja el sol en toda su gloria; y esto sentaba muy bien á aquella antigua casa enmohecida, verdosa y un tanto corroída, como un peñasco al borde de un río.

Por desgracia, en Savigny como en la mayor parte de esos palacios de verano parisienses, de que han hecho su presa los advenedizos del comercio y de la es-

peculación, los castellanos no estaban en armonía con aquella aristocrática vivienda.

Desde que la adquiriera el viejo Mr. Gardinois, sólo se ocupaba en deshacer lo que á dicha había venido á parar á sus manos: cortaba árboles para despejar la vista, embarazaba el parque con feas tapias para atajar á los merodeadores y reservaba toda su solicitud para un magnífico huerto, que dándole fruta y legumbres en abundancia, le parecía más de su tierra, de la tierra del labriego.

En cuanto á los salones, cuyos pintados cuarterones palidecían con las nieblas del otoño, en cuanto á los estanques invadidos por las ninfeas, en cuanto á las grutas y puentes de rocalla, sólo les daba importancia por la admiración de los visitantes de buen gusto y porque de todo esto se componía lo que tanto lisonjeaba su vanidad de antiguo marchante de bueyes... un palacio campestre.

Hombre ya entrado en años, sin poder ya cazar ni aun pescar, pasaba el tiempo en vigilar los más ínfimos detalles de aquella inmensa posesión. El grano que se echaba á las gallinas, el precio del último pasto vendido, el número de haces de paja encerrados en un inmenso granero de rotonda, le daban motivos sobrados para estar rabiando todo el día. Y ciertamente, cuando se veía de lejos aquel bello Savigny con el palacio á media cuesta, el río lamiendo sus piés, los áltos terrazos sombreados por la yedra, los sillares sosteniendo el parque en la majestuosa pendiente del terreno, ni se hubiera podido sospechar la mezquindad, la pobreza de espíritu del propietario.

En la ociosidad de su riqueza, aburriéndose en París, vivía en su quinta todo el año, y en la estación estival iban allá los de Fromont á hacerle compañía.

Madama Fromont era una señora afable, inteligente, á quien el despotismo brutal de su padre había obligado desde muy temprano á la obediencia pasiva y perpetua; y guardaba la misma actitud para con su marido, cuya bondad é inteligencia no habían podido corregir aquella naturaleza humillada, silenciosa, indiferente á todo y como irresponsable. Habiendo vivido siempre agena á los negocios, había venido á ser rica sin echarlo de ver y sin el menor deseo de aprovecharse de su riqueza: su hermosa casa de París y el palacio de su padre en Savigny no le causaban sino molestia: en ellos ocupaba el menor lugar posible, llenando su vida con una sola pasión, el orden, un orden monstruoso, fantástico, inverosímil, que consistía en cepillar, en limpiar el polvo, en hacer relucir por sí misma, sin descanso, los espejos, los dorados, las molduras de las puertas.

Cuando no tenía nada que limpiar, aquella extraña mujer la emprendía con sus alhajas, y á fuerza de dar lustre á la cifra de su marido entrelazada con la suya, acabó por borrar todas su letras. Su manía la siguió á Savigny: recogía las ramas secas en los andenes, escarbaba el musgo con la punta de su sombrilla, hubiera querido limpiar de polvo las hojas, deshollinar los árboles viejos, y muy á menudo en el tren envidiaba las casitas de campo alineadas á lo largo de la vía tan blancas de suyo y tan limpias, con sus relucientes cubiertas, sus bolas de metal inglés y sus jardincitos prolongados que no sino parecen cajones de cómoda. Este era su tipo de casa de campo.

Mr. Fromont, que no iba allá mas que de paso y aun así, con la eterna preocupación de sus negocios, tampoco estaba á gusto en Savigny. Únicamente Clara estaba como en su casa en tan hermoso paraje. Obligada á bastarse á sí misma, como todos los niños solitarios, miraba con predilección ciertos paseos, vigilaba las florescencias, tenía su andén, su árbol, su banco favorito para leer. La campana de la comida la

embalsaman todo un aposento, los canastillos de flores, el tono frío de los criados, el indolente *enganchad* de madama Fromont...

¡Y qué bien hallada estaba entre estos refinamientos de los ricos! ¡Cómo era efectivamente ésta la existencia que le convenía! Parecíale que jamás había tenido otra.

De pronto, en médio de su embriaguez, llegó una carta de Franz, que le hacía volver á la realidad de su vida, á su mísera condición de futura esposa de empleado, y la ponía por fuerza en la mezquina habitación que habían de ocupar un día en lo alto de alguna casa vieja y sombría, cuyo aire pesado é impregnado de miseria le parecía respirar ya.

¿Romper sus relaciones?

Podía ciertamente hacerlo, puesto que no había dado más prenda que su palabra. Pero despedido Franz ¿quién sabe si no lo sentiría?

En aquella cabecita enloquecida de ambición se chocaban las más extrañas ideas. Á veces, mientras el abuelo Gardinois, que había dejado en su honor su antiguo traje de caza, se chanceaba con ella gustando de contradecirla, á trueque de obtener alguna graciosa réplica, mirábalo sin contestar, fija y fríamente hasta lo hondo del alma. ¡Ah! ¡Si hubiera tenido siquiera diez años menos!... Pero esta idea no la ocupó mucho tiempo. Un nuevo personaje entró en escena y una nueva esperanza acababa de penetrar en su vida.

Desde la llegada de Sidonia, Jorge Fromont, á quien no se veía en Savigny más que los domingos, había tomado la costumbre de ir á comer allá casi todos los días.

Era Jorge un joven enteco, pálido, pero elegante. Huérfano de padre y madre y educado por su tío Mr. Fromont, estaba llamado á sucederle en su comercio y verosímilmente también á ser el marido de

Clara. Este porvenir ya hecho lo dejaba bastante frío: no le gustaba el comercio, lo primero; y en cuanto á su prima, existía entre ellos una intimidad de niños, de una educación común, una confianza de hábito; pero nada más, á lo menos por su parte.

Con Sidonia, al contrario, se sintió desde luégo embarazado, tímido, y al mismo tiempo deseoso de causar efecto, cambiado completamente. Tenía ella precisamente la gracia que á él le gustaba, y no pasó mucho tiempo sin que notara la impresión que producía en él.

Cuando las dos jóvenes se paseaban por el parque, Sidonia era siempre quien pensaba en la hora del tren de París. Las dos llegaban juntas á la verja á ver los pasajeros y la primera mirada de Jorge era siempre para Sidonia, un poco detrás de su amiga, pero en esa postura y con ese aire que salen, por decirlo así, al encuentro de los ojos. Esta inteligencia entre ellos duró algún tiempo: no se hablaban de amor; pero todas las palabras, todas las sonrisas que cambiaban, estaban llenas de declaraciones y reticencias.

Una tarde de verano nublosa y pesada, como hubieran salido las dos amigas, apenas levantados los manteles, y se pasearan bajo el seto de ojaranzos, fué luégo Jorge á buscarlas. Hablando estaban los tres de cosas indiferentes, haciendo rechinar los guijarros bajo sus lentos pasos, cuando se oyó la voz de madama Fromont, que llamaba á Clara por la parte de la quinta. Jorge y Sidonia quedaron allí solos y continuaron andando sin hablar ni menos acercarse uno á otro.

Un viento tibio agitaba el seto; movía igualmente el agua del estanque, batía suavemente con sus ondas los arcos del puente; tilos y acacias, cuyas desprendidas flores volaban entre las ráfagas, perfumaban el aire electrizado... Sentíanse los dos jóvenes en una atmósfera de tempestad, vibradora, penetrante... En



lo interior de sus turbados ojos se encendían relámpagos de calor como los que inflamaban el límite del horizonte.

—¡Oh! ¡Qué luciérnagas tan bellas! —exclamó Sidonia á quien embarazaba este silencio, turbado sólo por misteriosos ruidos.

En efecto, unas lucecitas verdes y bulliciosas iluminaban las cintas de la yerba. Y se bajó á tomar una sobre el guante. Jorge fué á arrodillarse cerca de ella, é inclinados los dos sobre la yerba hasta confundir el aliento, se miraron un momento á la claridad de las luciérnagas. ¡Cuán extraña y bella pareció la joven al galán con aquel reflejo verde que subía á su inclinado rostro y se perdía entre los rizos de sus hermosos cabellos!... Con esto, rodeó su talle con el brazo y de repente, sintiendo que ella se le abandonaba, la estrechó contra sí con amoroso delirio.

—¿Qué buscais ahí?—preguntó Clara, en pié, en la sombra por detrás de ellos.

Embargado, con la garganta apretada, Jorge temblaba tanto que no pudo contestar. Sidonia, al contrario, se levantó con el mayor sosiego y contestó gallardamente:

—Miramos estas luciérnagas. Vé cuántas hay esta tarde y cómo brillan.

Sus ojos también brillaban con fulgor extraordinario.

—La tempestad sin duda...—murmuró Jorge todavía desconcertado.

Y en efecto, la tempestad se venía encima. Grandes oleadas de hojas y polvo corrían de uno á otro extremo del vallado, y los tres jóvenes, después de dar algunos pasos, volvieron á la quinta. Clara y Sidonia tomaron sus labores y Jorge se entretuvo con un periódico que halló á mano, mientras madama Fromont limpiaba sus sortijas y Mr. Gardinois jugaba al billar con su yerno en la sala contigua.

¡Cuán larga le pareció á Sidonia aquella tarde! Sólo tenía un deseo: hallarse sola, libre de sus pensamientos.

Pero en el silencio de su aposento, luégo que hubo apagado la luz, que estorba los sueños iluminando con demasiada viveza la realidad, ¡cuántos proyectos! ¡Qué transportes de alegría! Jorge Fromont, el heredero de la fábrica, la amaba... Se casaría con él y sería rica; porque en aquella alma venal, el primer beso de amor no había despertado más que ideas de lujo y ambición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para cerciorarse bien de que su amante era sincero, procuraba recordar los más ligeros pormenores de la escena de las luciérnagas: la expresión de sus ojos, la pasión con que la estrechaba, los juramentos balbuceados, labios con labios, á la vaporosa luz de los fosfóricos insectos, que un momento solemne había fijado para siempre en su corazón.

¡Oh! qué preciosas luciérnagas las de Savigny!

Toda aquella noche estuvieron rielando como estrellas ante sus ojos: el parque estaba cuajado de ellas hasta el fondo de sus más sombrías avenidas; las había en todos los tallos del musgo, en todas las hojas de los árboles, en todos los árboles del bosque... en la menuda arena de los andenes, y en las ondas del estanque rutilaban las mismas chispas verdosas; y todos aquellos resplandores microscópicos formaban como una iluminación de fiesta en que se envolvía Savigny para celebrar los esponsales de Jorge y de Sidonia.

Al día siguiente, cuando se levantó, su plan estaba formado. Jorge la amaba: sobre esto no cabía duda. Ahora bien: ¿Querría casarse con ella? Bien sospechaba que no la muy sagaz; pero no se asustaba, ni mucho menos. Sentíase con fuerzas para dominar aquella alma de niño, débil y apasionada á la vez. No había sino resistirse, y esto es lo que hizo.

Durante algunos días, estuvo fría, indiferente, voluntariamente ciega y desmemoriada. Quiso él hablar con ella, encontrar el momento feliz; pero Sidonia se esquivaba poniendo siempre entre los dos un testigo. Entonces el enamorado le escribió.

Él mismo iba á depositar sus cartas en el hueco de una roca, junto á una cristalina fuente que llamaban el *Fantasma*, cubierta con un techo de paja en el fondo del parque.

Á Sidonia le parecía esto encantador. Por la noche era menester mentir, inventar cualquier pretexto para

ir sola á la fuente. La sombra de los árboles al través de las avenidas, la turbación de la severa noche, la carrera, la emoción le hacían palpitar deliciosamente. Encontraba allí la carta impregnada de rocío, del intenso frío de la fuente, y tan blanca á la claridad de la luna, que tenía que esconderla presurosa temiendo que ojos extraños la vieran.

Luégo que estaba á solas ¡qué alegría de abrirla y descifrar aquellos caracteres mágicos, aquellas frases de amor, cuyas palabras resplandecían rodeadas de círculos verdes, azules, amarillos, deslumbradores, como si hubiera leído su carta á la fulgúrea luz del sol.

«Amo, amo á usted... Ámeme usted á mí...» escribía Jorge en todos los tonos.

Al principio no contestaba Sidonia; pero cuando lo supuso bien enamorado, bien suyo, exasperado por su frialdad, entonces le dió esta admirable contestación:

«Yo no amaré sino á mi marido.»

La niña Sidonia era ya una verdadera mujer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



V

De como acaba la historia de la niña Sidonia.

Entretanto llegó el mes de Setiembre.

La caza había reunido en la quinta una multitud de gente, alegre, pero vulgar. Todo era francas comilonas, en que aquellos ricos mercaderes pasaban horas y horas hasta quedarse dormidos como gañanes. Iban en carruaje á recibir á los cazadores al crepúsculo ya frío de las tardes de otoño. La bruma subía de los segados campos, y mientras las reses huían espantadas buscando asilo en los rastrojos, parecía que salía la oscuridad de todos aquellos bosques, cuyas foscas masas crecían al destacarse en la llanura.

Encendíanse las linternas de los carruajes, y al calor de las mantas volvían más que deprisa los expedicionarios con viento fresco á la cara. Entonces el salón, espléndidamente alumbrado, resonaba con mil chanzonetas y risotadas.

Clara Fromont, mal hallada en tan grotesca compañía, no despegaba los labios; pero Sidonia brillaba en todo su esplendor. La expedición había animado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su tez, pálida de suyo, y muy más sus ojos de París: sabía muy bien reir, comprendía acaso demasiado, y para los hombres que allí había, no parecía sino la única mujer presente. Esta admiración acababa de trastornar á Jorge; sólo que á medida que él adelantaba, se mostraba más reservada ella. Con esto, resolvió desde luégo ser su esposo, ya que no podía ser otra cosa. Y se lo juró á sí mismo con esa exagerada decisión de los caracteres débiles, que al parecer combaten siempre de antemano las objeciones á que al fin han de ceder.

Este momento crítico fué necesariamente para Sidonia el más fausto de su vida. Aun fuera de toda mira ambiciosa, su natural ligero y disimulado se gozaba, con extraño encanto, en esta intriga de amor desarrollada tan mañosamente en medio de las fiestas y festines de la quinta.

Al rededor de ellos maldito si sospechaba álguien lo más mínimo. La buena de Clara estaba en ese período sano de la juventud en que el espíritu, medio abierto, por decirlo así, se apega á lo que conoce con ciega confianza, la ignorancia completa de las mentiras y traiciones. Mr. Fromont sólo pensaba en sus negocios y su mujer daba lustre á sus joyas con su ahinco maniático. No eran allí de temer más que las barrenas ó sean los ojos del viejo Gardinois; pero Sidonia lo divertía á su sabor; fuera de que, si hubiera descubierto algo, no era capaz de hacerle perder su porvenir.

Sidonia, pues, triunfaba, cuando por mal de sus pecados, vino á aniquilar sus doradas esperanzas imprevista y súbita catástrofe.

Y fué que una mañana, á la vuelta de un acecho, trajeron mortalmente herido á Mr. Fromont. Un tiro de escopeta mal dirigido á un corzo, lo había alcanzado á él en la frente. No hay para qué decir el trastorno de la casa.

Todos los cazadores, entre los cuales se confundía desconocido el torpe y funesto tirador, partieron sin

más demora á París. Clara, traspasada de dolor, entró para no salir más en el aposento en que agonizaba su padre infeliz; y Risler, avisado de la desgracia, fué sin perder momento á traerse á Sidonia.

La víspera de su partida, tuvo ésta con Jorge una entrevista en la fuente del *Fantasma;* entrevista de despedida triste, furtiva y fugaz, solemnizada por la proximidad de la muerte. Con todo eso, juráronse otra vez más amarse siempre, poniéndose de acuerdo para dirigirse las cartas y se separaron.

—¡Lúgubre regreso!

De súbito volvía Sidonia á su vida vulgar de siempre, acompañada de la desesperación de Risler, para quien la muerte de su caro patrono era una pérdida irreparable. Llegado que hubo á su casa, fuéle preciso referir hasta los menores detalles de su estado en la quinta, hablar de sus moradores, de los convidados, de las fiestas, del desastre final. ¡Qué suplicio para ella, que debiéndose toda á su idea fija, tenía tanta necesidad de soledad y silencio! Pero todavía no era esto lo peor.

Lo peor era que, desde el primer momento, Franz había vuelto á sentarse á su lado, reivindicando sus derechos de futuro esposo. Y sus ojos que la buscaban, y sus palabras que á ella sola se dirigían, parecíanle exigentes por demás é intolerables.

Á pesar de su timidez y desconfianza, el pobre mozo se creía en su terreno, terreno firme, como asentado en su derecho de amante aceptado; y Sidonia se veía obligada á salir de sus fastuosos sueños para contestar al porfiado acreedor, aplazando siempre el vencimiento.

Pero llegó el día en que la indecisión no fué ya posible. Había prometido á Franz darle su mano de esposa tan luégo como tuviera una posición; y veis aquí que le ofrecen una plaza de ingeniero en el Mediodía, en los altos hornos de la *Grand' Combe*. Era todo lo suficiente para una familia modesta.

No había medio de retroceder.

Era preciso condescender ó buscar un subterfugio aceptable.

En tan premioso peligro hubo de pensar en Desiderata. Bien que la cojita no le hubiera hecho nunca cosa de confidencia, harto y demás sabía ella que estaba enamorada de Franz: hacía mucho tiempo que lo había adivinado, sorprendiendo este secreto con sus ojos de coqueta, claros y cambiantes espejos que reflejaban todos los pensamientos extraños sin reflejar nunca los suyos propios. Acaso también la idea de que otra mujer amaba á su novio le había hecho al comienzo más soportable el amor de Franz; y como se ponen estatuas en las tumbas para hacerlas menos tristes, la carita pálida de Desiderata en el umbral de aquel porvenir tan negro, había hecho que le pareciera menos siniestro.

Así las cosas, esto le ofrecía un pretexto honroso y fácil para desembarazarse de su compromiso.

—No, no, madre mía—dijo en su oportunidad á madama Chebe—nunca me prestaré de buen ni de mal grado á hacer la infelicidad de una amiga como Desiderata; me mataría el remordimiento. ¡Pobre cojita! ¿No has notado qué mala cara hace desde mi regreso y qué expresión de súplica tienen sus ojos cuando la pobre me mira? ¡Oh! no, no seré yo quien la haga eternamente infeliz robándole á su Franz.

Bien que admirando el gran corazón de su hija, madama Chebe hallaba exagerado el sacrificio y hacía sus objeciones.

—Reflexiona, hija mía, que somos pobres, y que un marido como Franz no se presenta todos los días.

—Tanto peor... no me casaré—dijo Sidonia sin rodeos.

Y viendo que era bueno su pretexto, á él se atuvo con la mayor energía. Nada tuvo eficaz virtud para hacerle revocar su resolución, ni las lágrimas de Franz, á quien exasperaba esta negativa rodeada de razones

vagas, que ni aun siquiera se le explicaban; ni menos las súplicas de Risler, á quien madama Chebe había cuchicheado con el mayor misterio las razones de su hija, admirable á pesar de todo para él en méritos de su abnegación.

—No la acuses: es un ángel—decía á su hermano procurando tranquilizarlo.

—¡Oh! sí, un ángel es—repetía la madre suspirando.

De modo que al pobre novio burlado ni aún le quedaba el derecho de quejarse. En su despecho, se decidió á irse de París, y pareciéndole demasiado cerca la *Grand Combe*, solicitó y obtuvo un empleo en Ismalia, en los trabajos del istmo de Suez. Y allá se fué sin haber querido saber nada del amor de Desiderata. Sin embargo, cuando fué á despedirse de ella, la pobre cojita levantó hacia él sus bellos ojos tímidos, en que estaban escritas legiblemente estas palabras:

—Yo te amo, si ella no.

Pero Franz Risler no sabía leer en los ojos de la pobre cojita.

Por fortuna, las almas habituadas á padecer tienen paciencia infinita. Luégo que partió su amigo, la infeliz Desiderata, con el caudal de ilusión que tenía de su padre, se puso animosa á trabajar, diciendo para sí:

—Lo esperaré.

Y desde entonces abría á toda su extensión las alas de sus pájaros, como si todos hubieran de partir, uno tras otro, para Ismalia en Egipto. ¡Y era bien lejos!

Desde Marsella, antes de embarcarse, todavía escribió el joven Risler á Sidonia una larga carta, cómica y patética á la vez, donde mezclando pormenores técnicos con las más tristes palabras de adios, el infeliz ingeniero declaraba que partía *con el corazón hecho pedazos, á bordo del transporte Sahib, embarcación mixta, de fuerza de 1500 caballos*, como si esperara que tan considerable número de caballos-vapor hubieran de

impresionar á su bella ingrata, dejando eterno remordimiento en su alma. Pero Sidonia tenía otras cosas en qué pensar.

Comenzaba á inquietarse con el silencio de Jorge, de quien sólo una vez había tenido noticias desde su venida de Savigny. Todas sus cartas quedaban sin contestación. Cierto que sabía por boca de Risler que estaba muy ocupado, y que la muerte de su tío le había echado encima una responsabilidad superior á sus fuerzas dejándole la dirección de la fábrica. Pero ¡no escribirle una palabra!

Desde la ventana del rellano, donde había vuelto á tomar sus silenciosas estaciones, pues ya se había dado buena maña para no volver al taller de las perlas falsas, procuraba Sidonia descubrir á su amante, espiaba sus idas y venidas á los patios y talleres, y por la tarde, á la hora del tren de Savigny, lo veía tomar el carruaje para ir á reunirse con su tía y su prima, las cuales pasaban los primeros meses de luto con el abuelo en el campo.

Todo esto la espantaba, y sobre todo, la proximidad de la fábrica le hacía más sensible el alejamiento de Jorge. ¡Pensar que llamándolo un poco alto, hubiera podido hacer que volviera la cara!... ¡Pensar que sólo una pared los separaba!... Y sin embargo, en aquel momento estaban muy lejos uno de otro.

Recuerdas, Sidonia, aquella triste noche de invierno, en que el buen Guillermo Risler entró en casa de tus padres diciendo con grande animación de semblante y voz:

—¡Buenas noticias!

Muy buenas, en efecto.

Jorge Fromont acababa de decirle que, obedeciendo á la última voluntad de su difunto tío, iba á contraer matrimonio con su prima Clara, y que no pudiendo él solo dirigir la fábrica, había resuelto hacerlo su consocio, dando á la casa la razón social: *Fromont menor y Risler mayor*.

¿Cómo Sidonia, cómo pudiste conservar la calma al saber de rondón que se te escapaba la fábrica y que otra mujer iba á ponerse en tu lugar?

¡Qué noche tan siniestra!... Madama Chebe zurcía junto á la mesa, su marido se enjugaba al fuego la ropa empapada de lluvia... ¡Oh! qué miserable habitación! La luz apenas alumbraba, la comida hecha á la ligera había dejado olor de cocina, y cocina de pobre. Y aquel Risler, ebrio de alegría, que hablaba sin cesar, echando cálculos y haciendo proyectos con creciente animación...

Todo esto te oprimía el corazón, te hacía aún más espantosa tu traición, al comparar la riqueza que huía de tu mano tendida con la infame medianía á que estabas condenada.

Sidonia enfermó gravemente.

Desde su lecho, cuando los vidrios sacudidos por el viento sonaban bajo las cortinas, siempre creía la infeliz que el coche nupcial de Jorge y Clara pasaba por la calle; y tenía crisis nerviosas, mudas, inexplicables, como una fiebre de cólera que la consumía.

Por fin, el tiempo, la mocedad, la solicitud de su madre, y sobre todo, el cariñoso cuidado de Desiderata, que ya sabía el sacrificio que le había hecho, triunfaron de la enfermedad. Pero Sidonia estuvo muy débil por espacio de mucho tiempo, poseída de mortal tristeza y atacada de congojas que la sacudían nerviosamente.

Ahora quería viajar para huir de París; ahora no quería sino meterse monja. Todos los que la rodeaban se afligían de oirla y buscaban la causa de aquel singular estado, más angustioso aún que la misma enfermedad, cuando de pronto hubo de revelar á su madre el gran secreto de sus tristezas y congojas.

Y era á saber que amaba á Risler mayor. Jamás se había atrevido á decirlo por el mismo pudor; pero á Guillermo había amado siempre y no á Franz.

La noticia de esta inverosímil revelación hubo de sorprender á todo el mundo, y á Risler más que á nadie; pero la muchacha era tan linda, lo miraba con ojos tan dulces, tan claros y serenos, que el bueno del solterón se enamoró en el mismo punto como un asno. Acaso también, sin que él lo supiera á ciencia cierta, estaba este amor en lo hondo de su pecho de mucho tiempo atrás..... . . . . .

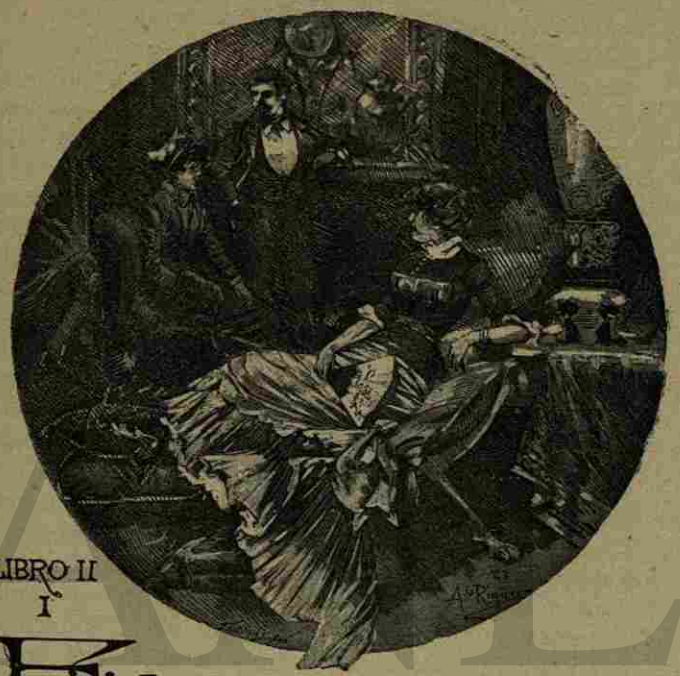
Y he aquí cómo se explica que la noche de su boda la joven madama Risler, blanca toda en su traje nupcial, mirara con sonrisa de triunfo la ventana del rellano, donde diez años de su vida estaban como encuadrados. Aquella orgullosa sonrisa en que también se revelaban la compasión y el desprecio que tienen siempre las recién enriquecidas para la humildad ó medianía de sus principios, se dirigía con toda evidencia á la pobre y doliente niña que creía ver allá arriba, enfrente de sí misma, en la profundidad de lo pasado y de las sombras, y parecía decirle mostrándole la fábrica:

—¿Qué dices tú de esto, chicuela? Ya lo estás viendo: estoy en ella ahora.



LIBRO SEGUNDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LIBRO II

I

EL DIA DE MI ESPOSA

Son las doce del día.

La gente del *Marais* está almorzando.

Las pesadas vibraciones que anuncian la oración en San Pablo, en San Gervasio y en el Sacramento, se mezclan con los más ligeros tañidos de las campanas de fábrica. Cada uno de estos toques tiene su expresión distinta: los hay tristes y alegres, despiertos y dormidos. Hay campanas ricas, dichosas, que suenan para centenares de operarios; hay campanas pobres,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tímidas, que al parecer se ocultan detrás de las otras, haciéndose pequeñitas, como si temieran que las oyera la quiebra. Hay luégo las embusteras, las desvergonzadas, las que suenan para afuera, para la calle, para hacer creer que una casa cualquiera es una casa importante, puesto que llama tanta gente á sus talleres al gárrulo són de tanto bronce.

Á Dios gracias, la campana de la fábrica Fromont no se parece á ninguna de estas: áunque vieja y cascada, es una buena campana, conocida en el *Marais* desde cuarenta años há y sin haber holgado mas que los domingos y los días de tumulto.

Á su voz, todo un pueblo de obreros desfila por debajo de la portada del antiguo palacio y se desliza en los figones inmediatos. Los aprendices se sientan al borde de las aceras con los peones de albañil: para reservarse media hora de juego, almuerzan en cinco minutos con todo lo que rueda en París para los ambulantes y los pobres: castañas, nueces, manzanas: y al lado de ellos, los albañiles rompen grandes molletes de blanquísimo pan, de harina y yeso. Las mujeres tienen prisa y se van corriendo: todas tienen en casa ó en el asilo un hijo ó un padre que cuidar, sobre los demás cuidados domésticos. Sofocadas por el aire de los talleres, con los parpados hinchados, y todo el polvillo del papel aterciopelado en los cabellos, polvillo que les hace toser constantemente, aprietan el paso al través de la calle atestada de gente y ómnibus, que van y vienen en confusión espantosa.

Cerca de la puerta, sentado en un pedrusco, especie de guardacantón, que servía en otro tiempo de montadero á los jinetes, está mirando Risler con benévola sonrisa la salida de los operarios. Para él es siempre una dicha la estimación de aquellos honrados hijos del trabajo, á quienes conoció allí cuando era pobre y humilde como ellos. Aquel «buenos días, señor Risler» dicho por tantas voces diferentes y todas afectuosas, le llega á lo hondo del corazón. Los niños se le acercan sin temor: los dibujantes con sus luengas barbas, medio artistas, medio operarios, le dan de paso un apretón de manos y lo tutean. Acaso haya en todo esto demasiada familiaridad, porque el honrado Risler no ha comprendido aún el prestigio y la autoridad de su nueva posición, y yo conozco á álguien que da por humillante este trato de á la buena de Dios. Pero este álguien no puede verlo en este momento y el patrono se aprovecha de él para dar una amistosa pescozada al antiguo tenedor de libros, Sigismundo Planus, que sale el último de todos, tieso, encendido, descubierto siempre por temor á las apoplegías.

Risler y Sigismundo son compatriotas y se tienen mutuamente estimación profunda, que data de sus comienzos en la fábrica, del tiempo ya lejano en que almorzaban juntos en la lechería de la esquina, á la cual va solo ahora Sigismundo.

Pero ¡cuidado! aquí viene el carruaje de Fromont menor. Desde por la mañana está en movimiento, y los dos consocios departen amistosamente sobre sus negocios, dirigiéndose á la alegre casa que habitan en el fondo del jardin.

—He estado en casa de los Prochasson—dice Fromont—y me han enseñado nuevos modelos, muy bellos por cierto. Hemos de estar sobre aviso, pues tenemos allí serios concurrentes.

Risler no se inquietaba por tan poco, sintiéndose fuerte con su talento y experiencia. Luégo... pero esto bajo reserva... va á la pista de un maravilloso invento, una estampadora perfeccionada, cualquier cosa... en fin, ya veremos lo que sale. Hablando así, entran en el jardín, tan bien cuidado como un *square*, con acacias tan antiguas como el palacio y yedras que cubren las altas y negras paredes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MÉXICO

Al lado de Fromont menor, Risler mayor parece un dependiente que da cuenta á su principal: á cada paso se detiene para hablar, porque su acción es pesada, lentas sus ideas, y su palabra difícil... ¡Oh! Si él pudiera ver la carita de rosa que observa todo esto atentamente desde los vidrios del segundo piso...

Madama Risler, ó sea Sidonia, espera á su marido para almorzar, y se impacienta con su pesadez de bonachón. Con la mano le hace una seña «¡Vamos pues!» Pero Risler no la ve: está muy entretenido con la pequeñuela de Jorge y de Clara, que toma el sol entre sus encajes en brazos de su nodriza.

—¡Qué linda es! Es el retrato de usted, madama Georges.

—¿Así lo cree usted, buen Risler? Pues todos dicen que se parece á su padre.

—Sí, algo se parece... pero no obstante...

Y todos, el padre, la madre, Risler, la nodriza, se dan á buscar una semejanza en aquel bosquejo de sér, que los mira con sus vagos ojos, deslumbrados por el sol.

Sidonia se inclina sobre su ventana entreabierta para ver lo que hacen y por qué no sube su marido.

En este momento Risler toma en brazos á la niña, todo aquel manojo de azucenas, y se empeña en hacerle reir y gorjear con caricias y mimos de abuelo. En efecto ¡qué aire de viejo tiene el pobre hombre! Su corpachón, que reduce ante la niña, su recia voz que quiere suavizar y la ensordece, son otras tantas ridiculeces.

Allá arriba patea su mujer y dice entre dientes:

—¡Qué imbécil!

Finalmente, cansada de esperar, envía á avisar á su esposo que el almuerzo está servido. Pero la partida está tan empeñada, que el bueno de Risler no sabe cómo interrumpir aquella explosión de alegría y de

gorjeos. Por fin, devuelve la niña al ama y se dirige á la escalera riendo de muy buena gana.

Todavía ríe al entrar en el comedor; pero una mirada de su mujer le hace callar de súbito.

Sidonia está sentada á la mesa delante del escalfador cargado. Vese en su postura de víctima la resolución hecha de estar de mal humor.

—¿Le parece á usted esto regular?

Risler se sienta un tanto avergonzado.

—¿Qué quieres? Esa niña es tan...

—Le he rogado á usted mil veces que me haga el favor de no tutearme.

—Pero cuando estamos solos...

—Nunca sabrá usted hacerse á nuestra nueva posición. Y así es que nadie nos respeta. El tío Aquiles apenas me saluda, cuando paso por su casilla. Verdad es que no soy de la familia de Fromont ni tengo carruaje ni...

—Bien sabes... digo... bien sabe usted que puede servirse del cupé de madama Georges, que lo tiene siempre á nuestra disposición.

—¿Cuántas veces he de decirle que no quiero deber ningún favor á esa mujer?

—¡Por Dios! Sidonia...

—Sí, ya lo sabemos. Madama Fromont es un ídolo, á quien está prohibido tocar, y yo debo resignarme á no ser nada en la casa, á que nos humillen y pisoteen.

—Vamos, vamos, Sidonia.

El pobre Risler procura interponerse, decir algo en favor de su querida madama Fromont; pero es poco hábil, que es la peor de las conciliaciones, y entonces estalla Sidonia.

—Yo digo que, con su aspecto tranquilo, esa mujer es orgullosa y mala. Desde luégo me detesta, lo sé. Mientras era yo la pobre Sidonia á quien se daban las joyas rotas y los vestidos viejos, todo iba bien; pero

ahora que soy ama yo también, ahora esto la deprime y humilla. Madama Fromont me da consejos sin descender de su altura, critica todas mis acciones, he hecho mal en tomar una doncella. Naturalmente ¿no estoy acostumbrada á servirme á mí misma? Va buscando todas las ocasiones de ofenderme. Cuando voy á su casa los miércoles, hay que oir el tono con que delante de todos me pide noticias de la buena madama Chebe. Pues bien, si soy una Chebe, ella es una Fromont y vayan lo uno por lo otro. Mi abuelo era boticario, y el suyo ¿qué es? Un patán enriquecido por la usura. ¡Oh! Yo se lo diré algún día, si vuelve á humillarme con su entono, como también que su hija le parece á su abuelo Gardinois, que no es muy hermoso, que digamos.

—¡Oh!—exclama Risler sin encontrar una palabra qué decir.

—Puede usted admirar á esa muñeca. Siempre está enferma, y así es que pasa la noche en peso maullando como un gato, sin dejarme dormir. Y luégo de día me quiebra la cabeza su madre con su piano y sus gorgoritos. ¡Mal haya su música y su!...

Risler toma el mejor partido, que es callar. Después, cuando conoce que empieza á calmarse, acaba de serenarla con lisonjeras palabras.

—¡Qué hermosa está hoy!... ¿No se hacen visitas?

Para evitar la dificultad del tratamiento, se sirve el pobre hombre del vago impersonal, que no es *tú*, pero tampoco *usted*.

—No, no hago visitas—contestó Sidonia con cierta altivez—al contrario, las recibo... es mi día.

Y en vista del aire de sorpresa y confusión de su marido, añade:

—Sí, es mi día. Á dicha ¿no tiene también el suyo madama Fromont? Pues bien, creo que me será lícito á mí tenerlo igualmente.

—Sin duda... sin duda--murmura el bueno de Risler, mirando con cierta inquietud en torno de sí.—Por eso he visto tantas flores por todas partes, en los descansos, en el recibidor...

—Sí, esta mañana envié á la doncella á cogerlas del jardín. ¿He hecho mal?... ¡Oh! No lo dice usted, pero estoy cierta de que no he hecho bien. Yo creía que las flores del jardín eran nuestras como de ellos.

—Sí, por cierto... sin embargo, tú... usted... acaso hubiera sido mejor...

—¿Pedirlas?

—Eso es.

—¡Qué disparate! ¡Humillarme todavía más! Y por un miserable ramo de flores!... Después de todo, yo no me he ocultado para enviar á la doncella, ni la doncella para cogerlas. Y ahora, cuando venga Clara...

—¿Ha de venir madama Fromont?

Sidonia dió un salto, indignada.

—¡Cómo que si ha de venir!... ¡Es cosa chusca! Pues ¡no faltaba más sino que me hiciera ese desaire! Todos los miércoles voy yo á su casa á aburrirme entre una comparsa de vanidosas y figureras.

No dice que estos miércoles de madama Fromont le han servido mucho, siendo para ella como un semanario de modas, como una de esas publicaciones de orden compuesto, donde se enseña el modo de entrar, de salir, de saludar, de poner flores en una jardinera y tabacos en la cigarrera, sin contar los grabados, los figurines de la elegancia, del buen gusto, de la última moda. Tampoco dice Sidonia que á estas amigas de Clara, de que habla tan desdeñosamente, les ha suplicado que vengan á verla en su día, ni que este día ha sido elegido por ellas.

¿Vendrán? ¿Hará madama Fromont menor á madama Risler mayor el desaire de faltar á su primer viernes? Esto le da inquietud febril.

—Pero acabe usted de tragar, hombre de Dios—exclamó Sidonia impacientada con la pesadez de Risler, que es hombre de peso y lo hace todo despacio y bien, salvo lo que hace mal.

Su hábito es, en cuanto á comer, hacerlo tan bien como despacio; encender luégo su pipa sin levantarse de la mesa y saborear el café á muy pausados sorbos; sino que esta vez, por la impaciencia, en cierto modo legítima, de su cara mitad, tiene que renunciar á sus hábitos y gustos y levantarse sin desenvainar la pipa, ni tomar café, para ir á vestirse sin demora, porque Sidonia se ha empeñado en que suba esta tarde á saludar á las damas que han de venir, si Dios quiere... y ellas también.

¡Qué acontecimiento tan singular en la fábrica esto de ver á Risler mayor, un día de entre semana, con su levita y corbata de los días colendos!

—¿Vas de boda, Risler?—le pregunta con gracejo Sigismundo, por detrás de su rejilla.

Y Risler contesta, no sin cierta altivez:

—No; es el día de mi esposa.

Muy luégo sabe todo el mundo en la casa que es el día, no de santa Sidonia, sino el de recepción de madama Risler, ó sea su viernes; pero el tío Aquiles, que se cuida del jardín, no está muy contento, qué digamos, porque han desgajado algunas ramas de los laureles de la entrada.

Sentado á la mesa en que dibuja, á la blanquizca luz de las altas ventanas, Risler mayor, que se ha quitado la incómoda levita, se arremanga las mangas de la planchada camisa para trabajar con más desenfado; pero la idea de que su esposa espera visitas lo preocupa é inquieta, y de vez en cuando vuelve á vestirse de etiqueta para subir á su casa.

—¿No ha venido nadie?—pregunta tímidamente.

—No señor; nadie.

En el salón rojo, porque tienen un salón de damasco rojo con su cónsola entre las ventanas y su velador en medio de la alfombra de flores claras, está instalada Sidonia en són de dama que recibe en medio de un círculo de sillas y butacas. Por aquí y por allá libros, revistas, un canastillo de labor de forma caprichosa, un ramo de violetas en un vaso de cristal y plantas verdes en las jardineras. Todo esto está dispuesto exactamente como en casa de Fromont, en el piso principal; sólo que el buen gusto, esa línea invisible que separa lo distinguido de lo vulgar, no está aún muy depurado. Diríase que es la copia mediana de un bello cuadro de género. La misma ama de casa viste un traje nuevo, flamante, pareciendo que está más bien de visita que en su casa. Pero á los ojos de Risler todo está bien, magnífico, irreprochable, y ya abre la boca para decirlo así al entrar en el salón, cuando la mirada colérica de su esposa lo intimida, corta y pára.

—Ya ve usted, son las cuatro—le dice indicándole el péndulo—nadie vendrá... pero á Clara, á Clara no le perdono el desaire. Y está en su casa: bien la oigo.

En efecto, desde las doce, anda Sidonia espiando el principal, á cualquier ruido que oiga, á los gritos de la niña, al golpe de una puerta que se cierra, al timbre que llama á un criado. Risler quisiera bajar otra vez, rehuir la conversación del almuerzo, cuyo tema se renueva; pero Sidonia no es de su parecer. Bueno es que él la acompañe ya que todo el mundo la abandona; y queda allí, clavado en su sitio como el necio que no se atreve á moverse durante una tempestad, temiendo atraer el rayo.

Sidonia, al contrario, se agita, va y viene por el salón, quita una silla, vuelve á ponerla en su lugar, llama en fin á la doncella y le ordena que baje á preguntar al tío Aquiles si ha venido álguien á visitarla.

Es tan malo el tío Aquiles, que acaso diga á las visitas que no está en casa la señora.

Pero no, el conserje no ha visto aún á nadie que pregunte por madama Risler.

Silencio y desesperación. Sidonia está de pié á la ventana de la izquierda; Risler á la derecha. Desde aquí ven el jardín, donde las primeras sombras del crepúsculo comienzan ya á cernerse, y el negro humo que la chimenea difunde en el espacio. El vidrio de Sigismundo es el primero que se ilumina en la planta baja; el mismo cajero prepara su quinqué con meticuloso cuidado, y su sombra se pasea por delante de la luz y se encorva ante la rejilla. La cólera de Sidonia se distrae un momento con estos detalles conocidos.

De pronto entra un cupé en el jardín y va á pararse á la puerta. Por fin viene alguien. En aquel cúmulo de sedas, flores, azabaches, brandeburgos y pieles que sube la escalinata vivamente, ha reconocido Sidonia á una de las más elegantes concurrentes á los salones de Fromont, la mujer de un rico comerciante en bronces. ¡Qué gloria recibir semejante visita! El matrimonio se atropella por tomar cuanto antes posición; y la toman al fin, Risler en la chimenea, Sidonia en una butaca, donde se pone á hojear con cierta negligencia una publicación ilustrada.

Posición perdida: la visita no es para Sidonia, pues no ha pasado del principal.

¡Ah! ¡Si madama Fromont pudiera oir lo que su vecina dice de ella y de sus amigas!...

En este momento se abre la puerta del salón y una voz anuncia solemnemente:

—Mlle. Planus.

Es la hermana del cajero Sigismundo, pobre solterona, humilde y bondadosa, que ha creído de su deber visitar á la esposa del principal de su hermano, y

parece estupefacta del buen recibimiento que se le hace.

—¡Qué amable es usted! Acérquese á la chimenea.

Y la rodean y la colman de atenciones y deferencias. El buen Risler se sonríe con expresión de gratitud, y la misma Sidonia, con ser tan orgullosa, despliega todas sus gracias, muy complacida de exhibirse en su gloria á una igual del tiempo ya pasado, y de pensar que la otra, Clara Fromont, debe de oir que le han venido visitas. Así, pues, hace todo el ruido que puede, rodando butacas, arrastrando la mesa... y cuando la solterona se retira, encantada, confundida, deslumbrada, la acompaña hasta la misma escalera con mucho frotar y crugir de sedas, y le grita inclinada sobre la barandilla, que todos los viernes recibe.

—¿Lo ha oído usted? ¡todos los viernes!...

Ha oscurecido ya y se encienden las dos arañas del salón. En la pieza inmediata se oye poner la mesa á la doncella. Se acabó. Madama Fromont no vendrá.

Sidonia está lívida de rabia.

—Ya está usted viendo. Esa orgullosa no tiene á bien subir diez escaleras. Sin duda cree que somos muy pequeños para ella... ¡Oh! me vengaré.

Y á proporción que desfoga su coraje con infinitas suposiciones y ofensivas palabras, se va haciendo vulgar su voz, tomando entonación de arrabal y acento ordinario en que se revela claramente la antigua operaria de perlas falsas.

Risler tiene la desgracia de pronunciar una palabra.

—¿Quién sabe? Acaso se haya indispuesto la niña.

—Déjeme usted en paz y no me hable más de esa muñeca. Usted tiene la culpa de lo que me pasa.

—¿Yo?

—Usted, sí, porque no sabe hacer que me respeten.

Y esto diciendo entró en su gabinete, cerrando tras sí la puerta con tal y tanta violencia que temblaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los globos de las luces y todos los vasos de los aparadores, mientras Risler, inmóvil en medio del desierto salón, contemplaba de mal talante sus blancos y bien planchados puños y sus amplios piés calzados de charol y murmuraba maquinalmente:

—¡El día de mi esposa!





II

La perla fina y la falsa

¿Qué tiene?... ¿Qué le he hecho yo?—se preguntaba con frecuencia Clara Fromont pensando en Sidonia.

No hay que decir que ignoraba absolutamente lo que había pasado tiempo atrás en Savigny entre su amiga y Jorge. Con su conducta recta, con su alma tranquila, érale imposible adivinar qué celosa y baja ambición había crecido á su lado en el espacio de quince años. Sin embargo, la mirada enigmática que le dirigía, la turbaba sin saber por qué. Á una política

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

afectada, impropia entre amigas de la infancia, sucedía de repente una cólera mal disimulada, un tono seco y agresivo, ante el cual quedaba Clara cortada, indecisa, como ante un problema. Á veces también un presentimiento singular, la vaga intuición de una desgracia se añadía á esta inquietud, porque las mujeres son todas un poco videntes y hasta entre las más cándidas, la profunda ignorancia del mal suele iluminarse con súbitas visiones de admirable lucidez.

Otras veces, después de una conversación prolongada, de uno de esos encuentros imprevistos en que cogidos de improviso los semblantes, dejan ver intenciones ó ideas antes veladas, reflexionaba Clara seriamente en la singular Sidonia; pero la vida era allí activa, premiosa con su envoltura de afectos y preocupaciones, y no le daba tiempo para detenerse en estas minuciosidades.

Llega, en efecto, para las mujeres una edad en que la existencia tiene giros tan súbitos que cambian todos los horizontes y se transforman todos los puntos de vista. En sus primeros años, aquella amistad que se separaba de ella á pedazos como desgarrada por una mala mano, la hubiera apenado mucho; pero ya había perdido á su padre, la mayor, la única afección de su juventud, y después se había casado. Había venido la niña con sus adorables exigencias de todos los instantes, y además conservaba consigo á su madre, casi otra niña, alelada como estaba por la trágica muerte de su marido.

En una vida tan ocupada, los caprichos de Sidonia tenían poco lugar; y apenas había pensado Clara en extrañar su casamiento con Risler. Cierto que tenía más edad que ella; pero, en fin, si se amaban...

En cuanto á creerse deprimida porque la Chebe hubiera llegado á tan alta posición haciéndose, de un golpe casi su igual, su alma superior era incapaz de

semejantes pequeñeces. Muy al contrario, hubiera querido de todo corazón ver feliz y considerada á una joven que habitaba cerca de ella, vivía por decirlo así de su vida y había sido su amiga de la infancia. Muy cariñosamente había procurado instruirla, iniciarla en el mundo, como se hace con una provincial bien dotada, á quien faltara muy poco para llegar á ser encantadora.

Entre dos mujeres jóvenes y guapas no se aceptan fácilmente los consejos. Así, por ejemplo, un día de gran comida, se llevaba Clara á Sidonia á su gabinete y sonriendo para que no se enojara, le decía:

— Menos joyas, chica,... y ya sabes que con vestidos cerrados no se llevan flores en la cabeza.

Pero Sidonia se sonrojaba, y bien que diera las gracias á Clara por su aviso, en lo hondo de su corazón inscribía un agravio más contra ella.

En la reunión de Clara se la había acogido con bastante frialdad.

El arrabal de San Germán tiene sus pretensiones; pero si creéis que el Marais carece de ellas, estáis en un error.

Aquellas mujeres é hijas de industriales, de ricos fabricantes, sabían la historia de Mlle. Chebe, y sin saberla, hubiéranla adivinado sólo en su modo de presentarse y estar entre ellas.

Por más que se esforzara Sidonia, siempre quedaba en ella algo de la damisela de almacén: su amabilidad un tanto forzada, á veces demasiado humilde, chocaba como el falso tono de las tiendas, y sus desdeñosas actitudes recordaban el magnífico talante de esas traficantas que en los almacenes de novedades, adornadas de vestidos de seda negra que guardan en el vestuario por la noche al retirarse, miran con gesto imponente desde lo alto de su peinado á grandes bucles, á las pobres gentes que se atreven á regatear.

Sidonia se veía examinada, criticada, y su misma timidez la obligaba á armarse en guerra. Los nombres pronunciados delante de ella, las diversiones, las solemnidades, los libros de que se hablaba le eran desconocidos. Clara, como mejor podía, la ponía al corriente, la mantenía á nivel, con una mano de amiga siempre tendida; pero entre aquellas damas, había alguna que encontraba linda á Sidonia. Esto bastaba para quererla mal por haber entrado en sus relaciones. Otras, orgullosas de la posición de su marido, la humillaban con su silencio ó con sus mismos extremos de política.

Sidonia las confundía á todas en una sola palabra; las amigas de Clara, que tanto era como decir las enemigas mías. Pero seriamente no quería mal más que á una.

Ni siquiera sospechaban los consocios lo que pasaba entre sus mujeres.

Risler, preocupado siempre con su invento ó *estampadora*, solía permanecer hasta media noche á su mesa de dibujo; Fromont pasaba los días fuera de la casa, almorzando casi siempre en su círculo. Tenía sus razones para estas ausencias.

La vecindad de Sidonia lo turbaba. Aquel apasionado capricho que por ella había tenido, aquel amor sacrificado á la última voluntad de su tío, recuerdos eran que le acudían á la memoria con todo el pesar de lo irreparable; y sintiéndose débil, huía. Era un hombre muelle, sin energía, bastante inteligente para conocerse, demasiado débil para dirigirse. La noche de bodas de Risler, cuando apenas hacía algunos meses que se había casado él, había vuelto á encontrar cerca de aquella mujer toda la emoción de las tempestuosas tardes de Savigny. Desde entonces, sin explicárselo bien, hubo de evitar verla y aun hablar de ella. Por desgracia, como vivían en la misma casa, y las mujeres se visitaban diez veces al día, la casualidad de los encuentros solía ponerlos en presencia; y sucedió una cosa singular, que ya hemos indicado: que queriendo ser honrado, este marido huía de su casa y buscaba fuera de ella sus distracciones.

Clara, por su parte, veía esto sin cosa de extrañeza. Se había habituado en vida de su padre á esa perpetua inseguridad de la vida de comercio, y durante estas ausencias, celosa de sus deberes como esposa y como madre, inventaba tareas, quehaceres de todas clases, paseos para su hija, descansos prolongados al sol, de donde volvía pagada de los progresos de la niña y penetrada de las alegrías y risas de los pequeñuelos al aire libre con algo de su irradiación en sus ojos serios.

Sidonia también salía mucho. Con frecuencia á la caída de la tarde, solía tomar el carruaje de Fromont lujosamente vestida, volviendo después de largas carreras por París. El bulevar, las muestras de las tiendas, las compras de géneros escogidos bien despacio, como para saborear el placer nuevo de gastar, la entretenían hasta muy tarde fuera de casa. Si á dicha encontraba á Jorge al salir ó entrar, cambiaban un ligero saludo, una fría mirada, y entraba él en su habitación como en un refugio, disimulando con una irrupción de caricias á su hija la turbación de súbito sentida.

Sidonia tampoco se acordaba ya de nada al parecer, teniendo sólo desprecio para un hombre tan débil y cobarde. Además, tenía por el momento otras preocupaciones.

En el salón rojo, entre las dos ventanas, había hecho poner su marido un piano.

Después de muchas vacilaciones, habíase decidido Sidonia á aprender á cantar, juzgando acaso bien que era un poco tarde para vencer las dificultades del solfeo y del teclado; y dos veces por semana iba de doce

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á una á darle lección mistress Dobson, rubia muy sentimental. En el silencio de los patios inmediatos, aquellas voces prolongadas con insistencia y repetidas tantas veces con las ventanas abiertas, daban á la fábrica el aspecto de un colegio.

No parecía, en efecto, sino una alumna que estaba ejercitándose, niña inexperta y flotante, llena de deseos indeterminados, teniendo que aprenderlo y conocerlo todo para llegar á ser una verdadera mujer.

La ambición de Sidonia no pasaba de la superficie de la cosas. «¿Toca el piano Clara Fromont? Pues yo cantaré. ¿Pasa por una dama elegante y distinguida? Yo quiero que se diga de mí otro tanto.»

Sin pensar siquiera en instruirse, pasaba la vida de tienda en tienda. ¿Qué se llevará este invierno? Y se iba á las suntuosidades de exhibición, á todo lo que salta á los ojos de los transeuntes. De aquellas perlas falsas que había manejado tanto tiempo, húbole de quedar algo en las puntas de los dedos, algo de su nácar facticio, de su fragilidad inmanente, de su aparente esplendor. Ella misma era una perla falsa, redonda, reluciente, bien engastada, en la que podía verse fácilmente la vulgaridad. Pero Clara Fromont no era sino una perla auténtica, fina, verdadera, de riquísimo esplendor, y cuando se veían juntas saltaba á la vista la diferencia. Se adivinaba que la una había sido perla siempre, perla desde la infancia, avalorada más aún por los aditamentos de la elegancia y la distinción, que habían hecho de ella un carácter raro y precioso. La otra, al contrario, era una obra de París, ese gran joyero de falso y gran falsificador que dispone de mil futilidades brillantes, pero poco sólidas y mal engastadas; un verdadero producto del comercio en que había hecho su aprendizaje.

Lo que por encima de todo envidiaba Sidonia á Clara era la niña, aquel primor engalanado de cintas,

desde las cortinillas de su cuna hasta el gorro de su nodriza. No había pensado siquiera en los dulces deberes de la maternidad, dulces y graves por la paciencia y la abnegación: en la niña no veía mas que las cintas, las plumas, los adornos flotantes, el encanto exterior, falso exterior, que sigue á las madres jóvenes por calles y paseos.

Por compañía sólo tenía Sidonia á sus padres y á su marido, y aunque no era deshonrosa tan buena compañía, ella prefería ir sola. ¡Tenía Risler una manera de hacerle el amor tan brutal!... Ahora le pellizcaba un brazo, ahora le mordía la barba, ó bien la contemplaba, sin pellizcarla ni morderla, como un perro afectuoso y reconocido. Por lo que hace á sus padres, la embarazaban en su nueva posición; y á poco de su casamiento se había librado de ellos alquilándoles una casita en Montrouge. Esto hubo de tener á raya ó en términos de prudencia las frecuentes invasiones de Mr. Chebe y las continuas visitas de su esposa, en quien el bienestar restablecido había hecho renacer antiguos hábitos de vida ociosa y comadraje.

Bien hubiera querido Sidonia alejar también del mismo golpe á Delobelle y su familia, cuya vecindad le pesaba más aún; pero el *Marais* era un centro para el antiguo comediante por la proximidad de los teatros del bulevar. Además, Desiderata, como todos los sedentarios, amaba el horizonte conocido, y su triste patio, asombrado en invierno desde las cuatro de la tarde, le parecía un amigo, la cara de un antiguo conocimiento, que el sol iluminaba á veces como con una sonrisa. No pudiendo, pues, Sidonia desembarazarse de ellos, tomó el partido de no volver á verlos.

En resumen, su vida hubiera sido solitaria y harto triste sin las distracciones que Clara Fromont le procuraba. Pero siempre costábanle despechos.

—¿Ha de venir todo por su mano?—decía en són de protesta.

Y cuando, á la hora de comer, le enviaban del principal una localidad de teatro ó una invitación para el sarao, vistiéndose y todo con la fruición y anhelo de exhibirse, sólo pensaba en deprimir, en humillar y vencer á su rival.

Por lo demás, estas ocasiones iban haciéndose raras, estando Clara cada vez más ocupada en dar crianza á su hija. Con todo eso, cuando el abuelo Gardinois venía á París, no dejaba de reunir las dos familias: el viejo campesino, para dar expansión á su alegría, necesitaba á Sidonia, que no huía de sus chanzas y cuchufletas. Á todos cuatro los llevaba á comer á casa de Felipe, su fonda preferida, cuyos dueños y mozos le eran conocidos, y después de hacer en ella mucho gasto, llevábalos á la *Ópera Cómica* ó al *Palais Royal*, con localidades tomadas de antemano.

En el teatro se reía grandemente, hablaba tan familiarmente á las acomodadoras como á los mozos de Felipe, pedía á voces taburetes para las señoras, y á la salida quería tener los abrigos antes que todos, como si hubiera sido el único advenedizo tres veces millonario que allí había.

Para estas partidas un poco vulgares, á que las más de las veces no asistía su marido excusándose casi siempre, vestía Clara muy sobriamente y pasaba desapercibida. Sidonia, al revés, exhibida en la delantera del palco, reía de muy buena gana los cuentos y chistes del viejo verde, dichosa de haber bajado de la cazuela ó paraíso, si queréis, á palcos de principal, cuyos rebordes forrados de terciopelo granate, le parecían pintiparados para sus guantes claros, sus gemelos de nácar y su abanico de reluciente lentejuela. La generalidad de los sitios públicos, el rojo y oro de la ornamentación, todo esto era verdadero lujo para

ella, que estaba allí tan pomposa como una flor contrahecha en una jardinera de filigrana.

Una noche, en una pieza en boga del *Palais Royal*, entre las damas presentes, armadas de abanicos descomunales y cuyos afeitados rostros salían de los escotes y de la sombra de las plateas, como retratos vagamente animados, las maneras de Sidonia, su tocado, su modo de mirar y reir hubieron de llamar la atención notablemente. Todos los gemelos, guiados por esa corriente magnética tan poderosa bajo la araña, se fueron dirigiendo hacia el palco que ocupaba, y Clara acabó por sentirse mortificada, teniendo al fin que cambiar de asiento con su esposo, que por mal de sus pecados, las había acompañado aquella noche.

Jorge Fromont, joven y elegante al lado de Sidonia, tenía aire de ser su compañero natural, mientras á espaldas de ellos, Risler mayor, siempre tan apacible y manso, no parecía mal al lado de Clara, que guardaba con su traje oscuro como el incógnito de mujer honrada en el baile de la Ópera.

Á la salida, cada uno de los consocios dió el brazo á su pareja. Una acomodadora, aludiendo á Jorge que iba con Sidonia, hubo de llamarle *su marido*, y la esposa de Risler se pavoneó irradiando todo su esplendor de perla falsa.

¡Jorge Fromont su marido!

Esta suposición tan sencilla bastó para trastornarla y remover en lo hondo de su pecho una multitud de cosas malas. Por los pasillos miraba á Risler y á Clara que iban delante de ellos, y la elegancia de su amiga le parecía vulgarizada y hasta desvanecida por el desgarbo de Risler. Y decía entre sí:

—¡Cómo me afeará ese hombre cuando vamos juntos!

Y el corazón le palpitaba al pensar en la pareja que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

habrían hecho, tan igual, tan encantadora, tan feliz y admirada, ella y Jorge cuyo brazo se estremecía á su contacto.

Cuando el cupé azul vino á tomarlos á la puerta del teatro, pensaba Sidonia por la primera vez que, después de todo, aquella mujer le había usurpado su puesto y que estaba ella en su derecho procurando recobrarlo.





III

La cervecería de la calle de Blondel

RISLER había dejado de ir á la cervecería, á contar desde su dichoso casamiento. Sidonia hubiera querido verlo salir de casa por la noche para ir á un círculo elegante, donde se reunieran hombres ricos y bien puestos, y la idea de que volvería al humo de las pipas y al trato de Sigismundo, Delobelle y su padre, la humillaba y afligía. Risler, por darle gusto en todo, no volvió más á la cervecería. Y por cierto que era un sacrificio costoso. Era casi un recuerdo de la patria, aquel establecimiento olvidado en un rincón

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS UANL

del antiguo París. La ausencia de carruajes, muy raros por allá, las casas de planta baja con altas ventanas enrejadas, los frescos olores de droguería y productos farmacéuticos, daban á aquella parte de la calle de Blondel cierta semejanza á algunas de Zurich y Basilea. Regentaba también un suizo el establecimiento, que estaba siempre atestado de gente de por allá. Cuando se abría la puerta, á través del humo de las pipas y el rumor de los acentos del Norte, se veía una anchurosa cuadra con multitud de jamones colgados del techo y largas hileras de toneles de cerveza correctamente alineados en el suelo cubierto de serrín á manta de Dios; y en el contador grandes fuentes de patatas y cestas de *prachteles* recién sacados del horno.

Por espacio de veinte años había tenido allí Risler su pipa, marcada con su nombre, en el armario de los parroquianos, y su mesa de preferencia, á que venían a sentarse algunos compatriotas silenciosos que oían y admiraban, sin comprender una palabra, las eternas discusiones de Chebe y Delobelle. Habiéndose retirado Risler, como ya hemos dicho, hubieron de desertar estos dos últimos también por muchas y buenas razones. Entre otras, vivía ya muy lejos de allí Mr. Chebe, el cual, gracias á la generosidad de sus hijos, había realizado al fin el sueño de toda su vida.

—En siendo rico—solía decir el vejete en su quinto piso del *Marais*—he de tener una casita á las puertas de París, casi en el campo, un jardín que yo mismo cultivaré. Más vale esto, especialmente para mi salud, que todas las agitaciones de la capital.

Pues bien, ya tenía su casita, y yo os aseguro que no estaba satisfecho.

Estaba situada en Montrouge, á orillas del camino de la ronda. *Chalet con jardín*, decía el rótulo, cuyo cartel cuadrado daba poco más ó menos idea exacta de las dimensiones de la propiedad. El empapelado

era nuevo y campestre; las pinturas estaban aún frescas; un tonel de riego empotrado junto á una parra, hacía oficios de estanque. Añadid á todas estas ventajas que sólo un vallado separaba este paraíso de otro *chalet con jardín*, de la mismísima traza, donde vivía el cajero Sigismundo con su hermana. Para madama Chebe era esta una vecindad á pedir de boca, como quiera que, cuando se aburría en su *chalet*, tomaba su hacienda y allá se iba al jardín de la solterona, con quien á vueltas de su labor, departía sabrosamente, deslumbrándola con la curiosa relación de su grandeza pasada. Por desgracia, no gustaba su marido de las mismas distracciones.

Sin embargo, todo iba bien en los comienzos. Era á la sazón tiempo de verano y Mr. Chebe, en mangas de camisa, se ocupaba en la instalación. Un clavo que hubiera que clavar, era objeto de grandes reflexiones y disputas. Esto era dentro de la casa; pero en el jardín no sucedía sino la misma cosa. Al principio había decidido arreglarlo á la inglesa: musgos siempre verdes, andenes tortuosos, bien resguardados del sol con enramadas y árboles frondosos. La dificultad estaba en que los árboles no tienen maldita la prisa en crecer.

—¡Por vida mía! Me dan intenciones de hacer aquí un verjel—decía impaciente el vejete.

Y veis aquí cómo no piensa ya más que en orillas de legumbres, en hileras de habichuelas, y en espalderas de albérchigos. Y estábase cavando las mañanas en peso, enjugándose á intervalos la frente sudorosa y frunciendo las cejas en expresión de pensar muy preocupado de su idea, para que su mujer le dijera, aunque en decirlo no se daba mucha prisa:

—Pero, hombre ¿te quieres matar? Descansa un poco.

En resumidas cuentas, la obra vino á salir mixta;

flores y frutos, jardín y vergel. Y ya siempre que bajaba á París, tenía muy buen cuidado Mr. Chebe de ponerse en un ojal una rosa de su *parterre*.

Mientras duró el buen tiempo, los habitantes del *chalet con jardín* no se cansaron de admirar los bellos ocasos del sol, por detrás de las fortificaciones, la longitud de los días, los puros aires del campo; más de una vez, por la noche, con las ventanas abiertas, marido y mujer cantaban á dúo, y ante las estrellas del cielo, que se encendían al mismo tiempo que las linternas del ferro-carril de circunvalación, inspirábase el vejete y llegaba á ser lírico. Pero cuando vinieron las lluvias del otoño y las nieves del invierno y no se podía salir ¡qué tristeza! Madama Chebe, parisiense consumada, echaba de menos las callejuelas del *Marais* y sus idas al mercado de *Blanes-Manteaux*, á casa de los abastecedores del barrio.

Cerca de la vidriera, en su sitio de observación y de costura, contemplaba el húmedo jardincito, donde los volúbilis en simiente y las capuchinas desfloradas, se desprendían de suyo de las empalizadas con triste abatimiento, la larga línea recta de las rampas siempre verdes, y más lejos, en la esquina de una calle la estación de los ómnibus de París con todos los puntos de carrera escritos con letras tentadoras en sus barnizadas paredes. Cada vez que alguno de estos ómnibus se movía para arrancar, seguíalo ansiosamente con la vista, bien así como un empleado de Cayena ó de Numea contempla el paquebote que vuelve á Francia, hacía el viaje con él, sabía los puntos en que se detendría y aquel de que otra vez retornaría rozando con sus ruedas los vidrios de las tiendas.

Pero Mr. Chebe llegó á hacerse terrible. Los domingos estaban desiertas las fortificaciones, y no había medio de pasearse por en medio de las familias de obreros dispersas sobre la yerba, de ir de uno á otro

grupo, como vecino, en zapatillas bordadas, con toda la autoridad y respetos de un rico propietario de la vecindad. Faltábale esto sobre todo, devorado como estaba del deseo de que hablaran de él. Desde entonces, no sabiendo qué hacer, no teniendo ya á nadie que escuchara sus proyectos, sus historias, la narración del accidente ocurrido al duque de Orleans, el mismo que como sabemos le había ocurrido á él en su mocedad, el desgraciado Fernando Chebe abrumaba á su mujer á fuerza de inculpaciones y reproches.

—¡Tu hija nos tiene desterrados!... ¡Tu hija se avergüenza de nosotros! ¡Tu hija es esto y lo otro y lo de más allá!

No se oía ya otra cosa en el *chalet* con jardín; porque en su grande indignación contra Sidonia, renegaba de ella y de la madre que la parió, á quien dejaba íntegra toda la responsabilidad de aquella hija ingrata, desnaturalizada y monstruosa. Era, pues, un verdadero alivio para madama Chebe ver que su marido tomara el ómnibus de la estación, para ir en busca de Delobelle, cuya ociosidad estaba siempre disponible y depositar en su seno todos los rencores que tenía contra su yerno y su hija.

El ilustre Delobelle estaba también muy resentido con Risler y decía de él que era un mal amigo.

El grande hombre había esperado formar parte integrante de la nueva familia, ser el organizador de las fiestas, el árbitro de la elegancia. En lugar de esto, lo acogía Sidonia fríamente y Risler ni siquiera lo llevaba ya á la cervecería. Sin embargo, el comediante no se quejaba muy alto, y siempre que con él topaba, lo colmaba de atenciones y lisonjas, porque iba á necesitarlo pronto.

Cansado de esperar al empresario inteligente, sin ver nunca llegar la contrata por tanto tiempo suspirada, hubo de caerle en mientes la idea de tomar un teatro

y explotarlo por sí mismo, contando con Risler para la cuestión de fondos. Precisamente á la sazón había en el bulevar del *Temple* un teatrito en venta á consecuencia de la quiebra del empresario; y Delobelle habló de ello á Risler, primero muy vagamente, en forma puramente hipotética. «Habría allí un buen negocio qué hacer.» Risler lo escuchó con su flema habitual, diciendo: «En efecto, sería un buen negocio para usted.» Después, no atreviéndose á decir que sí ni que no en solicitación más directa, se refugió en términos medios:» Veremos... veremos... más tarde; aunque al fin hubo de pronunciar torpemente estas palabras: «Sería preciso ver el presupuesto.»

Por espacio de ocho días, estuvo muy atareado el comediante echando cálculos y cuentas más ó menos galanas, muy bien asentado en su butaca, entre sus dos mujeres, que lo contemplaban con admiración y se daban á ilusiones galanas también. En la vecindad se decía con cierto énfasis: «Mr. Delobelle va á comprar un teatro.» Y en los cafés de actores no se hablaba de otra cosa. Delobelle no ocultaba que había encontrado un capitalista; y con esto estaba siempre rodeado de comediantes baldíos, antiguos compañeros de glorias y fatigas, que venían familiarmente á darle palmaditas en la espalda y á recordarse á él.

El empresario en ciernes prometía contratas, almorzaba en el café, escribía allí mismo cartas, saludaba con la mano á los conocidos que entraban, tenía animados coloquios en los rincones; y ya dos autores, casi tan ilustres como él, le habían leído un drama en siete cuadros «que le iba como un guante» para la función de estreno. Él decía siempre *mi teatro*, y recibía cartas, cuyo sobrescrito decía: «Á Mr. Delobelle, Empresario y director de teatro.»

Luégo que hizo su presupuesto y redactó su prospecto, fué en busca de Risler á la misma fábrica; sino

que muy ocupado éste no pudo darle oídos, aunque sí cita para la calle de Blondel.

Aquella misma noche, Delobelle, que fué el primero que llegó á la cervecería, se instaló en la antigua mesa de Risler, pidió una botella y dos vasos y esperó. Esperó longuísimo tiempo, con los ojos fijos en la puerta y moviéndose y removiéndose en su asiento de puro impaciente. Pero Risler no llegaba. Cada vez que álguien entraba, saltaba el comediante de su silla, creyendo que era el suizo; pero el suizo no tenía maldita la prisa. Delobelle había puesto sus papeles sobre la mesa, y para entretener la espera, los leía y releía con aire de importancia y expresión dramática.

El negocio era excelente, magnífico; y ya se veía él representando, que esto era lo esencial, papeles hechos exprofeso para sus facultades, en su propio teatro, donde á poco que las esforzara, le lloverían palmas, coronas, versos... y otras hortalizas.

De pronto se abrió la puerta, y entre el humo de las pipas apareció Mr. Chebe. El vejete se quedó tan sorprendido y disgustado de ver allí á Delobelle, como el mismo Delobelle de verlo á él. Había escrito á su yerno aquella mañana que deseaba hablar con él muy seriamente, para lo cual lo esperaría en la cervecería de Blondel. Era un asunto de honor exclusivamente de ellos, de hombre á hombre. La verdad de este asunto de honor era que Mr. Chebe se había despedido del *chalet con jardín* de Montrouge, y había alquilado en la calle de *Mail*, en medio del barrio del comercio, un almacén con entresuelo. ¿Un almacén?... Un almacén, sí. Y ahora se sentía un poco asustado de su calaverada, hasta saber cómo lo tomaría su hija, cuanto mas que el almacén era más caro que el *chalet* y pedía grandes reparaciones antes de ocuparlo. Conociendo de larga fecha la bondad de su yerno, había querido el suegro dirigirse á él primero, esperando ponerlo de su parte

y dejarle la responsabilidad del golpe de estado doméstico. Y en lugar de Risler encontraba ahora al comediante.

Al encontrarse miráronse de través, con malos ojos, bien así como dos perros que se topan al borde de una escudilla: cada cual comprendió lo que esperaba el otro, y con esto no pretendieron engañarse.

—¿No ha venido mi yerno?—preguntó Mr. Chebe echando una mirada demasiado curiosa á los papeles extendidos sobre la mesa, y recalcando el sentido de posesión de las palabras *mi yerno*.

—Lo estoy esperando—contestó Delobelle recogiendo sus papeles.

Y añadió con tono digno, misterioso, siempre teatral:

—Y por cierto, para asunto muy importante.

—Yó también—repuso el vejete, cuyos ralos cabellos se erizaron como púas de puercoespín.

Al mismo tiempo vino á sentarse en el mismo canapé, al lado del comediante, y pidió como él una botella y dos vasos. Y con las manos en los bolsillos y la espalda contra la pared, esperó. Estos dos vasos vacíos, el uno al lado del otro y destinados al mismo ausente, tenían cierta expresión de desafío.

¡Y Risler sin llegar!

Los dos bebedores se impacientaban silenciosos, esperando cada cual que el otro se cansara.

Hasta que al fin se desbordó el mal humor, y naturalmente el pobre Risler fué quien pagó los vidrios rotos.

—¡Qué desvergüenza! ¡Hacer esperar tanto tiempo á un hombre de mi edad!—saltó diciendo el vejete, que nunca mentaba su edad sino en tales circunstancias.

—En efecto—asegundó el comediante—creo que se burla de nosotros.

—Sin duda tendrá el caballero gente á la mesa.

—Y ¡qué gente!—exclamó en tono despectivo el ilustre Delobelle, en quien se despertaban recuerdos harto acerbos.

—El hecho es...—dijo Mr. Chebe.

Y se acercaron y hablaron en voz baja.

Los dos tenían grandes quejas contra Risler y Sidonia, y se desfogaron echándolas fuera. Risler, con su capa de hombre de bien, no era sino un egoísta, un desconocido, un advenedizo. Se burlaban de su acento, remedaban sus maneras, y bajando más la voz, hablaron del desorden de su casa, se hicieron hondas confidencias y se rieron familiarmente quedando más amigos que nunca.

Mr. Chebe iba muy lejos:

—Pues que en cuidado se lo tenga. Ha cometido la necedad de permitir que los padres se alejen de su hija; en buena hora; si luégo le sucede algo grave, cúlpese á sí mismo y no á nosotros. La hija que no tiene siempre á la vista el buen ejemplo de sus padres... no digo más.

—Cierto, muy cierto—añadía Delobelle—cuanto mas que Sidonia se ha hecho muy... muy coqueta y... En fin, ya me entiende usted. Risler no tendrá mas que lo que merece. ¿Es que un hombre de su edad habría debido?... ¡Silencio! En mentando al rey de Roma...

—Luégo asoma.

Risler acababa de entrar y se acercaba dando apretones de manos á lo largo de los bancos.

Hubo entre los tres amigos un momento de embarazo. Risler se disculpó como mejor supo. Se había entretenido en su casa, porque Sidonia tenía gente.

Delobelle le pisó el pié disimuladamente á Mr. Chebe por debajo de la mesa.

Y hablando hablando, el bueno de Risler miraba los dos vasos vacíos y no sabía dónde sentarse.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Delobelle fué generoso.

— Señores— dijo resolviendo la indecisión— ustedes tienen que hablar: hablen pues sin cumplimientos; yo esperaré.

Y murmuró guiñándole el ojo á Risler:

— Traigo los papeles.

— ¿Los papeles?

— El presupuesto de...

— ¡Ah!

Y el ilustre comediante, con grande afectación de delicadeza, se retiró á un extremo de la mesa y volvió á repasar sus papelotes con la cabeza entre los puños y los puños en las orejas.

Á su lado hablaban los otros dos, primero en voz baja, después más alto, como quiera que el timbre agudo y chillón del vejete muy luégo se salía de tono. No estaba aún en edad de enterrarse ¡qué diablo! y se hubiera muerto seguramente en Montrouge de puro aburrido. La calle de *Mail*, el movimiento, la actividad, el ruido de los barrios del comercio, eso era lo que le hacía falta.

— Sí, pero ¡un almacén!... ¿Para qué?—objetó Risler, no sin timidez.

— ¿Para qué un almacén?... ¿Para qué un almacén? —repitió el suegro, encendido como un ascua y alzando la voz hasta el más alto grado de su registro.—Porque soy un comerciante, señor Risler; comerciante, hijo de comerciante... ¡Oh! Ya lo veo venir. Dirá usted que no tengo comercio. Y ¿quién tiene la culpa? Si los que me han desterrado á Montrouge, á las puertas de Bicetre, hubieran tenido el buen instinto de suministrarme fondos para una empresa...

Aquí logró Risler imponerle silencio y ya no se oyeron mas que retazos de conversación.

Cogiendo al vuelo estas palabras sueltas, absorbíase más y más en su presupuesto el comediante, haciendo muy bien el papel de no oir nada.

Mal hallado Risler, tomaba de vez en cuando un trago de cerveza para hallarse mejor; hasta que al fin, luégo que se hubo calmado su suegro, se volvió sonriendo al ilustre Delobelle, que con severa é impasible mirada parecía decirle: Y bien, ¿y yo?...

— ¡Pardiez! es verdad — dijo entre sí.

Y cambiando sin demora de asiento y de vaso, vino á ponerse enfrente del comediante. Pero Mr. Chebe no tenía la delicadeza de Delobelle, y en vez de alejarse de ellos, aproximó su vaso y se mezcló en el grupo; de manera que el grande hombre, que no quería hablar delante de él, se metió solemnemente otra vez los papeles en el bolsillo, diciendo á Risler:

— Ya veremos esto más tarde.

¡Y tan tarde! porque Mr. Chebe se había hecho esta reflexión, muy acertada por cierto:

— Mi yerno es un bonachón, y si lo dejo con este gran taimado, Dios sabe lo que le va á sacar.

Y permaneció allí para vigilarlo.

El cómico se daba á los diablos. Aplazar tan importante asunto para otro día, era como echarlo todo á las calendas griegas, puesto que Risler acababa de decirle que partía para Savigny el día siguiente por una temporada.

— ¡Ah!—exclamó el vejete exasperado, viendo que se le escapaba su yerno.—Pero ¿y los negocios?

— ¡Oh! vendré todos los días con Mr. Fromont. Se ha empeñado Mr. Gardinois en que vaya Sidonia, y...

Mr. Chebe meneó la cabeza, como si desaprobara la partida.

— Los negocios, señor Risler, son los negocios, y es menester estar sobre ellos, siempre sobre ellos. ¿Y si de noche se pegara fuego á la fábrica? El ojo del amo engorda el caballo, como reza el refrán; y ni el padre santo reza mejor.

Y mientras repetía en tono sentencioso su arrastra-

do refrán, el comediante, á quien tampoco sabía a hojaldres la partida, redondeaba sus ojos dándoles una expresión sutil y autoritaria á la vez, la verdadera expresión del ojo del amo.

En fin, hacia la media noche, el último ómnibus de Montrouge se llevó al tiránico suegro, y con esto pudo ya hablar á sus anchas Delobelle.

— Ante todo, el prospecto — dijo — no pareciéndole hábil entrar desde luégo en la cuestión de números.

Y con los lentes puestos, enfático, siempre en escena, comenzó del tenor siguiente:

«Cuando se considera fríamente el grado de decrepitud en que ha caído en Francia el arte dramático; cuando se mide la distancia que separa al teatro de Molière...»

Había en el dichoso prospecto muchas páginas como la muestra, y para muestra basta un botón. Risler escuchaba chupando su pipa, sin ser dueño de moverse, porque á cada instante lo miraba el grande hombre por encima de sus lentes para juzgar el efecto de sus frases.

Por desgracia, á la mitad del prospecto, el café apagó sus luces para cerrar, y ya á oscuras, fué preciso salir.

¿Y el presupuesto?

Se convino en discutirlo andando andando. Y en efecto, detenianse en cada reverbero de gas, á cuya luz leía Delobelle sus guarismos. Para la sala de espectáculos, tanto.—Para alumbrado, tanto: para los actores, tanto. Sobre el capítulo de actores insistió con interés.

— Lo mejor de este negocio — decía — es que no tendremos que pagar primer actor, como quiera que nuestro primer actor he de ser yo mismo. Un primer actor vale veinte mil francos: no teniendo que pagarlo, es como si nos metiéramos los veinte mil francos en el bolsillo. ¿No es así?

Risler guardaba silencio, como preocupado con algo

que embargara su pensamiento. Pero leído el presupuesto, Delobelle, que veía con terror que se acercaban al término en que habían de separarse, propuso la cuestión en neto:

— ¿Quiere ó no quiere V. entrar en el negocio?

— Pues bien, no quiero — contestó Risler animado de un valor heróico, que sacaba sobre todo de la proximidad de la fábrica, y del miedo mismo de comprometer la felicidad de su familia.

Delobelle se quedó estupefacto. Creía que el negocio era ya un hecho consumado, y desconcertado, con sus papeles mojados en la mano y tamaños ojos abiertos, miraba al heróico Risler, que añadió con mucho sosiego:

— No puedo hacer lo que se me pide por muy buenas razones.

Y lentamente, con su pesadez habitual, le declaró que no era rico ni mucho menos para hacer tales desembolsos, pues bien que asociado á una casa de importancia, él no tenía dinero disponible; que los dos consocios sacaban mensualmente de caja cierta suma no muy crecida y que hasta la liquidación de fin de año no podían retirar los beneficios, puesto caso que los hubiera. Su instalación le había costado mucho: todas sus economías, y todavía faltaban cuatro meses para la liquidación. ¿De dónde, pues, había de sacar él los 30,000 francos que había de dar al contado para la adquisición del teatro? Después de todo, el negocio podía salir mal.

— ¡Imposible! Allí estaré yo.

Y esto diciendo, se erguía el comediante como un conquistador. Pero Risler tenía resolución hecha de no pisar las tablas; y todas las protestas de Delobelle se estrellaban en su negativa.

— Tiempo al tiempo—decía dulcificándola — dentro de dos ó tres años, acaso...

El comediante luchó porfiadamente, defendiendo su terreno palmo á palmo. Propuso modificar el presupuesto de gastos, porque todavía podrían obtenerse más ventajas.

—Siempre sería demasiado caro para mí—objetaba Risler.—Mi nombre no me pertenece, pues forma parte de la razón social, y no tengo derecho para comprometerlo. ¡Exponerme á una quiebra!

Y su voz temblaba al pronunciar esta palabra pavorosa.

—Pero estando todo á mi nombre...—decía Delobelle que no abrigaba supersticiones.

Todo lo ensayó para tentarlo: invocó los sagrados intereses del arte y hasta llegó á hablarle de las hermosas actrices cuyas provocativas miradas...

Risler soltó una carcajada.

—Vamos, vamos, farsante, ¿olvida V. que somos casados los dos, y aún que es ya muy tarde y deben esperarnos con inquietud nuestras mujeres? Y no se enoje V. por mi negativa, que no es negativa tampoco: ya comprende V. mi situación y... En fin, venga V. á verme á fin de año, después del balance y hablaremos... ¡Ah! El tío Aquiles apaga su gas. Me retiro... Adios.

Era más de la una de la mañana, cuando el comediante entró en su casa.

Las dos mujeres lo aguardaban trabajando como siempre, pero con algo febril que no era habitual. Á cada instante las tijeras de que la madre se servía para cortar los alambres, tenían estremecimientos singulares, y los dedos de Desiderata, al montar un adorno, daban vértigo con su extraordinaria ligereza. Expuestas en la mesa, delante de ellas, las largas plumas de los pájaros-moscas, no parecía sino que tenían ellos también un no sé qué más brillante, un colorido más rico que los otros días. Era que otra ave del cielo, la

esperanza, abría allí también sus alas aquella noche. Por más decepciones que se hayan tenido en la vida, siempre deslumbran esos tan mágicos esplendores.

—¡Oh! Si papá lograra eso...—decía de vez en cuando la madre, como resumiendo un mundo de pensamientos felices á que se abandonaba en sus tristezas.

—No hay que dudarlo, mamá—contestaba la hija.—Es tan bondadoso Mr. Risler! Sidonia también nos quiere, aunque desde su casamiento esté un poco retraída: hay que tener en cuenta la situación de las personas. Á pesar de todo, jamás olvidaré lo que hizo por mí.

Y al recuerdo de lo que Sidonia había hecho por ella, la pobre cojita continuaba su obra con movimiento más febril. Sus electrizados dedos se agitaban tanto, que hubiérase dicho que iban tras algo fugaz é inasequible, como la felicidad, por ejemplo ó el amor de álguien que no nos ama.

—¿Qué ha hecho por ti Sidonia?—hubiera debido preguntarle la madre.

Pero lo que decía su hija no le interesaba en aquel momento, como quiera que sólo pensaba en su grande hombre.

—¡Si papá lograra tener un teatro propio y saliera á las tablas como en otro tiempo de feliz memoria! Tú, hija mía, no te acordarás, porque eras muy pequeña; pero ¡ah! ¡Qué triunfos! ¡Qué de aplausos! ¡Qué de llamarlo á la escena! Una noche en Alençon los abonados del teatro le arrojaron una corona de oro. ¡Oh! Estaba en aquel tiempo tu padre muy brillante, y tan alegre, tan dichoso de vivir!... Los que lo ven ahora no lo conocen: la desgracia lo ha cambiado. Pero estoy persuadida de que un halago de la suerte nos lo volvería joven y alegre otra vez. En Nantes, el empresario tenía carruaje. ¿Por qué no lo hemos de tener también

nosotras? Y que vendría de molde para ti, que podrías entonces abandonar tu poltrona y salir á ver agua, árboles, montes, todo el cielo.

—¡Ah!—exclamó estremeciéndose la cojita.

En esto, se abrió y volvió á cerrarse con violencia la puerta de la calle, y muy luégo resonó en la entrada el paso correcto del grande hombre.

Hubo un momento de angustia, sin palabra ni respiración. Las dos mujeres ni se atrevían á mirarse.

Verdaderamente el pobre hombre acababa de recibir un golpe terrible. Sus ilusiones perdidas, la humillación de una negativa, las burlas de los compañeros, la cuenta del café, donde almorzara al fiado todo el tiempo de su dichosa empresa todo esto se le había representado en el silencio y oscuridad de los cinco pisos que tuvo que subir. Traía el corazón partido, y con todo esto, la índole del comediante era tan poderosa en él, que creyó debía poner una máscara trágica á aquel dolor tan sincero.

Y en efecto, apenas entró en la sala, súbito se detuvo, miró á espacio alrededor, y las mujeres y los pájaros y las moscas del taller se estremecieron á aquel su fatal mirar; luégo dió tres pasos vacilantes y cayó en una silla baja al lado de la mesa, diciendo con voz siniestra:

—¡Ah! Estoy condenado.

Y diciendo esto dió en la mesa un puñetazo tan fuerte, que los pájaros y moscas para modas volaron á los cuatro puntos de aquel horizonte sensible. Asustada su mujer se levantó y se acercó tímidamente á él, mientras Desiderata se incorporaba en su butaca con expresión de angustia nerviosa, que contraía todas sus facciones.

Hundido en su silla, con los brazos caídos y la cabeza inclinada sobre el pecho, el comediante hablaba solo; monólogo entrecortado, atravesado de suspiros y de hipos dramáticos y lleno de imprecaciones contra los burgueses egoístas y feroces, monstruos á quienes el artista da á comer su carne y sangre.

Repasó luégo toda su vida de teatro, los triunfos del estreno, la corona de oro de los abonados de Alençon, su casamiento con aquella *santa mujer;* y diciendo esto, indicaba á la infeliz que estaba de pié á su lado, hecha un mar de lágrimas, con los labios trémulos y moviendo senilmente la cabeza á cada palabra de su marido.

En verdad, quien no hubiera conocido al ilustre Delobelle habría podido referir, después de este monólogo, toda su existencia al por menor. Recordaba su llegada á París, sus deberes, sus privaciones. ¡Ah! no, no era él quien se había privado: no había sino ver su amplia cara rebosando de salud y bienestar, al lado de aquellas otras dos tan macilentas y mustias. Pero el comediante no miraba tan de cerca y continuaba declamando:

—¡Oh!—exclamaba.—¡Haber luchado tanto! ¡Diez años, quince años há que vengo luchando, sostenido por estas criaturas, modelos de abnegación, y sustentado por ellas!...

—¡Ah! ¡Calle usted por Dios, papá!—decía Desiderata en són de súplica.

—Sí, sí, sustentado por ellas—repetía el comediante;—y no me avergüenzo de decirlo, puesto que por el arte acepto todos estos sacrificios. Pero ya es demasiado: se me han hecho ya tantos desaires que debo renunciar...

—¡Oh! Esposo mío ¿qué dices?—gritó la señora mayor como tapándole la boca.

—No, déjame... Se me agotan ya las fuerzas... han matado en mí al artista. Se acabó... renuncio al teatro.

Si hubiérais visto entonces cómo las dos mujeres lo rodeaban con sus brazos rogándole que luchara más aún y probándole que no tenía derecho á renunciar al teatro, no hubiérais podido reprimir las lágrimas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Delobelle se resistía sin embargo.

Pero por fin cedió, prometiendo mantenerse firme por algún tiempo, ya que así lo querían ellas; pero no sino á fuerza de súplicas y caricias pudieron triunfar de su noble resistencia.

Un cuarto de hora después, desfallecido por su monólogo, muy bien desempeñado por cierto, y aliviado por la expansión que había dado á su despecho, estaba sentado á un extremo de la mesa y cenaba con muy buen apetito, no habiendo guardado de todo esto mas que una ligera lasitud, como un actor que ha hecho un papel muy largo y muy dramático.

En semejante caso, el actor que ha conmovido al público llorando verdaderas lágrimas en escena, ni se acuerda de ello fuera del teatro; deja su emoción en su vestuario con su traje y sus pelucas, mientras más ingenuos, más vivamente impresionados los espectadores, vuelven á su casa con el corazón apretado y con una excitación nerviosa que apenas los deja conciliar el sueño.

Desiderata y su madre durmieron muy poco aquella noche.





IV

Fué un mal la estancia de las dos familias en Savigny espacio de un mes.

Después de dos años se encontraban juntos Jorge y Sidonia en la vieja posesión, demasiado vieja para no ser siempre semejante á sí misma y donde las piedras, los estanques, los árboles parecían una irrisión de todo lo que se trueca y pasa. Habríanse necesitado dos almas templadas de otro modo muy distinto, para que esta aproximación no les hubiera sido funesta.

Por lo que toca á Clara, nunca había sido mas feliz, jamás le pareciera Savigny tan bello. ¡Qué alegría pasear á su hija por aquel alfombrado de musgo, por donde, siendo niña, había paseado ella misma; sentarse, ya mujer de estado, en aquellos bancos sombreados por bellos doseles de fronda, donde su madre vigilaba sus juegos de otro tiempo; ir á reconocer, del brazo con Jorge, los sitios en que, niños los dos, habían jugado juntos! Con esto sentía Clara una satisfacción tranquila, esa felicidad de las almas serenas que se saborea en silencio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sidonia gustaba poco ó nada de estos idilios y raras veces iba á estos paseos maternales. Decía que la mareaba el ruido, la inquietud de los niños, y en esto estaba de acuerdo con el viejo Gardinois, que de todo sacaba pretexto para contradecir á su nieta. Creyendo mortificarla, sólo se ocupaba en complacer á Sidonia, á quien proporcionaba ahora más distracciones y gustos que en su última estada en la quinta. Los coches olvidados en la cochera hacía dos años, fueron puestos á su disposición. Enganchaba tres veces al día, y la puerta de la verja giraba ahora sobre sus gonces continuamente.

Todo en la casa seguía el mismo impulso: el jardinero cuidaba mejor las flores, porque madama Risler escogía las más bellas para adornar sus cabellos antes de sentarse á la mesa. Después venían visitas. Organizábanse giras, que Clara presidía de derecho, pero en las cuales Sidonia, tan alegre de suyo, brillaba sin competencia. Además, muy á menudo su amiga le dejaba libre el puesto. La niña tenía sus horas de sueño y de paseo á que ninguna diversión se anteponía nunca. La madre tenía por necesidad que ausentarse, y aun por las tardes no siempre podía ir con Sidonia á esperar á los dos consocios que volvían de París.

—Discúlpame con ellos—le decía subiendo á su aposento.

Sidonia triunfaba. Elegante y ociosa, se iba al galope de sus caballos, inconsciente de la rápida carrera, sin pensar.

Sólo el aire fresco que agitaba su velo le hacía vivir.

Un ventorro entrevisto vagamente, ó alguna rapaza mal vestida, le recordaban sus antiguos paseos del domingo en compañía de Risler y sus padres; y el leve estremecimiento que le causaba este recuerdo, la acomodaba mejor entre sus atavíos al suave meneo del coche en que se adormecía feliz y segura.

En la estación esperaban otros carruajes. Mirábanla con insistencia y dos ó tres veces oyó cuchichear cerca de sí: «Es madama Fromont menor.» La verdad es que podían engañarse fácilmente viéndolos á los tres retirarse de la estación, Sidonia y Jorge en el fondo hablando y riendo mano á mano. Risler enfrente de ellos sonriendo plácidamente como un bendito de Dios, conllevando el vaivén con el apoyo de sus enormes manos puestas sobre sus rodillas. La idea de que la tomaban por Clara, engreía y halagaba mucho á Sidonia, y cada día se iba habituando más á ella.

Á la llegada á la quinta, separábanse las dos familias hasta la hora de comer; pero al lado de su esposa, tranquilamente instalada cerca de su hija dormida, Jorge Fromont, demasiado joven para entregarse á la intimidad de su dicha, pensaba con recreación morosa en la brillante Sidonia cuya voz de canto se oía, alegre y triunfal bajo las enramadas del jardín.

Mientras se transformaba toda la quinta al regalado gusto ó capricho de Sidonia, continuaba el viejo Gardinois su existencia mezquina de ricacho aburrido, ocioso é impotente. Lo que mejor había encontrado para distracción era el espionaje. Las idas y venidas de los criados, las murmuraciones que á su costa sostenían en la cocina, el capazo de fruta y legumbres que se traía todas las mañanas eran el objeto de su investigación continua. Para él no había placer mayor que sorprender en falta á álguien. Esto lo ocupaba, le daba importancia, y luégo en la mesa refería el hecho minuciosamente á los comensales, las mañas de que se había valido para llegar á este triunfo, la turbación y súplicas del culpable.

Para esta vigilancia perpetua, el bueno del hombre había adoptado un banco de piedra incrustado en la arena, detrás de una inmensa *paulownia*. Sin leer ni aun pensar permanecía allí espiando quien entraba y

salía. Para su policía de noche había imaginado otras mañas. Bajo el vestíbulo de la entrada había hecho practicar una abertura, que correspondía á su aposento situado en el piso principal: un tubo acústico perfeccionado debía conducir allá arriba todos los ruidos de la planta baja, hasta las conversaciones de los criados que por parte de noche tomaban el fresco en la escalinata.

Por desgracia, tan perfeccionado era el conducto que exageraba los sonidos, los prolongaba y confundía, y el perpetuo y rítmico golpeteo de la péndola de un reló tamaño, los gritos de un papagayo que estaba abajo en su pértiga, el cacareo de alguna gallina buscando un grano perdido, esto era todo lo que el caviloso y necio Gardinois podía oir, cuando aplicaba el oído al tubo. En cuanto á las voces, no llegaban á él sino como un rumor confuso, como un murmullo de gente ó garrulería sin cosa de palabra ni sentido. No sentía, sin embargo, los gastos de instalación, y disimulaba su maravilla acústica entre los pliegues de las cortinas de su cama.

Una noche, el viejo millonario, que acababa de dormirse, hubo de despertarse sobresaltado al gemido de una puerta, cosa extraordinaria á aquellas horas. Todos los de la casa debían estar durmiendo, sin que se oyera otra cosa que las pisadas de los perros. ¡Buena ocasión para servirse del aparato acústico! Y Mr. Gardinois se cercioró de que no se había engañado, aplicando el oído al tubo.

El ruido continuaba: abríase una puerta, luégo otra. El cerrojo de la escalinata se corrió á un esfuerzo; pero ni Píramo, ni Tisbe, ni aun siquiera Kiss, el terrible terranova, daban señales de vida. Levantóse entonces muy atentadamente á ver quiénes podían ser aquellos singulares ladrones, que salían en vez de entrar, y á través de los listones de las persianas, he aquí lo que pudo descubrir.

Un hombre alto y delgado, que tenía el mismo aire

de Jorge, daba el brazo á una dama, esbelta y elegante también, que tenía el aire mismo de Sidonia; y los dos se detuvieron en el banco de la *paulownia*, cuyas ramas estaban cuajadas de flores.

Perdidos bajo la sombra del árbol, aparecieron luégo á la claridad de la luna, y entonces la enlazada y lánguida pareja cruzó lentamente la escalinata y se perdió bajo el seto.

—Seguro estaba de ello—dijo para sí el viejo Gardinois, que los reconoció desde luégo.

¿Ni qué necesidad tenía de reconocerlos? La quietud de los perros, el reposo de la casa ¿no le decían mejor que todo qué especie de crimen, insolente, ignorado, impune, frecuentaba de noche las avenidas de su parque?

De cualquier modo, el viejo campesino se congratuló de su descubrimiento, y volvió á tientas á acostarse riéndose á sus solas.

La dichosa pareja, perdida entre las sombras de la noche y los ojaranzos del seto, había vuelto á encontrar su amor en la misma avenida. El tiempo que había mediado, lleno de vacilaciones, de resistencias y vagos combates, no parecía sino una preparación de su encuentro. Y no hay para qué decir que una vez cometida la falta, sólo hubieron de extrañar haber tardado tanto.

Jorge Fromont, especialmente, estaba poseído de una pasión loca: engañaba á su esposa, su mejor amiga; engañaba á Risler, su consocio, su amigo, su compañero leal de todos los instantes.

Era una abundancia, una renovación perpetua de remordimientos en que se avivaba y enardecía su amor con la grandeza de su falta. Sidonia vino á ser su idea fija, y echó de ver que no había vivido hasta entonces.

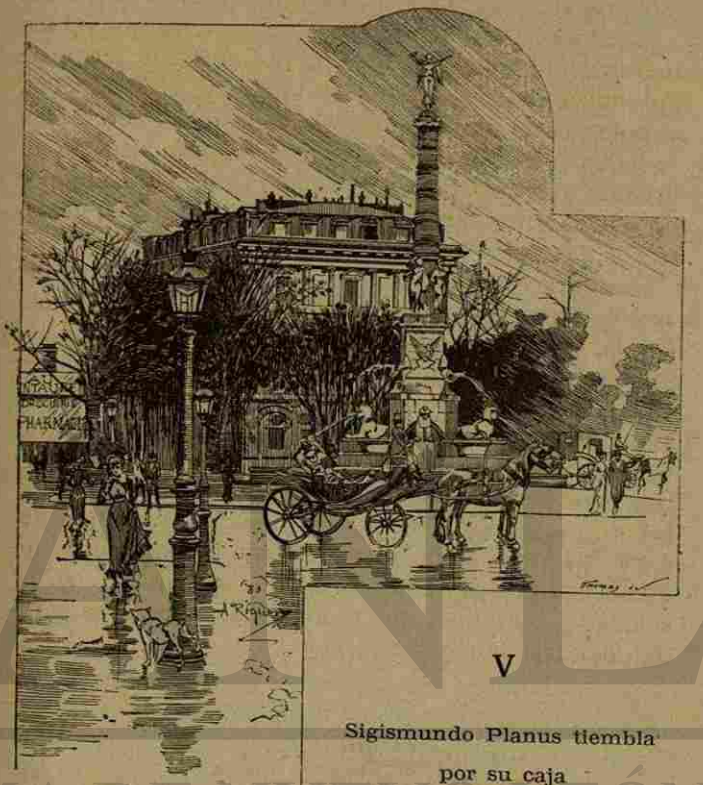
Por lo que á ella toca, su amor se componía de vanidades y rencores. Lo que por encima de todo saboreaba ella más aína era la humillación de Clara á sus ojos. ¡Ah! si hubiera podido decirle: tu marido me ama,

me prefiere á ti, su fruición hubiera sido suprema.

Atento á Risler, según ella misma, tenía muy bien merecido lo que le pasaba. En su antigua jerga de aprendiza, en que pensaba ella aún, si ya no la hablaba, el pobre hombre no era sino un vejestorio, con quien se había casado sólo para llegar á la fortuna, un hombre que había nacido exprofeso para ser engañado, por no sernos lícito darle el nombre que con todas sus letras le daba ella.

De día Savigny era para Clara, para la niña que iba creciendo como la flor del almendro, que se adelanta á todas, y jugueteaba en el jardín y hablaba con las nubes y las aves del cielo. La madre y su hija tenían para sí toda la luz del sol y todo el sol que cabía, pródigamente derramado en las grandes avenidas. Pero las bellas noches, suavemente alumbradas por el pálido fulgor de las estrellas, perfumadas por los efluvios de las flores y animadas por los suspiros y ósculos del aura, las puras noches serenas eran para el adulterio, ese latrocinio del amor conyugal, que ha menester soledad y sombras como todos los secretos de la perfidia, del deshonor y del crimen.





V

Sigismundo Planus tiembla por su caja

¿Un carruaje para mí, amigo Fromont? Y ¿para qué quiero yo ese carruaje?

—Crea usted, mi querido Risler, que le es indispensable ya el coche. Nuestros negocios y relaciones se extienden más y más cada día, y el cupé no basta ya para nuestras gestiones. Fuera de esto, no parece bien esto de ver siempre á uno de los socios en coche y al otro á pié. Créame usted sin ningún escrúpulo: es un

gasto necesario que entrará por de contado en los generales de la casa.

Risler se resignó á tener coche; se resignó, decimos, porque le parecía como si robara algo á la casa imponiéndole el gasto de este inaudito lujo; pero ante la porfía de su consocio acabó por condescender, diciendo entre sí el bonachón:

—Quiere decir que será para Sidonia, á quien vendrá de perlas.

El pobre hombre no podía ni sospechar que la misma Sidonia había escogido, hacía un mes, en casa de Binder, el cupé que Jorge Fromont quería ofrecerle y cuyo gasto se pasaba á los generales de la fábrica para cubrir mejor el expediente.

Era el bueno de Risler el sér destinado á servir de pantalla á la infidelidad de su esposa. Su honradez natural, aquella confianza en los hombres y en las cosas, que formaba la esencia de su carácter ingenuo, de su natural sencillo y límpido, venía aumentándose aún con las inquietudes que le daba su empeño en perfeccionar su invención, ó sea la *estampadora-Risler*, llamada á hacer una revolución en la industria de los papeles pintados, y que á sus ojos había de representar el capital no aportado por él en numerario á la nueva asociación. Cuando daba de mano y salía de su taller, tenía constantemente la expresión pensativa y laboriosa de los que tienen su vida a un lado y sus preocupaciones á otro.

Así ¡qué dicha para él hallar al volver á su casa á su mujer de buen humor, siempre galana y sonriente! Sin explicarse la causa de este cambio, había notado que de algún tiempo acá no era ya Sidonia la misma con respecto á él: permitíale ahora volver á sus antiguos hábitos, como por ejemplo, la pipa á los postres, la siesta después de comer, la querencia á la cervecería de Blondel con su suegro y Delobelle. El interior

de su casa también se había transformado y embellecido. De día en día el lujo sustituía al confort; de esas invenciones fáciles de floridas jardineras, de salón amapola, llegaba ya Sidonia á los refinamientos de la moda, á la manía de los muebles antiguos y de las porcelanas raras. Su gabinete estaba tapizado de seda azul en desmayo y tachonado como un cofre de alhajas. Un piano de cola, de marca célebre, ocupaba el sitio del antiguo, harto modesto; y no ya dos veces por semana, sino todos los días del mes, iba su maestra de canto mistress Dobson con una romanza arrollada en la mano.

Tipo singular el de esta mujer de origen americano, cuyos cabellos de un color rubiclaro como la corteza del limón, se partían sobre una frente empinada y unos ojos de metal empavonado. No queriendo su marido que entrara en el teatro, daba lecciones de canto y cantaba en algunos salones de clase media. Á fuerza de vivir en ese mundo facticio de las melodías para canto y piano, había contraído una especie de exasperación sentimental.

Era la misma romanza. En su boca, las palabras *amor, pasión* tenían al parecer ochenta sílabas: tal y tanta era la expresión con que las decía. ¡Oh! ¡la expresión! He aquí lo que mistress Dobson, como tal maestra, enseñaba antes de todo; sino que en vano se esforzaba por comunicársela á su nueva discípula.

Estaba en boga á la sazón aquel *¡Ay chiquita!* de que París abusó tanto. Sidonia estudiaba con el mayor ahinco la canción de moda, y toda la mañana se la oía cantar á voz en cuello:

Me han dicho que te casas
y yo voy á morir...

—¡Moriiiiir!—interrumpía la expresiva mistress

Dobson, poniéndose todo lo lánguida que podía, lánguida y estirada sobre el ébano del piano.

Y moría, en efecto, levantando al techo los ojos en blanco y echando atrás la cabeza, en guisa de quien se va al otro mundo.

Sidonia no llegaba nunca á este grado máximo de la sensiblería ni menos de la sensibilidad. Ni sus ojos picarescos, ni sus labios hinchados, llenos de vida animal, eran para expresar bien estos patéticos gemidos de arpa eólica. Los estribillos de Offenbach ó de Hervé, picados de notas imprevistas en que ayuda el gesto y acaso un meneo de caderas, le hubieran convenido más; sino que temía confesárselo á su lánguida maestra.

Por lo demás, aunque la hubieran hecho cantar mucho en el taller de las perlas, su voz era aún fresca y no desagradable.

Falta de relaciones, llegó nuestra heroína poco á poco á hacer una amiga íntima de su maestra de canto. Convidábala á almorzar muy á menudo, la llevaba en coche á las tiendas de modas, á las joyerías, á paseo. El tono sentimental y compasivo de mistress Dobson disponía á las confidencias: sus quejas continuas como que querían atraerse otras. Sidonia le habló de Jorge Fromont, atenuando su falta con la crueldad de sus padres, que la habían casado á la fuerza con un hombre rico, pero de mayor edad que ella.

Mistress Dobson se mostró desde luégo dispuesta á servirlos, no ciertamente porque fuera venal, sino porque aquella mujercita tenía la pasión de las pasiones, la afición á las aventuras novelescas. Por desgracia, casada con un dentista, que la maltrataba, todos los maridos eran para ella monstruos, y el pobre Risler, sobre todo, parecíale un espantable tirano, cuya mujer tenía el derecho de aborrecerlo y engañarlo.

No hay para qué decir que fué una confidente tan

activa como útil. Dos ó tres veces por semana llevaba localidades para la Ópera, los Italianos ó cualquiera de esos teatruelos de seducción que, durante la temporada, atraen á todo París. Á los ojos de Risler, las localidades provenían de mistress Dobson, la cual aseguraba que tenía todas cuantas quisiera en los teatros de canto. El infeliz no sospechaba que la más barata de aquellas localidades de palco había costado á su consocio de diez á quince luíses. Era, en efecto, muy fácil de engañar un marido como aquel. Su inagotable credulidad aceptaba todas las mentiras; y luégo desconocía completamente aquella sociedad facticia en que su mujer comenzaba á deslizarse.

Tampoco la acompañaba nunca: las pocas veces que á los comienzos de su matrimonio había ido con ella al teatro, se había dormido vergonzosamente, demasiado sencillo para preocuparse del público y de imaginación demasiado roma para interesarse en el espectáculo. Así agradecía muy mucho á mistress Dobson la bondad de reemplazarlo al lado de Sidonia.

Por la noche, cuando su mujer salía, siempre tan engalanada y lujosa, contemplábala él con admiración, sin sospechar siquiera el cuantioso valor de aquellos perifollos; menos aún sospechaba la mano de que provenían, y libre de todo recelo, la esperaba en el rincón de la chimenea, diciendo con satisfacción á vueltas de sus dibujos:

—¡Cómo se divertirá!

En la habitación del principal se hacía la misma comedia, pero con trastrueque de papeles. Aquí era la esposa quien esperaba al amor de la lumbre. Todas las noches, media hora después de la salida de Sidonia, abríase otra vez la puerta para el cupé de Fromont, que conducía al señorito á su círculo. ¿Qué hay que decir? El comercio tiene sus exigencias. En el círculo, al rededor de una mesa de berlanga, es donde se tratan

los grandes negocios, y es preciso ir allá, mal que nos pese, so pena de amenguar la importancia de la casa.

Clara creía esto ingenuamente. Pero luégo que salia su marido, tenía un momento de tristeza. ¡Hubiera agradecido tanto retenerlo á su lado ó salir con él á cualquiera recreación común!... Pero la presencia de su hija, que gorjeaba junto al fuego haciendo ver sus piés de rosa, mientras la desnudaba, muy luégo tranquilizaba á la madre. Además, la gran palabra, *los negocios*, esa razón de estado de los comerciantes, estaba siempre allí para ayudarla á resignarse.

Entretanto Jorge y Sidonia se encontraban en el teatro, y lo que primero sentían al encontrarse juntos no era sino una satisfacción de vanidad, como quiera que los miraban mucho. Verdaderamente ella estaba muy linda entonces, y su fisonomía que necesitaba todas las excentricidades de la moda para causar su verdadero efecto, se las apropiaba tan bien que hubiérase dicho que se inventaban ex-profeso para ella.

Al cabo de un momento se iba quedando sola en el palco la zurcidora de voluntades mistress Dobson.

Habían alquilado una habitación en la avenida Gabriel, en la plazoleta de los Campos Elíseos, el sueño de aquellas mozas del taller de perlas falsas; habitación compuesta sólo de dos piezas, pero cómodas y lujosas, donde el silencio de los barrios ricos, envolvía deliciosamente sus verdaderos amoríos. Poco á poco, cuando Sidonia se hubo habituado á su indecoro, tuvo audacias y caprichos. De sus antiguos días de trabajo, de perlas falsas, había conservado en un rincón de su memoria nombres de bailes, de fondines famosos adonde tenía curiosidad de ir ahora, porque lo que se proponía, sobre todo, en sus devaneos y extravíos era el desquite de sus sinsabores, de los enojos y humillaciones de sus primeros años. Nada, por ejemplo, la divertía tanto, á su vuelta del teatro ó

de un paseo nocturno al Bosque, como una cena en el café Inglés con el ruido del vicio fastuoso al rededor. De estas frecuentes excursiones sacaba modos de hablar y de ponerse, estribillos picarescos y maneras que hacían pasar á la atmósfera burguesa de la antigua casa de comercio la sombra extravagante y exacta del París prostituído de aquel tiempo.

En la fábrica se comenzó ya á sospechar algo. Las mujeres del pueblo, aun las más pobres, entienden tanto en achaques de tocador!... Cuando madama Risler salía á eso de las tres de la tarde, cincuenta pares de ojos tan perspicaces como ansiosos, resguardados tras los vidrios de los talleres de pulir, la miraban pasar, viendo hasta lo hondo de su conciencia al través de su dormán de terciopelo negro y su aderezo de más negro azabache.

Inconsciente de ello, todos sus secretos revoloteaban en torno de su desvanecida frente, como las cintas de su precioso tocado; y sus diminutos piés, calzados de doradas botas, referían cuando andaba todas sus correrías clandestinas, todas sus comensaciones nocturnas, los pasos todos de su mal camino.

Las operarias susurraban con graciosa burlería:

—Miren á Doña Nada. ¡Y cómo se emperejila para salir! Á buen seguro que no se acicalará así para ir á misa.

—Ni menos para ir á confesar.

—¿Y qué ha de confesar la inmaculada? Los pecados veniales se lavan con agua bendita.

—¡Y pensar que no hace aún tres años iba al taller todas las mañanas con su *waterproof* y dos cuartos de castañas en los bolsillos para conservar calientes los dedos!

—Pues ahora va en coche triunfal, y no ha menester castañas para tener calientes las manos, muy bien calzadas de cabritilla de color de canario.

Y en el polvo del talco y á los ronquidos de las estufas, caldeadas siempre en invierno y verano, pensaban algunas de aquellas mozas en los caprichos de la suerte que transformaba de repente la existencia de una mujer y soñaban con un porvenir vagamente magnífico, que las esperaba á ellas también sin duda alguna.

Á los ojos de todos, Risler mayor era un marido burlado. En la *estampación*, dos tiradores asiduos, concurrentes á las *Folies-Dramatiques*, aseguraban como cosa cierta haber visto muchas veces á madama Risler en el teatro, acompañada de un galán que se recataba en el fondo del palco. El tío Aquiles referia también cosas sorprendentes...

De que Sidonia tenía uno ó más amantes, nadie dudaba en la fábrica: pero nadie había sospechado aún del principal Jorge Fromont.

Sin embargo, lo que es ella no guardaba ninguna reserva en sus relaciones con él: muy al contrario, hacía al parecer alarde de ellas, y esto acaso era lo que los salvaba. ¡Cuántas veces no se le acercó ella resueltamente en la graderia para convenir en la cita de la noche! ¡Cuántas no se había complacido en estremecerlo, hablándole con los ojos delante de los presentes!... Pasado el primer estupor, todavía le agradecia Fromont tales audacias, que atribuía á un exceso de pasión. Y se engañaba.

Lo que Sidonia hubiera querido, sin pensar en ello, era que Clara los viera desde alguna ventana, que tuviera alguna sospecha de lo que pasaba. Faltábale algo para ser completamente feliz: la inquietud, el recelo, sino los celos de su rival. Pero por más que hacía, Clara no veía nada, y como Risler, vivía en una tranquilidad imperturbable.

Sólo el antiguo cajero, Sigismundo Planus, estaba poseído de verdadera inquietud. Y todavía no pensaba en Sidonia, cuando, con la pluma detrás de la oreja,

suspendía un momento la gran labor de sus cuentas, mirando fijamente al través de su rejilla la regada tierra del jardín; sólo pensaba en su principal, Jorge Fromont, que sacaba ahora de caja mucho dinero para sus gastos corrientes y le embrollaba todos sus libros.

Siempre tenía pretextos para sus frecuentes sacas. Acercábase á la rejilla con cierto aire ligero, ni tímido ni audaz, y decía al malhumorado cajero:

—¿Cómo estamos de fondos, amigo mío?

El honrado cajero lo miraba con expresión indefinible, de lástima, de indignación, de protesta.

El otro no lo miraba á él de ninguna manera y continuaba con toda esta gallardía:

—Perdí otra vez á la berlanga, y no es cosa de enviar al banco por una bagatela.

El cajero abría su caja en silencio, le ponía en la palma de la mano la cantidad previamente determinada, y recordaba con espanto cierto día en que el mismo Fromont, teniendo apenas veinte años, había ido á confesar sus pecados á su tío por valor de algunos miles de francos que había perdido al excomulgado juego.

Desde luégo el probo Sigismundo miró con odio el círculo y con desprecio á todos sus socios. Por qué no acertó á ir un día á la fábrica cierto comerciante, socio de aquella reunión, y le dijo el cajero con brutal llaneza:

—¡Cargue el diablo con vuestro círculo! En dos meses ha dejado en él mi principal más de treinta mil francos.

—Está usted en un error, señor Planus; hace lo menos tres meses que no vemos por allá á Mr. Fromont.

El cajero no insistió; pero le cayó en mientes una idea á que anduvo dando vueltas todo el día.

—Si pues Jorge no va al círculo ¿en dónde diablos

pasa las noches? ¿En qué mil demonios gasta un hombre tanto dinero?

Aquí había con toda evidencia gato encerrado; sino que el gato debía ser una gata.

En cuanto le pasó esta idea por la cabeza, el incorruptible cajero comenzó á temblar por su caja. Aquel oso viejo del cantón de Berna, miraba con verdadero terror á las mujeres en general, y en particular á las de París. Ante todo, para tranquilizar su conciencia, creyó de su deber prevenir á Risler, y lo hizo aunque con cierta vaguedad, de primera intención.

—Mr. Fromont gasta mucho—le dijo un día.

Risler no se turbó ni mucho menos.

—Y ¿qué quieres que yo haga, amigo mío? Mr. Fromont está en su derecho, gastando de lo suyo.

Y el bueno de Risler lo decía como lo sentía, porque á sus ojos, Fromont menor era el dueño absoluto de la casa.

—¡Bueno fuera—añadió—que se atreviera á hacerle cargo el antiguo dibujante, hoy consocio por su generosidad!

El cajero no se atrevió á decir más, hasta que un día fueron de una gran casa de modas á presentarle una factura de seis mil francos por una cachemira.

Entonces fué á buscar á Jorge á su despacho con la factura en la mano:

—¿Hay que pagar esto?—le preguntó.

Jorge Fromont hubo de sorprenderse, bien que quisiera disimular su impresión.

Sidonia se había olvidado de avisarle esta compra, porque ahora las hacía de su propia autoridad.

—Sí, sí, pague usted, señor Planus—contestó con mal disimulado embarazo.

Y añadió:

—Y cárgueme usted en cuenta la partida, importe de un encargo que me han hecho.

Aquella misma tarde, á prima noche, al encender el cajero su quinqué, vió á Risler cruzar el jardín y le llamó la atención golpeando tenuemente la vidriera.

—¡Es una mujer!—le dijo al oído.—Ahora tengo pruebas infalibles.

Y al pronunciar tan misteriosamente estas palabras su voz, perdida entre los rumores de la fábrica, era trémula y temerosa. El ruido del trabajo le parecía siniestro en aquel momento al asombrado cajero; parecíale que todas las máquinas en movimiento, la enhiesta chimenea con su penacho de humo, el tumulto de los operarios dados á sus tareas, todo aquello se agitaba, rugía, se fatigaba para un sér misterioso vestido de terciopelo y adornado de joyas.

Risler se burló de él y no quiso creerlo. Conocía de larga fecha la manía de su compatriota de ver en todo la perniciosa influencia de la mujer y no le hizo caso.

Sin embargo, hubo de recordar varias veces el aviso de su buen amigo, sobre todo, de noche, en sus largas horas de soledad, cuando al irse Sidonia al teatro en compañía de mistress Dobson, se iba con toda la pompa de sus galas dejando el aposento vacío, tan luégo como pasaba la puerta. Algunas bugías ardían delante de los espejos, y menudos objetos de tocador dispersos, abandonados, bien que revelaban extravagantes caprichos y gastos excesivos. Pero Risler no veía nada de esto: sólo cuando oía el coche de Jorge, sentía como una impresión de malestar, de disgusto, haciendo memoria de cómo la pobre Clara pasaba las noches sola.

—¡Pobre señora!—exclamaba—¡Si fuera verdad lo que dice Sigismundo; si tuviera Jorge esas relaciones ilícitas!... ¡Oh! Sería una desgracia.

Entonces, en vez de ponerse á trabajar, bajaba pausadamente al principal á ver si la señora estaba visible, creyendo de su deber hacerle compañía.

La pequeñuela estaba ya acostada; pero su gorrita

y sus zapaticos azules rodaban aún delante de la chimenea entre sus juguetes. Clara estaba leyendo ó trabajando al lado de su madre, silenciosa siempre y siempre en actitud de limpiar algo, siquiera á soplos, con esa tenacidad de las manías.

No era tampoco el buen Risler una compañía muy agradable; mas no por eso dejaba Clara de recibirlo bondadosamente. Sabía la de Fromont todo lo que de Sidonia se decía en la fábrica, y bien que hubiera descontado más de la mitad, la vista de aquel pobre hombre, á quien con tanta frecuencia abandonaba su mujer, le oprimía el corazón. Una piedad recíproca venía á formar el fondo de aquellas apacibles y tranquilas relaciones, y nada más conmovedor que aquellas dos víctimas inconscientes de su propia desgracia procurando distraerse mutuamente.

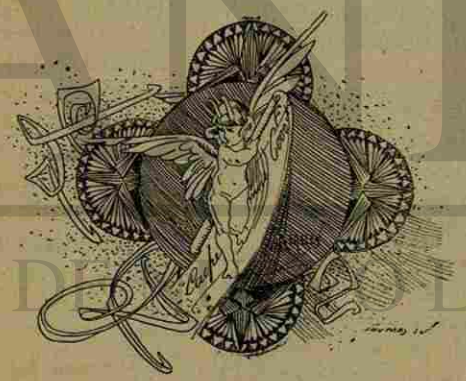
Sentado al velador en comedio de la estancia, sentíase Risler poco á poco penetrado del calor de hogar, no menos que de la armonía de todo cuanto lo rodeaba. Encontraba allí los muebles que conocía de veinte años atrás, el retrato de su antiguo patrono y principal; y su hija única, la bondadosa Clara, inclinada sobre su labor allí á su lado, le parecía más joven, más bella, más interesante y respetable al amor de aquellos recuerdos, tan antiguos como caros y simpáticos.

De vez en cuando se levantaba la solícita madre para ir á ver á su pequeñuela dormida en la pieza contigua, y cuya respiración dulce y serena se oía, sin embargo, en las pausas de silencio.

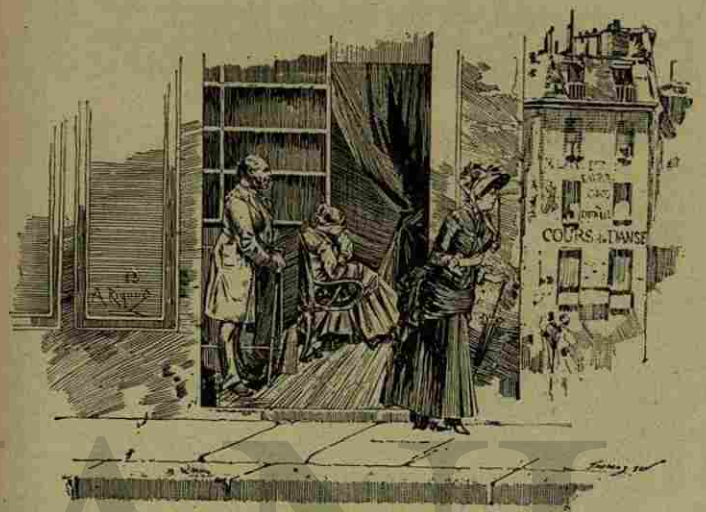
Sin saber por qué, se sentía allí el buen Risler bien hallado, más abrigado que en su casa; porque ciertos días su habitación, que se abría sin cesar para entradas y salidas, le parecía un mercado sin puertas ni ventanas, abierto á los cuatro vientos. En su casa se acampaba; aquí se vivía. Una mano cuidadosa lo arreglaba todo con orden y elegancia: las sillas en círculo

parecía que hablaban entre sí en voz tácita; el fuego ardía con cierto amor al hogar y la gorrita de la niña guardaba entre los lazos de sus cintas dulcísimas sonrisas y miradas infantiles.

Entonces, mientras Clara pensaba en que un hombre tan bondadoso de suyo bien merecía una compañera mejor, Risler, por su parte, viendo aquel tan bello y tranquilo rostro, cuyos ojos convertidos á él expresaban tanta indulgencia y piedad, se preguntaba con secreto enojo cómo tenía alma Jorge Fromont, su consocio, para abandonar á mujer tan adorable por una mujerzuela de por ahí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI

La casa del viejo Sigismundo Planus, en Montrouge, estaba contigua á la que habían habitado algún tiempo Mr. Chebe y su mujer. Era la misma planta baja, de techos altos, con sus tres ventanas, el mismo jardín, con su tonel por estanque.

El cajero vivía allí con su hermana: tomaba el primer ómnibus que partía de la estación por la mañana y volvía á la hora de comer, permaneciendo el domingo en casa cuidando sus flores y gallinas.

La vieja solterona hacía la limpieza, la comida, toda la hacienda de la casa.

Nunca se vió pareja más igual ni más dichosa.

Célibes los dos, estaban unidos por idéntico odio al matrimonio: la hermana aborrecía á todos los hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bres; el hermano desconfiaba de todas las mujeres. Con todo eso, se adoraban considerándose cada cual como una honrosa excepción en la perversidad general de su sexo.

Hablando de él decía siempre ella: Mi hermano *Mr. Planus;* y con la misma solemnidad afectuosa, decía él cada y cuando la mentaba: Mi hermana *Mlle. Planus.*

Para aquellos dos seres tímidos é ingenuos, París, que desconocían completamente atravesándolo todos los días, era una guarida de monstruos de dos especies, ocupados en hacerse el mayor daño posible, y cuando llegaba á sus oídos algún drama conyugal en lenguas del hiperbólico vulgo, cada cual, según su idea, acusaba á un culpable diferente.

—El marido es el culpable—decía ella.

—La culpable es la mujer—decía él.

Y este era su eterno asunto de discusión, en aquellos ratos de ocio, bastante raros por cierto, que Sigismundo se reservaba de su laborioso día, tan arreglado y aritmético por decirlo así, como su libro de caja.

Pero hacía algún tiempo que los hermanos daban á sus coloquios animación extraordinaria: lo que ocurría en la fábrica los preocupaba mucho. La hermana se compadecía de madama Fromont y no se mordía los labios para dar por indigna la conducta de su marido, mientras Sigismundo no tenía palabras bastante amargas y duras contra la pícara desconocida que enviaba á cobrar á caja una factura de francos seis mil por un trapo de moda. Para el fiel cajero, el honor de aquella antigua casa, que venía sirviendo desde su juventud, era también suyo.

—¿Qué va á ser de nosotros?—decía continuamente.

—¡Oh! las mujeres! las mujeres!...

Un día, hacía calceta junto al fuego Mlle. Planus esperando á su hermano.

La mesa estaba puesta hacía media hora y la solterona comenzaba á inquietarse de tan insólita demora, cuando veis aquí que entra Sigismundo con el rostro demudado y sin proferir una palabra ni media, cosa extraña en él, que hablaba siempre al entrar y nunca mudaba de semblante.

Prolongó tan angustioso silencio hasta que estuvo muy bien cerrada la puerta, y entonces, á la mirada interrogativa y ansiosa de su hermana, despegó los apretados labios.

—Traigo graves noticias—dijo en voz baja.

—Habla por Dios.

—Sé quién es la mujer que se ha propuesto arruinarnos.

Y en voz más baja aún, después de una mirada á los mudos muebles del comedor, pronunció un nombre singular, tan inesperado y sorprendente que la asombrada solterona se lo hizo repetir hasta tres veces.

—¿Es posible?

—Tengo pruebas.

Y á pesar de su despecho, tenía casi aire de triunfo.

La vieja solterona no se atrevía á creerlo.

—¡Dios mío!—exclamaba—¡Una dama tan bien educada, de tantos respetos y finura!... ¿Es posible?

—Tengo pruebas—repitió Sigismundo.

Luégo refirió que el tío Aquiles había visto cómo entraban Jorge y Sidonia, una noche á las once, en una casa sospechosa del arrabal Montmartre; que otros los habían visto igualmente en parajes no menos sospechosos, y que en la fábrica no se hablaba de otra cosa, siendo Risler el único que lo ignoraba todo.

—Pues deber tuyo es prevenirlo—replicó la solterona.

El cajero movió la cabeza gravemente.

—Es cosa muy delicada. Ante todo ¿quién sabe si querría creerme? ¡Hay ciegos tan ciegos!... Fuera de

esto, poniéndome entre los dos socios, me arriesgo á perder mi empleo... ¡Oh! las mujeres! las mujeres! ¡Y pensar que ese Risler hubiera podido ser tan feliz... Cuando le hice venir del país con su hermano Franz, el pobre no tenía un céntimo, y hoy está al frente de una de las primeras casas de París. Pero no hay que esperar que esté satisfecho. ¡Bah! El señor quiere casarse. ¡Pardiez! Como si hubiera necesidad de casarse. ¿Para qué diablos?... Y no es esto lo peor; sino que va á casarse con una mujer de París, una de esas



damiselas mal peinadas y peor dirigidas, que son la ruina de una casa honrada, cuando tenía tan á la mano una doncella, poco más ó menos de su edad, hija de su mismo país, avezada al trabajo y de madera fina, aunque me esté mal decirlo.

Mlle. Planus, á cuya fina madera había aludido el hermano, tenía aquí la ocasión más oportuna de exclamar: «¡Qué hombres! ¡Qué hombres!» Pero no exclamó ni dijo nada, guardando pudoroso silencio. Era asunto delicado, y á pesar de los pesares, si Risler la hubiera pretendido, acaso, acaso... hubiera él sido el único hombre que...

Sigismundo continuó:

—Y vé adónde hemos llegado. Tres meses há que

la primera fábrica de papeles pintados de París está pendiente de los volantes de esa mujer. Hay que ver cómo corre el dinero. No hago en todo el día más que entregar partidas á Mr. Fromont, que á mí se dirige siempre, porque en casa de su banquero no tendría esto disimulo, mientras en la caja, el dinero va, viene, entra, sale... Pero ¡cuenta con el inventario! ¡Buenas serán sus cuentas de fin de año! Lo peor de todo es que Risler mayor no quiere que se le hable de esto. Se lo he advertido muchas veces. «Abre el ojo, Guillermo: tu consocio hace locuras por esa mujer.» Y ó se va encogiéndose de hombros, ó me contesta que no tiene que ver en ello, porque Fromont es el amo. En verdad que es para creer... es para creer...

El cajero no acabó de expresar el concepto; pero su silencio estaba preñado de malos pensamientos.

La solterona estaba consternada, pero, como la mayor parte de las mujeres en semejante caso, en vez de buscar remedio al mal, se extraviaba en una multitud de suposiciones y pesares retrospectivos.

—¡Qué lástima no haber sabido esto antes, cuando eran nuestros vecinos los padres de Sidonia! Era madama Chebe una persona tan honorable!... Hubiéramos podido entonces entendernos con ella para que vigilara á Sidonia y le hablara seriamente.

—En efecto, es una buena idea—interrumpió Sigismundo.—Deberías ir á la calle de *Mail* á prevenir á sus padres. Yo había pensado escribir á Franz, que ha tenido siempre cierto ascendiente sobre su hermano, y es el único que podría decirle ciertas cosas... Pero está tan lejos ese muchacho!... Y luégo sería tan terrible la revelación! ¡Pardiez! Ese desgraciado Guillermo, me da lástima... No, lo mejor es advertir á la madre. ¿Te encargas tú de esto, hermana?

El encargo era peligroso, y la solterona hizo algunas objeciones; pero nunca había sabido resistirse á la

voluntad de su hermano, y el deseo de ser útil á su antiguo amigo Risler acabó de decidirla.

Gracias á la excesiva bondad de su yerno, había logrado Mr. Chebe realizar su nuevo antojo. Hacía tres meses que habitaba su famoso almacén en la calle de *Mail*. Y era de ver la extrañeza de aquel distrito comercial ante un almacén de mercancías sin mercancías, cuyas puertas se abrían por la mañana para cerrarse á la noche como las casas en grande. Pero si no había allí cosa de género, en cambio no faltaban anaqueles, ni balanzas, ni mostrador, ni caja de hierro con secreto y todo para guardar caudales. En una palabra, el principal de aquel famoso almacén tenía todos los elementos de un tráfico cualquiera, sin saber cuál preferir.

Y cuenta que pensaba en ello todo el santo día, paseándose á lo largo del local, embarazado aún con grandes trastos impertinentes ó no idóneos, que no habían podido entrar en la trastienda ni menos en su propio lugar, que no era otro que el dormitorio; pensaba en ello también al paso de su puerta, cuando haciendo que hacemos en són de gran comerciante y hasta con su ociosa pluma detrás de la oreja, se hundía con delicia en la vertiginosa baraúnda del comercio parisiense. Los dependientes que pasaban con sus muestrarios bajo el brazo, los carros de las mensajerías, los ómnibus, los mozos de cordel, los carretones, el desembalaje de géneros en las puertas inmediatas, los paquetes de telas, de pasamanería, que rozaban el barro del arroyo antes de entrar en los sótanos, esos negros agujeros atestados de riquezas, donde está en germen la fortuna de las casas... todo esto extasiaba á Mr. Chebe.

Divertíase en adivinar el contenido de los fardos y era el primero en las contiendas, cuando un transeunte recibía un bulto á los piés, ó los caballos de un carro,

impacientes y fogosos, se atravesaban en la calle obstruyendo la circulación.

Sobre éstas, tenía las mil distracciones del comerciante sin clientes ni respetos que guardar, como por ejemplo: la lluvia, las disputas, las riñas, los robos y demás accidentes ordinarios.

Á la caída de la tarde, fatigado del trabajo de los demás, se arrellanaba en su butaca y decía á su mujer enjugándose la frente:

—Esto, esto es lo que me hacía falta... la vida activa.

La pobre mujer se sonreía sin contestar. Hecha á los caprichos y extravagancias de su marido, se había acomodado como mejor pudo en la trastienda que tenía vistas á un patio oscuro, y se consolaba pensando en la antigua prosperidad de sus padres y en la fortuna de su hija, y siempre vestida aseadamente, se había granjeado el respeto de los vecinos.

No quería ella más tampoco: sólo quería conservar, á pesar de todo, cierta categoría comercial, un rango burgués, siquiera humilde, para no confundirse con las mujeres de un menestral, ordinariamente más pobres que ella.

Era su preocupación constante: así la pieza en que estaba y en que era de noche á las tres de la tarde, llamaba la atención por su orden y limpieza. De día, se doblaba el lecho á manera de canapé, un chal viejo hacía oficios de tapete en una mesa, la chimenea servía de cocina, detrás de un biombo y en un anafe enorme hervía reservadamente la olla. La tranquilidad era el sueño dorado de la pobre mujer, agitada siempre por la estéril movilidad de un compañero impertinente y molesto.

Desde los primeros días se había anunciado al público el comerciante Mr. Chebe, con este rótulo escrito en letras tamañas:

COMISIÓN.—EXPORTACIÓN.

Ni más ni menos. Quien quiera saber más, que estudie.

Sus vecinos vendían tules, paños, telas... Él estaba dispuesto á vender de todo; pero no podía decir qué: no lo sabía á punto fijo.

Y ¡qué coloquios sobre esto, en la velada de la noche, con su pobre mujer!

—No entiendo de telas, verdaderamente; pero lo que es en materia de paños... ¡oh! de esto respondo. Sólo que, si me dedico á los paños, necesito de toda necesidad un dependiente viajante, como quiera que vienen de Sedán y de Elbeuf las mejores clases. De estampados no hay qué hablar hasta la estación de verano, ni menos de los tules, estando ya la estación muy avanzada.

Con frecuencia terminaba sus incertidumbres diciendo gallardamente:

—Lo mejor es consultar con la almohada. Vamos á acostarnos y mañana veremos lo que da el día.

Y se retiraba, á gusto y contentamiento de su pobre mujer.

Al cabo de tres ó cuatro meses de tráfico, digámoslo así, comenzó á aburrirse el famoso traficante. Vinieron otra vez á atormentarle los aturdimientos y dolores de cabeza, y para el caso era ruidoso y malsano aquel distrito. Fuera de esto, los negocios no iban bien, ni los paños, ni los estampados, ni los tules.

Y en este punto de crisis comercial, acertó á presentarse Mlle. Planus con su embajada, á propósito de Sidonia.

La solterona se había dicho de camino:

—Hay que dar muchos rodeos para llegar á lo grave, sin herir la delicadeza de nadie.

Pero, como todas las personas tímidas, hubo de

desembarazarse de su carga, apenas entró en coloquio, desde las primeras palabras desde el saludo de rúbrica.

Fué una peripecia de teatro, rápida, fulminante.

Al oir que se acusaba á su hija, se levantó la madre con verdadera indignación. Jamás se le haría creer el mal pecado, aunque se lo predicaran frailes descalzos. Su pobre Sidonia era víctima inocente de la más vil de las calumnias.

El padre, por su parte, lo tomó de más alto, refiriéndolo todo á su persona según su costumbre.

—¡Cómo se entiende! ¡Cómo puede suponerse que una hija mía, una hija de Mr. Chebe, honorable comerciante, conocido en la plaza, de treinta años atrás, haya sido capaz de... Eso es una suposición de la envidia, una hablilla infame y vulgar de malas lenguas.

La solterona insistió, sin embargo. Costábale mucho pasar por chismosa y correvedile de malas nuevas; pero había pruebas convincentes del hecho, que, por otra parte, no era ya un secreto para nadie.

—Y dado que así fuera — saltó furioso Mr. Chebe, más y más ofendido de la insistencia de la otra — ¿nos toca á nosotros corregir eso? Nuestra hija está casada, vive fuera de la casa paterna... Toca pues á su marido, hombre de más edad y peso que ella, aconsejarla y dirigirla. ¿Ha pensado en ello siquiera?

Sobre tan delicado tema se puso el vejete á declamar contra su yerno, ese suizo de sangre coagulada que pasa la vida buscando inventos mecánicos, negándose á acompañar á su esposa, joven y bella, á la buena sociedad y prefiriendo al decoro de su posición el grosero solaz ó vicio de la pipa y la cervecería.

Era cosa de oir el tono de desdén aristocrático con que Mr. Chebe pronunció la palabra vulgar *cervecería*. Y sin embargo, casi todas las noches iba allá á beber, á costa siempre de Risler, á quien hacía graves car-

á la puerta y todo el sosiego y desvergüenza de una coqueta dichosa.

Madama Risler no sospechaba que había allí en aquella ventana de la planta baja un enemigo de todos los instantes, que espiaba todas sus acciones, los más ligeros pormenores de su vida, las entradas y salidas de su maestra de canto, todas las cajas que se le llevaban, la gorra galonada de los empleados del *Louvre*, cuyo pesado coche se paraba á la puerta con gran ruido de cascabeles, como una diligencia arrastrada por poderosos caballos, que conducían la casa de Fromont á la quiebra con rapidez vertiginosa.

Sigismundo contaba los paquetes, calculaba su peso al pasar, y por las abiertas ventanas penetraba curiosamente en el interior del piso. Las alfombras que sacudían con grande estrépito, las jardineras puestas al sol, con sus enfermizas flores, tan extrañas como costosas, los magníficos tapices, nada se le escapaba.

Las adquisiciones nuevas le saltaban á la vista refiriéndose á alguna fuerte saca de caja.

Pero lo que estudiaba aún más que todo era la fisonomía de Risler.

Para él, aquella mujer diabólica iba en camino de hacer del hombre más honrado un bribón inverecundo. No cabía dudar de ello. Risler sabía su deshonra y la aceptaba: se le pagaba para que callara.

Había ciertamente algo monstruoso en esta hipótesis; pero es propio de los caracteres cándidos, que aprenden el mal sin haberlo conocido, ir sin detenerse demasiado lejos. Una vez convencido de la traición de Jorge y Sidonia, la infamia de Risler le había parecido al cajero menos imposible de admitir. Y sino ¿cómo explicarse la indiferencia del uno ante el malrotar del otro socio?

El severo Sigismundo, en su honradez mezquina y rutinaria, no podía comprender la delicadeza de Risler.

Fuera de que sus hábitos metódicos de tenedor de libros y su perspicacia meramente comercial estaban á cien leguas de aquel carácter distraído, medio artista, medio inventor. Juzgaba de todo esto por lo que en él pasaba, sin poder adivinar lo que es un hombre en tentación de inventar, encerrado en una idea fija. Estos hombres son sonámbulos: miran y no ven con los ojos por dentro.

En sentir del cajero, Risler veía.

Y este sentir lo apenaba grandemente. Comenzó por mirar descaradamente á su amigo siempre que éste entraba en su despacho; desanimado luégo por aquella impasible indiferencia, que suponía él estudiada, aplicada á su faz como una máscara, acabó por desviarse, fingiendo buscar algo entre sus carpetas para evitar sus falsas miradas y sólo hablándole con los ojos convertidos á otra parte. Hasta sus palabras eran todas indirectas y bizcas como sus miradas, pues no se sabía positivamente á quién se dirigía.

Acabáronse ya las sonrisas amistosas, los recuerdos registrados mano á mano en el libro de caja de la fábrica.

Á la larga hubo de notar Risler la frialdad de Sigismundo y habló de ello á su mujer.

De algún tiempo atrás, sentía ella flotar en torno de sí aquella antipatía. Á las veces, como cruzaba el patio, heríala el centelleo de malévolas miradas, que le hacían dirigir las suyas á la rejilla del cajero. Con esto, tembló alarmada por el enojo de los dos amigos, y se dió buena prisa y no mala maña en prevenir á su marido contra las intenciones del otro y demás gente *non sancta*.

—¿No estás viendo que te tiene envidia, que le pesa tu posición? Que un antiguo compañero sea hoy su principal, es una pesadumbre que lo ahoga. Pero si fuera uno á hacer caso de esas malevolencias... Yo misma estoy rodeada de ellas.

El bueno de Risler abrió tamaños ojos.

—¿Tú?

—Sin duda. Toda esta gentuza me detesta. No lleva á bien que la pobre Sidonia Chebe haya venido á ser madama Risler... y Dios sabe cuántas infamias dicen de mí. Y puedo asegurarte que vuestro cajero no es el que tiene la lengua menos larga. ¡Qué hombre tan malvado!

Estas pocas palabras produjeron su efecto. Indignado Risler, demasiado altivo para quejarse, pagó desdén con desdén; y aquellos dos hombres tan rectos no podían ya encontrarse sin un movimiento de embarazo, de malestar, de tal manera, que al cabo de algún tiempo, no volvió Risler á entrar en el despacho del cajero. Esto le era fácil por otra parte, siendo Fromont el encargado de todo lo relativo á fondos. Cada fin de mes se le subía su asignación y ni para esto tenía que ver al cajero. De aquí, una facilidad más para Jorge y Sidonia y la posibilidad de una multitud de infames intrigas.

Ocupábase á la sazón Sidonia en completar su programa de vida lujosa y elegante y le faltaba para ello una casa de campo. En el fondo, odiaba los árboles, los sembrados, los senderos que inundan de polvo. «Lo más triste que hay en el mundo,» decía ella. Sólo Clara Fromont pasaba el verano en Savigny. Desde los primeros días de cálor, se comenzaba á hacer el equipaje en el piso principal; se descolgaban las cortinas, y allá iba á la quinta del abuelo un carro de mudanzas, donde la cuna de la niña balanceaba su barquilla azul. Después, una mañana, la madre, la abuela, la niña y la nodriza, partían al trote de dos caballos hacia el sol de los céspedes y la sombra suavizada de los ojaranzos.

París estaba entonces feo, despoblado; y bien que á Sidonia le gustara aún en esa estación de estío que lo caldea como un horno, la mortificaba pensar cómo todas las elegancias y riquezas parisienses se paseaban á la orilla del mar, bajo sus sombrillas claras, y hacían del viaje un pretexto para lucir las mil invenciones nuevas, las originales modas más audaces, que permiten enseñar la linda pierna y largos y anillados cabellos.

En los baños de mar era excusado pensar, como quiera que Risler no podía ausentarse de París.

Comprar una casa de campo era prematuro todavía, pues faltaban los medios para esta adquisición.

Bien estaba allí el amante, que no quería más sino satisfacer este nuevo capricho; pero una casa de campo no se disimula como un brazalete, como una cachemira. Con todo eso, podía probarse todo con el bonachón de Risler.

Preparando tan escabroso terreno hablábale á menudo de un rincón de campo, no muy costoso, cerca de París. Risler la escuchaba sonriendo. Bien pensaba él en las yerbas, en la exquisita fruta del cercado propio, ya atormentado por esa necesidad de poseer que viene con lo fortuna; pero como tan prudente, decía:

—Veremos... veremos... Hay que esperar á fin de año.

El fin de año quería decir el balance de la casa, el inventario.

¡El inventario!

Es la palabra mágica. Todo el año se va en el turbión de los negocios: el dinero entra, sale, circula, atrae más dinero, se dispersa; y la fortuna de la casa, como dorada culebra, inasible, en movimiento continuo, se alarga, se contrae, aumenta ó disminuye, sin que sea posible reconocer bien su estado, sino en un momento de reposo. Sólo al inventario se sabrá de cierto á qué atenerse, si el año que parece bueno, lo es definitivamente.

Generalmente se hace á fines de diciembre, al rededor de navidad ó de año nuevo. Como exige horas

extraordinarias de trabajo, hay que trasnochar en los escritorios. Toda la casa está en vela: las luces, encendidas en los despachos hasta mucho después de haber cerrado, parece que participan de ese aspecto de día de fiesta que anima esta última semana del año, en que tantas ventanas se iluminan en los saraos de familia. Hasta el más humilde empleado de la casa se interesa en el resultado del balance, como que los aumentos de salario y los aguinaldos ó propinas de la pascua dependen de este grande y general finiquito.

Así, pues, mientras se agitan los intereses, los cuantiosos intereses de una rica fábrica, en los quintos pisos, ó en pequeñas viviendas de arrabal, las mujeres de los empleados, los muchachos, los padres, viejos ó inválidos, hablan del inventario, cuyo resultado ha de hacerse sentir ó por un aumento de economía, ó por la compra largo tiempo aplazada de algo necesario, que la propina hará al fin asequible.

En la casa comercial Fromont y Risler, Sigismundo Planus es un dios en este momento, y su despacho un santuario donde velan, bullen y rebullen todos los dependientes. En el silencio de la fábrica, las grandes páginas de los enormes libros mercantiles crugen al volverse, y los nombres pronunciados en alta voz hacen buscar en otros registros. Las plumas rechinan sobre el papel, y el viejo cajero, rodeado de sus dependientes, tiene una expresión afanosa y terrible. De vez en cuando, Jorge Fromont, al ir á tomar el carruaje, entra con el cigarro en la boca y puesto de guantes, andando lentamente y de puntillas y se asoma á la rejilla.

—Y bien—dice á media voz—¿cómo va eso?

Sigismundo da como un gruñido, y el joven principal se retira sin atreverse á preguntar más. Bien adivina en el avinagrado semblante del cajero, que las noticias serán malas.

En efecto, desde los años de revolución en que se reñía en los patios de la fábrica, nunca se había visto en la casa Fromont inventario más lastimoso. Gastos é ingresos se balanceaban: los generales lo absorbían todo, y además, Fromont menor era deudor á la caja de crecidas cantidades. Era de ver la cara consternada del viejo cajero, cuando el 31 de Diciembre subió á dar cuenta á Jorge de sus operaciones.

Éste, por su parte, tomó las cosas muy alegremente. En lo sucesivo todo irá mejor. Y para reanimar al decaído y malhumorado cajero, púsole en la palma de la mano una gratificación de mil francos en lugar de los quinientos que por igual concepto le daba antes su tío.

Á todos los de la casa llegó la generosa disposición del principal; y en la alegría común, el deplorable resultado del balance fué muy luégo olvidado.

En cuanto á Risler, quiso el mismo Jorge encargarse de ponerlo al corriente de la situación.

Cuando entró en el aposento de su consocio, alumbrado desde arriba por una luz de taller, que caía á plomo sobre la meditación del inventor, tuvo el joven un momento de vacilación, el remordimiento y vergüenza de lo que iba á hacer.

Pero al ruido de la puerta, se había vuelto el otro alegremente.

—¡Mr. Fromont! amigo mío! ¡ya, ya está!

—¿Qué?

—La máquina, la *estampadora*. Faltan algunos detalles; pero eso vale poco. Ahora estoy cierto de mi invención. Ya verá usted, ya verá usted... Por más que se esfuerce *Prochasson* y Compañía, con la estampadora Risler no es posible la competencia.

—¡Bravo, bravo, compañero!—contestó Fromont.—Eso para el porvenir. ¿No piensa usted en el presente? ¡Ese inventario!...

—¡Ah! es cierto: ni siquiera había pensado en él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y observando la fisonomía de Jorge, que estaba algo turbado é inquieto, añadió:

—No será muy halagüeño ¿eh?

—Al contrario—contestó Jorge—no es sino muy favorable... tenemos motivos para estar satisfechos, sobre todo, para nuestro primer año de gestión. Nos toca á cada uno un beneficio de cuarenta mil francos, y como he pensado que acaso necesite usted dinero para dar las estrenas á su esposa...

Y sin atreverse á mirar de frente al hombre de bien á quien iba á engañar, puso sobre su mesa un manojo de billetes.

Risler tuvo un momento de emoción. ¡Tanto dinero para él, para él solo! Pensó, primero, en la generosidad de los señores Fromont que lo habían hecho lo que era, y luégo en su amada Sidonia, en el deseo tantas veces expresado por ella y que él podía ya satisfacer.

Con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios, tendió las dos manos á su consocio, diciendo:

—Estoy contento... estoy contento.

Era su expresión en las grandes ocasiones.

Después, indicando el manojo de billetes:

—¿Sabe usted lo que es esto?—dijo á Jorge con acento de triunfo.—Esto es la casa de campo de Sidonia.

¡Ira de Dios!



VII

Una carta

A Franz Risler,
Ingeniero de la Compañía Francesa

ISMAILIA *(Egipto)*

FRANZ, amigo mío, el viejo Sigismundo es quien te escribe. Si supiera yo expresar mejor mis ideas en el papel, tendría mucho, mucho que contarte. Pero este sacro francés es muy difícil, y fuera de sus números, Sigismundo Planus no vale nada. Sin más rodeos, voy á decirte de qué se trata.

»En la casa de tu hermano pasan cosas que no están bien. Su mujer lo engaña, andando en amoríos con su consocio. Si esto continúa, el que ahora sólo pasa por ridículo, llegará á pasar por un bribón. Escúchame, querido Franz: es preciso que vengas sin demora, pues nadie, sino tú, puede hablar á Guillermo y abrirle los ojos sobre la conducta de su Sidonia: á nosotros no nos creería. Pronto, pronto, amigo mío, pide licencia y vente.

»Bien sé que tienes que ganarte ahí la vida y crearte un porvenir; pero un hombre de honor debe anteponer á todo el apellido que le legaron sus padres. Pues bien, yo te digo que te vengas inmediatamente; donde no, llegará el día en que el apellido Risler tendrá encima tanta mengua, que no podrás ya llevarlo.

»Tuyo afectísimo amigo,

SIGISMUNDO PLANUS *(Cajero)*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO TERCERO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

El Justiciero

Los que viven siempre encerrados, sujetos á su pedazo de vidrio por el trabajo ó por la enfermedad, como se hacen un horizonte de las paredes, de los techos, de las ventanas vecinas, se interesan también por las gentes que pasan.

Inmóviles se encarnan en la vida de la calle, y todos esos que en pasos de sus negocios se les aparecen todos los días á las mismas horas ni sospechan que sirven de regulador á otras existencias, que los esperan ojos amigos, á los cuales faltan, si les ocurre echar por otro camino.

Las pobres mujeres de Delobelle, recluídas todo el santo día, hacían estas mudas observaciones. Como la ventana era estrecha, la madre cuya vista comenzaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á gastarse á fuerza de trabajar, se acercaba á ella buscando la luz. Desde allí iba anunciando los transeuntes á su hija que, siempre en su butaca, se había quedado un poco más lejos. Era una distracción, un asunto de familiar coloquio, con que las largas horas de trabajo parecían más cortas, divertidas por apariciones regulares de personas muy ocupadas también.

Eran estas dos hermanitas, un señor de sobretodo gris, un niño que iba y venía al colegio y un viejo empleado con una pierna de madera, cuyo paso desigual sonaba siniestramente en las baldosas de la acera.

Á éste apenas se veía, como quiera que pasaba cerrada ya la noche; pero se le oía muy bien, y el seco són de su paso llegaba á la cojita cómo el rudo eco de sus más tristes pensamientos.

Todos estos amigos de la calle ocupaban sin saberlo á las dos mujeres. Si llovía, decían:

—Van á mojarse... ¿Habrá llegado el niño antes del chaparrón?

Y en los cambios de estación, ahora el sol de marzo inundara las húmedas aceras, ahora las cubriera la nieve de diciembre, la aparición de un traje nuevo en uno de sus amigos hacía pensar á las dos presas: «Es el verano,» ó bien «es el invierno.»

Ahora bien, era á la sazón la tarde de un día de mayo, una de esas tardes luminosas y apacibles en que la vida interior de las casas se esparce afuera por las ventanas abiertas.

Desiderata y su madre agitaban sus dedos y en ellos sus agujas, aprovechando la luz del día hasta su último rayo, antes de encender el quinqué. Oíanse gritos de niños que jugaban en los patios, pianos ensordecidos, y la voz de algún revendedor callejero que arrastraba su carretón medio vacío. Sentíase la primavera en el aire, un vago perfume de jacinto y lila.

La madre Delobelle había dado de mano, y antes de

cerrar la ventana, escuchaba puesta en ella de codos, todos esos rumores de una gran ciudad laboriosa, feliz de circular por las calles, terminado ya el trabajo del día.

De vez en cuando, hablaba con su hija sin volverse.

—Acá viene Sigismundo. ¡Qué temprano sale de la fábrica esta noche! Acaso sea porque se alargan ya los días; pero creo que no son todavía las siete... Y ¿con quién viene el viejo cajero?... ¡Es singular!... Diríase que lo acompaña Franz... Pero no, no es posible: Franz está muy lejos de aquí. Luego él no tenía barba... Sin embargo, le parece mucho. Mira, hija, mira...

Pero la cojita no abandona su butaca, no se mueve siquiera. Con los ojos extraviados, con la aguja en el aire, inmovilizada en su bella actitud de trabajo, ha volado hacia el país azul, esa región maravillosa á donde se va libremente, sin temor de ninguna enfermedad. El nombre de Franz, á dicha pronunciado por su madre, es para ella toda una historia de ilusiones, de dulces esperanzas, fugaces como el rubor que le salía á las mejillas, cuando por la noche al retirarse, entraba á departir con ella un rato.

¡Cuán lejos está ya todo esto! ¡Y pensar que vivía en la habitación inmediata, que se oía su paso en la escalera, y el ruido de su mesa, cuando la arrastraba junto á la ventana para dibujar!... ¡Qué pesar y qué dulzura sentía ella cuando lo oía hablar de Sidonia, sentado á sus piés en la silla baja, mientras montaba sus moscas y sus pájaros de mil colores!

Sin dejar su labor, lo consolaba, porque Sidonia había causado muchos enojos pequeños al pobre Franz, antes de causarle el grande. El metal de su voz, cuando hablaba él de la otra, el esplendor de sus ojos, cuando pensaba en ella, la encantaban á pesar de todo; de tal manera que cuando partía desesperado, dejaba tras sí un amor más profundo y grande que el que se

llevaba, un amor que la pobre vivienda siempre igual, la vida sedentaria é inmóvil guardarían intacto con todo su amargo perfume, mientras el suyo, al cielo abierto de los grandes caminos, se evaporaría poco á poco.

El velo del último crepúsculo se pliega más y más cerniendo sombras y cierra la noche al fin. Envuelta en la oscuridad que sigue á tan serena y dulce tarde, la pobre joven se siente poseída de mortal tristeza. La claridad dichosa del pasado disminuye á sus fatigados ojos, como el último rayo de luz en el sesgo de la ventana en que la madre está de codos.

De pronto se abre la puerta.

Alguien está allí cuya presencia apenas se vislumbra. ¿Quién puede ser? Las pobres mujeres de Delobelle nunca reciben visitas. La madre, que se ha vuelto, cree que vienen del almacén por la tarea de la semana, y en este sentido dice:

—Mi esposo ha ido á llevarla ya.

El que era se adelanta en silencio, y á proporción que se acerca á la ventana se va contorneando su persona.

Es un buen mozo, robusto y moreno, de barba espesa, de voz recia, de acento algo pesado.

—Madama Delobelle ¿no me reconoce usted?

—Desde luégo le he reconocido yo, señor Franz—dice Desiderata con singular sosiego.

—¡Válgame Dios! ¡Es Franz Risler!

Y la señora mayor corre por el quinqué, lo enciende y cierra la ventana.

—Conque tenemos de vuelta al amigo Franz. ¡Mil norabuenas! Pero con qué sosiego y frialdad recibe al amigo Franz esta muchacha. Siempre la misma: es un copo de nieve.

Sí en verdad. Está pálida, pálida, y entre las manos de Franz está la suya fría, cuanto blanca.

Franz encuentra á la cojita embellecida, pero más delgada.

La pobre cojita encuentra á Franz muy gentil de su persona, como siempre; y con una expresión de lasitud y de tristeza en lo hondo de los ojos, que lo hace más hombre que á su partida.

Su lasitud proviene de aquel precipitado viaje, emprendido sin demora al recibo de la emponzoñada carta de Planus. Aguijoneado por la palabra *deshonra*, se puso en camino sin esperar la licencia, arriesgando su destino y porvenir, y de paquebotes en trenes no se ha detenido hasta llegar á París.

Hay pues causa por estar cansado, cuanto más si se viaja con el afán de llegar, y si el inquieto pensamiento se agita sin cesar, haciendo cien veces el camino tras dudas y terrores continuos.

Su tristeza data de más lejos... data del día en que la mujer á quien amaba rehusó darle su prometida mano, para ser, seis meses después, la esposa de su hermano; dos golpes terribles, uno tras otro, y el segundo muy más doloroso que el primero.

Verdad es que antes de su enlace, le escribió el hermano mayor pidiéndole permiso para ser feliz con Sidonia, y esto en términos tan tiernos y conmovedores que atenuaron un tanto la violencia de tan rudo golpe.

Después, el alejamiento, el trabajo, los viajes cicatrizaron su herida y dieron fin á su pesar, sin que le quede ya más que un fondo de melancolía. Á menos que el odio que siente en estos momentos contra la mujer que está deshonrando á su hermano, no sea todavía algo de su antiguo amor.

Pero no; Franz no piensa sino en vengar el honor de Risler. No viene como amante, sino como justiciero, y Sidonia ha de tenérselo en cuidado,

Ahora mismo, al bajar del wagón ha ido derecho á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la fábrica, contando con la sorpresa de su venida para juzgar lo que pasaba de una ojeada.

Por desgracia no había encontrado á nadie.

Las persianas de la casa del jardín estaban cerradas de quince días atrás, y según informes del tío Aquiles, las señoras vivían de temporada en sus quintas á donde iban los consocios todas las tardes.

Fromont había salido de la fábrica muy temprano; Risler acababa de partir.

Franz se decidió á hablar con Sigismundo; sino que era sábado, día de pago, y hubo de esperar que la larga hilera de operarios, que comenzaba en la casita del tío Aquiles y acababa en la rejilla del cajero, se hubiera aclarado un poco.

Aunque impaciente y triste, el honrado mozo, que desde la infancia había vivido la vida de los obreros de París, sentíase bien hallado en medio de aquella animación y de aquellas costumbres especiales. Había en todos aquellos semblantes, honrados ó viciosos, el contento de la semana acabada. Veíase que para ellos comenzaba el domingo el sábado á las siete de la tarde ante la rejilla del cajero.

Es menester haber vivido entre comerciantes para conocer todo el encanto de este descanso de un día y su solemnidad. Muchos de aquellos pobres, encadenados á trabajos insalubres, esperan el bendecido día de reposo como un soplo de aire respirable, necesario á su salud y vida. Así ¡qué expansión, qué alegría y qué necesidad de alegrarse los domingos! Parece que la opresión del trabajo de la semana se disipa al mismo tiempo que el vapor de las máquinas, que se escapa silbando y humeando por encima de los talleres.

Los operarios se retiraban de la rejilla contando el dinero que brillaba en sus tiznadas manos. Todo era decepciones, murmullos, reclamaciones, horas en claro, partidas anticipadas; y entre el sonsonete del

dinero, la voz de Sigismundo, tranquila y severa, defendía los intereses de la casa con implacable fiereza.

Franz conocía estos dramas, las entonaciones falsas y las verdaderas: sabía que el uno reclamaba para la familia, para pagar al panadero, al boticario, al maestro de escuela; el otro para la taberna ó algo peor. Sabía lo que esperaban las sombras tristes y fatigadas que pasaban y volvían á pasar por delante de la puerta exterior, lanzando intensas miradas al fondo de los patios; esperaban al padre ó al marido para llevárselo cuanto antes al hogar con voz regañona ó persuasiva.

¡Oh! Los niños descalzos, los pequeñuelos envueltos en chales viejos, las mujeres sórdidas, cuyos rostros bañados de lágrimas reflejan la blancura del lienzo de sus gorros.

¡Oh! El vicio emboscado, acechando el dinero del salario, los tabucos que se alumbran en el fondo de las más negras calles, las tabernas en que los mil venenos del alcohol ostentan sus falsos colores...

Franz conocía todas estas miserias; pero nunca le habían parecido tan lúgubres, tan siniestras como aquella tarde.

Por fin terminó tan laboriosa función, y Sigismundo salió de su despacho.

Los antiguos amigos se encontraron y abrazaron; y en el silencio de la fábrica, parada por veinticuatro horas, explicó el cajero á Franz el estado de las cosas.

Le habló de la conducta de Sidonia, de sus dilapidaciones, del honor del matrimonio envilecido para siempre. Risler había comprado una casa de campo en Asnières, la antigua casa de una actriz, y en ella se habían instalado de la manera más fastuosa: tenían caballos, carruajes, un lujo de mil diablos.

Lo que más inquietaba ahora al honrado Sigismundo era la moderación que guardaba últimamente

Fromont menor. En efecto, hacía ya algún tiempo que casi no tomaba dinero de caja, y, sin embargo, Sidonia gastaba ahora más que nunca.

—No tengo maldita la confianza—decía el honrado cajero meneando la cabeza—maldita... maldita...

Luégo añadió en voz baja:

—Pero ¡tu hermano... tu hermano... mi querido Franz! ¿Quién tal pensára? Hace la vista gorda á todo esto, con las manos en los bolsillos y el pensamiento en su famoso invento que, por desgracia, no cuaja. En fin ¿quieres que te lo diga? Pues bien, ó es un bribón ó un bruto.

Hablando así se paseaban á lo largo del jardín, ora deteniéndose, ora continuando el paseo.

Franz creía que era víctima de una pesadilla. La rapidez del viaje, el cambio brusco de lugar y de clima, la locuacidad del cajero, que era un aluvión de palabras, el nuevo concepto que era preciso formar sobre Risler y Sidonia, aquella Sidonia á quien tanto amara en otro tiempo, todo esto lo aturdía, le trastornaba el juicio.

Era ya tarde: la noche cerraba.

Sigismundo le propuso que fuera á dormir á su casa, en Montrouge; pero Franz no aceptó el ofrecimiento pretextando fatiga, y solo ya en el *Marais*, á aquella hora dudosa del día que acaba y del gas no encendido todavía, se fué maquinalmente hacia su antiguo alojamiento de la calle de *Braque*.

Ya en ella leyó un anuncio que decía:

CASA DE HUÉSPEDES.

Era precisamente el cuarto en que había vivido tanto tiempo con su hermano. Allí reconoció el mapa clavado en la pared con cuatro alfileres, la ventana del

rellano de la escalera y el rótulo de las señoras de Delobelle.



La puerta de estas señoras estaba entornada, y no tuvo mas que empujarla para entrar.

Ciertamente, en todo París no había asilo más seguro para su alma turbada que aquel rincón inmutable. En la agitación actual de su desconcertada vida, era como el puerto de aguas tranquilas y profundas, el muelle apacible y lleno de sol, donde las mujeres trabajan esperando á sus maridos ó padres, mientras afuera brama el viento y hierve la amarga onda del mar. Era, sin explicárselo, un lazo, un enlazamiento de seguras afecciones, y ese adorable misterio de ternura que nos hace precioso, siquiera nosotros no amemos, el amor que sienten por nosotros.

El copo de nieve de Desiderata amaba tanto á Franz! ¡Tenía tan brillantes los ojos, aun hablándole de cosas indiferentes!... Como los objetos impregnados en fós-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

foro relucen todos igualmente, así las menores palabras que ella decía iluminaban su bello rostro. ¡Qué buen alivio para él, después de las brutalidades del viejo y rudo Sigismundo!

Los dos departían mano á mano, mientras la madre ponía la mesa.

—Nos acompañará usted á la mesa, Franz ¿eh? Delobelle ha ido á llevar la obra, pero volverá seguramente á comer.

¡Volverá seguramente á comer!

La pobre mujer decía esto con cierto orgullo.

En efecto, después del fracaso de su arrastrada empresa, el ilustre comediante no comía ya fuera, ni aun las noches de cobro. El malhadado empresario director había comido tantas veces al fiado en su *restaurant*, que no se atrevía á volver por allá.

En cambio ningún sábado, ó sea día de cobro, dejaba de llevar consigo dos ó tres convidados famélicos é insperados, antiguos compañeros de la legua.

Así hizo su entrada aquella noche acompañado de un contador del teatro de Metz y de un cómico del teatro de Angers, ambos á dos en disponibilidad.

El cómico, afeitado, rizado, arrugado como un pergamino al fuego, parecía un pillo redomado, sin decir por eso que lo fuera; el contador no sino parecía un descamisado.

El ilustre Delobelle los anunció pomposamente desde la puerta; pero la vista de Franz interrumpió la presentación.

—¡Franz!... ¡Mi querido Franz!—gritó el comediante en són de melodrama, agitando el aire con manos convulsivas.

Después de un prolongado y enfático abrazo, presentó unos á otros sus convidados.

—Mr. Robricart, del teatro de Metz.

—Mr. Chaudezon, del teatro de Angers.

—Franz Risler, ingeniero empleado en Ismalia de Egipto.

En boca de Delobelle el título de ingeniero tomaba grandes proporciones; cuanto más con el aditamento.

Desiderata hizo una graciosa mueca al ver á los dos amigos de su padre, pues hubiera querido estar en familia un día como aquel. Pero el grande hombre no se curaba de estas bagatelas: harto tenía que hacer por de pronto con desembarazar sus preñados bolsillos. Sacó ante todo un magnífico pastel *para las damas*, dijo, olvidando que las compró pensando en sí exclusivamente; sacó luégo un salchichón de Arlés, castañas heladas, cerezas, las primeras, y no sabemos qué golosinas más.

Mientras el contador, entusiasmado á vista de ellas, hacía como que se estiraba el cuello de la camisa, operación excusada, si verdaderamente no la llevaba; mientras el cómico hacía exclamaciones de sorpresa dramática con ademán olvidado de los parisienses hacía ya diez años largos, pensaba con terror Desiderata en el estrago que esta improvisada comida iba á hacer en los recursos de la semana, ya escasos de suyo, y su madre revolvía el aparador con afanosa diligencia para encontrar el número de cubiertos suficientes.

La comida fué muy alegre: los comensales cómicos devoraban, á gusto y contentamiento de Delobelle, que revolvía con ellos antiguos recuerdos de profesión.

En una especie de jerigonza familiar, trivial, tuteadora, hubieron de referirse sus innumerables triunfos; porque, á oirlos, todos tres habían sido vitoreados, cargados de coronas y llevados en triunfo por pueblos enteros.

Hablando hablando, comían como comen los comediantes, sentados de medio lado, enfrente del público, con esa falsa prisa de los convidados de teatro ante

manjares de mentirijillas, y ese arte de alternar palabras y bocados, de buscar efectos manejando el vaso, acercando la silla, expresando el interés, la sorpresa, la alegría, el terror, con ayuda del cuchillo ó del tenedor.

La señora mayor los escuchaba sonriendo.

No en vano es una mujer esposa de un actor por espacio de treinta años, pues sin pensar en ello se va haciendo á los hábitos de este singular modo de ser.

Pero un ángulo de la mesa estaba separado, por decirlo así, de los demás convidados como por una nube que interceptaba las necias palabras, las groseras risotadas, las ridículas jactancias. Franz y Desiderata hablaban entre sí á media voz, sin oir nada de lo que se decía alrededor. Cosas de la infancia, anécdotas de vecindad, todo un pasado vago, que no valía sino por la comunidad de los recuerdos evocados, por la chispa común que subía á sus ojos, sólo esto daba asunto á su dulce y regalado coloquio.

Súbito se desgarró aquella nube y la terrible voz de Delobelle vino á interrumpir el diálogo.

—¿No has visto á tu hermano?— preguntó á Franz porque no pareciera que lo desatendía.—¿No has visto tampoco á su mujer? ¡Ah! Vas á encontrar toda una dama. ¡Si vieras qué lujo! Basta decirte que tienen un verdadero palacio en Asnières. Todo eso, amigo mío, nos aleja. Son ricos y desdeñan á los amigos. Ni una palabra, ni una visita. Por lo que á mí hace, me tiene sin cuidado esa conducta, como tú comprenderás; pero es verdaderamente ofensiva para estas señoras.

—¡Oh! papá — dijo Desiderata con viveza — bien sabe usted que nosotras queremos mucho á Sidonia para ofendernos por eso.

El protagonista dió con indignación un puñetazo en la mesa.

—Hacéis muy mal. No se debe querer bien á los que sólo procuran ofendernos y humillarnos.

Tenía aún sobre el corazón la negativa de los fondos, hecha á su proyecto de teatro, y por otra parte no quería ocultar su rencoroso enojo.

—Si tú supieras — decía á Franz — si tú supieras qué despilfarro hay allá!... Es una compasión: aquello no tiene piés ni cabeza. Yo que te estoy hablando, pedí á tu hermano una pequeña cantidad para labrarme un porvenir y asegurarle á él beneficios considerables. Pues me la negó rotundamente. ¡Pardiez! Lo que es la señora es demasiado exigente: monta á caballo, va á sus diligencias en carruaje y lleva á su marido al mismo paso que su cupé por el malecón de Asnières... Acá para nosotros, no creo que sea muy feliz el bueno de Guillermo. Esa mujer le hace ver lo blanco negro.

El ex-comediante acabó su perorata guiñando el ojo á sus dos compañeros y por un momento hubo entre ellos un cambio de gestos y señas de maliciosa significación.

Franz estaba aterrado. Á pesar suyo, la horrible certeza le llegaba por todas partes. Sigismundo había hablado á su manera, Delobelle á la suya: el resultado era el mismo.

Por fortuna se alzaron los manteles. Los tres actores se levantaron de la mesa y se fueron á la cervecería de la calle de Blondel. Franz permaneció con las damas.

Viéndolo junto á sí afectuoso y dulce, tuvo de pronto Desiderata un arranque de gratitud para con Sidonia: pensó la pobre que, después de todo, á su generosidad debía aquella apariencia de felicidad; y este pensamiento le dió ánimos para defender á su antigua amiga.

—No hay que creer, Franz amigo, todo lo que mi padre ha referido de Sidonia: el buen señor siempre

exagera un poquito. De mí sé decir que es incapaz ella de todo el mal de que se la acusa. Estoy cierta de que en el fondo su corazón es el mismo y de que aprecia siempre á sus amigos, por más que los desatienda un poco ahora. Así es la vida: nos separamos sin querer. ¿No es verdad, Franz?

¡Oh! ¡Cuán bella la encontraba Franz, mientras Desiderata le hablaba así! Jamás había observado en ella facciones más finas, tez más aristocrática; y cuando se retiró enternecido por la bondad y presteza con que había vuelto por Sidonia, por todas las encantadoras razones femeniles que había dado á la indiferencia y despego de su amiga, pensaba Franz Risler con un sentimiento de ingenuo y egoísta placer que aquella niña le había amado, que lo amaba acaso todavía y le guardaba en lo hondo del corazón ese lugar caliente, abrigado, á donde se vuelve como á un refugio cuando se tiene el alma herida.

Mecido toda la noche, en su antiguo aposento, por el movimiento del viaje, por el ruido de olas y de viento que sigue á las largas travesías, soñó en el tiempo pasado, con la niña Sidonia, con Desiderata, en sus juegos, en sus labores, en la Escuela Central, cuyo gran edificio dormía cerca de allí, triste y silencioso, en las oscuras calles del *Marais*.

Luego que amaneció, como la luz que caía de las ventanas sin cortinas fatigaba sus ojos y le traía el sentimiento del deber y las preocupaciones del día, soñó que era la hora de ir á clase y que su hermano, antes de bajar á la fábrica, entreabría la puerta para decirle en són de reprimenda, cariñosa siempre:

—¡Arriba, perezoso, arriba!

Aquella voz amante, demasiado viva y real para soñada, le hizo abrir los ojos enteramente.

Guillermo Risler estaba de pié, junto á su lecho, observando su sueño con adorable sonrisa, aunque un

tanto conmovido. Y la prueba de que era realmente Risler es que, en su júbilo de ver á su hermano Franz, no encontraba nada mejor que decir que su ingenua frase:

—Estoy contento... estoy contento.

Bien que fuera domingo aquel día, Risler, según su costumbre, había venido á la fábrica á darle vueltas á su invento aprovechando el silencio y la tranquilidad. No bien hubo llegado, cuando el tío Aquiles le dió la noticia de la llegada de su hermano y las señas de su posada. Con esto acudió allá gozoso, aunque sorprendido y un poco enojado por no haberle avisado de antemano, y sobre todo por haber buscado posada extraña, teniendo la propia en su casa.

—Bien, bien—decía Risler—pero ahora no te suelto, vas á venirte ahora mismo á Asnières. Comprenderás que no hay trabajo posible desde el momento en que has venido tú. Quien se va á sorprender es la chica... pero se alegrará de verte. Hablábamos tan á menudo de ti... ¡Qué alegría! ¡Qué dicha!

Y el pobre hombre no cabía de satisfacción en el pellejo, y aun estaba locuaz, con ser de suyo taciturno. Miraba y admiraba á su hermano pareciéndole que había crecido. Sin embargo, el antiguo alumno de la Escuela Central tenía ya á su partida buena talla. Sólo sus facciones se habían pronunciado, extendido sus hombros; había diferencia del mozo, al parecer seminarista que había partido dos años antes para Ismalia, al mocetón, al hombre hecho y derecho que volvía ahora.

Mientras el hermano mayor lo contemplaba, Franz por su parte, lo observaba á él muy atentamente, y encontrándolo siempre el mismo, tan ingenuo, tan cariñoso, tan distraído á veces, se decía:

—No, no es posible... no ha dejado de ser un hombre honrado y digno.

Entonces, pensando en lo que se atrevían á decir, toda su cólera se revolvía contra la mujer hipócrita y viciosa que tan descaradamente engañaba á su marido, que llegaba á darle apariencias de complicidad. ¡Oh! qué explicación tan terrible iba á tener con ella! ¡Con qué violencia iba á hablarle! ¡Prohibo á V., señora, óigalo bien, prohíbole deshonrar á mi hermano!

En esto iba pensando por todo el camino, viendo desfilar los árboles á lo largo de los declives de la vía férrea de San Germán. Sentado enfrente de él, Risler mayor hablaba hasta por los codos, como suele decirse, sobre el fecundo tema de la fábrica y sus negocios. Habían ganado cada uno de los socios cuarenta mil francos el año anterior; pero sería otra cosa cuando funcionara la estampadora, la *impresora Risler*.

Y añadía:

—Una impresora giratoria, hermano Franz, giratoria y decágona, que puede dar, á una sola vuelta, la impresión de un dibujo de doce á quince colores, rojo sobre rosa, verde oscuro sobre verde claro, sin confusión, sin absorción, sin que un rasgo dañe á su inmediato, sin que un matiz embeba otro. ¿Comprendes bien, hermano? Una máquina, que será artista como un hombre, ni más ni menos... Es una revolución en papeles pintados.

—Pero, hermano — preguntó Franz un poco inquieto — has dado ya con tu invento ó andas tras él aún?

—¡Si he dado con mi invento! Le he dado en el mismo corazón. Mañana te enseñaré todos mis planos. Y todavía he inventado de paso una *agarradora*, una mano automática para tomar el papel de las varetas del tendedero. La semana próxima he de instalarme en todo lo alto, en los desvanes de la casa para hacer funcionar secretamente, por mí mismo, la primera máquina. Es preciso obtener dentro de tres meses los privilegios de invención y que funcione públicamente

ya la estampadora. Ya verás, hermano, ya verás... esto será la fortuna de todos. Considera si estaré contento de poder pagar á esos señores Fromont algo de lo mucho que les debo. ¡Ah! Verdaderamente, Dios me ha colmado de beneficios en esta vida.

Y ya en este otro tema, púsose á enumerar todos estos beneficios. Sidonia era la mejor de las mujeres, y su amor lo hacía completamente feliz. Tenían una casa encantadora y estaban metidos en trato, en el gran trato social. Su esposa cantaba como un ruiseñor, gracias á mistress Dobson, cuyo método era de lo más expresivo que había en el mundo musical. Esta mistress Dobson era también una buena señora. Sólo una cosa atormentaba al bueno de Risler, y era su enojo incomprensible con Sigismundo. Pero Franz le ayudará acaso á descifrar el enigma.

—¡Oh! sí, yo te ayudaré, hermano—contestó Franz con los dientes apretados; y el rubor de la cólera le asomaba al rostro á la idea de que habían dudado de aquella franqueza y lealtad que se revelaba á sus ojos en su expresión espontánea é ingenua. Por fortuna, estaba allí ya el vengador, que iba á restablecer las cosas en su punto.

Entretanto, llegaban á la casa de campo, que Franz había ya visto desde lejos con su caprichosa escalera y sus azules y lucientes pizarras, pareciéndole hecha exprofeso para Sidonia, como verdadera jaula de aquella pajarita de vistosas plumas.

Era un *chalet* de dos pisos, cuyas vidrieras y cortinas forradas de rosa, se veían desde el camino de hierro.

El río corría por allí cerca, todavía parisiense, adornado de encinas, establecimientos de baños, grandes barcos y ligerísimos botes que amarrados á la orilla y llenos de polvo de carbón se estremecían á la más leve oleada. Desde sus ventanas podía ver Sidonia los fon-

dines ribereños, solitarios entre semana, y poblados el domingo de multitud abigarrada y bulliciosa, cuyas alegrías se mezclaban con el pesado batir de los remos y partían de ambas orillas en esa corriente de rumores, de gritos, de risas, de canciones que los días de fiesta sube y baja por diez leguas de agua.

Entre semana se veían por allí errantes hombres despechugados y ociosos, con sus sombreros de grosera paja, anchos y apuntados y su blusa de lana, y mujeres que se sentaban en la pisoteada yerba de los declives, mirando inactivas como las vacas en el prado. Todos los forasteros, los tañedores de arpas y organillos, los saltabancos de correría, se detenían allí como en un arrabal. El muelle estaba lleno de esta gente, y las casitas que lo rodeaban, abriéndose á su aproximación, dejaban ver blancas y mal ceñidas camisas, cabellos en desorden, pipas callejeras, gente que recordaba con pesar al inmediato París en aquellas trivialidades ambulantes.

Era triste y feo.

La yerba apenas nacida amarilleaba ya bajo los piés, el polvo era negro, y sin embargo, todos los jueves, la alta *cocotería* pasaba por allí para ir al Casino, con gran ruido de frágiles ruedas y aparato igual de postillones de alquiler.

Todo esto agradaba sobre manera á aquella empecatada Sidonia: luego, en su niñez, había oído hablar mucho de Asniéres al ilustre Delobelle, que hubiera querido tener en aquel paraje, como tantos otros cómicos, una bella casita, adonde ir á solazarse en los últimos trenes de la mañana y de la noche después de la salida del teatro.

Todos los sueños de la niña los realizaba ya madama Risler.

Los dos hermanos llegaron á la puerta del malecón donde ordinariamente estaba la llave, y entraron atravesando grupos de árboles nuevos. Por aquí y por allá, aparecían, como las diferentes partes de esos *chalets* suizos con que juegan los niños, la sala de billar, la casita del jardinero, el diminuto invernáculo... el conjunto muy ligero, apenas plantado en el suelo, en disposición de volar al primer soplo de quiebra ó de capricho: una quinta de traviata ó de bolsista.

Franz miraba en torno de sí, como deslumbrado.

En el fondo, sobre una escalinata rodeada de floridas macetas, abría el salón sus altas persianas. Una butaca americana y un velador donde estaba aún el servicio de café se veían junto á la puerta, y oíanse dentro acordes de piano y un murmullo de voces apagadas.

—Sidonia se va á sorprender—decía el bueno de Risler andando suavemente por la arena: no me espera hasta la noche... Ahora está dando su lección de música con mistress Dobson.

Y empujando con viveza la puerta, gritó, antes de entrar, con su acento de bonachón:

—Adivina quién me acompaña.

Sentado al piano, sola y señera, la sentimental mistress Dobson dió un gran repullo, y en el fondo del salón, tras las plantas exóticas que subían por encima de una mesa cuyo dibujo, al parecer, continuaban, Jorge Fromont y Sidonia se levantaron precipitadamente.

—¡Ah! me has asustado—dijo ésta corriendo hacia Risler.

Los pliegues de su blanco peinador adornado de cintas azules, flotaron sobre la alfombra, y repuesta ya de su embarazo, vino con su amable sonrisa á abrazar á su marido y luégo ofreció la frente á Franz diciéndole:

—Buenos días, hermano mío.

Risler los dejó frente á frente y se acercó á su consocio, muy sorprendido de verlo allí.

—¡Cómo, amigo mío! ¿aquí está V.? Yo lo suponía en Savigny.

—Sí, pero... ya verá V... He venido... pensaba que los domingos se quedaba V. aquí. Tenía que hablarle de cierto negocio y...

Y precipitadamente, enredándose en sus mismas palabras se puso á hablarle de una demanda importante.

Después de algunas frases insignificantes cambiadas con Franz, impasible, hubo de desaparecer Sidonia.

Mistress Dobson continuaba entretanto sus *tremolos* á la sordina, semejantes á los que en el teatro acompañan las situaciones críticas.

La verdad es que aquella era harto tirante. Sólo el buen humor de Risler alejaba toda violencia. Excusóse con su consocio, para ir á enseñarle la casa á Franz, y fueron, del salón á la caballeriza, de la caballeriza, á la cochera, á la cocina, al jardín. Todo era nuevo, reluciente, demasiado pequeño, incómodo.

Pero decía Risler con cierto orgullo:

—¡Oh! ¡Hay aquí mucho dinero empleado!

Tenía empeño en que su hermano admirara la adquisición de Sidonia en sus menores detalles, y hacíale observar el gas y el agua, cuyos conductos subían á todos los pisos, los llamadores perfeccionados, los muebles del jardín, el billar inglés, la hidroterapia... y todo esto con arranques de gratitud para con Jorge Fromont, que al asociarlo á su casa, le había puesto positivamente en la mano una fortuna.

Y á cada nueva efusión de Risler, Jorge Fromont se sustraía avergonzado, embarazado bajo la mirada singular de Franz.

El almuerzo careció de expansión.

Mistress Dobson tuvo que hacer el gasto casi hablando sola, pero muy satisfecha de nadar en aquel maremagno de intriga novelesca, de enredo dramático. Sabiendo, ó más bien creyendo saber la historia de su amiga, comprendía la cólera sorda de Franz, antiguo amante, furioso de verse sustituido, la inquietud de Jorge turbado por la aparición de un rival; y alentaba al uno con una mirada, consolaba al otro con una sonrisa, admiraba el heróico sosiego de Sidonia, y revelaba todo su desdén para aquel abominable Risler, el fiero y bárbaro tirano. Sus esfuerzos se dirigían principalmente á no dejar que se estableciera al rededor de la mesa ese terrible silencio que escanden los tenedores de una manera tan mortificante como ridícula.

Levantados los manteles, manifestó Fromont su deseo de volver á Savigny, y Risler no se atrevió á retenerlo pensando en la soledad de Clara.

Con esto, sin haber podido cruzar una palabra con Sidonia, fué el amante á tomar el tren del medio-día, acompañado siempre del marido, que se empeñó en hacerle esta fineza.

Mistress Dobson se sentó un momento con Franz y Sidonia bajo una parra cuyos rosados botones comenzaban á brotar; comprendiendo luégo que estorbaba, volvió al salón, y como poco antes, cuando Jorge estaba allí, se puso á cantar al piano, á media voz y con toda su exquisita sensiblería. En el silencioso jardín aquella música ahogada formaba al través de las ramas como un arrullo de pájaro antes de la tempestad.

Por fin estaban á solas. Bajo aquella vida, aún desnuda, el sol de Mayo ardía bastante. Sidonia se protegía con la mano mirado á los pasajeros del malecón; Franz miraba afuera también, pero á otra parte, y los dos, fingiendo ser del todo independientes uno de otro, se volvieron simultáneamente en una conformidad de pensamiento y de gesto.

—Tengo que hablar con usted—le dijo Franz en el acto de abrir ella la boca.

—Yo también—contestó Sidonia gravemente;—pero vamos por aquí y hablaremos mejor.

Y entraron juntos en un pabellón que se veía en el fondo del jardín.





II

Explicación

Ya era tiempo, en verdad, de que llegara el justiciero.

En la sima parisiense, aquella mujerzuela remolineaba locamente. Sostenida por su misma ligereza sobrenadaba todavía; pero sus exagerados dispendios, el lujo que ostentaba, el indecoro de su conducta, todo anunciaba que se hundiría muy pronto, arrastrando consigo el honor de su marido y acaso también la fortuna y crédito de una importante casa, arruinada por sus desórdenes.

El medio en que vivía ahora, todavía precipitaba su perdición. En París, en aquellos barrios de pequeños comerciantes, que son verdaderas provincias malévolas y murmuradoras, estaba obligada á guardar más miramientos; pero en su casa de Asnières, rodeada de *chalets* de cómicos de la legua, de matrimonios de contrabando y otras gentes de la misma estofa, allí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se reprimía. Había á su alrededor una atmósfera de vicio que respiraba sin ninguna repugnancia. La música del baile la divertía por la noche en su jardín.

Un pistoletazo que se oyó una noche en la casa inmediata, dando asunto de qué hablar á la maledicencia, hubo de hacerle soñar aventuras semejantes: hubiera ella querido tener también *historias*. Sin guardar ya ningún comedimiento en su lenguaje, ni decoro ninguno en su porte, los días que no se paseaba por el malecón de Asnières, vestida de falda corta como una elegante de Trouville ó de Houlgate, permanecía en casa, puesta de peinador, como sus vecinas, completamente ociosa, sin cuidarse de su casa, donde la robaban á ojos vistas. Aquella misma mujer que salía á caballo todas las mañanas, estábase horas enteras murmurando con su doncella de los matrimonios extraños que la rodeaban.

Poco á poco iba volviendo á su antiguo nivel y aún más bajo. De la clase media, bien acomodada, á que la había levantado su casamiento, bajaba rodando á la clase ínfima de las amancebadas. Á fuerza de viajar en el wagón con mozuelas extrañamente adornadas, con el pelo á los ojos, á la perruna, ó flotante á lo Genoveva de Brabante, acabó por parecérseles. Pintóse de rubio y rubia estuvo por espacio de dos meses, con asombro de Risler que creía que le hubieran cambiado su muñeca.

En cuanto á Jorge, todas estas excentricidades le hacían encontrar diez mujeres en una sola. Él era el verdadero marido, el amo de la casa.

Para distraer á Sidonia, le había procurado una apariencia de sociedad, compuesta de sus amigos solteros, de algunos comerciantes vividores, nunca ó casi nunca de mujeres: las mujeres ven demasiado. Mistress Dobson era la única amiga.

Organizábanse grandes comidas, paseos por el río,

fuegos artificiales. La situación del pobre Risler venía á ser cada día más y más ridícula. Cuando llegaba por la noche, derrengado y mal vestido, le era preciso subir á su aposento á darse una mano de barniz.

—Tenemos gente á la mesa—le decía su mujer;—date prisa.

Y era el último que se sentaba á la mesa, después de dar la mano á los comensales, á los amigos de Fromont, cuyos nombres apenas le eran conocidos. Y ¡cosa singular! Los negocios de la fábrica se trataban con frecuencia en aquella mesa, á que Jorge llevaba sus conocimientos del Círculo con todo el sosiego y confianza del señor que paga.

¡Almuerzos y comidas de negocios! Á los ojos de Risler esta palabra lo explicaba todo: la continua presencia del consocio, la elección de los convidados, y la maravillosa elegancia de Sidonia, que se componía y coqueteaba en beneficio de la casa.

Esta coquetería de su amada causaba la desesperación del joven Fromont, que cuando menos se pensaba iba allá á sorprenderla, inquieto, desconfiado, temiendo siempre dejar mucho tiempo libre á aquella mujer disimulada y pervertida.

—¿Qué es de tu marido?—preguntaba por otra parte el abuelo Gardinois á su nieta, en tono chocarrero.—¿Por qué no viene con más frecuencia?

Clara disculpaba á Jorge, pero su conducta comenzaba á inquietarla. Ahora lloraba la pobre, al recibir aquellas concisas cartas ó más concisos telégramas que le llegaban á la hora de comer diciendo:

«No me esperes esta noche. No podré ir hasta mañana ó pasado mañana en el último tren.»

Triste y llorosa comía entonces enfrente de un sitio vacío, y sin saber que era engañada, sentía que su marido se iba acostumbrando á pasar sin ella. ¡Estaba tan distraído, cuando una fiesta de familia ó cualquier

otra circunstancia lo retenía en casa!... tan preocupado y mudo siempre!... No teniendo ya Clara con Sidonia sino relaciones muy lejanas, no sabía nada de lo que pasaba en Asnières; pero cuando Jorge partía otra vez, acelerado, sonriente, atormentaba su soledad con sospechas incomprensibles, y como los que esperan un gran pesar, sentía de pronto un inmenso vacío en el corazón, un sitio dispuesto para las catástrofes.

Su marido tampoco no era más feliz que ella. La cruel Sidonia parecía complacerse en atormentarlo, permitiendo que le hiciera la corte todo el mundo. Por aquellos días un tal Cazabón ó Cazaboni, tenor italiano de Tolosa, presentado por mistress Dobson, iba allá todos los días á cantar dúos sospechosos, y Jorge, aguijoneado por los celos, corría á Asnières todas las tardes abandonándolo todo, y comenzaba ya á conocer que el bonachón de Risler no vigilaba bien á su esposa; hubiéralo querido ciego solamente para él.

¡Ah! si hubiera él sido el marido ¡cómo le habría tirado de la cuerda!... Pero no tenía ningún derecho sobre ella y era inútil tomarse la molestia de decírselo.

Á veces también, con esa invencible lógica, que empuja con frecuencia á los más necios, pensaba en que engañando él, acaso merecía ser engañado. Triste vida, en fin, la suya: pasaba el tiempo de joyería en joyería y de tienda en tienda, buscando preciosidades con que sorprender y halagar á su adorado tormento. Y esto prueba que la conocía muy bien: sabía que se la podía halagar con joyas, pero retenerla, no, y que el día en que se aburriera...

Pero Sidonia no se aburría aún. Llevaba la vida que necesitaba, toda la felicidad que podía conseguir. Sus amoríos con Jorge no eran, ni mucho menos, ardientes ni novelescos: Jorge era para ella un segundo marido, más joven que el primero y sobre todo más rico.

Para acabar de vulgarizar su adulterio, hubo de llevarse cerca de sí á sus padres, los acomodó en una casita al extremo del país, y de aquel padre vanidoso y voluntariamente ciego, de aquella madre cariñosa y siempre deslumbrada se había hecho una especie de cortejo de honorabilidad de que se sentía necesitada á medida que se hundía en el vicio.

Todo estaba muy bien ordenado en aquella cabeza pervertida que raciocinaba fríamente para arreglar el vicio; y parecía que su vida debiera continuar así tranquilamente, cuando Franz Risler se presentó de repente.

Con sólo verlo entrar había comprendido que estaba amenazado su reposo, que entre los dos iba á pasar algo muy grave.

Y luégo al punto quedó formado su plan.

El pabellón en que acababan de entrar, hermosa pieza circular cuyas cuatro ventanas miraban á paisajes diferentes, estaba amueblado para las siestas de verano, para las horas de calor en que se busca un refugio contra el sol y los rumores del jardín. Un amplio diván corría á la redonda y un velador de laca, muy bajo también y cargado de periódicos, había en cualquier parte.

La tapicería era fresca y los dibujos de los transparentes, pájaros volando entre azuladas cañas, producían el efecto de un sueño de verano, una imagen vaga flotando delante de ojos que se cierran. Las persianas abiertas, la estera extendida sobre el entarimado, el jazminero de Virginia que se entrelazaba por fuera á lo largo del emparrado, todo esto mantenía cierta frescura, aumentada por las brisas del río continuamente renovadas.

Apenas hubo entrado Sidonia, tomó asiento, despidiendo su larga falda blanca, que cayó como una nevada al pié del diván, y con los ojos claros, los labios

sonrientes, inclinando un poco la cabeza, cuyo lazo aumentaba aún su caprichosa monería, esperó.

Franz, muy pálido, esperaba de pié, mirando alrededor.

Después de un momento, dijo:

—Doy á usted la norabuena, señora: entiende usted bien lo confortable.

Y luego al punto, como si temiera que tomada de tan lejos la conversación, no llegara bastante pronto adonde quería él llevarla, repuso brutalmente:

—¿Á quién debe usted todo este lujo?... ¿Á su marido ó á su amante?

Sin moverse del diván, sin alzar siquiera los ojos hacia él, Sidonia contestó gallardamente:

—Á los dos.

Franz quedó un tanto desconcertado.

Después le arguyó:

—Luego confiesa usted que ese hombre es su amante?

—¡Bah!

Franz la miró un instante en silencio.

Sidonia estaba también pálida, y á pesar de su calma, no dejaba ver ahora la sonrisita de siempre.

—Escuche usted bien, Sidonia—dijo Franz.—El apellido de mi hermano, ese apellido que ha dado á su esposa, es mío también; y pues mi hermano es tan necio, y tan ciego está que deja que usted lo deshonre, cúmpleme á mí defenderlo contra usted misma. Así, pues, le exijo que prevenga á Mr. Fromont que mude cuanto antes de manceba y vaya á otra parte á arruinarse; donde no...

—¿Qué?—preguntó Sidonia jugueteando con sus sortijas.

—Donde no, advertiré á mi hermano de lo que sucede en su casa, y entonces verá usted con sorpresa que Guillermo Risler es tan violento y terrible en casos graves, como bondadoso é inofensivo de ordinario. Mi revelación acaso lo mate, pero dé usted por seguro que la matará él antes.

Sidonia se encogió de hombros.

—Máteme, pues. ¿Qué me importa?

Y dijo esto con tan acerba expresión, que Franz, á pesar suyo, sintió como piedad de aquella hermosa criatura, joven y hasta dichosa, que hablaba de morir con tal y tanta indiferencia ó resignación.

—¿Tanto ama usted á ese hombre—le dijo con acento menos áspero—tanto ama usted á ese Fromont que prefiere morir á separarse de él?

Sidonia se incorporó con viveza.

—¡Yo amar á ese hombre... á esa mujer vestida de hombre! ¡Bah!... He tomado á ese como hubiera tomado á otro.

—¿Por qué?

—Porque era preciso, porque estaba loca, porque tenía en el corazón y tengo todavía un amor criminal, que quiero arrancar de él á toda costa.

Habíase levantado Sidonia y le hablaba ojos con ojos, labios con labios y estremecida de piés á cabeza.

¡Un amor criminal! ¿Á quién amaba pues?

Franz tenía miedo de preguntárselo.

Sin sospechar nada aún bien, comprendía que aquel mirar de sus turbados ojos, y aquel temblar de sus labios pálidos, y todo aquel estremerse iban á revelarle algo espantable.

Pero su misión de vengador justiciero lo obligaba á saberlo todo.

—¿Quién es?—le preguntó.

Sidonia le contestó con voz sorda:

—Bien sabes que eres tú.

Era la esposa de su hermano.

Dos años hacía que no pensaba en ella sino como se piensa en una hermana. Para él la esposa de su her-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mano en nada se asemejaba á su antigua prometida, y hubiera sido un crimen reconocer por un solo rasgo de su fisonomía á la mujer á quien en otro tiempo había amado.

Y ahora era ella quien le decía á él que la amaba.

El malhadado justiciero se quedó aturdido, aterrado, sin encontrar una palabra que decir.

Sidonia, enfrente de él, esperaba.

Hacía uno de esos días de primavera llenos de sol y de fiebre, á que la humedad de las antiguas lluvias da cierta molicie, una melancolía singular. Era el aire tibio, perfumado de flores nuevas que en aquel primer día de calor embalsamaban fuertemente. Por sus altas ventanas entreabiertas, la pieza en que estaban respiraba esta embriaguez de olores. Oíanse por fuera los organillos del domingo, voces lejanas en el río, y más cerca, en el jardín, la voz amorosa y lánguida de mistress Dobson que decía en són de alma doliente:

Me han dicho que te casas
y yo voy á morilir...

—Sí, Franz—decía Sidonia—siempre te he amado, y este amor á que renuncié en otro tiempo, porque era una niña y las niñas no saben lo que hacen, vive arraigado en mi corazón sin que nada haya podido bórrarlo, ni aun disminuirlo. Cuando supe que la infeliz Desiderata te amaba también, en un generoso arranque quise hacer la felicidad de su vida á costa de la mía, y sin más reflexión te rechacé para que fueras á ella. Pero ¡ah! cuando estuviste lejos de mí, hube de comprender que el sacrificio era superior á mis fuerzas. ¡Pobre Desiderata! La he maldecido bastante en lo hondo de mi corazón. Desde entonces he evitado verla: su vista me hacía mucho daño.

—Pero, si me amabas—preguntó Franz en voz muy baja—si me amabas, ¿por qué te casaste con mi hermano?

Sidonia contestó sin vacilar:

—Casarme con tu hermano era acercarme á ti. «No he podido ser su esposa, me decía; pues bien, seré su hermana. Así, á lo menos, me será lícito amarlo aún, y no pasaremos toda nuestra vida extraños uno á otro.» ¡Ah! Sueños que se tienen en la ingenuidad de los veinte años, y cuya ilusión nos muestra muy luégo la experiencia... No, no he podido amarte como hermana, Franz; no he podido tampoco olvidarte... mi matrimonio me lo impedía. Con otro hombre acaso lo hubiera conseguido; pero con tu hermano... imposible... imposible. Hablábame sin cesar de ti, de tus adelantos, de tus triunfos, de tu porvenir... Franz dice esto... Franz hace lo otro... Y luégo, lo más cruel para mí es que tu hermano se te parece: hay en vuestro modo de andar, en vuestras facciones todas cierta semejanza de familia, en vuestra voz, sobre todo.... ¡Oh! ¡cuántas veces he cerrado los ojos á sus caricias diciendo para mí: ¡Es él, es Franz! Cuando ví que este criminal pensamiento venía á ser un tormento, una obsesión, entonces ¡pobre de mí! procuré aturdirme, y me decidí á escuchar á ese Jorge que me perseguía de tiempo atrás, á cambiar de vida, á hacerla agitada y alegre. Pero te lo juro, Franz, ni en ese torbellino de placeres, dejé nunca de pensar en ti; y si álguien tiene el derecho de venir aquí á pedirme cuenta de mi conducta, ciertamente no eres tú, que sin querer, me has hecho lo que soy.

Y calló.

Franz no se atrevía á alzar los ojos para mirarla. Desde un momento hacía la encontraba demasiado bella y... era la esposa de su hermano.

Tampoco se atrevía á hablar: sentía el desgraciado que la antigua pasión se reinstalaba despóticamente

en su corazón, y que ahora miradas, palabras, todo cuanto saliera de él sería amor.

Y era la esposa de su hermano.

—¡Ah! ¡Cuán desgraciados somos!—exclamó el pobre justiciero dejándose caer al lado de ella en el diván.

Estas palabras eran ya una cobardía, un principio de abandono, como si mostrándose tan cruel el destino, le hubiera quitado la fuerza de defenderse.

Sidonia puso su mano sobre la suya.

—¡Franz! ¡Franz!

Y así permanecieron silenciosos y ardientes, mecidos por la romanza de la sentimental profesora, que les llegaba al través de la enramada:

Tu amor es mi locura
y en ella he de viviiir...

De pronto, la alta estatura de Risler se levantó en la puerta.

—Por aquí, Mr. Chebe, por aquí. Están en el pabellón.

Y esto diciendo, entró acompañado de su suegro y de su suegra, á quienes había ido á buscar.

Hubo un momento de efusión y de innumerables abrazos. Y era de ver la actitud de protector con que Mr. Chebe examinaba al mocetón, que le llevaba toda la cabeza.

—Y bien, chico, ¿va cómo deseas eso del canal de Suez?

Madama Chebe, para quien Franz tenía siempre algo de su futuro yerno, dábale abrazos sin cuento, mientras Risler, torpe ordinariamente en sus expansiones y alegrías, hacía grandes ademanes en la escalinata, hablaba de matar cien cebadas terneras para celebrar la vuelta del hijo pródigo, y con muy recia voz, que

debía resonar en los jardines inmediatos, gritaba á la profesora de canto:

—¡Mistress Dobson!... ¡Mistress Dobson!... Es muy triste lo que canta usted. Al diablo la sensiblería! Tóquenos algo alegre y bailable, que voy á hacer dar un par de vueltas á madama Chebe.

—Pero, Guillermo, hijo mío, ¿estás loco?

—Vamos, vamos, madre; es preciso.

Y pesadamente, alrededor de los árboles, arrastraba en un vals automático, á seis tiempos de compás, verdadero vals de Vaucanson, á su pobre suegra sofocada, que tenía que detenerse á menudo para atarse los tirantes del sombrero y poner en orden los encajes de su chal, el chal aquel de las bodas de Sidonia.

El bueno de Risler estaba ebrio, ebrio de alegría.

En cuanto á Franz, aquel no fué sino un día de fatigas y angustias. Paseo en carruaje, paseo en bote, merienda sobre la yerba en la isla de los *Ravageurs*, sin olvidar ninguno de los encantos de Asnières. Y todo esto al sol del camino, á la reverberación de las aguas. Y era preciso reir, charlar, referir su viaje, hablar del istmo de Suez, de los trabajos emprendidos, prestar atento oído á las quejas secretas de Mr. Chebe, siempre resentido con sus hijos, no menos que á los pormenores que de la *estampadora* daba su hermano.

—Giratoria, mi querido Franz—decía con énfasis el inventor—giratoria y duodecágona.

Sidonia los dejaba hablar y parecía entregada á profundas reflexiones. De vez en cuando dirigía una palabra ó una triste mirada á la profesora de canto, y Franz, sin atreverse á mirarla á la cara, seguía los movimientos de su sombrilla forrada de azul y las ondulaciones de su vestido.

¡Cuánto había cambiado en dos años! ¡Y qué hermosa se había puesto!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Luégo le ocurrían horribles pensamientos. Habia en Longchamps carreras aquel día: algunos carruajes pasaban rozando el de ellos, conducidos por mujeres con la embadurnada cara envuelta en estrecho velo. Inmóviles en el pescante, llevaban la fusta derecha, y con sus movimientos de muñeca, nada parecía animado, vivo en ellas, sino sus tiznados ojos, fijos en las orejas de los caballos. Á su paso se volvían todas las caras y todas las miradas las seguían, como arrastradas por el vértigo de su carrera.

Sidonia se parecía á aquellas mujeres. Ella misma hubiera podido conducir el carruaje de Jorge, porque Franz estaba en el carruaje de Jorge, como había bebido el vino de Jorge: todo aquel lujo de que gozaba la familia, provenía de Jorge.

Era vergonzoso, repugnante. Hubiera querido decírselo á gritos á su hermano, y acaso debía hacerlo así, habiendo venido exprofeso para esto; pero no tenía fuerzas para tanto.

—¡Ah! Desgraciado justiciero!...

Por la noche, después de comer, en el salón abierto al aura del río, el bonachón de Risler rogó á su esposa que cantara, deseando que hiciera ver todas sus habilidades á su hermano Franz.

Apoyada en el piano, resistíase Sidonia con expresión de tristeza, mientras la infatigable y voluntaria profesora preludiaba agitando sus longas inglesas.

—Pero si no sé nada ¿qué he de cantar?

Por fin se decidió.

Pálida, desencantada, á la trémula luz de las bugías que parecían quemar perfumes, entonó una canción criolla muy popular en la Luisiana y que la misma mistress Dobson había puesto en música para canto y piano:

¡Pobesita Zizi!
El amó, el amó la puesto asi.

Y haciendo la historia de esta infeliz Zizí á quien la pasión ha vuelto loca, no parecía sino que Sidonia tenía el mismo mal de amores. ¡Con qué desgarradora expresión y qué grito de paloma herida decía esta romanza, tan melancólica y dulce en el chapurrado infantil de las colonias!

El amó el amó la puesto asi.

Tenía motivo para perder el juicio también el infeliz justiciero.

Pero no; la sirena había elegido mal su romanza, pues sólo al oir el nombre de Zizí, se halló Franz transportado de repente á una triste mansión del *Marais*, bien lejos del salón de Sidonia, y la piedad de su corazón evocaba la imagen de aquella interesante Desiderata Delobelle que lo amaba hacía tanto tiempo. Hasta los quince años no la habían llamado sino *Zirée* ó *Zizí*, y ella era en verdad la *pobesita Zizí* de la canción criolla, la amante siempre abandonada y fiel siempre. Por más que cantaba ahora la otra, Franz no la oía ya, no la veía siquiera; estaba allá junto á la butaca, en la silla baja en que había velado tan á menudo esperando al padre.

Sí, la salvación estaba allí para él y nada más que allí. Era preciso refugiarse en el amor de aquella niña, entregarse á ella sin reserva diciéndole: *Tómame, Sálvame*. Y ¿quién sabe? ¡Lo amaba tanto ella!... Acaso lo salvara curándolo de su culpable pasión.

—¿Adónde vas?—preguntó Risler viendo á su hermano levantarse precipitadamente en cuanto terminó Sidonia el último estribillo.

—Me voy... es tarde.

—¡Cómo! ¿No te quedas á dormir aquí? Ya tienes preparado el aposento.

—Muy bien preparado—añadió Sidonia mirando singularmente á Franz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Éste se excusó con viveza. Su presencia en París era indispensable para cierta comisión muy importante de que la compañía lo había encargado.

Todavía procuraban retenerlo, cuando estaba ya él en la antesala, cruzaba el jardín á la claridad de la luna, y entre todos los rumores de Asnières, se fué corriendo á la estación.

Cuando Franz desapareció, subió Risler á su cuarto, y Sidonia y mistress Dobson se pusieron á las ventanas del salón. La música del inmediato casino llegaba á ellas con los gritos de los bateleros y el ruido de los bailes, semejante al compás de un sordo tamboril.

—He aquí un quitagustos—decía mistress Dobson.

—¡Oh! Ya está vencido—contestó Sidonia—sólo que es menester que me guarde ahora, pues seré muy vigilada, y esto en cuidado me lo tengo. Está celoso, y voy á escribir á Cazaboni que no venga en algún tiempo, y tú dirás mañana á Jorge que vaya á pasar quince días á Savigny.





Pobesita Zizi

III

¡Oh! ¡Cuán dichosa era Desiderata!

Franz iba todos los días á sentarse á sus piés en la silla baja, como en otro tiempo, y ya no era para hablarle de Sidonia.

Por la mañana, cuando se ponía á trabajar, veía entreabrirse suavemente la puerta.

—¡Buenos días, señorita Zizí!

Franz la llamaba siempre así ahora por su nombre de niña.

¡Y si hubiérais oído con qué gracia se lo decía!...

¡Buenos días, señorita Zizí!

Por la noche los dos juntos esperaban á *papá*, y mientras ella trabajaba, le hacía él la narración de sus viajes.

—¿Qué tienes? No eres la misma—le decía su madre, sorprendida de verla tan alegre y sobre todo tan bulliciosa.—Lo cierto es que, en vez de permanecer como antes hundida en su poltrona como una abuela, levantábase á cada instante la cojita, iba á la ventana en un vuelo como si tuviera alas, se ejercitaba en estar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de pié, bien derecha, preguntando en voz baja á su madre:

—¿No es verdad que no se echa de ver nada, cuando no ando?

De su linda cabeza, á que había reducido hasta entonces el adorno y la elegancia, extendíase ya su coquetería á toda su persona, como sus sedosos y ondeantes cabellos, cuando se los dejaba sueltos. Y es que ahora se había vuelto muy coqueta y bien que todos lo notaban. Hasta los pajarillos y las moscas para modas se resentían ventajosamente de esta transformación.

¡Oh! sí, Desiderata Delobelle era dichosa. Hacía algunos días que Franz Risler hablaba de ir al campo todos juntos, y como el padre, siempre tan bueno y generoso, consintió en dar á la familia un día de asueto, fuéronse allá todos cuatro un domingo por la mañana.

¡Qué tiempo tan hermoso aquel día! Cuando Desiderata abrió su ventana á las seis, cuando en la bruma matinal vió el sol ardiente ya luminoso y pensó en los árboles, en los prados, en los caminos, en toda aquella prodigiosa naturaleza que no había visto en tanto tiempo, se le arrasaron de lágrimas los ojos. El tañido de las campanas, los ruidos de París que subían ya de las calles, la alegría del domingo, esa fiesta del pobre, que esclarece hasta las mejillas de los carboneros, toda la aurora de aquella mañana excepcional fué saboreada por ella larga y deliciosamente.

La víspera por la noche le había llevado Franz una sombrilla con puño de marfil, y con esto se había arreglado la cojita un traje que parecía hasta elegante, y era sencillísimo, como convenía á una pobre enferma que quería pasar sin que la vieran. Y no es demasiado decir que la pobre enferma estaba encantadora.

Á las nueve en punto llegó Franz con un coche de alquiler y subió á avisar a sus convidados. La señorita

Zizí bajó ella sola con mucha coquetería y sin vacilación ninguna, apoyándose en la baranda; madama Delobelle iba detrás de ella vigilándola, y el ilustre actor con su paletó al brazo se adelantó con Franz para abrir la portezuela.

¡Oh! qué buena carrera en coche, y qué bellísimo paisaje, el río, los árboles, las blancas casitas!...

No le preguntéis dónde era. Desiderata no lo ha sabido nunca. Solamente os dirá que el sol era más brillante allí que en ninguna otra parte, los pájaros más canoros, los bosques más poblados, y ciertamente no mentirá.

Siendo muy niña había gozado algunas veces estos días de aire libre y largos paseos campestres; pero luégo, el trabajo constante, la miseria, la vida sedentaria, tan grata á los enfermos, la habían tenido como enclavada en el viejo arrabal de París donde vivía, cuyos altos tejados, las rejas de las ventanas, las chimeneas de las fábricas, destacándose con sus ladrillos nuevos de los pardos muros de los palacios históricos, le formaban un horizonte siempre igual y suficiente. Mucho tiempo hacía que, en materia de flores, no conocía más que los volúbilis de su ventana, ni en punto de árboles más que las acacias de la fábrica Fromont, entrevistas de lejos y á través del humo.

Figuraos, pues, cuánto sería su alborozo cuando se vió en medio del campo.

Ligera, animada de todo su placer y juventud, iba de sorpresa en sorpresa, batiendo palmas, dando gritos de pájaro, y los arranques de su ingenua curiosidad disimulaban la vacilación de su defectuoso paso. Positivamente este defecto no se echaba de ver mucho: fuera de que Franz estaba allí siempre para sostenerla, dándole la mano, solícito, enternecido, cuando había que salvar algún paso. Sino que aquel día maravilloso hubo de pasar fugaz como una visión.

Á la caída de la tarde, cuando á la orilla del bosque y á la luz crepuscular, vió las blancas sendas que cruzaban el campo, el río como una faja de plata y allá lejos, en el intermedio de dos colinas, la confusión de tejados grises, y cúpulas y flechas que le dijeron era París, abarcó de una mirada y guardó en un rincón de su memoria la imagen de todo aquel paisaje florido y perfumado de amor y oxiacantos de junio, como si nunca jamás hubiera de verlo otra vez.

El ramo que la cojita trajo de aquel gratísimo paseo, perfumó su habitación por espacio de ocho días. En él se mezclaban con los jacintos y violetas una multitud de florecicas anónimas, esas flores de los humildes que las semillas volantes hacen nacer en todas partes á orillas de los caminos.

Contemplando aquellas diminutas corolas de color azul pálido ó rosa fuerte, todos aquellos delicados matices que inventaron las flores antes que los coloristas, muchas veces rehizo Desiderata su paseo, durante estos ocho días. Las violetas le recordaban la blanda alfombra de musgo en que las había cogido, mezclando sus dedos con los de Franz. Estas grandes flores acuáticas fueron cogidas al borde de una zanja empapada aún en las lluvias de invierno, y para cogerlas tuvo que agarrarse bien al brazo de Franz. Todos estos recuerdos le caían en mientes á vueltas de su labor. Mientras tanto, el sol que entraba por la ventana abierta hacía resplandecer las plumas de los colibríes. La primavera, la juventud, los cantos, los perfumes transfiguraban aquel triste taller de quinto piso, y decía seriamente Desiderata á su madre, aspirando el olor del ramo de su amigo:

—¿Has observado, mamá, qué bien huelen las flores este año?

Y el mismo Franz comenzaba á sentirse bajo el influjo del misterioso encanto. Poco á poco, la *pobesita* Zizí se iba enseñoreando de su corazón, desalojando de él hasta el recuerdo de Sidonia. Verdad es que el pobre justiciero ponía por su parte todo lo posible. No la dejaba á sol ni á sombra; á todas horas hallábase á su lado, muy bien hallado por cierto, apegándose á ella como un niño. Ni una sola vez se había atrevido á volver á Asnières: la otra le daba todavía mucho miedo.

—Pero vé allá, hombre; Sidonia te reclama y con todo su derecho—le decía Risler, cuando Franz iba á verlo á la fábrica.

Pero Franz se mantenía firme, pretextando toda clase de negocios y quehaceres para aplazar siempre á mañana su visita, mañana que no llegaba nunca. Esto era fácil con Risler más que nunca ocupado en su *estampadora*, que había ya comenzado á funcionar.

Siempre que Franz bajaba del cuarto de su hermano, espiábalo el viejo Sigismundo al paso y aun salía á su encuentro con sus mangotes de lustrina, su pluma y cortaplumas en la mano, para poder tenerlo al corriente de las cosas de la fábrica, que, dicho sea en verdad, iban al parecer mejor que antes. Jorge Fromont iba regularmente á su despacho y todas las noches iba á dormir á Savigny. No se presentaban ya facturas de perifollos en caja, y hasta parecía que la consabida señora estaba también más sosegada.

El cajero triunfaba.

—¿Lo ves, Franz? No hice sino muy bien en avisarte. Ha bastado tu venida para que todo vuelva á entrar en orden. Sin embargo—añadía llevado de su costumbre—sin embargo... no tengo confianza.

—No hay que temer, Mr. Planus; aquí estoy yo—decía á su vez el justiciero.

—No partirás todavía ¿eh, amigo Franz?

—Todavía no... todavía no... Tengo que terminar aún cierto negocio... muy importante.

—Tanto mejor.

El negocio muy importante de Franz era su casamiento con Desiderata Delobelle. De él no había hablado aún á nadie, ni siquiera á ella; pero la señorita Zizí debía sospechar algo, pues cada día estaba más alegre y linda, como si previera que iba á llegar muy pronto el momento de necesitar toda su alegría y toda su belleza.

Solos estaban en el taller una tarde de domingo. La madre acababa de salir, muy orgullosa de mostrarse una vez del brazo de su grande hombre, y dejando á Franz con su hija para hacerle compañía.

Esmeradamente vestido, con cierta apariencia de fiesta en toda su persona, tenía Franz aquella tarde una fisonomía singular, tímida y resuelta á la vez, enternecida y solemne, y sólo en el modo cómo la silla baja fué á ponerse junto á la butaca, comprendió la butaca que se le iba á hacer una confidencia muy grave, si bien ya sospechaba ella un tanto lo que pudiera ser.

La conversación comenzó por palabras indiferentes, interrumpidas á menudo por largas pausas de silencio, á la manera que de camino se detiene uno al término de cada jornada para recobrar aliento y seguir hasta llegar al término del viaje.

—Hace buen tiempo hoy.

—Sí, muy bueno.

—Nuestro ramo huele siempre bien.

—¡Oh! muy bien.

Y sólo al pronunciar palabras tan sencillas, temblaba de emoción la voz de los amantes, que tomaban aliento para entrar luégo en el asunto principal.

En fin, la silla baja se acercó más á la butaca; y cruzando sus miradas y entrelazando los dedos de sus manos, los dos amantes se llamaron por sus nombres en voz baja y apasionada y trémula.

—Desiderata...

—Franz...

En este punto llamaron á la puerta.

Era el golpecito de una mano pulidamente calzada, que teme ensuciar su guante al más leve contacto.

—¡Adelante!—dijo Desiderata, sin poder disimular un ligero movimiento de impaciencia.

Y bella, elegante, coqueta, amabilísima, apareció bajo el dintel madama Risler... Sidonia.

Iba á ver á su antigua amiga Zizí, á darle de paso un abrazo, como quiera que, después de tanto tiempo, era natural su buen deseo.

La presencia de Franz hubo de sorprenderla mucho al parecer, y dada enteramente al alborozo de hablar con su amiga, apenas convirtió á él sus ojos.

Después de las efusiones, de los recuerdos del tiempo pasado, quiso ver la ventana del rellano de la escalera, el antiguo alojamiento de Risler, como quien gustara de hacer revivir así toda su primera juventud.

—¿Se acuerda usted, Franz, de cómo entraba en su cuarto la princesa Colibrí, con la cabeza erguida y su diadema de plumas de pájaros?

Franz guardó silencio: estaba muy conmovido para poder contestar. No sé qué le advertía que por él, sólo por él, había ido allí aquella sirena, que quería recobrarlo, impedir que fuera de otra; y el desgraciado presentía con terror que para ello no tendría que hacer grandes esfuerzos. Con sólo verla entrar, sintió ya subyugado el corazón.

Desiderata, por su parte, no sospechaba nada. Parecía Sidonia tan franca, tan leal... Después de todo, ahora eran hermanos Sidonia y Franz: no había nada que temer, siendo ya imposible entre ellos el amor.

Con todo eso, no dejó de estremecerla un vago presentimiento de su desgracia, cuando Sidonia, ya en la

puerta para irse, se volvió con cierta negligencia para decir á su cuñado:

—Á propósito, Franz, me ha encargado Guillermo llevar á usted esta noche á comer con nosotros. Conque si no quiere usted desairarnos... el carruaje espera abajo... pasaremos por la fábrica y Risler se vendrá con nosotros.

Y añadió con la más graciosa sonrisa, dirigiéndose á Desiderata:

—Supongo, mi querida Zirée, que se lo permitirás ¿eh? Por lo demás, descuida, que ya te lo restituiremos.

Y el ingrato tuvo el valor de irse con ella.

Se fué sin vacilar, sin volver la cabeza atrás una vez siquiera, arrastrado por su pasión como por una borrasca; y ya ni aquel día, ni los siguientes, ni nunca jamás pudo saber la butaca de *pobesita* Zizí lo que de tal y tanto interés tenía que decirle la silla baja.

¡*Pobesita* Zizí!





IV

El salón de espera

Pues bien, sí, te amo, te amo más que nunca y para siempre. ¿Para qué luchar ni resistir? Nuestro crimen tiene más fuerza que nosotros. Pero ¿acaso es un crimen amarnos? Destinados estábamos uno para otro. ¿No tenemos el derecho de reunirnos, mal que pese á quien nos ha separado?

»Ea, ven, ven á mí. No vacilemos... se acabó... partamos. Mañana á la noche, estación de Lyon, á las diez. Estarán tomados los billetes y te esperará tu apasionado

Franz.»

Un mes hacía que Sidonia estaba esperando esta carta; un mes hacía que andaba poniendo en juego

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todas sus mañas y astutas zalamerías para precipitar á su cuñado á esta imprudencia. Trabajo le costó, pues no era cosa fácil pervertir hasta el crimen un corazón honrado y joven como el de Franz; y en esta lucha singular en quien amaba verdaderamente combatía contra su propia causa, Sidonia se había sentido muchas veces falta de fuerzas y casi desalentada. Cuando lo creía vencido, súbito se despertaba en él la rectitud de su conciencia, y estaba á punto de huir, de escapársele de entre las manos, rompiendo sus cadenas.

Por eso fué un gran triunfo para ella la temeridad de esta carta, que le fué entregada una mañana. Precisamente estaba allí mistress Dobson; acababa de llegar á la sazón cargada de quejas de Jorge Fromont, que se aburría lejos de su amada, y comenzaba á recelar de aquel cuñado, más asiduo, más celoso, más exigente y pesado que un marido.

—¡Ah! ¡Pobre Jorge! ¡Pobrecito!—decía la sentimental cantora.—Si vieras qué desmejorado está... Es tan desgraciado...

Y sacudiendo sus rizos, desenrollaba sus papeles de música y sacaba cartas del *pobrecito*, ocultas entre las hojas de sus romanzas, muy satisfecha de intervenir como zurcidora en aquella historia de amor, y de exaltarse en una atmósfera de enredo y de misterio que enternecía sus ojos fríos y avivaba su tez amarillenta.

Lo más extraño era que, prestándose de muy buen grado á este llevar y traer de cartas amorosas, la joven y bella, digámoslo así, mistress Dobson, no había escrito ni recibido maldita de Dios por su propia cuenta.

Siempre de camino entre Asnières y París con su mensaje amoroso bajo el ala, esta singular paloma-correo permanecía fiel á su palomar y no retrocedía sino por buena causa.

Cuando Sidonia le enseñó la carta de Franz, le preguntó mistress Dobson:

—¿Qué le vas á contestar?

—Ya le he contestado.

—¿Qué?

—Que sí.

—¡Cómo! Serías capaz de irte con ese loco?

Sidonia se echó á reir.

—¡Qué disparate! Le he dicho que sí, para que vaya á esperarme á la estación, y allí... que me espere en pié: ni más ni menos. Es lo menos que puedo darle, un cuarto de hora de impaciencia ó angustia. En cambio, me ha hecho él padecer muerte y pasión durante todo un mes. Como que he tenido que cambiar toda mi vida por dar gusto al señorito. Bien lo sabes; he tenido que dejar de recibir, me he visto obligada á cerrar mi puerta á mis mejores amigos, comenzando por Jorge y acabando por ti misma, pues ya te dije que tú también le desagradabas y hubiera querido él despedirte como á los demás.

Lo que Sidonia no decía, y era la causa principal de no querer bien á Franz, era que le había inspirado miedo, mucho miedo, al amenazarla con su marido. Desde entonces, se había sentido mal, y su vida, aquella vida que tanto amaba, habíale parecido seriamente comprometida. Esos hombres demasiado rubios y fríos de aspecto, como Risler, tienen una cólera terrible, cólera blanca, cuyo resultado no puede calcularse, como esa pólvora explosiva sin color ni sabor, que se teme emplear porque no se conoce su fuerza. Positivamente la idea de que un día ú otro podía saber su conducta su marido la espantaba.

De su existencia de otro tiempo, pobre existencia perdida en un arrabal populoso, le ocurrían recuerdos de matrimonios desordenados, de maridos vengados, de sangre derramada sobre la vergüenza del adulterio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Visiones de muerte la perseguían; y la muerte, el eterno reposo, el silencio eterno, eran bastantes para espantar á aquel sér hambriento de placeres, ávido de ruido y movimiento hasta la locura.

La dichosa carta daba fin á todos sus terrores. Ya era imposible que Franz la denunciara, aun en la rabia de su decepción, sabiendo que tenía semejante arma en sus manos. Y si se atrevía á tanto, ella enseñaría la carta y todas sus acusaciones vendrían á ser para Risler otras tantas calumnias. ¡Ah! Señor justiciero, está usted vencido.

Y súbitamente se sintió poseída de loca alegría.

—Vuelvo, vuelvo á la vida—decía á su amiga y maestra de canto.

Y corría como una insensata por los andenes del jardín, hizo tamaños ramos para su salón, abrió de par en par las ventanas, dió órdenes á la cocinera, al cochero, al jardinero.

Era preciso que la casa volviera á su alegría. Jorge iba á volver; y para comenzar dispuso una gran comida para fines de semana. Hubiérase creído que había estado ausente espacio de un mes y que volvía de un enojoso viaje de negocios, tal y tanta era la prisa que se daba en esto de restablecer en torno de sí el movimiento y la animación.

El día siguiente por la noche, Sidonia, Risler y mistress Dobson estaban reunidos en el salón. Mientras el bueno de Risler hojeaba un libraco de mecánica, cantaba Sidonia, acompañada al piano por la profesora.

De pronto se interrumpió Sidonia en medio de su romanza y soltó una gran carcajada. Acababan de dar las diez.

Risler levantó vivamente la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De nada—contestó Sidonia mostrando el péndulo á su amiga con la mirada.

Era la hora señalada para la cita, y pensaba en los tormentos de su amante esperándola en actitud de viaje.

Desde la vuelta del mensajero que había llevado á Franz el *sí* de Sidonia, tan febrilmente esperado, había sucedido una gran calma en su turbado espíritu. No más incertidumbres, no más lucha entre la pasión y el deber. Instantáneamente se sintió aliviado, como si no tuviera conciencia.

Con el mayor sosiego hizo sus preparativos, arregló su equipaje, y mucho antes de la hora fijada para que fueran por sus maletas, estaba sentado en una caja en medio de su aposento, mirando el mapa clavado en la pared y siguiendo con la vista la línea recta de los caminos y la ondeada como una ola que figura los mares.

Ni una sola vez le cayó en mientes la idea de que al otro lado del rellano gemía y suspiraba álguien por él; ni una sola vez pensó en la desesperación de su hermano, en el drama espantable que iba á dejar tras sí. Él estaba muy lejos de todo esto, ya en el embarcadero de la estación con Sidonia en oscuro traje de viaje y de fuga. Y cada vez más lejos hasta llegar á un país desconocido, en que nadie podría reclamarla. Otras veces pensaba en el wagón en marcha en medio de la oscuridad y del desierto campo. Veía entonces una linda cabeza apoyada junto á la suya en los cojines, unos labios en flor al alcance de los suyos y dos ojos profundos que lo miraban á la vacilante luz de la lámpara y en el dulce movimiento de las ruedas y del vapor.

Y ahora resuella y ruge, locomotora; estremece la tierra, enciende el cielo, escupe el humo y la ceniza; húndete en los túneles, salva los montes y los ríos, salta, flamea, estalla; pero llévanos lejos del mundo habitado, de sus leyes, de sus afecciones, fuera de la vida, fuera de nosotros mismos.

Dos horas antes de abrir el despacho de billetes para

el tren designado, estaba ya Franz en la estación de Lyon, esa triste estación que en el lejano París en que está situada parece la primera etapa de una provincia. Sentóse en el ángulo más sombrío y permaneció allí sin moverse, como aturdido. Á la sazón estaba su cabeza tan agitada y revuelta como la estación misma. Sentíase invadido por multitud de reflexiones sin ilación, de recuerdos vagos, de relaciones extrañas. En un minuto hacía tales viajes á lo más remoto de su memoria, que hubo de preguntarse dos ó tres veces por qué estaba allí y qué esperaba. Pero la idea de Sidonia surgía súbito de aquel tormentoso caos y lo iluminaba con esplendor.

Sidonia iba á llegar.

Y maquinalmente, aunque no era aún la hora de la cita, miraba si entre la gente que por allí bullía, diligente y presurosa, veía ya la elegante sombra de la bella fugitiva.

Después de muchas partidas y llegadas al són de un silbido que encerrado bajo las bóvedas parecía un desgarramiento, se hizo un gran vacío en la estación, desierta súbitamente, como una iglesia entre semana.

El tren de las diez se aproximaba: no había ya ninguno antes que él... Franz se levantó.

Ahora no era ya un sueño, una quimera perdida en aquellos límites del tiempo tan vastos é inciertos.

Entonces comenzó para él verdaderamente el horrible suplicio de la espera, esa suspensión de todo el sér, singular situación de cuerpo y alma, en que el corazón no late ya, la respiración jadea como el pensamiento, los gestos y las palabras quedan como incompletos, ó no acabados, situación en que todo espera. Los poetas han descrito cien veces esa dolorosa angustia del amante que escucha el rumor de un coche en la desierta calle, un paso furtivo subiendo una escalera.

Pero aguardar á una fugitiva en una estación, en un salón de espera es de otro modo lúgubre. Aquellas linternas sordas, sin reflejo en un suelo polvoroso, aquellos grandes vacíos cerrados con vidrieras, aquel ruido incesante de pasos y puertas, la altura y desnudez de las paredes, aquellos carteles que anuncian por ejemplo el tren de recreo para Mónaco ó el paseo circular por Suiza, aquella atmósfera de viaje, de cambio, de indiferencia, de inconstancia, todo es á propósito para oprimir el corazón y aumentar su angustia.

Franz iba y venía espiando todos los carruajes que llegaban. Parábanse estos al pié de las largas escaleras de piedra; abríanse las portezuelas y se cerraban á golpe, y dejando atrás las sombras de afuera, aparecían en la puerta iluminadas caras, semblantes serenos ó intranquilos, alegres ó tristes; sombreros con plumas y velos claros, gorros de campesinos, niños soñolientos que arrastraban de la mano... Cada nueva aparición estremecía al que esperaba, y creía verla llegar vacilante, velada, un tanto embarazada. ¡Cuán presto acudiría él para tranquilizarla, para defenderla!

Á medida que la estación se llenaba, venía á ser más difícil el acecho. Los carruajes se sucedían sin interrupción y Franz se veía obligado á correr de una puerta á otra. Entonces salió pensando que estaría mejor afuera para ver y también por no poder soportar ya por más tiempo en la pesada atmósfera del salón de espera la opresión que lo sofocaba.

Hacía el tiempo blando de fines de setiembre; flotaba en el aire una ligera niebla y las linternas de los carruajes aparecían turbias y mates al pié de la rampa. Todos los que llegaban tenían la actitud y expresión de decir: *Yo soy; aquí me tienes*. Pero nunca era Sidonia quien llegaba, y el coche que había visto de lejos acercarse, con el corazón henchido de esperanza, volvía otra vez á París ligero y vacío.

La hora de salida se acercaba á más andar. Franz

miró el reló y sólo faltaba ya un cuarto de hora. Esto le pareció espantoso. Pero la campana del despacho que acababan de abrir, lo llamaba á tomar billete.

Corrió, pues, á la ventanilla y tomó turno en la larga hilera.

— Dos, primera, Marsella — pidió á su vez.

Parecíale que esto era ya como una toma de posesión.

Entre los carricoches cargados de fardos y los viajeros rezagados que se atropellaban, volvió á su puesto de observación.

Los cocheros le gritaban:

— ¡Eh! ¡Cuidado!

Pero él permanecía allí en el paso de las ruedas, bajo los piés de los caballos, con el oído atento y tamaños ojos abiertos.

Sólo faltan ya cinco minutos.

Era casi imposible ya que Sidonia llegara á tiempo. Precipitábanse los viajeros para entrar en las salas interiores. Y los cofres rodaban en el despacho de equipajes, y los paquetes embalados en lona, y las maletas de dorados clavos, y los sacos en aspa de los viajantes de comercio, y las cestas de todas clases y tamaños, se amontonaban á la misma puerta, revuelto y empujado todo con la misma prisa.

Por fin apareció...

Sí, hela aquí... es ella positivamente. Es una dama alta, esbelta, vestida de negro, acompañada de otra más pequeña, sin duda mistress Dobson.

Pero á la segunda mirada él mismo se desengañó.

Era, en efecto, una joven que le parecía, elegante como ella, parisiense, alegre de fisonomía. Un caballero, joven también, salió á recibirla: debía ser un viaje de bodas... la madre los acompañaba, hasta dejarlos en el wagón. Y pasaron por delante de Franz, envueltos en la corriente de felicidad que los arrastraba. Con

un sentimiento de rabia y de envidia, los vió salvar la puerta, apoyados uno en otro, estrechados entre el gentío.

Parecíale á Franz que la dichosa pareja lo habían robado, como quiera que iban á ocupar en el tren el sitio que ocupar debían él y Sidonia.

Ahora sucede la locura de la partida, el último toque de campana, el sordo ruido del vapor, el pataleo de los rezagados, el golpear de las puertas que se cierran, el estruendo de los pesados ómnibus que se van...

¡Y Sidonia sin venir!

¡Y Franz esperando aún!

En este momento pósase una mano en su hombro.

¡Oh Dios!

Vuelve y...

La enorme cabeza de Mr. Gardinois, bien abrigada con una gorra de orejeras, aparece ante él.

— No me engañé — dícele el viejo — es Mr. Franz. ¿Sale usted con el expreso de Marsella? Yo también, pero no voy lejos.

Y explica á Franz que, habiéndosele escapado el tren de Orleans, va á Savigny por la línea de Lyon. Después le habla de Risler mayor, de la fábrica....

— Parece ser que van bien los negocios de algún tiempo á esta parte. La quiebra de Bonnardel los ha pellizcado... ¡Ah! Mucho cuidado han de tener los jóvenes asociados, porque al paso que van, bien pudiera sucederles lo que á los Bonnardel... Pero creo que van á cerrar el despacho. Hasta luégo.

Apenas ha oído Franz lo que se le acaba de decir. La ruina de su hermano, la del mundo entero, le importa poco ó nada.

Y espera... espera...

Pero la ventanilla se cierra á golpe como la última barrera ante su obcecada esperanza. La estación queda

otra vez vacía; el rumor ha cambiado de lugar, se ha trasladado á la vía, y de pronto un desgarrado silbido que se pierde en el espacio, llega á oídos del amante como una irónica despedida.

El tren de las diez ha partido.

Franz procura estar tranquilo y raciocinar. Con toda evidencia, se le ha escapado el coche de Asnières; pero sabiendo que la espera, vendrá á cualquier hora de la noche.

—Esperemos más: el salón de espera es para esto.

Y el desdichado se sienta en un banco.

El librero del puesto, medio dormido, se ocupa en arreglar su tienda y Franz mira maquinalmente las hileras de abigarrados volúmenes, toda la biblioteca de los ferro-carriles, cuyos títulos sabe de memoria desde las cuatro que está allí.

Hay allí libros que reconoce por haberlos leído bajo la tienda en Ismalia, ó en el paquebote que lo trajo de Suez, y estas novelas vulgares, insignificantes, han conservado para él un perfume marino ó exótico.

Pero muy luégo se cierra la librería y ni aun le queda este recurso para engañar su fatiga y su febril impaciencia. La barraca de los juguetes entra también completamente en su cierre de tablas. Los pitos, los carretes, las regaderas, las palas, los rastros, todas las herramientas de los pequeños parisienses *in villeggiatura* desaparecen en un minuto. La vendedora, mujer enfermiza, se envuelve en un abrigo viejo y se va con su braserillo en la mano.

Toda esta gente ha acabado su día, propagándolo hasta el último minuto con esa valentía y terquedad de París, que no apaga sus reverberos hasta el día.

Esta idea de larga velada hace pensar á Franz en una habitación bien conocida donde se apaga el quinqué á esta hora, sobre una mesa cargada de colibríes y luciérnagas; pero esta visión pasa rápidamente por

su cabeza en ese caos de pensamientos sin enlace que engendra en su ánimo el delirio de la espera.

De pronto echa de ver que se abrasa de sed. El café de la estación está todavía abierto y entra en él. Los mozos duermen en las banquetas, y el suelo está humedecido por las enjuagaduras de los vasos. Pide y no se dan maldita la prisa en servirlo: luégo al ir á beber, la idea de que Sidonia ha llegado tal vez durante su ausencia y lo estará buscando afuera, le hace saltar del asiento y correr como un loco, dejando lleno su vaso y su moneda sobre la mesa.

Ya no vendrá.

Franz así lo cree.

Su paso que resuena en toda la longitud de la graderia, monótono y regular, lo estimula á oir como un testimonio de su soledad y decepción.

—¿Qué habrá pasado? ¿Quién ha podido detenerla? ¿Se sentirá mala acaso, ó acaso perseguida por el anticipado remordimiento de su falta? Pero en este caso, hubiera enviado á mistress Dobson á avisar... ¡Si Risler hubiera encontrado la carta!... Era tan imprudente y temeraria...

Mientras así se perdía él en conjeturas, adelantaban las horas. Los remates de los edificios de Mazas hundidos en las sombras comenzaban á blanquear y distinguirse.

¿Qué hacer?

Era preciso ir á Asnières sin demora, á inquirir, á informarse. Ya hubiera querido estar allí.

Tomada esta resolución, bajó la rampa de la estación rápidamente, cruzándose en el camino con soldados cargados con sus morrales y otros pobres viajeros que venían á tomar el tren de la mañana, el tren de las miserias, que se levantan siempre muy temprano.

Atravesó el París del amanecer, un París triste y tiritante, en que las linternas de los puestos de policía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

lanzaban á trechos su resplandor rojizo, y los agentes rondaban dos á dos y se detenían en las esquinas de las calles para registrar la sombra de una mirada.

Delante de uno de estos puestos, vió Franz gente detenida, traperos, mujeres del campo. Sin duda algún drama de la noche, que iba á tener su desenlace en casa del comisario...

¡Ah! ¡Si Franz hubiera sabido lo que era aquel drama!... Pero no podía ni sospecharlo y miró esto desde lejos y con la mayor indiferencia.

Pero todas aquellas fealdades, aquella alba que se alzaba sobre París con fatigada palidez, aquellos reverberos guiñadores á orillas del Sena, como los cirios de una vela mortuoria, el derrengamiento de su noche en claro, todo esto lo envolvió en una profunda tristeza.

Cuando llegó á Asnières, después de dos ó tres horas de camino, creyó despertar de un sueño. El sol naciente en toda su gloria inflamaba la llanura y el agua. El puente, las casas, el malecón, todo tenía esa limpieza de la mañana que da la impresión de un día nuevo, saliendo luminoso y sonriente de las espesas brumas de la noche. Á lo lejos descubrió la casa de su hermano, ya animada, con las persianas abiertas y las flores al borde de las ventanas.

Pero antes de atreverse á entrar, anduvo por allí errante un buen espacio.

De pronto lo llamó alguien desde la verja.

—¡Mr. Franz! ¡Qué temprano viene usted hoy!

Era el cochero de Sidonia que iba á bañar los caballos.

—¿Hay novedad en casa?—le preguntó Franz temblando.

—Nada de particular, Mr. Franz.

—¿Está aquí mi hermano?

—No señor: esta noche ha dormido en la fábrica.

—¿Ni hay nadie enfermo?

—Nadie, que yo sepa.

Y los caballos entraron en el agua.

Entonces se decidió Franz á tirar de la campanilla.

Se estaban limpiando los andenes del jardín. La gente de la casa estaba ya en pié; y á pesar de ser tan temprano, oyó la voz de Sidonia, clara y vibrante como un canto de pájaro en los rosales de la fachada.

Hablaba con bastante animación.

Franz, nada sereno, se acercó para escuchar.

Sidonia daba órdenes para la gran comida que iba á dar el día siguiente á las siete.

La repentina aparición de su cuñado no la desconcertó, ni mucho menos.

—¡Buenos días, Franz!—le dijo con mucho sosiego. —Luégo estoy lista. Mañana tenemos gente á la mesa, clientes de la casa... una comida de negocios... Me permitirás un momento ¿eh?

Y fresca, sonriente, entre los pliegues de su peinador rozagante y los encajes de su elegante gorro, continuó dando sus órdenes para el festín.

No había en su semblante la menor huella de pesar ni de inquietud: su frente lisa, aquella encantadora mirada que debía conservarla joven tanto tiempo, sus labios entreabiertos, rosados y frescos, formaban un extraño contraste con la cara del amante, descompuesta por la pasada noche de angustia y fatiga.

Espacio de un cuarto de hora largo, sentado Franz á un ángulo del salón, vió pasar por delante de sí, en su orden habitual, todos los platos convenidos de una comida comercial, desde los pastelillos calientes, el lenguado normando y sus innumerables ingredientes, hasta los albérchigos de Montreuil, hasta la albilla de Fontainebleau. Sidonia no le perdonó un entremés.

Por fin, cuando estuvieron solos y pudo hablar:

—¿No has recibido mi carta?—le preguntó Franz con voz sorda.

—Sí, por cierto—contestó Sidonia tranquilamente, arreglándose el tocado á un espejo de cuerpo entero.

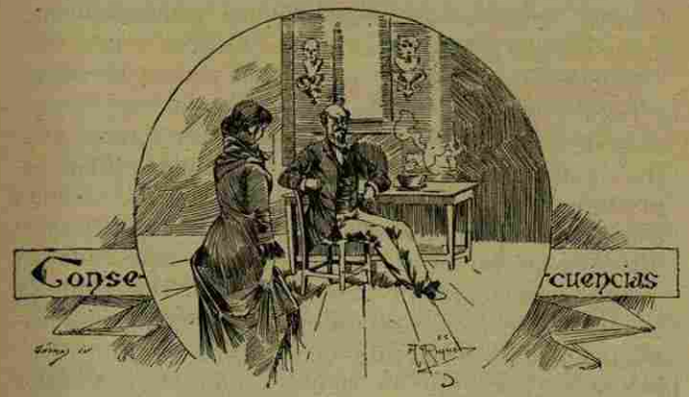
Y continuó con el mismo reposo y sin dejar de mirarse al espejo:

—Sí, he recibido tu carta y aun estoy muy satisfecha de haberla recibido. Ahora si tienes la mala tentación de hacer á tu hermano las villanas revelaciones con que me has amenazado, fácilmente le probaré yo que el despecho de un amor criminal, rechazado por mí honradamente, ha sido la única causa de tan calumniosas delaciones. Date, pues, por advertido, hermano Franz, y hasta más ver.

Y satisfecha como una actriz después de una escena de grande efecto, pasó por delante de él y salió del salón sonriendo, triunfante y sin cólera.

¡Franz no la mató!





V

La víspera de aquel día nefasto, algunos instantes después que Franz hubiera abandonado furtivamente su cuarto de la calle de *Braque*, el ilustre Delobelle entró en su casa, completamente trastornado, en esa actitud abatida y desengañada que oponía siempre á los acontecimientos contrarios.

—¡Oh Dios mío! ¿qué te pasa, pobre Delobelle?—preguntó luégo al punto su esposa á quien no habían estragado aún veinte años de mímica exagerada y dramática.

Antes de contestar á esta sencilla pregunta, el comediante, que no dejaba nunca de preparar sus más insignificantes palabras con un juego de fisonomía, aprendido en otro tiempo para la escena, hizo con la boca un gesto de repugnancia y despecho, como si acabara de tragar alguna cosa amarguísima.

—Lo que hay es—dijo luégo—que esos Risler son unos ingratos ó egoístas, y positivamente personas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muy mal criadas... ¿Sabéis lo que acaba de decirme abajo el portero que me miraba de reojo al pasar?... Pues nada menos que Franz Risler ha partido. Ha salido poco há de la casa y de París tal vez á estas horas, sin haber venido siquiera á estrecharme la mano, á darme las gracias por la acogida que se le daba aquí. ¿Qué os parece? Supongo que de vosotras tampoco se habrá despedido ¿no es verdad? Y sin embargo, no hace un mes aún que no salía de casa.

La mujer del cómico se sorprendió grandemente y tuvo un verdadero pesar, que expresó con sentidas exclamaciones. Desiderata, al contrario, no dijo una palabra, no hizo siquiera un gesto. Siempre el mismo copo de nieve.

—¡Tenga usted amigos!—repuso el ilustre actor...

—¿Qué le he hecho yo también á éste?

Era una de sus presunciones creerse perseguido por el odio del mundo entero. Esto formaba parte de su actitud en la existencia, como un mártir del arte.

Dulcemente, con ternura casi maternal, porque hay siempre maternidad en el amor indulgente que inspiran esos niños grandes, la mamá Delobelle consoló á su marido, lo mimó, y añadió una golosina á la comida.

En el fondo, el pobre diablo estaba realmente afectado: habiendo partido Franz, el empleo de eterno anfitrión que en otro tiempo tenía Risler mayor, quedaba otra vez vacante y el cómico pensaba en las dulzuras que iban á faltarle.

Pero al lado de aquel pesar egoísta y superficial, había un dolor verdadero, inmenso, el dolor que mata, y que no echaba de ver aquella madre ciega.

Mira, pues, á tu hija, desgraciada madre: mira esa palidez transparente, esos ojos sin lágrimas, que brillan fijamente como si concentraran su pensamiento y su mirada en un objeto sólo visible para ellos. Haz

que se te abra esa alma cerrada que tanto padece; interroga á tu hija; haz que hable, que llore, sobre todo, para aliviarla del peso que la ahoga, para que sus ojos velados por las lágrimas no puedan ya fijarse en el vacío, ese horror desconocido en que ahora se fijan con desesperación.

¡Ah!

Hay mujeres en quienes la madre mata á la esposa; en esta, al revés, la esposa mata á la madre. Sacerdotisa del dios Delobelle, absorbida en la contemplación de su ídolo, se figuraba que su hija había venido al mundo para consagrarse al mismo culto, para arrodillarse ante el mismo altar. Ambas á dos debían tener un solo fin en la vida, á saber: trabajar para la gloria del grande hombre, consolar su genio desconocido. Lo demás no existía. Jamás había notado la madre, los rubores súbitos de Desiderata en cuanto Franz entraba en el taller, los rodeos de joven enamorada para hablar de él, para hacer sonar su nombre á todo propósito en sus pláticas de trabajo, y esto por espacio de muchos años, desde el tiempo en que Franz iba á la Escuela Central. Nunca había interrogado la madre aquellos largos silencios en que la juventud confiada y feliz se encierra bajo llave con sus ensueños de porvenir. Y si á dicha decía alguna vez á Desiderata, cuya mudez la fatigaba, *¿Qué tienes?* no tenía más que contestar la joven: *No tengo nada*, para que el pensamiento de la madre, distraído un momento, volviera sin retardo á su preocupación favorita.

Así, pues, aquella mujer que leía en el corazón de su marido, en el menor pliegue de su frente olímpica y nula, no había tenido nunca para su pobre Zizí ninguna de esas adivinaciones de ternura en que las madres más entradas en años se rejuvenecen hasta una amistad infantil para venir á ser confidentes y consejeras.

Y esto es lo que el egoísmo inconsciente de los hombres como Delobelle tiene de más feroz.

Hace que nazcan otros al rededor.

La costumbre que hay en ciertas familias de referirlo todo á un solo sér, deja necesariamente en la sombra las alegrías y los dolores que le son indiferentes.

Y yo os pregunto ¿en qué podía interesar á la gloria del grande hombre el drama juvenil y doloroso que henchía de lágrimas el corazón de la pobre enamorada?

Sin embargo, ella padecía mucho.

Hacía cerca de un mes, desde el infausto día en que Sidonia había ido á buscar á Franz en su cupé, que sabía Desiderata que no era ya amada, y sabía también el nombre de su rival. No por eso los quería mal ella; antes bien los compadecía. Pero ¿por qué había vuelto él? ¿Por qué le había dado tan ligeramente una falsa esperanza?

Como los infelices condenados á la oscuridad de un calabozo acostumbran sus ojos á los matices de las sombras y sus miembros á la estrechez del espacio, y luégo si se les lleva un momento á la luz, encuentran á su vuelta más estrecho el calabozo, más densa y triste la oscuridad; la pobre niña también había pasado algo de esto, al salir un momento á la luz de su esperanza para perderla luégo para siempre. ¡Qué de lágrimas devoradas en el silencio desde entonces! ¡Qué de pesares contados á sus pajarillos! Porque esta vez también la había sostenido el trabajo, el trabajo continuo, sin reposo, que por su regularidad, su monotonía, la repetición constante de los mismos cuidados y movimientos servía de moderador á su pensamiento fijo.

Y así como entre sus dedos los pajaritos muertos tomaban una apariencia de vida, sus esperanzas, sus ilusiones muertas también, é impregnadas de un veneno más sutil y penetrante que el que volaba en polvo al rededor de su mesa de trabajo, abrían de vez en cuando sus alas con un esfuerzo mezclado de angustia en el anhelo de una resurrección. Franz no estaba completamente perdido para ella: bien que no fuera ya á verla sino de tarde en tarde, sabía ella que estaba allí; oíalo entrar y salir, andar por el piso con inquietud, y á las veces, por la entornada puerta, veía cómo su sombra animada pasaba corriendo por el rellano. No parecía feliz; ni ¿qué felicidad podía esperarle, si amaba á la esposa de su hermano? Á la idea de que Franz no era feliz, la pobre criatura casi olvidaba su propia pena para no pensar más que en la de su amado.

Que volviera para amarla otra vez, sabía ella muy bien que no era posible; pero pensaba que acaso un día lo viera entrar herido y moribundo, sentarse en la silla baja, apoyando la frente en su regazo, y le diría entre sollozos:

—Consuélame.

Esta mezquina esperanza la sostenía hacía tres semanas. ¡Se contentaba con tan poco!

Pero hasta esta esperanza, tan mezquina y todo, le había sido negada. Franz había partido, partido sin despedirse, sin concederle siquiera una mirada. Después de la traición del amante, la traición del amigo. Esto era horrible.

Á las primeras palabras de su padre, se sintió la infeliz precipitada en un abismo, abismo profundo, glacial, lleno de sombras, al cual descendía con vertiginosa rapidez, sabiendo bien que era para no volver á la luz. Y se ahogaba; hubiera querido resistirse, forcejear, pedir socorro...

Pero ¿á quién?

Harto sabía que no había de oirla su madre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Á Sidonia?

¡Oh! Ahora la conocía. Más le valiera dirigirse á aquellos pequeños lofóforos de lustroso plumaje, cuyos ojos la miraban con una alegría indiferente.

Lo peor era que comprendió en el acto que esta vez no la salvaría el trabajo, que había perdido para ella su cualidad benéfica. Sus inertes brazos no tenían ya fuerza, y las manos se le caían descoyuntadas en la ociosidad del gran desaliento.

¿Quién hubiera podido sostenerla en medio de aquel gran desastre?

Dios, lo que se llama el cielo.

Desiderata ni pensó en esto siquiera.

En París, sobre todo en los barrios obreros, las casas son demasiado altas, las calles demasiado estrechas, el aire demasiado turbio para que se vea bien el cielo. El cielo se pierde allí entre el humo de las fábricas y la niebla que sube de los húmedos tejados. Y fuera de esto, la vida es tan dura para la mayoría de los pobres, que si la idea de la Providencia se mezclara en sus miserias, sería para maldecirla. Por eso hay en París tantos suicidios. Este pueblo que no sabe orar, está dispuesto á morir á todas horas: la muerte se ofrece á él en el fondo de todos sus sufrimientos, la muerte que liberta y consuela.

Y á la muerte miraba la pobre cojita de una manera tan fija.

Su resolución estuvo hecha desde luégo: era preciso morir.

Pero ¿cómo?

Inmóvil en su butaca, mientras la vida animal continuaba al rededor de ella, mientras su madre preparaba la comida y su padre endilgaba un largo monólogo contra la ingratitud humana, Desiderata discurría sobre el género de muerte que debía elegir. No estando casi nunca sola, no podía pensar en el tufo de

carbón; no saliendo jamás, tampoco podía pensar en el veneno, que se compra fácilmente en casa del herborista, una especie de polvos blancos que se meten en el bolsillo con el alfiletero y el dedal. Había también el veneno de los fósforos, el del cardenillo ó verdeorín de los sueldos, y sobre todo la ventana que daba á la calle. Pero la idea de dar á sus padres el horrible espectáculo de una agonía voluntaria, ó de que la recogieran de la calle en un montón quebrantado y sangriento, le hizo rechazar estos medios.

Quedábale el río.

Á lo menos el agua suele llevar tan lejos, que nadie encuentra el cadáver y queda la muerte en el misterio.

¡El río!

Desiderata se estremeció al pensar en él. Y no, no era la visión del agua negra y profunda lo que la espantaba: las mujeres de París se burlan de esto. No hay sino echarse á la cara el delantal para no ver y... Pero era menester bajar la escalera, irse á la calle sola; y la calle la intimidaba.

Ahora bien, mientras la pobre joven tomaba de antemano este vuelo hacia la muerte y el olvido, mientras miraba de lejos el abismo con ojos extraviados, á que iba subiendo ya la locura del suicidio, el ilustre Delobelle se reanimaba poco á poco, hablaba menos dramáticamente; luégo como había berzas para comer, cosa muy de su gusto, se enternecía comiendo, recordaba sus antiguos triunfos, la corona de oro, los abonados de Alençon; y no bien se hubieron levantado los manteles, cuando acepillado, estirado y muy gentil de su persona, se fué al Odeón á ver el *Misántropo*, hecho por Robricart, á costa de su mujer que le dió una moneda de cien sueldos para que hiciera el pollo.

— Estoy muy contenta — decía la desdichada mujer retirando los utensilios — papá ha comido muy bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta noche. Esto lo ha alegrado un poco. El teatro acabará de distraerlo, que bien lo necesita el pobre.

... Sí, esto era lo más penoso, irse sola á la calle. Sería menester esperar á que apagaran el gas, y entonces, ya dormida su madre, bajar la escalera atentadamente, abrir la puerta sin ruido y tomar su camino al través de este París, donde se encuentran hombres que miran con descaro, y cafés resplandecientes de luz. Desde la infancia había tenido Desiderata miedo á la calle. Siendo muy niña, siempre que salía á algún mandado, seguíanla los pilluelos riéndose de ella, y la pobrecita no sabía al fin qué era más cruel, si la parodia de su paso irregular, hecha burlescamente por aquellos traviesos rapaces, ó la piedad de los que pasaban, desviando la vista compasivamente.

También tenía miedo á los ómnibus, á los carruajes. El río estaba lejos, y se fatigaría mucho. Sin embargo, no había más medio que este.

—Voy á acostarme, hija mía. ¿Vas á velar tú aún?

Con los ojos en su labor, la hija contesta que sí, que quiere acabar su docena.

—Pues buenas noches. La cena de papá queda al rescoldo: antes de acostarte, échale una ojeada.

Desiderata no ha mentido: quiere acabar su docena para que el padre pueda llevarla por la mañana; y en verdad, al ver aquella cabeza inclinada tranquilamente sobre el trabajo á la pálida luz del quinqué, nadie hubiera podido adivinar los siniestros pensamientos que dentro de ella rodaban.

En fin, el último pájaro de la docena está ya entre sus dedos, un primor de pajarico, cuyas alas parecen empapadas en agua del mar, verdes con reflejos de zafiro.

Desiderata lo fija cuidadosamente en un alambre dorado, en esa actitud de repullo, de espanto, de echar á volar y huir.

¡Oh! ¡qué bien vuela el pajarillo verdemar! ¡Cómo se pierde en lo infinito! ¡Cómo se conoce que esta vez emprende el viaje grande, el viaje eterno de que no se vuelve más!...

La obra está ya acabada, la mesa en orden, los últimos cabos de seda minuciosamente recogidos, los alfileres en su almohadilla.

Al volver el padre encontrará el quinqué á media luz, la cena caliente en el rescoldo, y esta noche siniestra y espantable le parecerá tan apacible y serena como las demás, por el orden de la casa y la estricta observancia de sus manías habituales.

Con mucho tiento abre Desiderata el armario, saca de él un chal en que se envuelve... y parte.

¡Cómo! ¿Ni una mirada á su madre, ni un adios mudo, ni un movimiento de ternura?

Nada.

Con la espantosa lucidez de los que van á morir, ha comprendido de súbito á qué amor tan egoísta fueron sacrificadas su infancia y su juventud, y sabe muy bien que una palabra de su grande hombre consolará á aquella mujer dormida de cuerpo y alma, á quien casi quiere mal, porque no se despierta en hora tan aciaga y la deja partir para siempre sin estremecerse siquiera.

Cuando se muere en la juventud, siquiera sea voluntariamente, nunca es sin protesta, sin rebelión de espíritu, y la pobre Desiderata sale de la vida, indignada contra su destino.

Ya está en la calle.

¿Á dónde va?

Todo está ya desierto. Aquellos barrios tan animados de suyo durante las horas del día, se aquietan de noche muy temprano. Trabájase allí mucho para no acostarse pronto. Mientras el París de los bulevares, aún lleno de vida, cierne sobre toda la ciudad el sonrosado reflejo de un remoto incendio, aquí todas las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puertas están ya cerradas y las maderas puestas en los escaparates de las tiendas. De vez en cuando, un martillo rezagado, el paseo de un agente de policía que se oye y no se ve, el monólogo de un borracho que va dando traspiés, turban el silencio, ó bien una ráfaga de viento repentino hace crujir el cristal de un reverbero, caer la cuerda vieja de una polea al revolver de una esquina, y se apaga silbando bajo un dintel mal unido.

Desiderata va deprisa, envuelta en su mantón, con la cabeza levantada y los ojos enjutos; y sin saber el camino va derechamente hacia delante.

Las calles del *Marais*, oscuras y angostas, donde luce á largos trechos una estrellita de gas, se cruzan, se tuercen, se retuercen, y á cada instante, en aquella febril busca, desanda lo que ya anduvo la niña desesperada. Hay siempre algo que se opone entre ella y el río.

Sin embargo, el viento que sopla gimiendo en las rendijas de cada hogar paterno, ese mismo viento le trae á la cara el húmedo frescor del río. Pero no sino parece que el agua retrocede, se rodea de barreras, y que recios muros y altísimas casas surgen como por encanto delante de la muerte.

Con todo eso, la cojita tiene buen ánimo, y por el piso desigual de las tortuosas calles, andando va, andando andando, sin darse punto de reposo.

Á dicha ¿habéis visto alguna vez en día de caza un pollo de perdiz huyendo herido á la última luz crepuscular en busca de un surco en qué esconderse? Se agacha, se escurre, va arrastrando las sangrientas alas hasta encontrar un hueco, un asilo donde morir en paz. Pues el paso vacilante de aquella sombra casi infantil siguiendo las aceras, rozando las paredes, produce esta misma impresión.

¡Y pensar que á aquella misma hora, casi en el mismo barrio, anda también errante álguien esperando desesperado!... ¡Ah! Si pudieran encontrarse, y se acercara ella al infeliz pasajero preguntándole con voz anudada en la garganta:

—Señor ¿por dónde iré para llegar al Sena?

—¡Tú! tú! ¡Desiderata! ¿Qué haces tan á deshora en esta espantable soledad?

—¡Ah! Franz! quiero morir. Y tú, tú me has quitado el gusto de vivir.

Entonces él, piadosamente conmovido, la tomaría en sus brazos, la estrecharía contra su corazón, borraría el dolor de su alma con los ósculos de la suya, y amoroso y tierno y dulcísimo le diría sollozando:

—¡Oh! no, no mueras: tengo necesidad de que vivas y me ames, para que me consueles, para que me cures las heridas hechas por la traidora mano de la otra.

Pero no es esto sino un sueño de poeta, uno de esos encuentros que la vida no sabe inventar: es demasiado cruel para eso la dura vida. Y cuando para salvar una existencia, tan poco bastaría á veces, se guarda bien de suministrar ese poco. Y véis aquí por qué son tan tristes las novelas verdaderas.

Calles y más calles... después una plaza y un puente, cuyos reverberos reflejan en la negra agua otro punto luminoso.

Por fin, he aquí el río.

La niebla de aquella noche de otoño húmedo y blando, le hace ver todo aquel París desconocido para ella en un grandor confuso, que aumenta más y más todavía su ignorancia de los lugares. Aquí es donde hay que morir.

Siéntese la infeliz tan pequeña, tan aislada, tan perdida en la inmensidad de aquella población alumbrada y desierta, que le parece estar muerta ya.

Acércase al terraplén, y de pronto un olor de flores,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de hojas, de tierra removida la detiene un momento. Á sus piés, en la acera ó embaldosado que corre á orillas del agua, grupos de arbustos abrigados con paja, macetas de flores con sus caperuzas de papel blanco están ya ordenadas para el mercado del día siguiente. Envueltas en sus mantones, con los piés en el braserillo, reposan en sus sillas las vendedoras, entorpecidas por el sueño y por el frescor de la noche. Las reinas-margaritas, flores exóticas de todos colores, las miñonetas, los rosales de otoño, embalsaman el aire esperando el capricho de París dormido.

¡Pobre Desiderata! No parece sino que toda su juventud, sus raros días de gozo y su amor engañado y perdido le suben al corazón en los aromas de aquel jardín ambulante.

Deslízase por en medio de las flores y al llegar al extremo de aquel malecón adornado como para una fiesta, detiénese la sombra casi infantil en la escalera que baja al ribazo...

Casi al mismo tiempo óyense gritos y rumores á lo largo del malecón.

—¡Una barquilla! ¡Garfios!

Bateleros y agentes de policía acuden por todas partes y muy luégo desatraca un bote con su linterna en la proa.

Despiértanse las vendedoras de flores, y cómo pregunte una de ellas bostezando qué viene á ser aquella alarma, la cafetera, acurrucada en el ángulo del puente, le contesta con mucho sosiego:

—Una mujer que acaba de echarse en remojo.

Pero no, el río no quiere á aquella niña, como si hubiera tenido piedad de tanta dulzura y gracia. Y véis aquí que á la luz de las linternas que se agitan en el ribazo, se forma un grupo negro, y á poco se pone en marcha.

¡Se ha salvado!

Un arenero la pescó.

Los agentes de policía, rodeados de barqueros y descargadores, la traen arriba, y en la oscuridad óyese una voz ronca que dice en són de chanza:

—He aquí una gaviota que me ha dado mucho qué hacer. Era de ver cómo se me escurría de las manos. Estoy por decir que hubiera querido hacer que perdiera mi prima.

Poco á poco se aquieta el tumulto, se dispersan los curiosos, y mientras el grupo negro se aleja enderezando hacia un puesto de policía, las vendedoras de flores vuelven á sus sillas y á su somnolencia, y en el ya desierto embaldosado se estremecen al viento de la noche las reinas-margaritas.

¡Ah! pobre joven! ¿Creías cosa fácil irte de la vida desapareciendo tan de súbito? No sabías que en vez de llevarte á la nada que buscabas, te arrojaría el río á todas las vergüenzas y á las mancillas todas del suicidio frustrado. Desde luégo el puesto, el odioso puesto de policía con sus bancos sucios, y su suelo más sucio, enfodado, sin contar la mala catadura de los que andan por allí, no más limpios que los bancos y el suelo.

Y allí, en el puesto de policía, tuvo la honesta y recatada doncella que pasar el resto de la noche.

Habíanla tendido en un lecho de campaña cerca de la estufa, cuyo calor mal sano hacía humear su ropa chorreando de agua.

¿Dónde estaba?

No lo sabía. Aquellos hombres tendidos alrededor en lechos iguales al suyo, la lobreguez y tristeza de aquella cuadra soldadesca, los aullidos de dos borrachos encerrados que golpeaban á la puerta del fondo con obscenos dicharachos y blasfemias espantables; todo esto lo veía y escuchaba la cojita sin acertar á explicárselo.

Cerca de ella una mujer harapienta, desgreñada, es-

tábase en cuclillas á la boca de la estufa, cuyo rojizo reflejo no era poderoso á colorear rostro tan descolorido y fiero. Era una pobre loca, recogida aquella noche, misérrima criatura que meneaba maquinalmente la cabeza, é inconsciente decía y volvía á decir y reiterar en voz independiente del movimiento de los labios:

—¡Oh! si, la miseria... bien puede decirse...

Y esta querella monótona, cuanto siniestra, hacía un daño horrible á Desiderata, la cual cerraba los ojos por no ver aquel semblante descompuesto que la espantaba como la personificación de su propio estado.

De vez en cuando se entreabría la puerta de la calle, la voz de un jefe mentaba nombres y salían dos agentes, á la vez que entraban otros dos, y echábanse de través en los lechos, derrengados como marineros que han pasado la noche sobre cubierta.

Por fin rompió el día, y despertando súbitamente de su sopor, la pobre Desiderata se incorporó en su lecho, se despojó del capote con que la habían arropado y á pesar de la fatiga y la fiebre, probó á ponerse en pié como para tomar posesión de sí misma. No tenía más que una idea entonces; sustraerse á todos aquellos ojos que se abrían al rededor de ella, salir de aquel lugar horrible, donde el sueño tenía hálito tan pesado y posturas tan tormentosas.

—Señores, por favor—dijo temblando;—dejadme volver á casa de mis padres.

Por más hechos que estuvieran á los dramas de París, bien comprendieron aquellos hombres que estaban enfrente de algo más distinguido é interesante que lo de ordinario; pero no podían llevarla aún á la casa paterna: era preciso ir previamente á casa del comisario, como trámite indispensable.

Por consideración inusitada trájose un fiacre; pero fué menester salir del puesto, y había gente en la

puerta, curiosa de ver pasar á la cojita, con sus cabellos mojados, pegados á las sienes y su capote de sergo que no impedía que tiritara.

En la comisaría se le hizo subir una lóbrega y húmeda escalera, por la que iban y venían caras patibularias. Una puerta mampara que la continuidad del servicio abría y cerraba á cada instante, piezas frías, mal alumbradas, bancos viejos y en ellos gente silenciosa, aturdida, soñolienta, vagamundos, ladrones, mozas del partido, una mesa cubierta con un tapete verde, donde escribía el *perro del comisario*, gran diablo con cabeza de peón, de levita raída: tal era el cuadro.

Luégo que entró Desiderata levantóse de un oscuro rincón un hombre y salió á recibirla tendiéndole la mano.

Era el hombre de la prima, su horroroso salvador por veinticinco francos.

—Y bien, damisela—le dijo con su cínica sonrisa y una voz que hacía pensar en noches de niebla en el agua—¿cómo va desde la zambúllida?

Y sobre esto contó á los circunstantes cómo la había pescado, que la agarró primero así, y luego así y que sin su auxilio iría seguramente á aquellas horas corriendo hacia Ruán entre dos aguas.

La desgraciada estaba encendida de fiebre y de vergüenza y de tal manera turbada, que le parecía que había dejado el agua un velo en sus ojos y un gran rumor en sus oídos.

Por fin la introdujeron en un aposento más pequeño, ante un personaje solemne, condecorado, el señor comisario en persona, que estaba en actitud de tomar su café con leche y de leer simultáneamente la *Gaceta de los Tribunales*.

—¿Qué hay?—dijo en tono áspero mojando su mollete y sin levantar la vista del periódico.

El cabo que acompañaba á Desiderata leyó por toda contestación su parte en estos términos:

«Á las doce menos cuarto, muelle de la Tenería frente al número 17, la llamada Delobelle, 24 años, florista, domiciliada en casa de sus padres, calle *Braque*, cometió conato de suicidio arrojándose al Sena, de donde la sacó sana y salva el arenero Parcheminet, habitante, calle Boutte-Chaumont.»

El comisario escuchaba mascando á la vez con el sosiego y hastío de quien está ya curado de espanto. Al fin alzó la vista y mirando á la llamada Delobelle con cierta severidad, la amonestó en són de hombre bueno. Era cosa mala, muy mala, malísima lo que había hecho, y una gran cobardía. ¿Qué había podido inducirla á eso de atentar contra su vida? ¿Por qué razón quería suicidarse? Á ver, conteste la llamada Delobelle ¿por qué razón?

Pero la llamada Delobelle se obstinó en no contestar. Pareciale que hubiera sido manchar su amor, confesándolo en semejante lugar.

—No sé... no sé—decía sólo en voz baja y estremeciéndose.

Despechado el comisario, declaró que iba á ser conducida á la casa paterna, pero á una condición á saber: que la llamada Delobelle había de prometer solemnemente no volver á las andadas.

—Á ver ¿lo prometéis así?

—¡Oh! sí, sí señor.

—¿No volveréis á hacerlo nunca?

—¡Oh! no, no señor.

A pesar de las solemnes protestas de la llamada Delobelle, el comisario de policía meneaba la cabeza, como si no la creyera.

En fin, ya está fuera de la comisaría y de camino hacia su casa. Pero su martirio no había terminado.

En el fiacre, el agente que la acompañaba, se mostraba con ella más amable de lo que convenía. Desiderata se desentendía de sus requiebros, se alejaba, retiraba la mano. ¡Qué suplicio!

Lo peor, lo más terrible, fué su llegada á la calle de Braque: la casa paterna en conmoción, la curiosidad de los vecinos... ¡Qué suplicio!

En efecto, desde que Dios amaneció, toda la vecindad y aun casi todo el barrio tenía noticia de la extraña desaparición de la doncella, y de boca en boca corría el rum rum de haber partido en amor y compañía con Franz Risler. El ilustre Delobelle había salido muy temprano, cariacontecido y sin vestir, esto es, vestido, pero no de punta en blanco, sin su elegancia habitual, indicio de alguna cosa grave ó extraordinaria, y la portera, al subir las provisiones, había encontrado á la pobre madre medio loca, yendo de una á otra estancia en busca de una carta, de una palabra, de una letra de la niña fugitiva que pudiera ponerla en camino de una conjetura siquiera.

Una idea tardía había iluminado al fin de súbito el espíritu de la desgraciada madre sobre la actitud de su hija en los últimos días y su silencio á propósito de la partida de Franz.

—No llores, mujer, no llores; yo la traeré—dijo el padre al salir.

Y desde que salió, así para buscarla, como para sustraerse al espectáculo de aquel gran dolor, no hacía la pobre madre más que ir y venir del rellano á la ventana, de la ventana al rellano. Al más ligero ruido de pasos en la escalera abría la puerta, los brazos y el corazón y se lanzaba afuera; luégo, cuando volvía á entrar, la soledad de la vivienda, aumentada todavía por la poltrona vacía, medio vuelta hacia la mesa de labor, le hacía sentir más honda su desgracia y rompía en lágrimas y sollozos.

De repente paróse á la puerta de la calle un carruaje y voces y pasos resonaron en la casa.

— ¡Desiderata! ¡Desiderata! ¡La cojita! ¡Señora, ya ha parecido su hija!

Era en efecto la hija perdida, la cual subía sucumbiente en brazos de un desconocido, desgreñada, desceñida, sin chal ni sombrero, pero envuelta en un capote burdo.

Al ver á su madre se sonrió casi inconsciente.

— No te asustes, mamá... no es nada...— balbuceó y acabó de desmayarse.

Nunca se hubiera creído tan fuerte la madre, vieja y todo: tomar á su hija en brazos, correr con ella besándola, mimándola, y acostarla blandamente, fué todo un punto.

— ¿Eres tú, hija mía? Sí, sí, tú eres. Por fin has parecido — le decía la madre en són de amoroso arrullo. — ¿Á dónde te fuiste? ¿De dónde vienes? ¿Es verdad, infeliz niña, que has querido suicidarte? ¡Oh! no, no es verdad. Pero sí; es que tenías muy honda pena. Y ¿por qué, por qué, hija mía, me la ocultabas á mí?

Y llorando llorando la besaba más y más.

Viendo en aquel estado á su madre, envejecida en algunas horas y anegada en un mar de amargas lágrimas, se sintió Desiderata poseída de un remordimiento doloroso. Recordó que se había ido sin decirle adios siquiera y que en lo hondo de su corazón la había acusado de no amarla.

¡No amarla!

— Pero tu muerte, hija mía, hubiera sido mi muerte — decía la pobre madre.—¿Cómo, cómo ni para qué vivir sin ti? ¡Oh! Cuando me levanté esta mañana y ví que no estaba deshecha tu cama, y no te ví en el taller, ni en ninguna parte, comencé ya á morirme, hija mía, y me caí medio muerta... Pero no hablemos más de esto. ¿Tienes frío? ¿Tienes gana? ¿Tienes sed?... ¡Ah! ¡Horror! ¡Horror! — exclamó acordándose del río por correlación de ideas.— No, no, hija mía,

no quieras ya morir, no quieras matar á tu madre.

Y esto diciendo, arreglaba con esmero pueril las ropas de la cama, le abrigaba los piés, le mullía la almohada, le besaba la frente y los ojos y los labios, y seguía llorando, llorando.

Desiderata, con los ojos cerrados, repasaba todos los pormenores de su intentado suicidio, todos los horrores por qué había pasado al salir del seno de la muerte. En su fiebre que iba en aumento en el pesado sueño que comenzaba á invadirla, aún la agitaba y afligía el recuerdo de su temeraria carrera al través de París, y millares de calles tenebrosas se abrían ante sus ojos, calles que como negros ríos desembocaban todas en el Sena.

Aquel horrible río que no podía ella encontrar la infausta noche pasada, aquel río la perseguía á ella ahora.

Sentíase toda salpicada del limo de sus sucias aguas, de lodo; y en la pesadilla que la oprimía y angustiaba, no sabiendo cómo sustraerse á la obsesión de sus recuerdos, decía la pobre niña en voz tácita á su madre:

— Tápame, tápame, madre mía... tengo vergüenza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI

De cómo prometió no volver á las andadas

No volverá á las andadas: puede estar tranquilo el señor comisario. ¿Cómo lo haría? ¿Cómo podría ir al río, ahora que no puede moverse de la cama? Si el comisario la viera ahora, á buen seguro no dudaría de su palabra. Sin ninguna duda, aquella voluntad, aquel deseo de morir tan fatalmente sellado en su pálido semblante el otro día, son aún visibles en todo su sér; sino que se ve otro sello encima... la resignación. La llamada Delobelle sabe muy bien que esperando un poco, muy poco tiempo, no tendrá ya que querer ni desear.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los médicos suponen que no es sino una fluxión de pecho el mal que la mata, efecto sin duda de la ropa mojada y mantenida tantas horas en el cuerpo. Y se engañan lastimosamente los médicos, porque no hay tal fluxión de pecho.

Entonces la mata el amor.

Tampoco. Desde aquella infausta noche, ni siquiera piensa en Franz, como quiera que no se siente digna de amar ni de ser amada.

Pero hay, según ella, una mancha en su vida, antes tan pura; y he aquí precisamente lo que la mata.

Cada una de las peripecias del horrible drama es á sus ojos una mancha: su salida del agua delante de todos aquellos hombres, su estancia en el puesto de policía, las palabras obscenas que allí oyó, la loca que se calentaba á la estufa, todo lo vicioso y mal sano con que se rozó en la escalera de la comisaría y más arriba; y fuera de esto el menosprecio de ciertas miradas, la desvergüenza de otras, las cuchufletas de su salvador mercenario, las audaces galanterías del agente que la acompañara, todo su recato y decoro de mujer perdidos para siempre, la mengua impuesta á su honrado apellido haciéndolo figurar en odiosas oficinas y más odiosos registros, hasta la inoportunidad de su dolencia que la persiguió en todas las fases de su largo martirio, como una ironía, como una agravación de ridiculez en su suicidio por amor.

La mata, pues, la vergüenza. En sus noches de delirio no dice otra cosa:

— ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!

Y en los momentos tranquilos, se hunde bajo las ropas de su lecho, se cubre con ellas la cara como para esconderse ó sepultarse.

Muy cerca de su lecho y á la luz de la ventana está trabajando la madre, siempre al cuidado de su hija. Á breves intervalos, alza la vista para observar aquella

desesperación muda, aquella enfermedad inexplicable; pero muy luégo vuelve á su tarea, porque una de las mayores penas del pobre es no tener tiempo para consagrarse á su dolor. Hay que trabajar constantemente, y hasta cuando la muerte gira alrededor, pensar en las exigencias presentes, en las dificultades de la vida.

El rico puede encerrarse en su pesar, puede hartarse, vivir de él, no hacer más que estas dos cosas: sufrir y llorar.

Pero el pobre no tiene el medio ni el derecho de hacerlo. He conocido en mi tierra á una buena mujer, que había perdido en menos de un año á su marido y á una hija, dos pruebas terribles, una tras otra. Pero quedábanle muchachos que criar y una labor que dirigir. Desde que Dios amanecía era preciso ocuparse, atender á todo, ahora aquí, ahora allá en trabajos extendidos á dos leguas de distancia. La triste viuda me decía:

— No tengo un momento de lugar en la semana para llorar mis penas; pero los domingos... ¡oh! los domingos me harto.

Y en efecto, los domingos, mientras los muchachos jugaban fuera ó se divertían en otra casa, encerrábase ella por dentro y pasaba las tardes gimiendo y llorando por su marido y su hija.

La mujer de Delobelle no tenía siquiera domingos. Figuraos que estaba ya sola para el trabajo, que sus dedos no tenían la prodigiosa maña que los de su hija, y que por nada de este mundo habría querido suprimir un solo hábito de su grande hombre.

Con esto, siempre y cuando la enferma abría los ojos, veía á su madre, así á la alba luz de la madrugada como á la luz rojiza del trasnochado quinqué, trabajando, trabajando sin cesar.

Cuando las cortinas de su lecho estaban corridas, oía entonces la enferma el ruido seco y férreo de las tijeras, repuestas sobre la mesa.

Esta fatiga de su madre, este insomnio que acompañaba constantemente su fiebre, era uno de sus mayores sufrimientos: á las veces esto superaba todo lo demás.

— Á ver, mamá, dame labor, y te ayudaré — decía la pobrecita esforzándose para incorporarse.

Venía á ser esto un claro en aquella sombra más densa cada día. La madre, que veía en este deseo de enfermo la voluntad de entrar de nuevo en la vida, aproximaba la mesa de trabajo.

Pero la aguja era demasiado pesada, y estaban aún sus ojos demasiado débiles, y el menor rumor de ruedas, recordaba á Desiderata que la calle, que la infame calle estaba allí cerca de ella... No, no tenía fuerzas para vivir. ¡Ah! si hubiera podido morir al principio y renacer después...

Entre tanto se moría y se rodeaba poco á poco de una suprema abnegación.

La madre miró, entre dos puntadas, á su hija, cada vez más pálida.

— ¿Cómo te sientes?

— Muy bien — contestó la enferma con una sonrisa que iluminó un momento su doloroso semblante, mostrando todos sus estragos como un rayo de sol que, deslizándose en una vivienda de pobres, en vez de alegrarla, detalla más aína toda su tristeza y desnudez.

Después sucedían largas pausas de silencio: la madre no hablaba temiendo prorumpir en sollozos; la hija, asoporada por la fiebre, envuelta ya en esos velos invisibles de que la muerte rodea con una especie de piedad á los que se van, para vencer lo que les queda de fuerzas y llevárselos sin violencia.

El ilustre Delobelle no estaba allí jamás; ni había cambiado nada en su existencia de cómico de la legua sin contrata. Sin embargo, sabía que se moría su hija, pues se lo había dicho el médico. No dejó de causarle

la noticia profunda conmoción, pues en el fondo amaba á su hija; sino que, en aquella extraña índole, los sentimientos más verdaderos tomaban un carácter falso y poco natural, por esa ley que hace que cuando un plano está de través, todo lo que se pone encima parece que está torcido.

Delobelle quería, ante todo, pasear, espaciar su dolor y representaba el papel de padre desgraciado de uno á otro extremo del bulevar. Se le veía en las inmediaciones de los teatros, en los cafés de los cómicos, con los ojos escaldados y pálido el semblante, y gustaba de que le preguntaran:

— Y bien, pobre amigo mío, ¿cómo está la enferma?

Entonces meneaba la cabeza con movimiento nervioso; su gesto reprimía lágrimas, imprecaciones sus labios, y amenazaba al cielo con una mirada de cólera ni más ni menos que cuando representaba el *Médico de los niños*; lo que no impedía, por otra parte, que tuviera mil delicadas atenciones á su hija.

Así, pues, había tomado la costumbre, desde que estaba mala, de llevarle flores de sus paseos á París, y no flores ordinarias como esas humildes violetas que florecen en todas las esquinas de las calles para los bolsillos flacos, sino rosas y claveles en aquellos tristes días de otoño, sobre todo, lilas blancas, esas plantas de invernáculo cuyos tallos, hojas y flores son del mismo color blanco verdoso, como si la naturaleza en su precipitación se hubiera atenido á un color uniforme.

— ¡Oh! es ya demasiado, papá, y me enojaré — decía la enfermita al verlo entrar triunfalmente con su ramo en la mano.

Pero él le decía en tono de gran señor:

— Deja... deja, pues.

Y ella no se atrevía ya á resistir más.

Sin embargo, era un gran dispendio, y á la pobre

madre le costaba tanto trabajo ganar la vida para todos...

¿Qué importa? Lejos de quejarse, la buena mujer tenía por muy delicado y daba por muy bien hecho lo que á costa de ella hacía su grande hombre.

Este menosprecio del dinero, esta suprema indiferencia, grandeza tal y tanta la llenaban de admiración, y más que nunca creía en el genio y porvenir teatral de su marido.

Él también guardaba, en medio de los acontecimientos, una confianza inalterable. Poco, empero, faltó para que se abrieran en fin sus ojos á la luz de la verdad; poco faltó para que una manecita abrasada por la fiebre, y puesta sobre su cabeza ilusionada y solemne, hiciera salir de ella el importuno insecto saltón que le zumbaba hacía tantò tiempo.

Y fué así: Una noche se despertó sobresaltada la enferma en un estado singular. Hay que decir previamente que la víspera, al hacerle el doctor la visita de costumbre, hubo de sorprenderse grandemente de hallarla reanimada de pronto, tranquila y hasta sin fiebre. Sin explicarse la causa de esta resurrección, se retiró el médico diciendo: *Esperemos*. Sin duda confiaba en uno de esos resortes de la juventud, en esa fuerza de savia que ingerta á las veces una nueva vida en los mismos síntomas de la muerte.

Si hubiera mirado debajo de la almohada de Desiderata, habría encontrado el secreto de este dichoso cambio en una carta sellada en el Cairo; cuatro páginas firmadas por Franz, toda su conducta explicada y confesada á su querida Zizi.

Era, en efecto, la carta soñada por la enferma. Si ella misma hubiera dictado todas las palabras que habían de conmover su corazón, todas las delicadas disculpas que podían sanar sus heridas, no habrían sido mejor explicadas.

Franz se arrepentía, pedía perdón, y sin prometer nada, sin exigir nada sobre todo, contaba á su fiel amiga sus luchas, sus remordimientos, sus pesares. Indignábase contra Sidonia, encargaba á Desiderata que no se fiara de ella, y con un resentimiento que la antigua pasión hacía perspicaz y terrible, le hablaba de aquel carácter perverso y superficial, de aquella voz á propósito para mentir, sin que vibrara nunca con un acento del corazón, porque le salía de la cabeza, como todos los arranques apasionados de aquella muñeca parisiense.

¡Lástima grande que esta carta no hubiera llegado algunos días antes!...

Ahora ya todas aquellas buenas palabras eran para Desiderata como esos deliciosos manjares servidos tardíamente al que se muere de hambre.

Todo el día estuvo releyendo su carta la enferma. Sacábala del sobre, la volvía á doblar después y guardaba amorosamente; pero con los ojos cerrados la seguía viendo íntegramente, veía hasta el color y forma del sello. ¡Franz había pensado en ella! Sólo esto le producía un bienestar suave y dulcísimo, y en esta paz se durmió al fin con la impresión de un brazo amigo que sirviera de almohada á su débil y fatigada cabeza.

De repente se despertó en un estado extraordinario, como dijimos poco há. Era una debilidad, una angustia de todo su sér, una cosa inexplicable. Parecíale que no la retenía ya en la vida más que un hilo estirado, muy estirado, en peligro de romperse, y cuya vibración nerviosa daba á todos sus sentidos una sutileza sobrenatural.

Era de noche.

El aposento en que estaba la enferma, se hallaba á media luz. La mariposa hacía girar en el techo sus círculos luminosos, esa especie de Osa mayor melancólica que ocupa el insomnio de los enfermos; y en la

mesa de labor, el quinqué á media luz, todavía neutralizado por la pantalla, alumbraba solamente la obra esparcida y la sombra de la madre Delobelle adormecida en su butaca.

En la cabeza de Desiderata, que le parecía más ligera de llevar que de ordinario, se produjo de repente un gran vaivén de pensamientos y recuerdos. Todas las lontananzas de su vida parecía como que se acercaban á ella. Los menores hechos de su infancia, escenas que no había comprendido entonces, palabras oídas como en sueños, se representaban á su imaginación.

La niña se admiraba de ello, sin espantarse. No sabía que antes del gran aniquilamiento de la muerte se suele tener así un momento de extraña sobrexcitación, como si todo el sér exasperase sus facultades y fuerzas en una lucha final inconsciente.

Desde su cama veía á su padre y á su madre, ésta muy cerca de ella, el otro en el taller cuya puerta se había dejado abierta. La madre estaba reclinada en su butaca con la indolencia de las grandes lasitudes escuchadas al fin; y todas esas cicatrices con que la edad y los sufrimientos marcan los rostros envejecidos, aparecían más lastimosas é indelebles en el reposo del sueño. Durante el día, la voluntad, las preocupaciones ponen como una máscara sobre la verdadera expresión de los semblantes; pero la noche los vuelve á su verdadero sér, los restablece en su expresión auténtica.

En aquel momento las profundas arrugas de la valiente mujer, sus párpados enrojecidos, sus cabellos ralos y plateados por las sienes, la contracción de sus manos, hechas al trabajo, todo se veía, y todo lo vió Desiderata. Hubiera querido estar bastante fuerte para levantarse y besar aquella hermosa frente serena que las arrugas sulcaban, sin empañarla.

Haciendo contraste, por la entornada puerta, el ilustre Delobelle se presentaba á su hija en una de sus

actitudes favoritas. Sentado de través ante el mantelillo de su cena, comía repasando á la vez un librejo apoyado en la garrafa enfrente de él. El grande hombre acababa de entrar, á cuyos pasos se había despertado la enferma, y agitado aún por el efecto de una buena representación, cenaba solo, grave y solemnemente, oprimido en su levita nueva, con la servilleta á la barba y el pelo rizado á hierro.

Por la primera vez de su vida notó Desiderata aquel chocante desacuerdo entre su madre extenuada, apenas vestida con decoro y siempre de negro, color que la hacía más flaca aún y macilenta, y su padre, pomposo, feliz, bien comido, ocioso, tranquilo, inconsciente. De una ojeada comprendió la diferencia de las dos existencias. Ese círculo de hábitos en que los niños acaban por no ver muy claro, hechos los ojos á su luz particular, había desaparecido para ella. Ahora juzgaba á sus padres á distancia, como si insensiblemente se alejara de ellos. Era un tormento más aquella perspicacia de la última hora. ¿Qué iba á ser de ellos, cuando ella desapareciera? Ó su madre tendría que trabajar más y moriría en el empeño, ó bien la pobre mujer se vería obligada á dejar de trabajar, y aquel egoísta compañero, preocupado siempre con sus ambiciones teatrales, la dejaría hundirse con él en la gran miseria, ese negro agujero que se ensancha y ahonda á medida que se desciende.

No era, sin embargo, un mal hombre, y más de una vez lo había probado. Pero había en él una obcecación tan grande como funesta, que nada había podido desvanecer.

Si la enferma probara... Si antes de partir (y algo le decía que sería muy pronto), si antes de partir pudiera arrancar la túpida venda que el pobre hombre mantenía voluntariamente en los ojos...

Sólo una mano ligera y cariñosa como la suya podía tentar esta operación.

Sólo ella tenía el derecho de decir á su padre:

—Gánate la vida... Renuncia al teatro.

Entonces, como el tiempo urgía, se armó Desiderata de todo su valor, y llamó blandamente al grande hombre diciendo:

—Papá... papá.

Á la voz de su hija acudió presuroso el comediante. Había habido aquella noche estreno en el Ambigú, y volvía como electrizado. Las luces, los aplausos, las conversaciones, todos los detalles que excitaban su locura, lo tenían más ilusionado que nunca.

Entró en la habitación de la enferma, radiante, magnífico, con una camelia en el ojal y la luz en la mano.

—Buenas noches, Zizí. ¿No duermes?

Y estas palabras tenían una entonación alegre que contrastaba singularmente con la tristeza de cuánto allí se veía.

Desiderata le hizo una seña con la mano para que callara, indicándole á su madre dormida.

—Deja la luz... tengo que hablarte.

Su voz entrecortada por la emoción impresionó al comediante, y sus ojos lo impresionaron más, abiertos extraordinariamente é iluminados por una mirada penetrante.

Un tanto intimidado, acercóse á ella con la camelia en la mano para ofrecérsela y la boca en capullo, entre el chirrear de su calzado nuevo que él tenía por muy aristocrático. Su postura era evidentemente embarazada, y esto consistía sin duda en el gran contraste existente entre la sala del teatro brillante y ruidosa de que acababa de salir y aquel cuartito de enfermo en que los ruidos amortiguados y la luz templada se desvanecían en una atmósfera febril.

—¿Qué tienes, corzuela? ¿Te sientes acaso peor?

Un movimiento de cabeza hecho por Desiderata

contestó que se sentía en efecto mal y que querría hablarle de cerca, muy de cerca.

Cuando se puso el padre á la cabecera de la cama, posó la enferma su ardorosa mano en el brazo del grande hombre y le susurró algo al oído...

Estaba mala, muy mala, y comprendía muy bien que no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Entonces, papá mío, te quedarás solo con mamá. No, no tiembles así: bien sabías que había de llegar este caso y que llegaría pronto... Pero, muerta yo, temo que mamá no sea bastante fuerte para sostener la casa... Mira qué pálida y fatigada está.

El comediante miró á su *santa mujer*, que él decía, y se sorprendió al parecer viendo qué mala cara hacía. Pero se consoló con esta egoísta observación:

—Nunca ha sido más fuerte.

Esta observación y el tono con que fué hecha indignaron á Desiderata y robustecieron su resolución, y con esto continuó diciendo, sin piedad ya para las ilusiones del comediante:

—¿Qué va á ser de vosotros dos, cuando yo no exista? Sé que tienes grandes esperanzas; pero son vanas é irrealizables, pueden tardar todavía mucho, y de aquí allá ¿qué haríais? ¡Ah! padre mío, no quisiera apenarte; pero me parece que á tu edad, inteligente como eres, te sería fácil... Mr. Risler, estoy seguro de ello, lo haría con mucho gusto.

Desiderata hablaba lentamente, con esfuerzo, buscando las palabras, intercalándolas con grandes pausas que podía llenar un gesto, una exclamación de su padre; pero el comediante no comprendía. La escuchaba, la miraba con los ojos muy abiertos, sintiendo vagamente que de aquella conciencia de niña, tan inocente como inexorable, se alzaba una acusación contra él; pero no sabía aún qué acusación sería aquella.

—Creo que harías bien—repuso tímidamente la en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ferma — creo que harías muy bien en renunciar á...

—¿Cómo?... ¿Eh?

Desiderata se detuvo viendo el efecto de sus palabras. El móvil rostro del antiguo comediante se contrajo de repente bajo la impresión de un gran despecho, y lágrimas, lágrimas verdaderas que ni pensó en disimular con hábil mano como se hace en escena, hincharon sus párpados sin correr: tal y tanta fué la angustia que le apretó la garganta.

El desgraciado comenzaba á comprender. Así, de las dos únicas admiradoras que le hubieran quedado fieles, todavía una se desviaba de su gloria. ¡Su hija, no creía en él! Esto no era posible: lo había comprendido ú oído mal. ¿Á qué, á qué debía renunciar? Sepamos... sepamos.

Pero ante la muda súplica de aquella mirada que le pedía gracia, no tuvo Desiderata valor para acabar; fuera de que la pobre niña estaba ya para espirar.

Dos ó tres veces murmuró:

—Renunciar... renunciar á...

Y dejando caer la cabeza en la almohada, murió sin haberse atrevido á decirle otra vez á qué debía renunciar...

La llamada Delobelle ha muerto, señor comisario de policía. ¿No le decía yo que no volvería á las andadas? Pero esta vez, la muerte le ha ahorrado el camino y la fatiga, y ha venido ella misma á llevársela. Ahora, hombre incrédulo, cuatro buenas tablas de pino, bien clavadas, le responden de su palabra. Había prometido no volver, y á buen seguro no volverá ya á las andadas.

La cojita ha muerto.

Es la noticia que corre en el barrio de los *Francs-Bourgeois*, impresionado por este triste suceso. No quiere decir esto que Desiderata fuera allí muy popular, como quiera que no salía nunca y sólo alguna que

otra vez asomaba á la vidriera de su altísima ventana su palidez de reclusa y sus sombríos ojos de trabajadora infatigable. Pero en el entierro de la hija del ilustre Delobelle no podían faltar comediantes, más ó menos ilustres, y París adora á esta gente. Gusta de ver pasar por la calle, de día claro, á estos ídolos de por la noche; de examinar bien su verdadera fisonomía, despojada de lo maravilloso de las tablas.

Así, pues, aquella mañana, mientras á la puerta de la calle se colgaban á martillazos paños blancos, invadían los curiosos las aceras y la entrada de la casa.

Hay que hacerles esta justicia. La gente de teatro es una familia unida por el amor, ó á lo menos por la solidaridad, por el lazo del oficio, que los congrega en todos los casos de manifestación exterior, como bailes, conciertos, festines, exequias...

Bien que el ilustre Delobelle no ejerciera en tablas y que su nombre, ilustre siempre, hubiera desaparecido de los carteles hacía más de quince años, bastó para el caso un aviso de cuatro líneas en un oscuro periódico de teatros.

«Mr. Delobelle, antiguo primer actor en los teatros de Metz y Alençon, acaba de tener la desgracia... etc. Sus amigos y compañeros se reunirán... etc.»

Luégo al punto de todos los rincones de París y aun de la comarca, acudieron comediantes á este llamamiento.

Más ó menos ilustres, desconocidos ó célebres, allí estaban todos ellos, los que habían seguido la legua con Delobelle, los que le encontraban en los cafés de teatro, donde era una de esas caras siempre vistas en que es difícil poner un nombre, pero que se recuerdan á causa del medio en que se ven constantemente y de que al parecer forman parte; luégo también actores de provincia que vienen á París á buscar un empresario que quiera darles acomodo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y todos ellos, los oscuros y los ilustres, los parisienses y los provinciales, animados de una sola y misma preocupación, la de ver sus nombres citados en la reseña de algún periódico; porque á esos seres de vanidad, todos los géneros de publicidad les parecen de perlas. Tal es el miedo que tienen de que el público los olvide, que en cuanto no se exhiben, sienten la necesidad de hacer que se hable de ellos, de recordarse por todos los medios á la memoria de París, tan olvidadiza de suyo.

Desde las nueve de la mañana toda la gente menuda del *Marais*, esa provincia murmuradora, esperaba en las ventanas, en las puertas, en medio del arroyo, el paso de los comediantes: los obreros en los empañados vidrios de sus talleres, los patronos entre los pliegues de las cortinas, las cocineras con la cesta al brazo y los aprendices con algún paquete en la cabeza, en la calle.

En fin, los cómicos fueron llegando en carruaje ó á gatas, que quiere decir á pié, solos ó por comparsas, á grupos. Se les reconocía por sus caras rasuradas azuleando por la barba y las mejillas, por sus modales demasiado enfáticos ó demasiado sencillos, siempre afectados y poco ó nada naturales y espontáneos, por sus gestos aprendidos ó de escuela, y sobre todo, por la desordenada sensiblería que les da la exageración necesaria á la óptica de la escena.

Las diferentes maneras con que los honorables cómicos manifestaban su emoción en esta dolorosa ocasión eran verdaderamente dignas de observarse. Cada entrada en el patinillo, húmedo y sombrío, de la casa mortuoria, era ni más ni menos que una aparición en escena, y variaba según la categoría del comediante. Los primeros actores, de drama serio, con las cejas fruncidas y todo el semblante fatal, comenzaban todos por enjugarse con un dedo una lágrima que no podían reprimir; luégo suspiraban, miraban al cielo y permanecían de pié en medio del teatro, es decir, en medio del patio, con el sombrero apoyado en el muslo y un ligero movimiento del pié izquierdo que les ayudaba á conllevar su dolor: «¡calla, corazón, calla!»

Los actores cómicos, al contrario, hacían su entrada, ó técnicamente, salida, á la pata la llana, haciendo descender su sentimiento á la expresión vulgar de la farsa.

Tan luégo como entraban en escena, se separaban en dos grupos. Los actores célebres presentes miraban desdeñosamente á los Robricart desconocidos y sórdidos, cuya envidia respondía al desdén de ellos con mil observaciones descorteses. «¿Habéis visto cómo envejece Fulano? No, no podrá sostener su papel mucho tiempo.»

Entre estos dos grupos, el ilustre Delobelle, vestido de negro, calzado de guantes negros, iba y venía, con los ojos enrojecidos y los dientes apretados, dando apretones de manos en silencio. El pobre diablo tenía el corazón lleno de lágrimas; pero no le había impedido esto rizarse á medio hierro para la circunstancia.

¡Extraño carácter! Nadie hubiera podido decir viendo su alma, el punto en que se separaba el verdadero dolor del dolor fingido, del dolor dramático, de la ostentación del dolor: tan revueltos andaban uno y otro.

Había también entre los cómicos algunos personajes de nuestro conocimiento: Mr. Chebe, más importante que nunca, haciendo que hacemos entre los actores célebres, mientras su esposa acompañaba allá arriba á la pobre madre.

Sidonia no había podido ir; pero Risler, el bueno de Risler, el amigo de la última hora, que había pagado todos los gastos de la triste ceremonia, Risler estaba allí, casi tan conmovido como el padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

Así los coches del duelo eran de todo lujo, los paños mortuorios tenían franjas de plata y el catafalco estaba cubierto de rosas y violetas blancas. En la miserable y sombría calle de Braque, aquellas blancuras alumbradas por los cirios, aquellas trémulas flores bañadas de agua bendita recordaban el destino de la pobre niña, cuyas sonrisas, bien pocas ciertamente, habían estado siempre empapadas en lágrimas.

El cortejo se puso en marcha paso á paso, muy lentamente por las tortuosas calles.

Á la cabeza iba Delobelle, sofocado de puro sollozar, pues se enternecía casi tanto por sí mismo, pobre padre sepultando á su hija, como por su misma hija muerta, guardando en el fondo de su dolor sincero su eterna y vana personalidad, allí permanente como una piedra en el fondo de un arroyo. La pompa de la ceremonia, aquella hilera negra que detenía la circulación á su paso, los carruajes enlutados, el cupé de Risler que Sidonia había enviado para mayor ostentación, todo esto lo halagaba, le placía y exaltaba, á pesar de los pesares.

En un punto, no pudiéndose ya contener, se inclinó hacia Robricart que iba á su lado y le dijo:

—¿Has visto?

—¿Qué?

Y el desdichado padre, enjugándose los ojos, murmuró con cierto orgullo:

—Hay dos coches particulares.

¡Pobre Zizí! ¡tan buena y sencilla! Aquellos dolores de ceremonia, aquel cortejo de llorones de farsa, nada de aquello era digno de ella.

Pero allá, allá arriba, en la ventana del taller para siempre abandonado, la pobre y desolada madre, á quien no fué posible impedir que viera llevarse á su hija, de pié detrás de la persiana:

—¡Adios!... ¡adios!—decía la infeliz en voz tácita, como si hablara consigo misma, agitando á la vez la trémula y descarnada mano con un gesto inconsciente de anciana ó de loca: —¡Adios!...

Por más tácito que fuera este adios, debió oirlo Desiderata.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CUARTO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Leyenda fantástica del hombrezuelo azul

Dejándoos en libertad de creerlo ó no, yo de mí sé decir que creo á pié juntillas en el hombrezuelo azul. No diré que lo haya visto en mi vida; pero un poeta amigo mío, veracísimo de suyo y fidedigno para mí, me ha referido más de una vez que una noche hubo de topar manos á boca con el dichoso gnomo, y he aquí en qué circunstancias.

Habia tenido mi amigo la flaqueza de firmar un pagaré á su sastre; y como todos los hombres de imaginación en semejante caso, no bien hubo entregado su firma, cuando se creyó desembarazado de su deuda y no volvió á acordarse más del pagaré, de la cuenta del sastre, ni del sastre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ahora bien, sucedió que una noche se despertó el poeta sobresaltado á causa de un extraño ruido proviniente de la chimenea. Creyó al principio que sería algún pájaro aterido buscando el calor del hogar, bien que ya apagado, ó alguna veleta que giraba al empuje del viento.

Pero al cabo de un momento, hubo de arreciar el ruido, pudiendo él ya distinguir el són metálico de un saco de dinero mezclado con no sé qué rechinamiento de cadenilla. Al mismo tiempo oyó una vocecita aguda como el lejano silbido de una locomotora, y clara como el canto de un gallo que le decía desde lo alto:

—¡El vencimiento! ¡El vencimiento!

—¡Ah! ¡Mi pagaré!—exclamó el pobre poeta, recordando de repente que el documento entregado á su sastre vencía dentro de ocho días.

Con esto, no hizo ya en toda la noche más que removerse buscando el sueño en todos los rincones de su cama, sin encontrar más que aquel maldito documento al portador.

La noche siguiente y la otra y la otra, se despertó á la misma hora y por la causa misma: el ruido del dinero, el rechinamiento de la cadenilla y la vocecita que en són de burla decía:

—¡El vencimiento! ¡El vencimiento!

Y lo peor era que, cuanto más se acercaba el día del vencimiento, más aguda y penetrante se hacía la dichosa vocecita, acompañada ya de amenazas de embargo y demás procedimientos.

¡Desdichado poeta! No bastaban las fatigas del día, las diligencias y gestiones por toda la ciudad buscando dinero; era preciso también que la vocecita aquella agudísima, amenazadora y cruel, viniera todas las noches á quitarle el sueño y turbar su necesario reposo.

¿Cuya es esa voz fantástica? ¿Qué espíritu malo podía divertirse en martirizarlo así?

Una noche quiso salir de dudas, y en vez de acostarse, ya que no había de dormir, mató la luz, abrió de par en par la ventana y esperó.

No hay para qué decir que mi amigo, en su calidad de poeta lírico, vivía muy alto, al nivel de los tejados. Por espacio de algunas horas no vió más que esa pintoresca extensión de planos inclinados que cruzan las calles en todas direcciones como inmensos y pavorosos precipicios, y que las chimeneas, torres y demás puntos salientes, recortados por los rayos de la luna, varían caprichosamente. Por encima de París, dormido y negro, formaba esto como una segunda ciudad, aérea, suspensa y flotante entre el vacío de la sombra y la luz deslumbradora de la luna.

Mi amigo esperó, esperó mucho tiempo, hasta que al fin, á cosa de las dos ó tres de la madrugada, cuando todos los campanarios erguidos en la oscuridad se pasaban la hora unos á otros, un paso ligero corrió cerca de él por las tejas y las pizarras y una vocecita endeble dijo por el cañón de la chimenea:

—¡El vencimiento! ¡El vencimiento!

Inclinándose un poco entonces, pudo ver mi amigo el poeta al duendecillo atormentador de los hombres, que le quitaba el sueño hacía ocho noches.

No pudo decirme á punto fijo su talla: la luna nos juega estas malas partidas con las dimensiones fantásticas que dá á los objetos y á sus sombras. Sólo observó que aquel singular diablillo iba vestido como los mozos del Banco: levita azul con botones de plata, sombrero aplanado y galones de sargento en las mangas, y que llevaba debajo del brazo una cartera de cuero casi tan grande como él, cuya llave pendiente de una larga cadenilla sonaba á cada paso, como el saco de dinero que en la otra mano llevaba.

Así, pues, entrevió mi amigo al hombrezuelo azul al pasar rápidamente por un rayo de luna; porque parecía muy presuroso y diligente, pasaba las calles de un salto, corría de una á otra chimenea deslizándose prodigiosamente por los caballetes de los tejados. Tiene tan numerosa clientela ese condenado hombrezuelo!... Hay en París tantos comerciantes y no comerciantes que tienen encima la inminencia de un pagaré ó de una letra de cambio aceptada á plazo fijo, á término fatal!... Á todos estos acreedores daba de paso el hombrezuelo su voz de alarma; dábalo por encima de las fábricas, á tales horas apagadas y mudas; por encima de los grandes palacios de la hacienda, dormidos en el silencio de sus jardines, por encima de las casas de cinco y seis pisos, de esos tejados desiguales, inconexos, amontonados en el fondo de los barrios pobres:

—¡El vencimiento! ¡El vencimiento!

De un extremo á otro de la ciudad, en esa atmósfera de cristal que forman en las alturas el excesivo frío y la claridad de la luna, la vocecita estridente resonaba implacable. Por todas partes turbaba el sueño á su paso, despertaba la inquietud, fatigaba el pensamiento y los ojos, y en todas las casas hacía correr de arriba abajo un vago espeluzno de insomnio y malestar.

Pensad lo que queráis de esta leyenda; pero en todo caso, lo que yo puedo asegurar, corroborando la narración de mi amigo el poeta, es que una noche de fines de enero, el antiguo cajero de la casa Fromont y Risler, hubo de despertarse también sobresaltado, en su casita de Montrouge, por la misma voz aguda y penetrante, por el mismo rechinamiento de cadenilla y por el mismo grito fatal:

—¡El vencimiento!

—¡Es verdad!—exclamó el honrado Sigismundo

incorporándose súbito en el lecho.—Pasado mañana vence y... ¡tengo valor de dormir!

Tratábase, en efecto, de una cantidad importante: cien mil francos á pagar en dos letras; y por la primera vez en treinta años, la caja de la casa estaba absolutamente exhausta.

¿Qué se iba á hacer? Muchas veces había intentado el cajero hablar de esto á Fromont; pero este socio rehuía al parecer la grave responsabilidad de los negocios, y atravesaba el despacho siempre de prisa y febril, sin querer ver ni oir nada á su alrededor. Á las preguntas del intranquilo cajero, sólo contestaba mordiéndose el bigote:

—Bien, bien, Planus... no se inquiete usted... no tenga usted cuidado... yo proveeré.

Y diciendo esto, no sino parecía que estaba á muchas leguas de allí, esto es, muy lejos de pensar en lo que se le decía.

Corría el rum rum en la fábrica, donde no era ya un secreto para nadie lo de sus relaciones con Sidonia, que esta sirena lo engañaba, lo hacía muy infeliz. Y efectivamente, las locuras de la Risler le preocupaban muy más que los temores de su cajero.

En cuanto á Risler, el otro socio, no se le veía nunca, como quiera que estaba siempre en el desván observando la misteriosa é interminable fabricación de su invento.

Esta indiferencia de los principales para los negocios de la fábrica, esta falta absoluta de vigilancia, había traído poco á poco la desorganización de todo el establecimiento. Operarios y empleados estaban á sus anchas, iban tarde al trabajo y se deslizaban temprano, sin cuidarse de la campana, que parecía tocar ahora alarma ó desbandada, después de haber arreglado el trabajo tanto tiempo. Todavía se hacían negocios, porque una casa lanzada al movimiento, mar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cha sola algunos años por la fuerza del primer impulso; pero ¡qué desorden, qué desbarajuste bajo esta aparente prosperidad!

Mejor que nadie lo sabía Sigismundo, y por eso el aviso del hombrecillo azul había ahuyentado tan súbitamente su sueño. Como para ver más claro en aquella confusión de ideas tristes que se agitaban, bullían y rebullían ante él, encendió una bujía, y sentado en su lecho, se puso á planear el buen Planus. Ciertamente acreditaba la casa algo más, como quiera que había que cobrar de los clientes algunas facturas atrasadas, un saldo de cuentas con los Prochasson y otros créditos; pero ¿qué humillación no sería para él ir á reclamar estos pagos? Esto no se hace en el alto comercio, que siempre tiene sobra de dinero, ó debe aparentarlo si no está tan sobrado, sino en las casas de poco más ó menos, donde se vive al día.

Con todo eso, más valía este medio que un pretexto... ¡Oh! la idea de que el cobrador llegaría á su rejilla, confiado y tranquilo, que sin ningún recelo pondría en el tablero sus créditos y que él, Sigismundo Planus, se vería obligado á decirle que no había dinero para el pago, le hacía ruborizarse como una casta doncella y temblar como una tímida paloma.

No, no, esto no era posible: todas las humillaciones eran aceptables más aína que esta mengua.

—No hay sino lo dicho—decía el cajeró suspirando. —Saldré mañana á girar una visita á todos los acreedores y...

Mientras Sigismundo discurría así, sin poder pegar los ojos en toda la noche en su inquietud y zozobra, el hombrezuelo azul continuaba su ronda, y fué á sacudir su saco de escudos y su cadenilla por encima de un caserón del bulevar Beaumarchais, donde el ilustre Delobelle había ido á vivir con su mujer, á la muerte de Desiderata, y allí gritó también:

—¡El vencimiento!

¡Ah! La pobre cojita no se había engañado en sus predicciones. Muerta ella, su fatigada madre no había podido continuar por mucho tiempo la industria de moscas y pájaros para modas. Tenía los ojos turbios y la vista perdida de llorar, y sus cansadas y temblorosas manos no acertaban á montar mañosamente la obra, dando á los animalicos muertos la vida del arte y del buen gusto. Había sido, pues, preciso abandonar aquella tan curiosa y pulida obra y tomar otra menos delicada, más manejable, cual era la labor de aguja; y en esta otra tarea, desde zurcir encajes y bordados hasta coser ropa lisa, iba poco á poco descendiendo hasta el nivel de una obrera.

Pero su ganancia, cada vez más flaca y reducida, apenas subvenía á las primeras necesidades de la casa, y el grande hombre á quien obligaba á continuos gastos su arrastrada profesión de comediante *in partibus*, hubo de contraer deudas necesaria y fatalmente. Debía al sastre, al zapatero, á la camisera; pero lo que más lo mortificaba en su decoro, si había de seguir viviendo, exteriormente á lo menos, en són de hombre de cuenta, era la deuda de los almuerzos fiados en el bulevar allá en tiempo de su malhadada dirección.

Montaba la cuenta nada menos que á doscientos cincuenta francos, pagaderos á fin de enero, y esta vez sin esperanza de próroga, por lo cual el grito del hombre azul lo estremeció de piés á cabeza.

¡No más que un día de respiro! ¡Sólo un día para buscar doscientos cincuenta francos! Si no los encontraba, sería vendido todo lo de casa, aquellos pobres muebles, los mismos siempre desde que se casaron, insuficientes, incómodos, pero queridos por los recuerdos que despiertan hasta en sus deterioros; vendida aquella larga mesa de los pájaros y moscas para modas, á cuyo extremo había cenado espacio de veinte

años; vendida la butaca de la cojita Zizí, que no se podía mirar con ojos enjutos, pues parecía que había conservado algo de la malograda hija, de su gesto, de su actitud, del abatimiento, de la postración de sus largos días de trabajo y melancolía. Á la desconsolada madre le costaría la vida á buen seguro la desaparición de tan caros recuerdos.

Pensando en esto, el desdichado cómico, cuyo craso egoísmo no siempre lo resguardaba de la comezón del remordimiento, se volvía y revolvía en la cama, daba hondos suspiros, y sin cesar tenía á la vista el pálido semblante de Desiderata, con aquellos ojos suplicantes y amorosos que convertía á él ansiosamente en el trance de la muerte, cuando lo exhortaba á renunciar á... ¿Á qué quería que renunciara su padre? Había muerto sin podérselo decir; pero Delobelle había comprendido algo, y desde entonces había entrado en su despiadado espíritu una turbación, una duda que se confundía cruelmente aquella noche con sus inquietudes por falta de dinero...

—¡El vencimiento! ¡El vencimiento!

Esta vez fué en la chimenea de Mr. Chebe donde el importuno hombre azul dió de paso su siniestro grito.

Hay que decir previamente que Mr. Chebe, se había lanzado al fin á empresas considerables, á un *comercio de pié*, como él decía, comercio vago, sobremanera vago, que le consumía mucho dinero. Repetidas veces ya, Risler y Sidonia habían tenido que pagar las deudas de su padre, á condición, empero, de no comerciar más de pié ni sentado; pero estas perpetuas zambullidas eran necesarias para su existencia: en ellas se empapaba de nuevo valor y más ardiente actividad. Cuando no tenía dinero, daba su firma, suplemento de que hacía un abuso deplorable, contando siempre con los beneficios; sino que hacía el diablo que no tocara nunca los tales beneficios, mientras los pagarés

firmados, después de circular meses enteros por la plaza, volvían á la casa sin pérdida ni extravío, y pintorreados de geroglíficos recogidos en el camino.

Precisamente su vencimiento de enero era asaz pesado, y oyendo pasar al hombrezuelo azul, recordó de repente que no tenía un céntimo para pagar. ¡Oh furor! Iba á ser preciso humillarse otra vez más á Risler, correr el peligro de una negativa y confesar, *ipso facto*, que había faltado á su palabra. La angustia del comerciante *de pié*, pensando en esto, se aumentaba con el silencio de la noche, en que el pensamiento no tiene nada para distraerse, y con la posición horizontal que, dando inmovilidad completa á todo el cuerpo, entrega sin defensa el espíritu á sus preocupaciones y terrores. Á cada instante encendía su lamparilla Mr. Chebe, tomaba su diario y se esforzaba inútilmente en leer, mal que pesara á su esposa, que se volvía refunfuñando hacia la pared para no ver de frente la luz.

Y entre tanto, el infernal hombre azul, pagado de su malicia y burlería, se iba muy bonitamente á otra parte á repetir la misma función.

Vedlo en la calle de *Vieilles-Haudriettes*, en lo alto de una gran fábrica, donde están cerradas todas las ventanas, salvo una en el piso principal.

Aunque á deshora, no estaba acostado aún Jorge Fromont. Sentado á la chimenea, con la cabeza entre las manos, en esa concentración ciega y muda de las desgracias irreparables, estaba pensando en Sidonia, en aquella diabólica mujer que á la sazón dormía á pierna suelta en el segundo de la misma casa.

Positivamente aquella sirena lo volvía loco; lo engañaba á buen seguro, entendiéndose con el tenor tolosano, con aquel Cazabón ó Cazaboni del diablo que la filarmónica y sensible mistress Dobson había en mal hora presentado. Tiempo hacía que le rogaba que no

recibiera á tal hombre; pero Sidonia se hacía la sorda, y como no hay peor sordo que el que no quiere oir, aquella misma mañana, tratándose de un gran baile que iba á dar, había dicho, hablando en plata, que por nada ni por nadie dejaría de convidar al dichoso cantor.

—¡Con que es tu amante!—hubo de decirle Jorge, alzando en cólera la voz y mirándola fijamente.

Sidonia no dijo que sí ni que no, ni siquiera desvió la vista; pero con su mala sonrisita y su peor frialdad, bien le dió á entender que no reconocía en nadie el derecho de juzgar sus actos, que era libre y no toleraba más tiranía que la de su marido; y con las cortinillas corridas habían pasado una hora así en el carruaje disputando, injuriándose, casi arañándose.

¡Y pensar que á una mujer de este temple había sacrificado su hacienda, su reposo, su honor, hasta el amor de aquella virtuosa Clara, dormida con su hija en el aposento inmediato, esto es, toda su felicidad!... Ahora venía á confesarle Sidonia que no lo amaba ya, que amaba á otro; y él, flaco y cobarde, la amaba á ella aún. ¿Qué filtro le había dado á beber?

Sublevado por la indignación que hervía en su pecho, se arrancó de su asiento el infeliz amante, se puso á pasear febrilmente por la estancia y su paso resonaba en el silencio de la casa como un insomnio vivo.

La otra dormía allá arriba por el privilegio de su natural inconsciente, frío é impasible. Acaso pensaba en su Cazabón ó Cazaboni.

Cuando esta idea le caía en mientes, sentíase Jorge tentado á subir arriba, despertar á Risler, decírselo todo y perderse con ella. Era también demasiado estúpido aquel marido burlado. ¿Cómo no la vigilaba más? Era asaz linda y sobre todo demasiado viciosa la mala hembra para dejarla así á sus anchas y no tenerla á raya.

Y estando que estaba en esta lucha á vueltas con sus preocupaciones tan crueles como estériles, la voz chillona del hombrezuelo azul vino á resonar de súbito entre las ráfagas de viento, diciendo en són de aviso:

—¡El vencimiento! El vencimiento!

¡Desgraciado Jorge! Ni siquiera había pensado en semejante cosa, preocupado de sus amores y celos. Y, sin embargo, hacía mucho tiempo que veía venir aquel plazo fatal. ¡Cuántas veces, entre dos citas, cuando su pensamiento libre un instante de malas tentaciones, volvía á los negocios, á la realidad de la vida, cuántas veces se había dicho:

—El día del vencimiento será el del juicio final.

Pero como á todos los que viven en el delirio de la embriaguez, su misma flaqueza y cobardía le hacían creer que era ya demasiado tarde para poner remedio al mal, y con esto más y más se empeñaba en su mal camino, no ya precisamente por gozar, sino por aturdirse y olvidar.

Á estas horas no había ya medio de aturdirse. Jorge veía claramente su desastre hasta lo hondo; y la cara seria y adusta de Sigismundo Planus se alzaba ante él con aquellas facciones de hierro repujado y aquellos ojos claros de suizo-alemán, que lo perseguían, hacía algún tiempo, con su impasible mirada.

Pues bien, no, no tenía aquellos cien mil francos, ni menos sabía de dónde diablos sacarlos. Diez meses hacía que, para subvenir á los ruinosos caprichos de aquella mujer funesta, venía jugando y perdiendo sumas cuantiosas; sobre esto la quiebra de un banquero, un inventario lastimoso... No le quedaba ya más que la fábrica, pero ¡ira de Dios! en qué estado!...

¿Qué hacer ahora?

Lo que algunas horas antes le parecía un caos, en que no veía nada distintamente, y cuya confusión era aún para él una esperanza, se le presentaba ahora con

una claridad espantable: la caja vacía, las puertas cerradas, los protestos, la quiebra, la ruina universal. Esto era lo que veía por doquier que se volviera. Y como á todo esto se añadía la perfidia de Sidonia, el infeliz, no sabiendo á qué agarrarse en este gran naufragio, hubo de lanzar un grito de angustia como una apelación á alguna Providencia.

—¡Jorge! Jorge! ¿Qué tienes? Soy yo.

Su esposa, su mujer legítima estaba delante de él, aquella abandonada mujer que pasaba las noches en claro esperando su vuelta del círculo, porque todavía continuaba en la creencia de que su marido sólo perdía el tiempo allí. Al verlo cambiar y entristecerse de día en día, supuso Clara que debía de tener algún apuro de dinero, á consecuencia sin duda de pérdidas en el juego. Ya le habían avisado que jugaba mucho, y, á pesar de la indiferencia con que la trataba, inquietábase ella por él, hubiera querido merecer sus confidencias, que le diera á lo menos ocasión para mostrarse con él generosa y tierna. Aquella noche, había notado que se paseaba á deshora por su cuarto, y como la niña tosía mucho y reclamaba solicitud continua, la había compartido entre la hija y el padre. Con esto, se había quedado allí, pero prestando atento oído á todo en una de esas velas dolorosas en que las mujeres reunen todo su valor para soportar la pesada carga de su múltiple deber. Por fin se durmió la niña, y oyendo al padre llorar, acudió á él la amante y solícita esposa.

¡Oh! Cuando Jorge la vió tan conmovida, tan tierna y hermosa, ¡qué inmenso, aunque tardío arrepentimiento, lo afligió! Sí, era ella, la compañera, la verdadera amiga. ¿Cómo había podido abandonarla? Largo tiempo estuvo llorando en su seno sin poder hablar, y fué bueno que no hablara, porque en aquel momento se lo hubiera dicho todo. El infeliz tenía necesidad de expansión, un deseo irresistible de acusarse, de pedir

perdón, de aligerar el peso enorme de aquel remordimiento que le oprimía el corazón.

Clara le ahorró el trabajo de pronunciar una palabra.

—Has jugado ¿no es verdad? Y perdido mucho ¿eh?

Jorge le dió á entender que sí; y luégo cuando pudo hablar, le confesó que necesitaba dentro de dos días cien mil francos y no sabía de dónde sacarlos.

Clara no le hizo la más ligera reconvención: era de las que enfrente de la desgracia, no piensan más que en repararla. Hasta en lo hondo de su corazón bendecía un desastre que lo acercaba á ella y venía á ser un lazo entre las dos existencias, tan separadas de mucho tiempo atrás. Reflexionó un momento y luégo con el esfuerzo de una decisión costosa, dijo bondadosamente:

—Nada se ha perdido: yo iré mañana á Savigny á pedir al abuelo esa cantidad.

Jamás se hubiera él atrevido á hablarle de esto; ni aun se le hubiera ocurrido semejante idea. ¡Era Clara tan digna y tan mezquino el viejo Gardinois!... Ciertamente era un gran sacrificio el que ella hacía, y súbitamente fué invadido de ese calor del corazón, de esa alegría que sucede al peligro pasado. Clara le aparecía como un sér sobrenatural que tenía el dón de la bondad y del consuelo, así como la otra la insensatez y la crueldad. De muy buena gana se hubiera hincado de rodillas á sus piés para adorar aquel hermoso rostro, rodeado de un nimbo de brillantes cabellos y cuya regularidad un tanto severa se fundía en una admirable expresión de ternura.

—¡Oh! Clara! Clara mía! ¡Cuán bondadosa eres!

Sin contestarle, Clara atrajo á su marido hacia la cuna de la dormida niña.

—Bésala—le dijo en voz tácita.

Y como temiera Jorge despertar á la pequeñuela, no del todo sosegada á consecuencia de las sacudidas de su mal, besó y abrazó con efusión á su esposa.

He aquí, en verdad, el primer efecto de esta clase que hubiera producido nunca en una casa la aparición del hombrezuelo azul. Regularmente, por donde quiera que pasa el importuno y detestable gnomo desune las manos y los corazones, desvía el espíritu de sus afecciones más caras agitándolo con mil inquietudes y temores despertados al són de su siniestro y pavoroso grito por encima de los tejados:

«¡El vencimiento! ¡El vencimiento!»





II

Revelaciones

¡Hola, Sigismundo! ¿Cómo va, señor Planus?... ¿Y los negocios? ¿Cómo anda la casa?

El viejo cajero sonreía con expresión alegre, digámoslo así, estrechando la mano del principal, de su mujer, de su hermano, y hablando hablando miraba con cierta curiosidad alrededor.

Estaba en una fábrica de papeles pintados en el arrabal de San Antonio, dirigida por los Prochasson, cuya concurrencia había llegado á hacerse temible. Estos antiguos dependientes de la casa Fromont, establecidos por su cuenta, habían comenzado muy modestamente, habiendo llegado poco á poco á crearse una posición respetable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN VERITAS UANL DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

El antiguo Fromont los había sostenido mucho tiempo con su crédito y aun con su dinero; lo cual había engendrado muy amistosas relaciones entre las dos casas y un saldo de cuenta de diez á quince mil francos, que no se habían hecho efectivos antes porque se sabía que el dinero en manos de los Prochasson estaba en muy buenas manos.

El aspecto de la fábrica inspiraba en efecto confianza. Las chimeneas sacudían orgullosamente sus penachos: por el sordo rumor del trabajo se conocía que estaban llenos los talleres; todo parecía en movimiento ordenado, disciplinado, alegre; y por detrás de la rejilla de la caja, la mujer de uno de los hermanos, vestida y peinada sin cosa de perifollos, aunque joven aún, estaba sentada al pupitre y á vueltas con longuísimas columnas de números.

El viejo Sigismundo reflexionaba amargamente en la diferencia que existía entre la casa Fromont tan opulenta, cuando Dios quería, y la prosperidad creciente siempre de la instalación que tenía á la vista. Su escrutadora mirada llegaba á todos los rincones buscando un defecto, algo que criticar; y aquello de no encontrar nada le oprimía el corazón y daba á su sonrisa cierta expresión de violencia ó falsedad.

Pero lo que más lo embarazaba era el modo de entrarles, la manera de reclamar el saldo pendiente sin dejar ver la penuria de su caja. Y con esta idea, el bueno del hombre aparentaba cierto desprendimiento ó desinterés digno en verdad de compasión. Los negocios de su casa iban bien... muy bien; pasaba por allí casualmente y le había dado la idea de entrar, cosa naturalísima, á ver á sus antiguos amigos.

Pero estos preámbulos, estos circunloquios no lo llevaban á donde él quería; antes bien lo alejaban de su objeto; y creyendo notar cierta extrañeza en los ojos de los que lo escuchaban, acabó de extraviarse,

bostezó, y en último recurso, tomando su sombrero, hizo como que se iba.

Ya en la puerta, tuvo como un recuerdo súbito.

—¡Ah! —exclamó desandando lo andado. —Puesto que estoy aquí ya...

Y guiñó un ojo con expresión que él creyó maligna y no era sino dolorosa.

— Ya que estoy aquí... liquidaremos nuestra antigua cuenta... si no hay inconveniente.

Los dos hermanos y la mujer sentada en el despacho se miraron un momento sin comprender.

—¿Qué cuenta?

Ahora todos tres se echaron á reir al mismo tiempo y de muy buena gana, como de una broma pesada de Sigismundo.

— Pero, señor Planus...

Y el viejo cajero se echó á reir también, pero sin maldita la gana, sólo por hacer lo que ellos.

Hubo al fin una explicación. Seis meses antes había ido el mismo Jorge Fromont á liquidar la cuenta y se llevó el saldo en dinero contante y sonante.

Á Sigismundo le flaquearon las rodillas. Tuvo, sin embargo, el suficiente valor para contestar:

— ¡Pardiez! Es verdad... lo había olvidado completamente... ¡Ah! Sigismundo Planus se hace ya viejo. Ya voy para abajo, hijos míos... ya voy para abajo.

Y el pobre hombre se retiró enjugándose los ojos, en cuyas pestañas titilaban aún gruesas lágrimas, arrancadas por las risotadas anteriores.

Luégo que hubo salido, los jóvenes Prochasson se miraron, moviendo la cabeza en señal de haber comprendido.

El aturdimiento del golpe recibido fué tan grande, que el viejo cajero tuvo que sentarse en el primer banco que encontró en la calle.

He aquí por qué no tomaba ya Jorge dinero de caja:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

él mismo hacía los cobros, pues lo que había hecho en casa de los Prochasson debía de haber hecho en todas partes. Era pues ocioso exponerse á nuevas humillaciones...

Sí, pero el vencimiento... ¡el vencimiento!...

Á esta idea recobró su aliento, se enjugó el sudor de la frente y se puso otra vez en camino para tentar otro recurso en casa de un cliente del arrabal. Sólo que esta vez tomó sus precauciones y desde el umbral gritó al cajero:

— Buenos días, señor Fulano... Un dato, por favor.

Sigismundo tenía la puerta entornada y la mano crispada en el botón del picaporte.

—¿En qué época arreglamos nuestra última factura? Se me olvidó hacer el asiento y...

¡Oh! Hacía ya mucho tiempo que la factura estaba pagada. El recibo de Fromont tenía la fecha de setiembre; es decir, hacía cinco meses.

La puerta se cerró á golpe y con viveza.

Y van dos... y llevo cero.

No cabía dudar: en todas partes habría hecho lo mismo aquel hombre dejado de la mano de Dios.

— ¡Ah! señor Jorge!... ¡Señor Jorge!— murmuraba el pobre Sigismundo.

Y mientras continuaba su expedición con el cuerpo encorvado y las piernas vacilantes, el carruaje de madama Fromont pasó rozándose con él hacia la estación de Orleans; pero Clara no vió al viejo Planus, como no había visto tampoco, al salir de su casa, á Mr. Chebe ni al ilustre Delobelle, dos mártires también del vencimiento, torcer cada cual por su lado la esquina de la calle de *Vieilles-Haudriettes*, llevando por objetivo la fábrica y el portamonedas de Risler. Iba demasiado preocupada Clara con la gestión que iba á hacer para mirar á los transeuntes.

Y tenía razón que le sobraba. ¡Ir á pedir cien mil

francos á Mr. Gardinois, que se jactaba de no haber pedido prestado un céntimo en su vida, que refería con frecuencia y sin rubor que habiendo tenido necesidad de pedir á su padre cuarenta francos para comprarse unos calzones, le devolvió esta cantidad por pequeñas partidas..! Para con todo el mundo, sin exceptuar á sus hijos, el viejo Gardinois seguía sus tradiciones de rapacidad, que la tierra dura y las más de las veces ingrata para los que la cultivan, parece inculcar á los campesinos. El viejo avaro no quería que en vida suya pasara á su familia la más mínima parte de su pingüe hacienda.

— Ya lo encontrarán todo á mi muerte — solía decir.

Partiendo de este principio, había casado á su hija, madama Fromont, madre, sin darle la menor dote, y más tarde no perdonó á su yerno haber hecho fortuna sin ninguna ayuda por su parte; porque era una de las malas condiciones de aquel carácter tan vanidoso como interesado, querer que todos tuvieran necesidad de él y se inclinaran ante su dinero.

Cuando los Fromont se regocijaban en su presencia celebrando el buen giro que iban tomando los negocios, se sonreía irónicamente y decía con un tono que estremecía:

— Eso se verá al fin.

Á veces también, cuando el parque, las avenidas, las azules pizarras del palacio, los rojizos ladrillos de las caballerizas y los estanques resplandecían bañados por la dorada luz del sol poniente, aquel extraño advenedizo, después de una mirada circular, decía de noche á sus hijos en Savigny:

— Lo que me consuela de morir un día es que nadie en mi familia será bastante rico para conservar un palacio, que cuesta cincuenta mil francos anuales de conservación.

Sin embargo, con ese cariño de retoño que aun los

abuelos más secos hallan en el fondo de su corazón, el viejo Gardinois hubiera mimado de buena voluntad á su nieta. Pero Clara había sentido desde niña invencible antipatía á su abuelo por la dureza de su corazón y el glorioso egoismo, digámoslo así, del antiguo campesino: después, cuando el afecto no pone lazos entre los que se repelen por diferencias de educación, sube de punto la antipatía por mil respetos. Con ocasión del casamiento de Clara con Jorge, el abuelo dijo á su hija, madre de la Clara:

—Si tu hija quiere, tendrá de mí un regalo de princesa; pero me lo ha de pedir ella misma.

Y Clara no tuvo nada de él, porque nada le pidió.

¡Qué suplicio para ella tener que ir, tres años después, á implorar de su generosidad antes desdeñada cien mil francos! ¡Qué mortificación haber de oir su sermoneo sazonado de chanzonetas berrinas, de palabrotas de terruño, de dichos exactos en general, hallados por ingenios mezquinos, pero lógicos, y que ofenden en su lenguaje trivial como la injuria de un inferior!...

¡Pobre Clara! Su marido y su padre iban á ser humillados en ella misma, como quiera que sería preciso confesar el poco acierto del uno en la gestión de un negocio que el otro había fundado y de que estaba tan orgulloso en vida. Esta idea de que iba á defender lo que más amaba en el mundo hacía su fuerza, pero también su flaqueza.

Eran las once de la mañana cuando llegó á Savigny. Como no había avisado á nadie su visita, no la esperaba en la estación el carruaje de la quinta y tuvo que ir á pié hasta ella.

El frío era bastante vivo y el camino estaba seco y duro. El cierzo soplaba libremente en la árida llanura y en el río, donde silbaba al través de las ramas de los desnudos árboles. Bajo el oscuro manto de un cielo nebuloso, aparecía la quinta desarrollando su larga línea de muretes y setos que la separaban de los campos: las pizarras de sus cubiertas estaban tan sombrías como el cielo que reflejaban; y toda aquella magnífica residencia de verano, transformada por el invierno, áspera, muda, sin una hoja en sus árboles, ni una paloma en sus aleros, parecía que no conservaba ya vivo más que el estremecimiento de sus estanques y el balanceo de sus altos álamos.

Desde lejos miraba Clara la casa de su juventud con profunda tristeza; pareciale que Savigny la recibía con semblante frío, aristocrático, ni más ni menos que á los extraños pasajeros que se detenían un momento en sus verjas.

¡Oh semblante cruel de las cosas!

Y sin embargo, no, no tan cruel; porque con su aspecto de casa cerrada, parecía como que le decía Savigny:

—¡Vete! ¡No entres aquí!

Y si Clara hubiera querido oirlo, renunciando á su proyecto de hablar al abuelo, muy luégo hubiera vuelto á París á guardar el reposo de su vida. Pero la pobre niña no comprendió, y ya el fiero terranova que la había reconocido, llegaba saltando de alegría entre las hojas secas y resoplaba á la puerta de entrada.

—Buenos días, Francisca—dijo Clara, saludando á la jardinera que vino á abrirle, humilde, falsa, tímida como todos los criados de la casa, cuando se sentían bajo el ojo del amo.—¿Y el abuelo?—le preguntó luégo.

El buen señor (mejor nos lo dejare Dios) estaba en su despacho, pabellón independiente del cuerpo del edificio, en el cual pabellón pasaba los días papeleando en carpetas, cajas y libracos verdes con ese afán oficinesco que provenía de su ignorancia primitiva y de la impresión fantástica que en otro tiempo le hiciera el despacho del notario de su pueblo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En aquel momento estaba encerrado allí con su guarda, especie de espía de campo, delator asalariado que lo tenía al corriente de todo lo que se hacía y decía en el país.

Era el favorito del régulo rural, llamábase *Fouinat* y hacía bien en llamarse así, pues tenía la cabeza aplastada, astuta y sanguinaria de la alimaña de su nombre, llamada fuina ó garduña.

Al ver entrar á su nieta, pálida y temblorosa entre sus pieles, luégo al punto comprendió el abuelo que pasaba algo extraordinario ó grave, y con esto hizo una seña á Fouinat, el cual dándose por entendido, desapareció por la entornada puerta, como si se hubiera metido en la misma pared.

—¿ Qué tienes, muchacha ?— le preguntó el abuelo, sentado á su bufete.—Estás *perlutada*.

Perlutada (perluttée) en el dialecto berrino, significa turbada, enloquecida, demudada, y en este sentido podía aplicarse muy bien á Clara. Su caminata al aire libre de la llanura y el esfuerzo de ánimo que había hecho para dar aquel paso, daban á su semblante una expresión que no era la suya ordinaria. Sin que el abuelo le hubiera abierto los brazos, Clara lo rodeó con los suyos y se sentó á la chimenea, donde ardían, dando estallidos, leños y piñas entre musgo seco.

Ni siquiera se entretuvo en sacudir las gotas de lluvia que se habían helado en su velo, y habló encontinente, fiel á su resolución de decir desde luégo el motivo de su visita, antes de respirar la atmósfera de respeto y temor que rodeaba al abuelo, haciendo de él una especie de dios espantable.

Valor necesitaba para no turbarse, para no cortarse ante aquellos ojos claros y penetrantes que la miraban fijamente, animados desde las primeras palabras por una fruición maligna, y ante aquella feroz boca cuyas comisuras parecían cerradas por el mutismo voluntario, por la obstinación, por las negaciones, en fin, de toda sensibilidad.

Clara fué de un tirón hasta el fin, respetuosa sin humildad, disimulando su emoción y manteniendo entera su voz á fuerza de verdad en su narración.

Viéndolos así frente á frente, el uno frío, tranquilo, repantigado en su poltrona, con las manos en los bolsillos de su chaleco de muletón gris, la otra cuidadosa de las palabras que decía, como si álguien tuviera la potestad de condenarla ó absolverla, no se hubiera creído que era una niña en presencia de su abuelo, sino una infeliz reo ante su juez.

El pensamiento del menguado viejo se cernía orgulloso y satisfecho sobre la vanagloria de su triunfo. ¡Por fin, por fin, están vencidos esos altaneros Fromont! Todavía necesitaban al viejo Gardinois. La vanidad, que era su pasión dominante, se derramaba afuera, fluía por su hinchada persona, como el sudor, como la transpiración, por todos los poros de su cuerpo, y á esta pasión correspondía su actitud.

Cuando Clara hubo acabado, tomó la palabra él á su vez y comenzó á este tenor:

—Seguro estaba yo de ello... Ya lo había dicho yo... Sabía yo muy bien que eso vendría á parar á esto...

Y en el mismo tono vulgar, grosero y aun ofensivo, continuó sermoneando, para venir á esta conclusión:

—En virtud de mis principios, bien conocidos de la familia, no puedo prestar á nadie un céntimo.

Clara entonces habló de su hija, del apellido de su esposo, que era también el de su padre, y cuyo honor pondría en lenguas la inminente quiebra.

El viejo permaneció frío, implacable y se aprovechó de su humillación para humillarla más aún, pues era de esa raza de rústicos que, cuando el enemigo cae, no lo dejan sin marcarle en el rostro las herraduras de sus zapatos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Lo mas que puedo decirte, niña, es que Savigny está abierto para vosotros. Veníos, pues, acá. Precisamente necesito ahora un secretario y tu marido podría desempeñar este cargo con mil doscientos francos anuales, ó sean cien francos al mes y la pitanza para todos. Ofrécele esto en mi nombre y...

Clara se levantó indignada. Había ido como una hija y la recibía él como una mendiga. Á Dios gracias, todavía no estaba en este caso.

—¡Hola!—exclamó el viejo Gardinois guiñando un ojo ferozmente.

Clara se dirigió á la puerta sin decir una palabra.

El viejo la detuvo con un gestò.

—Cuenta, niña, cuenta que no sabes lo que rehusas. En interés tuyo, óyelo bien, en interés exclusivamente tuyo, te he propuesto que venga acá tu marido... Tú, infeliz, no sabes la vida que lleva por allá: lo ignoras, á buen seguro; donde no, te hubieras ahorrado esta molestia, no hubieras venido por mi dinero para que vaya á parar adonde el tuyo... ¡Ah! estoy en autos de todo y sè por què pasos ha venido á este extremo tu marido. Para eso tengo yo mi policía en París y en Asnières, lo mismo que en Savigny. Sè en qué invierte los días y las noches, y no, no quiero que mis escudos vayan á donde él va; porque no son lugares muy limpios para el dinero ganado honradamente.

Clara abría tamaños ojos, agrandados por el asombro y la angustia, sintiendo que en aquel momento entraba un drama pavoroso en su vida por la puerta excusada de las delaciones.

El viejo continuó diciendo, y ahora con infernal sarcasmo:

—Ciertamente: lo que es ella tiene buenos dientes.

—¿Ella?

—Sí, ella... Sidonia.

—¡Sidonia!

—Acaso no debiera haberte dicho su nombre... pero, en fin, ya lo he dicho: al cabo habías de saberlo, sino hoy, mañana ó el otro. Pero vosotras las mujeres sois tan vanidosas y necias, que la idea de que se os puede engañar es siempre la última que os pasa por la cabeza. En buen hora: ya lo sabes... Sidonia es quien se lo ha engullido todo, con el consentimiento de su marido, por más señas.

Y ya en tal camino, refirió sin piedad á la mal herida esposa, como si quisiera rematarla, de dónde provenía el dinero de la casa de Asnières, de los caballos, de los coches y hasta cómo estaba amueblado el oculto nido de sus amoríos en la avenida Gabriel, sin olvidar detalle por mínimo que fuera. Bien se conocía que, habiendo tenido nueva ocasión de ejercer su espionaje, se había despachado á su gusto. Acaso también había en el fondo de todo esto una rabia sorda contra la misma Sidonia, el despecho de un amor senil, íntimo, oculto, no comunicado.

Clara lo escuchaba en silencio y hasta con cierta sonrisa de incredulidad. Y esta sonrisa todavía excitaba al viejo, espoleando su excomulgada malicia.

—¡Cómo! ¿No me crees? ¿Quieres pruebas? Pues te las daré.

Y se las daba numerosas, la abrumaba con ellas, le acribillaba el corazón á puñaladas.

En efecto, no tenía más que ir á la tienda de Darches, el joyero de la calle de la Paz. Quince días atrás había comprado allí Jorge un collar de diamantes por treinta mil francos. ¡Treinta mil francos de diamantes en vísperas de declararse en quiebra!

Hubiera podido seguir hablando todo el santo día sin que Clara lo hubiera interrumpido. Conocía que al menor esfuerzo hubieran venido afuera las lágrimas de que rebosaban sus ojos, y quería al contrario sonreir la valiente mujer, sonreir hasta el fin. Sólo á bre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ves intervalos miraba hacia el camino: tenía prisa de irse, de escaparse, de huir de aquella voz maligna, punzante, cortante, impía, horrorosa...

Por fin calló el hablador: lo había dicho todo.

Clara se inclinó en despedida y se dirigió á la puerta.

—¿Te vas? ¡Qué prisa tienes!—exclamó el abuelo siguiéndola afuera.

En el fondo, estaba un poco avergonzado de su ferocidad.

—¿No quieres almorzar conmigo?

Clara, sin fuerzas para articular una palabra, contestó negativamente con la cabeza.

— Espera á lo menos que enganchen para llevarte á la estación.

No, siempre no.

Y continuó andando con el viejo detrás.

Erguida, muda, altiva, cruzó aquel patio lleno de recuerdos de su infancia sin volver atrás la cara.

—Adios, abuelo.

—Adios, pues, hija.

Y la puerta se cerró tras ella á golpe.

Ya á solas, la pobre Clara echó á andar de prisa, muy de prisa, casi á correr, pues no era aquello andar, sino huir. De repente, al llegar al extremo de la cerca, se encontró enfrente de aquella puerta verde festoneada de glicinas y madreselva, donde estaba el buzón de la quinta. Instintivamente se detuvo, herida por uno de esos súbitos fulgores del espíritu que se efectúan en nuestra memoria en las horas decisivas y ponen á nuestra vista exactamente los más insignificantes actos de nuestra vida, relativos á los males ó alegrías presentes. ¿Era el sol oblicuo y sonrosado que acababa de mostrarse repentinamente inundando la llanura aquella tarde de invierno, como en agosto á la hora del ocaso? ¿Era el silencio que la rodeaba, turbado sólo por los rumores de la naturaleza, armoniosos, casi iguales en todas las estaciones?

Sea como quiera, ello es lo cierto que se vió tal como era tres años antes en el mismo sitio, el día aquel en que había echado una carta para Sidonia invitándola á ir á pasar uua temporada en el campo con ella. Algo le advertía que toda su desventura databa de aquella fecha.

—¡Ah! ¡Si yo lo hubiera sabido!... ¡Si yo lo hubiera sabido!...

Y aún creía tener entre sus dedos el sobre satinado que iba á caer en la caja del buzón.

Entonces pensando en la niña ingenua, llena de esperanzas, dichosa, como era en aquel momento ido, se sintió poseída de indignación contra la injusticia humana, y con ser tan dulce ella de suyo, exclamó airada:

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Qué hecho yo para esto?

Luégo dijo de repente:

—No, no es verdad... Es imposible... Mienten todos.

Y andando andando hacia la estación, la infeliz procuraba convencerse y... no podía conseguirlo.

La verdad entrevista es como esos rayos de sol velados que fatigan más que los descubiertos. En la media luz que la rodeaba, la pobre mujer veía más claro de lo que hubiera querido. Ahora comprendía y se explicaba muy bien algunas particularidades de la vida de su esposo, sus inquietudes, su embarazo á veces, otras la abundancia de detalles que le daba al volver á casa sobre sus salidas y pasos y tardanzas, poniendo siempre por delante nombres propios como pruebas que nadie le pedía. Todas estas conjeturas daban para ella la evidencia de la falta. Sin embargo, aún se resistía á creerla y esperaba llegar á París para no dudar ya.

No había nadie en la estación, pequeña, aislada y

triste, donde raro es el viajero que se ve en invierno. Estando Clara sentada esperando el tren, miraba vagamente el triste jardín del jefe de estación, cuando sintió sobre su guante un soplo cálido y húmedo. Era su amigo Kiss, que la había seguido y le recordaba sus partidas de otro tiempo con mil halagos y caricias, terminando por tender su blanca piel á los piés de su ama en los ladrillos de la sala de espera. Estas humildes caricias que venían á buscarla como tímidas simpatías, la hicieron romper en sollozos largo tiempo reprimidos. Pero muy luégo tuvo vergüenza de su debilidad, y se levantó, despidió al perro indicándole la quinta y se enjugó los ojos rápidamente, porque el tren de París llegaba y tenía necesidad de todo su valor.

El primer cuidado de Clara al llegar á París fué ir á casa del joyero de la calle de la Paz, que al decir del abuelo, había vendido á Jorge los diamantes. Si esto era verdad, todo lo demás lo sería también; pues su miedo de saber la verdad era tan grande, que una vez allí, delante de aquel lujoso escaparate, se detuvo sin atreverse á entrar. Por disimular se puso á mirar atentamente las joyas dispersas en los terciopelos de los estuches; y viéndola tan elegante, aunque modesta, en aquella actitud, se hubiera podido tomar por una esposa feliz, más bien que por un alma afligida y turbada que iba á buscar allí el secreto de su vida.

Eran las tres de la tarde.

En invierno, á esta hora, la calle de la Paz tiene una fisonomía deslumbradora. Entre la mañana corta y la noche que viene tan pronto, la existencia es más rápida en aquellos lujosos barrios: es un continuo ir y venir de carruajes, un movimiento de ruedas no interrumpido, y en las aceras apresuramiento, encuentros, frotamiento de sedas. El invierno es la grande estación de París. Para ver bello, opulento, feliz á este París del

diablo hay que mirarlo bajo un cielo nebuloso, cargado de nieves. La naturaleza está, por decirlo así, ausente del cuadro: ni aire ni sol; apenas la luz bastante para que los colores más bajos, los menores reflejos tomen un valor admirable, desde el tono gris rojizo de los monumentos hasta las perlas de azabache que adornan los trajes de las mujeres. Los carteles de teatros y conciertos resplandecen como alumbrados por los esplendores de la escena. Los almacenes no se desocupan; parece que circula, bulle y rebulle la gente buscando pábulo, haciendo aprestos para una fiesta perpetua. Entonces, si hay un dolor en medio de este ruido y movimiento, parece allí todavía más triste y repulsivo.

Por espacio de cinco minutos padeció Clara un martirio peor que la muerte. Allá en el camino de Savigny, en la inmensidad de las desiertas llanuras se esparcía su dolor al aire libre; aquí la sofocaba. Las voces que sonaban á su lado, el rozamiento inconsciente de los paseantes, todo aumentaba su suplicio.

Por fin se decidió á entrar...

—¡Ah! sí, señora... exactamente... Mr. Fromont,... un collar de diamantes y rosas... Podríamos hacerle la pareja por... veinticinco mil francos.

Cinco mil menos que á él.

—Gracias... lo pensaré—dijo Clara.

Un espejo en que al pasar vió sus lívidas ojeras y su palidez de muerte, le dió miedo. Y se retiró apresuradamente, esforzándose para tenerse en pié.

No pensaba ya más que en huir de aquella calle, del gentío, de su ruido y movimiento; en hallarse sola, completamente sola, para poder llorar, para abismarse en la sima de pensamientos crueles que se agitaban en su alma.

—¡Oh! ¡infame!... ¡Y yo que todavía esta noche lo consolaba, lo estrechaba entre mis brazos!

Muy luégo, sin saber cómo, se encontró en el patio de la fábrica. ¿Qué camino había llevado? ¿Había ido á pié ó en carruaje? No se acordaba de nada: había obrado inconscientemente, como en un sueño. El sentimiento de la realidad la volvió fiera, cruel al llegar á las gradas de su casa.

Risler estaba allí disponiendo que subieran cestas de flores al segundo piso para el baile que daba su mujer aquella misma noche. Con su calma habitual dirigía la operación y aun ayudaba para que no se estropearan las dichosas flores.

Aquella atmósfera de placer y de fiesta de que iba huyendo la infeliz Clara, la perseguía hasta en su casa: era ya demasiada ironía. Sintióse indignada y pasó seria, severa, muda, sin devolver siquiera el saludo que le hizo Risler, respetuoso con ella, como siempre.

Desde aquel momento estaba hecha su resolución.

La cólera, una cólera de honradez y de justicia, iba á hacerle obrar.

Apenas entró, besó de paso las frescas mejillas de su hija y corrió al aposento de su madre.

—Pronto, mamá, pronto, vístase usted. Nos vamos, nos vamos de aquí.

La señora mayor se levantó lentamente de la butaca en que estaba muy ocupada limpiando la cadena de su reló con un alfiler que introducía en los eslabones con precauciones infinitas.

Clara reprimió un movimiento de impaciencia.

—Vamos, vamos pronto; prepare usted sus cosas.

Su voz temblaba, y hasta el aposento de la pobre maníaca hubo de parecerle mal tan reluciente con aquella limpieza que poco á poco había venido á ser una locura. Y es que se hallaba en uno de esos siniestros momentos en que una ilusión perdida hace que se pierdan todas, haciendo ver el fondo de la miseria

humana. Entre la madre, medio loca, el marido infiel y la hija demasiado pequeña, se le presentaba por la primera vez la conciencia de su aislamiento, pero esto no hacía sino robustecer su resolución.

En un momento, toda la gente de casa estaba ocupada en los preparativos de aquella partida tan imprevista y pronta. Clara les daba prisa á todos, vestía á su madre y á su hija, muy contenta con aquel trastorno.

Quería la esposa burlada partir antes de que volviera Jorge, para que al llegar encontrara la cuna vacía y la casa desierta. ¿Adónde iría? No lo sabía aún: tal vez á casa de una tía suya que vivía en Orleans; tal vez á Savigny... á cualquier parte. Partir, huir de aquella atmósfera de mentira y traición era lo que importaba ante todo.

Estaba ella misma ocupada en recoger sus efectos y llenar los cofres. ¡Cruel ocupación! Cada objeto que quitaba de su sitio removía en ella mundos de recuerdos. ¡Hay tanto de nosotros mismos en todo lo que nos sirve!... Á veces el perfume de un saquito, el dibujo de un encaje bastaba para hacerla llorar.

De pronto un paso lento y pesado resonó en el salón, cuya puerta estaba entreabierta: luégo tosió ligeramente álguien, como para anunciarse.

Clara creyó que era Risler, porque él solo tenía derecho para entrar hasta ella con esta familiaridad. La idea de encontrarse con aquella cara hipócrita, hubo de repugnarle tanto, que se precipitó á cerrar la puerta.

—No estoy visible para nadie.

La puerta, sin embargo, se resistió y apareció luégo en el entorno la cara cuadrada de Sigismundo.

—Soy yo, señora—dijo en voz baja.

—Y bien...

—Vengo por el dinero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MÉXICO

—¿Qué dinero?—preguntó Clara, que ni se acordaba ya de semejante cosa.

—Los fondos para el vencimiento de mañana. Al salir el principal, me dijo que usted me los entregaría.

—¡Ah! sí... es verdad... cien mil francos... Pues no los tengo, señor Planus... no tengo nada.

—Entonces—dijo el cajero con un acento extraño, como si hablara para sí—entonces... el protesto y la quiebra.

Y se volvió lentamente.

¡La quiebra!

Clara se sentó espantada, aniquilada.

Hacía algunas horas que la ruina de su honor le había hecho olvidar la ruina de la casa; pero ahora la recordaba.

¡Con que su marido estaba arruinado!

Ahora cuando vuelva sabrá su desastre, y sabrá al mismo tiempo que su mujer y su hija lo han abandonado, que se queda solo en medio de su conflicto.

Solo enteramente, él tan flaco que no sabe más que llorar, quejarse como un niño. ¿Qué va á ser del desgraciado?

Clara tuvo compasión de él, á pesar de su crimen.

Luégo tuvo el temor de que interpretara mal su fuga, suponiendo que huía de la quiebra, de la pobreza. Podría decir Jorge:

—¡Ah! si fuera rico no me hubiera abandonado.

¿Debía dejarle esta duda?

Para un alma tan noble y generosa como el alma de Clara, bastaba esto para cambiar de resolución.

Muy luégo se obró en ella este movimiento de ánimo: calmáronse todas sus repugnancias y rebeldías, y una luz repentina iluminó mejor la conciencia de sus deberes.

Con esto, cuando fueron á decirle que la niña estaba ya vestida, y todo preparado, dijo inspirada por su nueva resolución:

—Es inútil: no partimos ya.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



III

El vencimiento

Daba la una de la noche el reló de San Gervasio. Hacia tanto frío que los menudos copos de nieve esparcidos en el aire se helaban al caer, tendiendo en el suelo una espesa capa blanca y crugiente.

Risler, envuelto en la suya de paño, volvia de la cerveceria á buen paso por el desierto *Marais*. Y vol-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vía muy contento el bonachón, como que venía de celebrar, en compañía de sus dos fieles prestamistas, su primera salida, el término de aquella larga reclusión á que lo había obligado la vigilancia de su *estampadora* ya en actividad, con todas las dificultades y goces, desalientos y satisfacciones del inventor. Había sido obra longuísima. De buenas á primeras se había echado de ver en ella un defecto: la *agarradora* no agarraba ó agarraba mal, y había sido preciso estudiarla de nuevo, perfeccionarla; hasta que al fin, aquel mismo día, habiendo hecho nuevo ensayo, todo salía á pedir de boca. El bueno del hombre triunfaba. Parecíale que acababa de pagar una deuda, dando á la casa Fromont el beneficio de una invención que había de disminuir el trabajo de mano, y por consiguiente los jornales, aumentando los productos y el crédito de la fábrica.

Con esto venía meciéndose en los más bellos sueños al compás de su majestuoso paso.

¡Cuántos proyectos! ¡Y esperanzas, cuántas!

Podría abandonar la casita de Asnières, que no llenaba ya los deseos, ni menos satisfacía el buen gusto de Sidonia, y comprar una hermosa quinta á diez ó quince leguas de París, señalar á su suegro una pensión más decente, favorecer más á menudo al ilustre Delobelle, cuya pobre esposa se mataba trabajando; hasta proyectaba traerse consigo á su hermano Franz, obedeciendo á su más ardiente deseo.

En efecto, sin cesar pensaba en aquel pobre muchacho desterrado en un país insalubre, á voluntad de una administración tiránica que daba licencia á sus empleados para llamarlos luégo sin explicación ninguna; porque Risler había tomado muy á pechos la partida tan rápida é inconcebible de su hermano; y aquella su breve estada, que apenas le había dado tiempo para echar con él un párrafo, había reavivado todos sus recuerdos de cariño y de vida común.

Por eso, daba por hecho que cuando la impresora ayudara sus buenos deseos, no faltaría un hueco en la fábrica donde meter al ingeniero, que á su lado sabría labrarse un porvenir.

Como siempre, el bueno de Risler no pensaba sino en el bien de los demás, siendo su egoísmo único, su única satisfacción verlos á todos contentos y felices á su alrededor.

Andando andando, llegó á la esquina de la calle de *Vieilles-Haudriettes*. Una larga hilera de coches se extendía por delante de la casa, y los reflejos de sus linternas y las sombras de los cocheros guareciéndose de la nieve bajo los aleros, animaban aquel desierto y silencioso barrio.

—¡Pardiez!—exclamó el buen Risler.—En verdad... tenemos baile en casa.

Entonces recordó que Sidonia daba un gran sarao músical y danzante, al cual lo había dispensado de asistir, sabiendo que estaba muy ocupado.

En medio de sus proyectos, de sus visiones de generosa riqueza, aquella fiesta doméstica, cuyos ecos llegaban ya á sus oídos, acabaron de alegrarlo y enorgullecerlo. No sin cierta solemnidad empujó la pesada puerta entreabierta para las entradas y salidas de los convidados, y allá en el fondo del jardín, vió todo el segundo piso de la casa espléndidamente iluminado.

Algunas sombras pasaban, repasaban, volvían á pasar, á repasar vertiginosamente por detrás del flotante velo de las cortinas; la orquesta, adivinada por su flujo y reflujo de sonidos apagados, parecía seguir el movimiento de aquellas fugaces sombras. Estaban pues bailando. Fijó la vista momentáneamente Risler en la fantasmagoría del baile, y en un gabinete contiguo al salón conoció la sombra de Sidonia.

Estaba en la recta actitud de una elegante en el to-

cador. Detrás de ella, otra sombra más pequeña, sin duda mistress Dobson, se ocupaba en reparar algún desarreglo del tocado. Todo esto era muy vago, pero la gracia de la mujer se revelaba en aquellas líneas y contornos apenas indicados, y Risler permaneció allí buen espacio admirándola.

En el principal era chocante el contraste. No se veía allí cosa de luz, salvo la que pálida y triste y como oculta, temblaba entre los tapices del dormitorio. Risler notó este detalle; y como la niña había estado algo doliente días antes, recordó la agitación singular con que Clara había pasado aquella tarde por su lado, y desandando sus pasos con cierta inquietud fué hasta la casilla del tío Aquiles á pedir noticias.

La casilla estaba llena de cocheros, que se calentaban á la estufa, charlando y riendo al humo de sus pipas.

Cuando Risler apareció, sucedió un profundo silencio, silencio súbito, curioso, escrutador, pesado. Sin duda estaban hablando de él.

—¿Está la niña de los señores Fromont todavía mala?—preguntó Risler.

—La niña no.

—Pues ¿quién?

—El amo.

—¿Mr. Fromont está malo?

—Sí, señor... algún aire que le ha dado esta tarde al volver. Yo mismo he ido á llamar al médico, y según él, no es cosa mayor... sólo necesidad de reposo.

Y mientras Risler volvía á cerrar la puerta de la casilla, añadía á media voz el tío Aquiles, con esa insolencia de inferior, entre cobarde y audaz, que quiere y no se atreve á ofender:

—¡Pardiez! lo que es en el principal no están para bailoteos como en el segundo.

He aquí ahora lo que había pasado:

Al volver aquella tarde Jorge Fromont, hubo de ver en su esposa una fisonomía tan imponente y extraña, que desde luégo adivinó una catástrofe; sino que estaba ya tan hecho á la impunidad de su traición, en dos años de no turbado devaneo, que ni siquiera le pasó por la cabeza que su mujer supiera nada de su secreto.

Por su parte la bondadosa Clara, por no abrumarlo más, llevó su generosidad hasta el punto de no hablarle más que del asunto de Savigny.

—El abuelo no ha querido—dijo lacónica y secamente.

El desgraciado se puso pálido como el azufre.

—¡Estoy perdido!—repitió dos ó tres veces con el extravío de la fiebre.

Y sus noches de insomnio, y la violenta escena que acababa de tener con Sidonia para ver de impedir que diera el baile la víspera de su ruina, y la negativa del viejo Gardinois, todas estas subversiones que se enlazaban entre sí y lo habían agitado sucesivamente, se resolvieron en una crisis nerviosa.

Clara tuvo piedad de él, hizo que se acostara y se instaló ella á la cabecera de la cama. Procuró hablarle y aun alentar su abatido espíritu; pero su voz no tenía ya ese acento de ternura que calma y persuade. Lejos de ello, en su voz, en su gesto, en la manera de levantar la almohada bajo la cabeza del enfermo y de prepararle un calmante, se echaba de ver tal indiferencia tal y tanto despego...

—Te he arruinado—le decía Jorge de vez en cuando, como para sacudir aquella frialdad que lo mortificaba.

Clara hacía un gesto desdeñoso, como si á su vez quisiera decir:

—¡Ah! ¡si no fuera más que eso!...

Por fin, los excitados nervios se calmaron, la fiebre cedió, y el enfermo se durmió profundamente.

Clara permaneció á su lado velándolo.

—Es mi deber—se decía.

¡Su deber!

En estos momentos comenzó á animarse el baile en casa de Sidonia, en el segundo piso de la casa. El techo temblaba, tanto más, cuanto que para facilitar las danzas, habia hecho quitar madama Risler las alfombras de los salones. Á las veces también llegaba á oídos de Clara el ruido de las voces, de las risas, de los aplausos numerosos, prolongados y bien nutridos estos, porque no eran pocos los admiradores, tantos como los convidados.

Clara reflexionaba entretanto. No se agotaba en lamentaciones estériles. Sabía que la vida es inflexible y que no hay fuerza de raciocinio que detenga la triste lógica de su inevitable rumbo. No se preguntaba cómo había podido aquel hombre engañarla tanto tiempo, cómo por un capricho había podido perder la hacienda, el honor, la paz, la dicha de su familia. Este era el hecho, y ninguna de sus reflexiones podía borrarlo, reparar lo irreparable. Lo que la preocupaba era el porvenir. Una nueva existencia se desenvolvía á sus ojos, sombría, severa, llena de trabajos y privaciones; y por un efecto singular, la ruina, en lugar de espantarla, aún le hacía recobrar todo su aliento. La idea de un cambio necesario á las economías que había que hacer, de un trabajo forzoso para Jorge y acaso para ella también, daban no sé qué actividad á la aparente calma de su desesperación. ¡Qué pesada carga de almas iba á tener encima con sus tres hijos: su madre, su hija y su marido! El sentimiento de su responsabilidad le vedaba enternecerse mucho y llorar sobre su desgracia, sobre las ruinas de su amor; y á medida que se olvidaba de sí misma, pensando en los débiles seres que tenía que proteger, comprendía más y mejor el gran sentido de la palabra *sacrificio*, tan

vaga en labios indiferentes, tan seria cuando viene á ser un principio de conducta, una regla de vida.

He aquí en qué pensaba la pobre señora en aquella triste vela, vela de armas y de lágrimas con que se preparaba al gran combate; he aquí lo que alumbraba la trémula y oculta luz que Risler había visto, como una estrella caída de las espléndidas arañas del baile.

Tranquilizado con la contestación del tío Aquiles, el bueno de Risler pensó en subir á su aposento rehuyendo danzas y danzantes de que se curaba poco.

En estas evasiones solía servirse de una escalera excusada que se comunicaba con el despacho de la caja. Penetró, pues, en los talleres, que el reflejo de la luna alumbraba como de día claro y donde se respiraba aún la atmósfera del trabajo del día, un calor contenido, lleno de olores de talco, de barniz. Los papeles tendidos en los sequeros formaban largas hileras; por todas partes se veían utensilios, blusas colgadas por aquí y por allá, dispuestas para el día siguiente. Nunca pasaba Risler por allí sin placer.

De pronto, al extremo de estas cuadras desiertas, vió luz en el despacho de Planus. Él viejo cajero estaba aún trabajando, cosa extraordinaria, porque era ya la una de la madrugada.

El primer movimiento de Risler fué volver atrás; porque desde su enojo incomprensible con Sigismundo, desde que notó en éste la reserva fría y muda que no acertaba á explicarse, rehuía encontrarse con él cara á cara. La amistad ofendida le había siempre alejado de una explicación, que por otra parte deseaba. Sin embargo, esta noche sentía tal necesidad de expansión, de cordialidad, y sobre esto, era tan favorable la coyuntura para tener una entrevista con su antiguo amigo, que no haciendo ya escrúpulos de nada, entró francamente en el despacho del cajero.

Éste estaba sentado, inmóvil, en medio de un cú-

mulo de carpetas y librotes, algunos de los cuales se habían deslizado al suelo. El ruido de los pasos no le hizo cambiar de actitud; ni siquiera se dignó levantar la vista... había reconocido el andar de Risler.

Risler vaciló tímidamente un instante: luégo, impulsado por uno de esos resortes que llevamos en nosotros y que, á pesar de todo, nos ponen en la vía de nuestro destino, se fué derecho á la barandilla de la caja.

—¿Sigismundo?... —dijo con voz grave.

El viejo levantó la cabeza en silencio y dejó ver un rostro severo y contraído, en que corrían dos gruesas lagrimas, las primeras acaso que aquel hombre-guarismo hubiera derramado en su vida.

—¿Estás llorando, amigo mío? ¿Qué tienes?

Y el bueno de Risler, enternecido también, tendió la mano á su amigo, el cual retiró la suya bruscamente.

Este movimiento fué tan instintivo y violento, que toda la emoción de Risler se trocó en indignación.

Entonces se irguió imponente.

—Te he ofrecido la mano, Sigismundo Planus.

—Y yo no quiero dártela—contestó Planus levantándose, no menos severo.

Sucedió un silencio pavoroso, durante el cual se oyó la música ahogada de la orquesta y el ruido del baile, ese ruido pesado y brutal del piso sacudido por el ritmo de la danza.

—¿Por qué rehusas darme la mano?—preguntó simplemente Risler, mientras la barandilla en que se apoyaba crujía bajo la suya crispada.

Sigismundo estaba enfrente de él, con las dos manos sobre la mesa, como para poner bien en su lugar y á plomo lo que iba á decir.

—¿Por qué?... Porque ha arruinado usted la casa, porque muy pronto vendrán del Banco á cobrar cien

mil francos, y por culpa de usted no hay en caja un céntimo con que atender á esta obligación. Ya sabe usted el por qué.

Risler estaba estupefacto.

—¿Yo he arruinado la casa? ¡Yo! yo!

—¡Usted! usted! Sí, señor. Y ha hecho usted otra cosa peor, que es haberla arruinado por medio de su mujer, entendiéndose con ella para explotar nuestra ruina y su propio deshonor... ¡Oh! Bien claro está el juego. El dinero que su mujer de usted ha sonsacado al incauto señor Fromont, la casa de Asnières, los diamantes y demás alhajas, todo eso debe ponerse á su nombre y así está fuera de peligro. Ahora no le falta á usted más que retirarse y negocio redondo.

—¡Oh!—exclamó Risler con voz apagada, comprimida, insuficiente para la multitud de pensamientos que tenía que expresar.

Y balbuceando tiró hacia sí de la barandilla con tanta violencia que la hizo crujir, estallar, romperse; dió luégo unos pasos vacilantes y cayó al suelo, quedando sin movimiento, sin habla, conservando sólo la firme voluntad de no morir sin justificarse. Menester era que esta voluntad pudiera mucho, porque mientras las sienes le latían amartilladas por la sangre que le bañaba el rostro, mientras zumbaban sus oidos y sus velados ojos parecían ya vueltos hacia lo desconocido, el desgraciado se decía á sí mismo con voz ininteligible, con esa voz de los náufragos que tragando agua y forcejeando con el viento de la tempestad, todavía dicen: Es preciso vivir... es preciso vivir.

Luégo le volvió la conciencia de los hechos, hallóse sentado en el diván en que los operarios se agrupaban el día de pago, con la capa en tierra, la corbata desanudada, la camisa abierta, hendida por el cortaplumas del cajero.

Por fortuna, se había herido las manos al arrancar

la rejilla, la sangre había corrido en abundancia y esto había bastado para impedir un ataque de apoplegía.

Al abrir los ojos vió á su lado al viejo Sigismundo y á Clara, á quien el cajero en su apuro había ido á llamar.

En cuanto pudo hablar, á ella fué á quien se dirigió el pobre Risler:

—¿Es verdad, señora, lo que acaban de decirme?

Clara no tuvo valor para engañarlo, y desvió la mirada.

—Según eso—repuso el desgraciado—según eso, la casa está perdida y he sido yo quien...

—No, Risler, amigo mío; no ha sido usted...

—¿Ha sido mi mujer, no es verdad? Esto es horrible. Vea usted, señora, cómo he pagado yo mi deuda de gratitud. Pero á lo menos, señora mía, usted no me tendrá por cómplice de esta infamia.

—No, no, amigo mío: tranquilícese usted. Yo sé que es usted el hombre más honrado de la tierra.

Risler la miró un momento con los ojos húmedos, los labios trémulos, las manos juntas, como si orara ante la Virgen del altar, porque todas las manifestaciones de aquella alma sencilla tenían este sello de ingenuidad infantil.

—¡Oh! Señora, señora mía! ¡Qué desesperación pensar que he sido yo la causa de vuestra ruina!

En el golpe tremendo que lo hería, no quería ver más que el desastre de la casa Fromont, causado por su ceguedad respecto de Sidonia.

De pronto se levantó rudamente.

—Ea, no es esta ocasión de enternecernos: es preciso arreglar nuestras cuentas.

Clara tuvo miedo.

—Risler, Risler ¿á dónde va usted?

Creyó que iba á buscar á Jorge.

Risler la comprendió, y frunció los labios en soberana sonrisa, sonrisa de desdén.

—Tranquilícese usted, señora: Mr. Fromont puede dormir descuidado. Tengo que hacer algo más urgente que vengar mi honor de marido. Espérese usted: vuelvo al momento.

Y en diciendo esto se lanzó á la escalerilla.

Confiada en su palabra, quedó Clara enfrente de Sigismundo, en uno de esos momentos supremos é indecisos que parecen largos por las dudas y suposiciones que abarcan.

Algunos instantes después, un ruido de pasos precipitados y frotamiento de ropas llenó la estrecha y sombría escalera.

Sidonia fué la primera que apareció. Venía en traje de baile, espléndida, lujosa, pero tan pálida que sus joyas parecían más vivas que ella misma, sembradas sobre el mármol frío de una estatua.

La fatiga del baile, el temblor de la emoción y de su rápida carrera hasta allí, agitaban todo su cuerpo, y sus ligeras cintas, sus volantes, sus flores, sus ricos adornos, se borraban, desaparecían trágicamente alrededor de ella.

Risler la seguía, cargado de estuches, de cofrecitos, de papeles. Al llegar allá arriba, forzó la cómoda de su mujer, tomando de ella cuánto contenía de precioso, en joyas, títulos de renta y de propiedad. Después, desde la puerta del gabinete llamó en alta voz á Sidonia, la cual acudió inmediatamente, sin que nada de esta rápida escena trascendiera á los extraños, entonces en toda la animación del sarao. Sidonia comprendió desde luégo que pasaba algo grave.

—Venga usted conmigo—dijo Risler:—todo lo sé.

Quiso ella poner cara de inocencia y protestar con altivez; pero Risler la agarró del brazo con tal violencia, que hubo de recordar ella á su pesar las palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Franz: «Él morirá acaso, pero te matará antes.» Como tenía mucho miedo á la muerte, se dejó llevar sin resistencia y ni siquiera tuvo fuerzas para mentir.

—¿Á dónde vamos?—preguntó en voz baja.

Risler no le contestó, y apenas tuvo ella tiempo para echarse sobre los desnudos hombros, con ese cuidado de sí misma que nunca le abandonaba, un ligero velo de tul. Risler la arrastró, la empujó más bien á la escalera de la caja, que bajó pisándole los talones temiendo que se le escapara la presa.

—Aquí está esto—dijo al entrar.—Hemos robado y restituímos. Toma, Planus, aquí hay de qué hacer dinero con todo esto.

Y depositó sobre la mesa del cajero los despojos de que venía cargado.

Volviéndose luégo á su mujer:

—Ahora—le dijo—despójese usted de todas esas joyas que lleva indignamente... ¡Sin demora!

Sidonia obedecía de mala gana, abriendo lentamente los resortes de sus brazaletes y zarcillos y sobre todo el del collar de diamantes en que la inicial S no sino parecía una serpiente dormida.

Impacientado Risler con tanta lentitud prestó ayuda á su mujer cortando por lo sano, esto es rompiendo brutalmente los resortes: el lujo crujía entre sus dedos, como castigado.

—Yo también—añadió—es preciso que yo también me despoje de lo que no me pertenece. Aquí está mi cartera. ¿Qué tengo más?... ¿Qué más tengo?...

Y el buen Risler se registraba febrilmente los bolsillos.

—¡Ah! mi reló... con cadena y todo vale cuatro mil francos. Y mi anillo nupcial. Todo á la caja, todo. Tenemos que pagar esta mañana cien mil francos. En cuanto Dios amanezca, nos pondremos en campaña, vendiendo, empeñando, haciendo dinero de cualquier

modo que sea. Sé de álguien que tiene gana de la casa de Asnières. Esto será cosa hecha.

Risler hablaba y obraba solo.

Sigismundo y Clara lo miraban en silencio.

Sidonia parecía inconsciente. El aire frío que entraba del jardín por la entreabierta puerta le hacía tiritar, y recogía maquinalmente los pliegues de su vestido, con los ojos fijos y el pensamiento extraviado.

¿Oía á lo menos los violines de aquel baile cuya melodía llegaba en los intervalos de silencio como una ironía feroz con el pesado ruido de los danzantes que hacían crujir el techo bajo sus piés?

Una mano de hierro que cayó de súbito sobre ella, la sacó de su estupor.

Risler la había cogido del brazo, y arrastrándola ante la esposa de su consocio, le dijo con voz tremenda:

—¡De rodillas!

Clara retrocedió oponiéndose á esta humillación.

—No, Risler, amigo mío; eso no.

—Es preciso—repuso el implacable Risler.—Restitución y desagravio.

—Yo la perdono.

—¡De rodillas, miserable!

Y con un movimiento irresistible arrojó á Sidonia á los piés de Clara, sin abandonar su brazo, atornillado en su mano.

Hubo un momento de asombro en que nadie se resistió ni profirió una palabra. Mandaba él.

—Va usted á repetir ahora palabra por palabra todo lo que yo vaya diciendo. Repita, pues: «Señora...»

Sidonia, medio muerta de miedo, repitió con voz apagada y trémula:

—Señora...

—Más alto y claro «Señora...»

—Señora...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— « Toda una vida de sumisión y humildad...»

— Toda una vida... de sumisión y... humild... No puedo continuar — gritó Sidonia levantándose en un arranque de bestia brava.

Y desasiéndose en su ímpetu de las manos de Risler, huyó por la entornada puerta, que la llamaba á las tinieblas de la noche y á la libertad de la fuga, y siguió corriendo á cielo abierto y á la inclemencia del nivoso viento que azotaba su rostro y sus desnudos hombros y su no más vestido seno.

— Detenedla, detenedla — dijo Clara con afán. — Risler, Planus, os lo ruego; no la dejéis partir así, por el amor de Dios.

Planus dió un paso hacia la puerta.

Risler lo atajó, diciendo:

— Te prohibo moverte de aquí. Y pido á usted perdón, señora, pero tenemos que tratar de asuntos igualmente importantes, aunque diferentes. Aquí no se trata ya de Sidonia, sino del honor de la casa Fromont, el único que me preocupa en este momento. Ea, Planus, á tu caja y vamos á echar cuentas.

Sigismundo le estrechó la mano.

— Eres un hombre honrado, Risler; perdóname el agravio de haber sospechado de ti.

Risler aparentó no oirlo.

— Deciamos que hay que pagar hoy cien mil francos. ¿No es esto?

— Exactamente.

— ¿ Qué existencia hay en caja ?

Y diciendo esto, se sentó al escritorio y se puso á revisar los libros y las inscripciones de renta, abriendo luégo los estuches y valorando con ayuda de Sigismundo, cuyo padre había sido joyero, todos aquellos diamantes y alhajas que había admirado antes en su mujer sin sospechar su valor ni menos su procedencia.

Entre tanto, miraba Clara temblando de inquietud al través de la vidriera el jardín cubierto de nieve donde las huellas de Sidonia se borraban ya bajo los espesos copos que caían, como para dar á entender que aquella fuga era definitiva.

Y allá arriba, en aquella casa á la diabla, aún continuaba la atroz ironía del baile. Verdad es que los inconscientes convidados suponían que el ama de la casa estaba dando afuera sus últimas órdenes para el buen servicio del ambigú, mientras huía la desgraciada de la casa conyugal, descobijada, desceñida, avergonzada, cubierta de nieve y de lodo, con frío glacial en el seno y calientes sollozos de rabia y desesperación en los mordidos labios.

¿ Á dónde iba ?

Se había ido como una loca, cruzando el jardín, los patios de la fábrica, las sombrías bóvedas en que zumbaba el viento siniestro y glacial. El tío Aquiles ni la había reconocido: habían pasado aquella noche tantos fantasmas blancos...

La primera idea que le vino á las mientes fué ir á reunirse con el tenor Cazaboni, á quien al fin y al cabo no se había atrevido á convidar al baile; pero vivía el cantor en Montmartre, y era mucho camino este para el traje que llevaba ella en medio de la crudeza del tiempo; tampoco tenía la certidumbre de encontrarlo en su casa. Sus padres la habrían recibido bien, á no dudar; pero no estaba para sermoneos y oía ya las jeremiadas de su madre y los discursos con apéndice de su verboso padre... Entonces pensó en Delobelle, en su antiguo amigo Delobelle. En la caída de todos sus esplendores, se acordó de quien había sido su primer iniciador en la vida social, de quien le había dado las primeras lecciones de baile, de elegancia y porte y aún le enseñó á ser bella, antes de que se lo hubiera dicho nadie. Un presentimiento le decía que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel postergado grande hombre le daría la razón contra todo el mundo.

Con esta resolución subió á un coche de los parados á la puerta, y enderezó á casa del comediante en el bulevar Beaumarchais.

Hacía algún tiempo que la pobre mujer de Delobelle hacía sombreros de paja para la exportación, oficio triste, si los había, que le producía apenas dos francos, cincuenta, en doce horas de trabajo.

Con todo eso, el ilustre Delobelle continuaba engordando á proporción que su esposa enflaquecía. Precisamente estaba para destapar una sabrosa sopa conservada en su punto de calor al rescoldo del hogar, cuando llamaron á la puerta con cierta viveza.

El comediante, que acababa de ver representar no sé qué siniestro drama, salpicado de sangre hasta en el reclamo ilustrado de su cartel, se estremeció, como debía, al oir llamar tan á deshora.

—¿Quién?—preguntó con cierta inquietud.

—Yo... Sidonia... Pronto.

Delobelle franqueó la puerta sin demora.

Sidonia entró tiritando y se aproximó á la chimenea donde apenas quedaba rescoldo. Y habló sin preámbulos, desfogó la cólera que hacía una hora la ahogaba, y mientras refería la escena de la fábrica, sofocando los arranques de su voz, por no despertar á la fatigada vieja, que dormía allí al lado, el lujo de su traje en aquel quinto piso tan pobre y desmantelado, su tocado elegantísimo, bien que estropeado, en medio de aquellas pilas de vulgares sombreros y de aquellos residuos de paja esparcidos por el desnudo suelo, todo causaba la impresión de un drama trágico, de uno de esos terribles sacudimientos de la vida, en que clases, sentimientos y fortunas se confunden bruscamente.

—¡Oh! no volveré ya á mi casa. Se acabó... Libre, soy ya libre.

—Pero, en fin—preguntó Delobelle—¿quién ha podido delatarte al bueno de tu esposo?

—Franz, sin duda, Franz; estoy convencida de ello. Á nadie hubiera creído, sino á él... Precisamente anoche llegó una carta de Egipto. ¡Oh! ¡Cómo me ha tratado Risler delante de aquella mujer! ¡Obligarme á hincarme de rodillas á sus piés!... Pero, por quien soy, me vengaré... ¡me vengaré! Por fortuna, he tenido tiempo de tomar, antes de huir, el instrumento de mi venganza.

Y la sonrisa de sus primeros días, se asomó como un áspid venenoso al nido de sus labios.

El cómico de la legua escuchaba la narración de este drama con el mayor interés. Á pesar de la compasión que sentía por el bueno de Risler, y aun por la misma Sidonia, que en estilo de teatro, le parecía una *culpable interesante,* no podía menos de mirar la acción desde un punto de vista escénico, y arrastrado por su manía, arrastrada también, acabó por exclamar:

—¡Qué situación tan magnífica para un quinto acto!

Sidonia no lo oyó ó no lo entendió. Preocupada con algún mal pensamiento, de que sonreía de antemano, acercóse más á la chimenea para arrimar más al calor sus medias caladas y sus zapatos... calados también, aunque por otro estilo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?—le preguntó Delobelle al cabo de una pausa.

—Permanecer aquí hasta el día... descansar un poco, y mañana... mañana será otro día y veremos.

—Lo malo es que no tengo cama que ofrecerte, hija. Mi mujer está ya acostada y...

—No sienta usted por eso, amigo mío. En esa butaca dormiré, sin incomodar á nadie.

El cómico suspiró.

—¡Ah! Esta butaca era la de nuestra pobre Zizi...

En ella pasó muchas noches en claro, cuando la labor urgía... ¡Ah! los que se van son siempre los más felices.

Delobelle tenía siempre en la punta de la lengua alguna de estas máximas egoístas y consoladoras.

Pero no bien la hubo pronunciado, cuando recordó con despecho que se le enfriaba la sopa.

Sidonia notó el gesto.

—¿Iba usted á cenar? Continúe usted con franqueza.

—Sí, á cenar iba, cuando entraste. ¿Qué quieres, hija? Esto forma parte del oficio, de la ruda existencia que llevamos los consagrados á la escena; porque ya lo ves, yo me mantengo firme en mi honrosa profesión, á la que no puedo, ni debo, ni quiero renunciar jamás.

Lo que quedaba aún del alma de Desiderata en el seno de aquel miserable hogar, donde había vivido veinte años, debió de estremecerse ante semejante protesta.

El comediante prosiguió:

—Por más que digan, siempre es la mejor profesión del mundo. El autor es libre, sin dependencia ninguna; todo para la gloria y para el público... ¡Ah! Yo que tú, harto y sobrado sabría lo que debiera de hacer. No, tú no habías nacido, Sidonia, para vivir entre esos mercachifles ¡qué diablos! Á ti te vendría de molde la vida del arte, la fiebre del éxito, las emociones, los aplausos...

Hablando así, tomó asiento á la mesa, se puso la servilleta al cuello, como los niños mamantones y los viejos obesos y gastrónomos, y se colmó el plato de sopa.

—No hay que decir—añadió con intención picaresca—que tus triunfos de mujer bella y galante, aún favorecerían tus triunfos de actriz. Yo mismo podría darte lecciones de declamación, y con buena voluntad, por tu parte, sobre tu buena voz, tu buena inteligencia y demás accidentes, llegarías á tener un porvenir magnífico, que te consolara de este malogro.

Y sin más, como para iniciarla en las alegrías del arte dramático, exclamó muy oportunamente por otro concepto:

—Pero, ahora que me acuerdo, tú no habrás cenado ¿eh? Eso ahonda las emociones. Acércate y toma un plato... Apuesto cualquier cosa á que no has comido sopa como esta há mucho tiempo.

Delobelle fué al armario y lo revolvió todo buscándole un cubierto y una servilleta, que al fin encontró.

Sidonia se sentó enfrente de él y cenaron mano á mano, riéndose de las dificultades de la instalación.

Habiendo entrado ya en calor, muy luégo estuvo menos pálida; hasta brillaba en sus ojos cierto gracioso esplendor, producido por las lágrimas de antes y las risas de ahora.

Toda su felicidad estaba perdida para siempre: honor, familia, bienes de fortuna... acababa de sufrir todas las humillaciones, todos los desastres. Con todo esto, sintióse aliviada, feliz, de camino para el país de Bohemia, su verdadero país.

¿Qué iba á sucederle aún? ¿De cuántos altos y bajos se compondría su nueva existencia, imprevista y caprichosa?

En esto pensaba Sidonia dormitando en la butaca de Desiderata; pero no es esto solo: también pensaba en su venganza, que tenía en la mano, fácil, segura, tan segura como cruel.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV



Un sueño de pepe diepte de la casa Fromont

ERA muy tarde cuando se despertó Jorge Fromont. Toda la noche, entre el drama que se representaba abajo y el festejo que arriba se celebraba tan alegremente, había dormido á pierna suelta en esa postración, ó sueño de aniquilamiento en que suelen caer y hundirse los criminales la víspera de su ejecución, y los generales vencidos la noche de su derrota; sueño de que no se quisiera dispertar y en que se conoce anticipadamente la muerte por la falta de toda sensación.

La excesiva luz que penetraba al través de sus cortinas, aumentada por la reverberación de la nieve que tapizaba el jardín y los tejados, lo llamó al sentimiento de la realidad. Al despertarse sintió un sacudimiento que estremeció todo su cuerpo y aun antes de pensar, esa vaga impresión de tristeza que los males olvidados dejan en su lugar. Todos los ruidos de la fábrica, la jadeante, sorda respiración de las máquinas estaban ya en plena actividad. El mundo existía pues aún, y poco á poco la idea de responsabilidad se despertó en él.

—¡Hoy es el día fatal!—exclamó en un movimiento instintivo hacia la sombra de la alcoba, cual si hubiera querido sumirse otra vez en un largo sueño.

La campana de la fábrica sonó luégo; luégo otras de la vecindad, después fueron dando la oración los campanarios.

—¡Las doce ya!... ¡Cuánto he dormido!

Jorge sintió un como remordimiento y un alivio verdadero al pensar que el conflicto del vencimiento había pasado sin él. ¿Qué habrían hecho abajo? ¿Por qué no le habrían avisado?

En su inquietud se levantó, entreabrió las cortinas y vió á Risler y á Sigismundo hablando en el jardín, cuando hacía mucho tiempo que ni siquiera se saludaban. ¿Qué había pasado? Cuando estuvo dispuesto y fué á bajar, encontró á Clara en la puerta de su aposento.

—No hay necesidad de que salgas—le dijo.

—¿Y eso?

—Quédate aquí... ya te lo explicaré.

—¿Pero qué sucede? ¿Han venido ya á cobrar?

—Sí.

—¿Y se ha hecho... el protesto?

—No... Se ha pagado.

—¡Pagado!... Pero... ¿cómo?...

—Risler ha encontrado el dinero. Desde esta mañana temprano corre con Planus... parece ser que su esposa tenía joyas preciosas... sólo el collar de diamantes ha traído veinticinco mil francos... También ha vendido su casa de Asnières con todo lo que contenía; sino que como faltaba tiempo para la escritura de venta, han adelantado la suma Planus y su hermana.

Clara se desviaba de él hablando; Jorge, por su parte, bajaba la cabeza para rehuir su mirada.

—Risler es un hombre honrado—añadió Clara—

y al saber la procedencia del lujo que su mujer arrastraba....

—¡Cómo!—exclamó Jorge espantado.—¿Sabe Risler?...

—Todo—contestó Clara bajando la voz.

El desgraciado palideció y balbuceó algunas palabras.

—Pero entonces tú....

—¡Oh! Yo... yo lo sabía todo antes que Risler. Ayer, al volver de Savigny, ya te dije que había oído allá cosas crueles y que hubiera dado diez años de vida por no haber hecho aquel viaje.

—¡Clara!...

Y en un arranque de ternura, dió Jorge un paso para acercarse á su esposa; pero tenía ésta un semblante tan frío, tan indiferente y austero, había derramada en toda su persona tal expresión de enojo y desesperación, que no se atrevió á estrecharla contra su pecho como había intentado; sólo murmuró en voz tenue:

—Perdóname, te lo ruego; perdóname.

—Me encontrarás muy tranquila—dijo la animosa mujer.—No lo extrañes: ayer lloré todas las lágrimas de mi alma. Si creíste que lloraba por nuestra ruina, te has engañado. Mientras uno es joven y fuerte, como somos nosotros, no son permitidas tales flaquezas: estamos armados contra la miseria y podemos combatirla de frente. No, no; lloré por nuestra felicidad destruída, lloré por ti, por tu locura, que te ha hecho perder la verdadera, la única amiga que tenías.

Hermosa estaba Clara hablando así, mucho más, cien veces más que Sidonia lo había estado nunca, envuelta en una luz que parecía caer de lo alto sobre ella como las claridades de un cielo puro y sin nubes, mientras el semblante de la otra no parecía sino que sacaba su esplendor, su expresión picaresca é insolente de las candilejas de algún teatro de mala muerte. La

inmovilidad que había antes en la fisonomía de Clara, se había animado ahora con las inquietudes, las dudas y tormentos de la pasión; y como las barras de oro que no tienen su valor hasta que la seca pone en ellas su punzón, aquella hermosa cara de mujer, marcada con el sello del dolor, conservaba desde la víspera una expresión inefable que completaba su belleza.

Jorge la miraba con admiración; parecíale más viva, más mujer, y tanto más adorable, cuanto menos fácil era ya entre ellos la aproximación. El remordimiento, la desesperación, la vergüenza entraron en su corazón simultáneamente con este amor, y se hincó de hinojos á sus plantas.

—No, no; levántate—le dijo Clara con viveza.—¡Ah! ¡Si supieras lo que me recuerdas!... si supieras qué Magdalena impenitente y embustera he tenido á mis piés!...

—¡Oh! yo... yo no miento—contestó Jorge estremeciéndose.—¡Ah! Clara, te suplico en nombre de nuestra hija...

En esto llamaron blandamente a la puerta.

—Levántate; ya ves que la vida nos reclama—le dijo Clara en voz baja, sonriendo amargamente.

Y fué á ver quién llamaba.

Era un recado de Risler, que rogaba á Jorge bajara al despacho.

—Está bien. Decidle que ha recibido el recado.

Jorge dió un paso para salir.

Clara se interpuso.

—No, déjame ir á mí: no es prudente que os avistéis aún.

—Pero...

—Nada; no vas, yo iré. Tú no sabes en qué estado de indignación y cólera está, y con razón, ese desgraciado á quien habéis deshonrado tan vilmente. Si lo hubieras visto esta noche obligando á su mujer á....

Clara le decía esto cara á cara con una curiosidad cruel para sí misma.

Pero Jorge no se conmovió, limitándose á decir:

—Mi vida pertenece á ese hombre.

—También me pertenece á mí y no quiero que bajes ahora: bastante escándalo ha habido ya en la casa de mi padre; como que toda la fábrica está al tanto de lo que pasa, y todo el mundo nos espía. Menester ha sido toda la autoridad de los contra-maestres para ordenar hoy el trabajo y tener á raya á los curiosos.

—Iré como de oculto.

—Y aunque así sea. ¡Estos son los hombres! No retroceden ante los mayores crímenes: engañar á la esposa, engañar al amigo; pero la idea de que se les pueda acusar de haber tenido miedo es lo único que respetan. Fuera de esto, escucha: Sidonia se ha ido, se ha ido para siempre, y si tú sales de aquí, me darás lugar á creer que es para reunirte con ella.

—En buen hora; me quedo... haré todo cuanto tú quieras.

Clara bajó al despacho del cajero.

Viendo á Risler paseándose á lo largo del despacho con las manos cruzadas por detrás, tan manso y pacífico como siempre, ni se hubiera sospechado lo que había pasado en su vida desde la víspera.

En cuanto á Sigismundo, estaba radiante, viendo sólo en todo esto pagado el vencimiento puntualmente y á salvo el honor de su casa.

Cuando apareció madama Fromont, se sonrió tristemente Risler moviendo la cabeza.

—Ya me temía yo que bajara usted en lugar de él; pero no es con usted, señora, con quien tengo que entenderme. Es preciso absolutamente que yo lo vea, que le hable. Hemos hecho frente al vencimiento de hoy, ha pasado lo más recio; pero tenemos que ponernos de acuerdo sobre muchas cosas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Risler, amigo mío, espere usted todavía; yo se lo ruego.

— ¿Por qué, señora? No hay que perder tiempo. Pero ya lo sospecho: sin duda teme usted que ceda yo á un arrebato de cólera. Tranquilícese usted y que se tranquilice él también. Ya sabe usted lo que le he dicho; el honor de la casa Fromont, todavía me interesa más que el mío. Está comprometido por mi culpa: menester es que repare el daño que he hecho ó que he dejado hacer.

— ¡Oh! La conducta de usted para con nosotros es nobilísima, heróica, mi querido Risler; bien lo sé.

— ¡Ah, señora! es un santo — dijo á su vez el pobre Sigismundo, quien no atreviéndose á dirigirse á su amigo, quería, á lo menos, manifestarle su remordimiento.

Clara continuó:

— Pero ¿no se teme usted á sí mismo? Las fuerzas humanas tienen su límite, y pudiera ser que en presencia de quien le ha hecho tanto daño...

— ¡Adorable criatura que no habla más que del daño que se me ha hecho! Pues sepa la digna hija de mi inolvidable patrono, que todavía estoy más herido por la traición que se le ha hecho á usted, señora mía.

— ¡Oh! Gracias, muchas gracias, Risler.

— Pero no hablemos de esto ahora. Ahora no hay aquí más que un comerciante que desea entenderse con su consocio en interés de la casa. Que baje sin ningún recelo, y si teme usted algún arrebato por mi parte, quédese en buen hora con nosotros. En todo caso, no tendría más que convertir los ojos á la hija de mi amo (que en paz descanse) para recordar mi palabra y mi deber.

— Confío en su palabra, mi querido Risler — dijo Clara estrechándole la mano.

Y subió confiada á llamar á su marido.

El primer momento de la entrevista fué tremendo. Jorge Fromont estaba lívido, tembloroso, humillado. Hubiera querido verse cien veces ante la amartillada pistola de aquel hombre, más aína que comparecer á su presencia como culpable impune y verse obligado á reducir sus sentimientos á la calma de una conversación de negocios mercantiles.

Risler rehuía mirarlo y continuaba paseándose, á la vez que hablaba.

— Nuestra casa — decía — atraviesa una crisis espantosa. Hemos podido evitar hoy la catástrofe; pero no es este el único vencimiento... Esa maldita invención me ha entretenido mucho tiempo alejándome de los negocios; mas ya, por fortuna, estoy libre y podré en adelante ocuparme más en ellos. Conviene al interés de la casa que usted, por su parte, se ocupe también con más empeño, porque los operarios, los empleados todos siguen siempre el ejemplo de los amos. Hay en todos ellos una negligencia lastimosa: esta mañana, por la primera vez en un año, han puesto manos á la obra, á la hora exacta, y es preciso que usted ponga en orden todo eso. Por lo que á mí toca, volveré á mis dibujos, cuanto más que están pasados ya los modelos, y se necesitan otros para las nuevas máquinas. Tengo la mayor confianza en nuestras estampadoras, como quiera que los experimentos hechos han superado mis deseos. Tenemos, pues, á no dudar, con qué rehabilitarnos levantando nuestra industria. No se lo he dicho á usted antes, porque quería sorprenderlo; pero ahora no tenemos ya ninguna sorpresa que darnos. ¿No es verdad, Mr. Fromont?

Tuvo su voz una expresión de ironía tan amarga que Clara se estremeció temiendo un arrebato.

Pero Risler continuó tranquilamente:

— Sí, puedo asegurar que dentro de seis meses, la *estampadora Risler* comenzará á dar resultados magní-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficos; sino que estos seis meses serán duros de pasar. Será preciso restringirnos, disminuir los gastos, hacer todas las economías posibles. Tenemos cinco dibujantes; los reduciremos á dos: yo me encargo de suplir la falta de los otros, tomando de la noche lo que me falte de día. Además, desde este mes, renuncio á mi participación de consocio, limitándome á mi sueldo de contramaestre como antes y nada más.

Jorge fué á hablar, pero su mujer lo contuvo con un gesto, y Risler continuó diciendo:

—Yo no soy ya vuestro consocio, Mr. Fromont, y vuelvo á ser el dependiente de antes, como debía haber sido siempre. Queda, pues, desde hoy anulado nuestro contrato de asociación. Así debe ser, y será. De esta manera continuaremos hasta el día en que la casa se desahogue y pueda yo... Pero lo que yo haya de hacer entonces, no atañe á nadie más que á mí. Esto es lo que tenía que decir á usted, Mr. Fromont. Es menester que se ocupe usted en los negocios de la fábrica, que lo vean á usted con más frecuencia, que se sientan todos bajo el ojo del amo, y con esto creo que entre nuestros males habrá algunos reparables.

Durante el silencio que siguió, se oyó ruido de ruedas en el jardín, y dos carros de mudanza vinieron á pararse delante de la escalinata.

—Ustedes me permitirán que me ausente un momento. Los carros del *Hotel de ventas* vienen por todo lo que tengo allá arriba.

—¡Cómo! ¿Va usted á vender también los muebles de su casa?—preguntó Clara.

—Sin duda, señora. Tengo que restituir su importe á la casa Fromont.

—Eso no puede ser—dijo ahora Jorge.—Yo no puedo permitir eso.

Risler se volvió súbito en un movimiento de indignación.

—¿Qué es lo que no permite usted?

Clara lo miró con expresión suplicante.

—Es verdad... es verdad—murmuró Risler calmándose.

Y salió precipitadamente para no caer en tentación.

. . . . . .

El segundo piso estaba desierto.

Los criados, despedidos y pagados desde por la mañana, habían abandonado la casa en el desorden del día siguiente al de una fiesta, y tenía todo aquello el aspecto del lugar en que acaba de pasar un drama, y en que queda algo en suspenso entre los hechos consumados y los que han de consumarse aún. Las puertas abiertas de par en par, la tapicería amontonada en los rincones, las bandejas cargadas de vasos, los preparativos de la cena y aun la mesa servida é intacta, el polvo del baile en todos los muebles, el olor del ponche mezclado con el de las flores marchitas y los polvos de arroz, todos estos detalles impresionaron hondamente á Risler desde que entró.

En el desordenado salón estaba abierto el piano, la bacanal de *Orfeo en los Infiernos* en el atril, las derribadas sillas, huyendo, por decirlo así, espantadas, y las colgaduras de colores chillones plegadas sobre aquel desorden, todo aquello causaba la impresión de una cámara de paquebote náufrago, de una de esas noches horribles en que se sabe de repente, en medio de un festejo á bordo, que el barco hace agua por todas partes, á consecuencia de un choque.

Los mozos de la empresa comenzaron á bajar muebles.

Risler los miraba tan tranquilo como si hubiera estado en una casa extraña. Aquel lujo de que estaba ayer tan ufano, inspirábale hoy profunda repugnancia. Sin embargo, cuando entró en el gabinete de Sidonia sintió una vaga emoción.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era una gran pieza tapizada de raso azul debajo de blanquísimo encaje: un verdadero nido de *traviata*. Por allí rodaban volantes de tul estropeados ó rotos, lazos, flores contrahechas. Las bujías, ardiendo hasta consumirse, habían hecho estallar las arandelas, y la cama con su pabellón azul y gasas blancas, intacta en medio de aquel desorden, parecía la cama de una muerta, una cama de respeto donde nadie dormiría ya.

El primer movimiento de Risler al entrar en este aposento fué un arrebato de espantable cólera, el impulso, la voluntad de lanzarse sobre todo esto y romperlo y destruirlo todo. Y es que nada se parece tanto á una mujer como su aposento. Aun ausente, sonríe su imagen todavía en los espejos que la han reflejado: algo de ella, de su perfume favorito queda en todo lo que ha tocado. Encuéntranse sus actitudes en los cojines de los divanes y se siguen sus idas y venidas al tocador entre los dibujos de la alfombra. Lo que aquí recordaba más á Sidonia era un estante cargado de juguetes infantiles, de chinescos insignificantes y menudos, abanicos microscópicos, vajilla de muñeca, zapatitos dorados, pastorcitos y pastorcitas frente á frente cambiando miradas de porcelana relucientes y frías: tal era el alma de Sidonia, aquel estante; y sus pensamientos siempre triviales, pequeños, vanidosos, vacíos, se asemejaban á aquellas necedades. Estamos por decir que si la noche pasada, cuando Risler tenía entre sus crispadas manos á Sidonia, le hubiera roto la cabeza en su furor, habría salido de ella, en vez de sesos, todo un mundo de juguetes, de muñecas.

El pobre hombre pensaba tristemente en estas cosas, entre el golpeteo de los martillos y el ir y venir de los mozos, cuando unos pasitos resueltos, aunque tan menudos, resonaron á su espalda, y muy luégo se le puso delante con la misma resolución el enteco

Mr. Chebe, jadeante, encendido, echando chispas por los ojos.

Como siempre que hablaba con su yerno, lo tomó por lo alto.

—¿Qué viene á ser esto? ¿Con que es cierto lo que me han dicho? ¿Con que se muda usted de casa?

—No me mudo, no; vendo los trastos.

El indignado suegro dió un salto retrógrado.

—¡Cómo que vende usted los trastos!

—Todo lo vendo, todo—dijo Risler con voz sorda y sin mirar á su suegro.

—Vamos, Risler, calma y razón... ¡Voto á chápiro! No digo yo que la conducta de Sidonia... En fin, yo no sé nada, ni nada he querido saber nunca... sólo quiero traer á usted al terreno de la razón, de la dignidad, porque la ropa sucia debe lavarse en familia ¡qué diablos! y no dar el escándalo que desde esta mañana está usted dando. Vea usted cuántos curiosos están mirando por los vidrios de los talleres y aun á cara descubierta en el tinglado. Y todo el barrio sabe ya...

—Tanto mejor: el agravio ha sido publico, y público debe ser también el desagravio.

Esta calma aparente, esta indiferencia á todas sus observaciones, exasperaron á Mr. Chebe, el cual cambió súbitamente de maneras, tomando para hablar á su yerno el tono serio, autoritario y absoluto que se emplea con los niños y los locos.

—Pues bien; no, no tiene usted derecho para sacar de aquí nada: me opongo á ello formalmente, con toda mi fuerza de hombre, con toda mi autoridad de padre. ¿Cómo se entiende? ¿Cree usted que voy yo á permitir que deje á mi hija sobre la paja? Eso no; de ninguna manera. Basta de locuras y... no digo más, sino que no saldrá ya nada de la casa.

Y cerrando la puerta, el temerario hombrezuelo se plantó delante en actitud heróica.

Y es que el desdichado abogaba también por su propia causa; porque una vez su hija sobre la paja, como él decía, desconfiaba mucho el padre mismo de dormir en plumas.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que estaba muy bien plantado en su actitud de padre indignado; sino que no hubo de conservar mucho tiempo su heróica actitud.

En efecto, dos manos, dos tornillos, mejor dicho, lo agarraron de los brazos y se halló muy luégo en medio de la estancia, dejando libre la puerta á los mozos.

—Escúcheme usted bien, señor suegro—le decía Risler á media voz.—Se me acaba la paciencia: desde esta mañana vengo haciendo esfuerzos inauditos para reprimirme; pero no sería menester mucho para que estallara mi cólera, y entonces ¡ay del que la hubiera estremado! Soy capaz de matar á álguien. Con que váyase usted, y cuanto antes mejor para usted.

Había tan rudo acento en sus palabras, y tal y tanto garbo en la manera de sacudirlo mientras le hablaba, que Mr. Chebe no se resistió ya á este género de elocuencia, y aún dió algunas disculpas. Ciertamente Risler tenía mucha razón en obrar así, y todas las personas honradas estarían de su parte. Y á medida que hablaba, retrocedía hacia la puerta.

Ya allí, preguntó tímidamente á su yerno, si continuaría la pensión señalada á madama Chebe.

—Sí—contestó Risler;—pero hay que reducirse á ella, porque ahora mi posición aquí no es ya la misma, no siendo ya socio de la casa.

Mr. Chebe abrió con asombro tamaños ojos y tomó la expresión idiota que hacía creer á muchos que el accidente que le había sucedido, en un todo igual al del duque de Orleans, no era un cuento de su invención; pero no se atrevió á hacer observación ninguna. Le habían cambiado positivamente á su yerno. ¿Era Risler, el bonachón de Risler aquella especie de tigre que se erizaba á la palabra menos ofensiva y hablaba nada menos que de matar á las gentes?

Mr. Chebe se deslizó escalera abajo, tomó su seriedad en el patio y salió á la calle con aire de vencedor.

Luégo que estuvo desocupada la casa, recorrió todas sus piezas Risler por última vez, tomó luégo la llave del piso y bajó al despacho de Planus para entregarla á madama Fromont.

—Puede usted alquilar el piso—le dijo—y será un ingreso más para la fábrica.

—Pero ¿y usted, amigo mío?

—¡Oh! Yo no necesito gran cosa: un catre allá en el desván me basta. No há menester más un dependiente, porque lo repito, desde hoy no soy más que eso en la casa, un infatigable y fiel dependiente de quien no tendrán ustedes que quejarse, yo lo juro.

Jorge, que repasaba cuentas con el cajero, se impresionó tanto de oir hablar así á aquel desgraciado, que tuvo que salir precipitadamente, pues lo ahogaban los sollozos.

Clara estaba también muy conmovida, y acercándose al nuevo dependiente de la casa Fromont con tanto respeto como cariño, le estrechó la mano, diciéndole con tierna efusión:

—Risler, buen amigo, doy á usted las gracias en nombre de mi padre.

—Sólo pienso en él, señora, desde anoche—contestó sencillamente Risler.

En esto entró el tío Aquiles con la correspondencia.

Risler tomó el paquete de cartas, las fué abriendo una á una con mucho sosiego y entregándolas sucesivamente á Sigismundo.

—Aquí hay un pedido para Lyon... ¿Por qué no se ha contestado á Saint-Etienne?

Abismabase Risler en estos detalles con una lucidez

de inteligencia que provenía precisamente de esa perpetua tensión de espíritu hacia la calma y el olvido.

De repente, entre aquellos sobres amplios, sellados con nombres sociales, y cuyo papel olía á despacho como revelaba su plegado la presura de la expedición, hubo de distinguir una más pequeña cerrada con más esmero y sin cosa de sello comercial. Muy luégo conoció el caracter de letra fino, largo, anguloso... « Á Mr. Risler — Personal.» Era letra de Sidonia. Al verla, sintió el mismo impulso que había sentido allá arriba á vista de su cama.

Todo su amor, toda su cólera de marido burlado se revolvían en su pecho con esa fuerza de indignación que hace los asesinos. ¿Qué le escribía? ¿Qué nueva mentira había imaginado? Fué á abrir la carta y se detuvo: comprendía que si leía esto, había dado al traste con todo su valor.

Entonces acercándose más al cajero le dijo en voz baja:

— Sigismundo, amigo mío, ¿quieres hacerme un favor?

— De cabeza — contestó el cajero con entusiasmo y decisión.

¿Cómo no? ¡Tenía tanto gusto en oir á su amigo hablarle con la familiaridad de los antiguos días!...

— He aquí una carta que se me dirige á mí personalmente y no quiero yo leer ahora, porque estoy seguro de que me impediría pensar y aun vivir. Guárdamela y esto con ella.

Y se sacó del bolsillo un paquete cuidadosamente atado y se lo entregó con la carta.

— Es todo lo que me queda del pasado, todo lo que me resta de esa mujer... Estoy resuelto á no verla á ella ni nada que me la recuerde, antes de que haya terminado y bien terminado aquí mi empeño... No quiero quebraderos de cabeza... ya me entiendes...

Tú pagarás por mi cuenta la pensión á Mr. Chebe, y aun si ella misma pidiera algo... harás lo necesario. Pero no has de hablarme de ella jamás... y hasta que yo te lo pida, guardarás cuidadosamente el depósito que te he entregado.

Sigismundo guardó la carta y el paquete en un cajón secreto de su escritorio con otros papeles importantes.

Risler continuó revisando la correspondencia; pero en todas las cartas veía prolongarse aquellos finos caracteres ingleses trazados por una mano que tantas veces había estrechado contra su corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



V

El café cantante

Qué raro y concienzudo empleado el nuevo dependiente de la casa Fromont!

Todas las noches era su luz la primera que se encendía y la última que se apagaba en la fábrica. Se le había arreglado en el desván una habitación en un todo semejante á la que ocupaba en otro tiempo con Franz, verdadera celda de trapense amueblada con una cama de hierro y una mesa de pino, colocada bajo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el retrato de su hermano; y allí hacía la misma vida activa, laboriosa, regular y retirada que en aquel tiempo.

Trabajaba sin cesar, se hacía llevar la comida de la antigua lechería. Pero ¡ah! la juventud, la esperanza desvanecida para siempre quitaban su encanto á todos sus recuerdos. Por fortuna, quedábanle todavía su hermano y madama Fromont, los dos únicos seres en quienes podía pensar sin despecho.

Madama Fromont estaba presente siempre, solícita y cuidadosa, tanto para consolarlo, como para que nada le faltara; y Franz le escribía de vez en cuando, sin hablarle nunca de Sidonia. Risler creía que álguien lo había puesto al corriente de la desgracia sobrevenida y evitaba también en sus cartas toda alusión á este asunto.

—¡Oh! ¿Cuándo podré traerlo á mi lado?

Tal era su idea fija, su sueño dorado, su única ambición: levantar la fábrica y llamar á su hermano.

Entre tanto, pasaban los días siempre iguales para él, en el ruido del trabajo fabril y en la cruel soledad de su dolor. Todas las mañanas bajaba á la fábrica, recorría los talleres, donde el profundo respeto que inspiraba su fisonomía severa y silenciosa, habían restablecido el orden, por algún tiempo turbado. En los comienzos se había murmurado mucho y comentado por varias maneras la desaparición de Sidonia: los unos decían que había huído con un amante; los otros que el mismo Risler la había expulsado de su casa. Lo que extraviaba todas las opiniones era la actitud de los dos consocios, que parecían tan amigos como antes. No sabían que á veces, cuando los dos amigos hablaban á solas en el despacho, sentía Risler de repente un estremecimiento, un sobresalto, como una visión del adulterio pasado. Pensaba en que aquellos ojos y aquella boca y todo aquel semblante que tenía

á la vista le había mentido en sus mil expresiones. Entonces tentábalo el demonio con el deseo homicida de saltar sobre el miserable, cogerlo de la garganta y estrangularlo sin misericordia. Pero el recuerdo de Clara estaba allí siempre vivo para ahuyentar aquella mala tentación y tener á raya sus iracundos ímpetus. ¿Había de ser el más flaco, menos animoso y dueño de sí mismo que aquella infeliz mujer?

Ni Clara, ni Fromont ni nadie sospechaba lo que pasaba en él; apenas podía adivinarse en su conducta una rigidez que no le fuera habitual. Risler imponía ahora á los operarios, y los que no se sentían poseídos de respeto ante sus cabellos encanecidos en una noche, temblaban ante el mirar de sus ojos, de color negro azulado, como la hoja de un cuchillo. Siempre bondadoso con los operarios, era intransigente con las infracciones del orden establecido. Hubiérase creído que se vengaba de no sé qué indulgencia pasada, ciega y culpable de que se arrepentía y acusaba.

Verdaderamente era un admirable empleado el nuevo dependiente de la casa Fromont.

Por solicitud suya, la campana de la fábrica recobró muy luégo toda su autoridad, á pesar de su voz vieja y cascada; y él que todo lo dirigía, y en todo estaba y á todo acudía con ubiquidad asombrosa, se negaba á sí mismo el más ligero alivio. Sobrio como un aprendíz, dejaba tres cuartas partes de su sueldo á Planus para la pensión de sus suegros; pero no quería saber nada de ellos. El último día del mes iba puntualmente Mr. Chebe á cobrar su asignación, tieso y erguido con Sigismundo como cumplía á un rentista. Su mujer había pretendido alguna que otra vez acercarse a su yerno, á quien compadecía y amaba; pero la sola aparición de su histórico chal ahuyentaba al marido de su hija.

Y es que todo aquel valor de que se armaba era

más aparente que real. El recuerdo de su esposa no se borraba en él jamás. ¿Qué había sido de ella? ¿Qué hacía?... Casi quería mal á Planus por seguir tan estrictamente su prevención de no hablarle nunca de ella. Aquella carta, sobre todo, aquella carta que había tenido el valor de dejar intacta, aquella carta aún cerrada lo turbaba verdaderamente ¡Ah! Si se hubiera atrevido á pedírsela á Sigismundo!...

Un día fué ya la tentación demasiado fuerte. Hallábase solo en el despacho. El viejo cajero había ido á desayunarse y hubo de dejar, por extraordinario olvido, la llave del cajón puesta. Risler no pudo resistir más y lo abrió; pero en vano: por más que registró entre los papeles, la carta no estaba allí. Sigismundo debía de haberla guardado más cuidadosamente, acaso en la previsión de lo que sucedía en aquel momento. En el fondo, no sintió Risler aquel contratiempo, sabiendo, como sabía, que si hubiera encontrado la carta, habría acabado aquella resignación activa que tan penosamente se imponía.

Toda la semana hallábase bien: la existencia era soportable, absorbida en los mil cuidados de la casa, y tan laboriosa que, llegada la noche, caía Risler en el lecho como una masa inconsciente, como un cuerpo muerto; pero el domingo era largo y penoso para él: el silencio de los patios, la quietud de los talleres, la soledad de toda la fábrica, abría á su pensamiento un campo más vasto. Cierto que podía trabajar y probaba á hacerlo; pero faltábale al suyo el estímulo del trabajo de los demás. Él solo estaba ocupado en aquella gran fábrica en reposo. Los cerrojos corridos, las persianas cerradas, la sonora voz del tío Aquiles que jugaba con el perro en el patio, todo le hablaba de soledad. Y el barrio también le hacía esta impresión. En las calles amplias donde los transeuntes eran pacíficos y raros, el tañido de las campanas que tocaban á

vísperas, caía melancólicamente, y á las veces un eco del tumulto parisiense, ruedas en movimiento, un organillo rezagado, la carraca de la barquillera, atravesaban aquel silencio como para aumentarlo todavía.

Risler hacía combinaciones de flores y hojas, y mientras manejaba el lapiz, su imaginación que no tenía aquí ocupación suficiente, se le escapaba insensiblemente en pos de la dicha pasada, con su reata de perfidias, catastrofes y decepciones. Luégo, volviendo en sí, preguntaba al pobre sonámbulo, sentado siempre á su mesa de trabajo:

—¿Qué has hecho en mi ausencia?

—¡Ah!... No había hecho nada.

—¡Qué largos, qué tristes y crueles domingos!...

Á todo esto se añadía en su alma esa superstición popular por los días feriados, por el reposo de veinticuatro horas en que se reparan las fuerzas y se cobra nuevo aliento. Si hubiera salido, la vista de un operario acompañado de un niño y de una mujer, le hubiera hecho sollozar; pero su reclusión de trapense le guardaba otros sufrimientos, la desesperación de los solitarios, sus tremendas rebeliones, cuando el dios á que se han consagrado no responde á sus sacrificios. El dios de Risler era pues el trabajo, y como no encontraba en él la paz, el sosiego, la serenidad que buscaba, renegaba de él y lo maldecía.

Muy á menudo, en estas horas de combate, la sala de dibujo se abría blandamente y aparecía como un ángel de consuelo Clara Fromont. El aislamiento del pobre Risler en las largas tardes del domingo, le daba lástima, y bondadosa y llana, iba á hacerle compañía con su hija, sabiendo por experiencia propia lo que tiene de comunicativo la dulzura de los niños. La pequeñuela, que ya andaba sola, se deslizaba de los maternales brazos para correr á los de Risler, el cual oyendo sus pasitos por detrás y luégo su ligera res-

piración, sentía al punto una impresión que lo calmaba y rejuvenecía. La niña le echaba los brazos al cuello con su risa ingenua y sin causa, y le daba un beso con sus lindos labios que no habían mentido nunca.

Clara Fromont, de pié en la puerta, sonreía bondadosamente mirándolos.

— Risler, amigo mío — le decía — es menester que baje usted un rato al jardín: trabaja usted demasiado y se pondrá al fin malo.

— Al contrario, señora; el trabajo es lo que me salva, porque impide que piense en mi desgracia.

Después de un largo silencio, añadía la buena Clara:

— Vamos, mi querido Risler; es preciso olvidar...

Risler movía la cabeza.

—¡ Olvidar ! ¿Es acaso posible? Hay cosas superiores á toda fuerza humana. Se perdona, pero no se olvida.

Casi siempre acababa la niña por arrastrarlo al jardín, y de buen ó mal grado era menester jugar con ella; pero la torpeza y desmaña de su pesada pareja aburrían pronto á la rapazuela y entonces permanecía más sosegada, contentándose con pasear gravemente entre las hileras de bojes, de la mano siempre de su amigo.

Al cabo de un momento no pensaba ya Risler en que estaba ella allí; pero el calor de aquella manecita en la suya tenía un efecto magnético sobre su ulcerada alma.

¡Se perdona, pero no se olvida!

La pobre Clara sabía también algo de esto, porque no había olvidado nada ella tampoco, á pesar de su gran valor y el gran concepto que tenía de su deber: para ella, como para Risler, el medio en que vivía, era un llamamiento perpetuo á sus sufrimientos, y sin piedad los objetos que la rodeaban refrescaban continuamente su herida: la escalera, el jardín, el patio, todos aquellos testigos ó cómplices mudos del adulterio tenían en ciertos días una fisonomía implacable. Las mismas precauciones que tomaba su marido para evitarle recuerdos penosos, el cuidado que tenía en no salir de noche y en darle cuenta de sus salidas de día, no sino servían para recordarle mejor su falta. Á las veces se le pasaban á ella ganas de decirle:

— Menos celo; no hagas demasiado.

La fe estaba rota en su corazón, y el horrible sufrimiento del sacerdote que duda y quiere, sin embargo, mantenerse fiel á sus votos, se revelaba en su amarga sonrisa y en su fría dulzura sin reconvenciones ni quejas.

Jorge era muy desgraciado. Amaba ahora á su esposa, cuya magnanimidad lo había vencido: había verdadera admiración en este amor, y ¿por qué no decirlo? el enojo de Clara parecíale una coquetería fuera de carácter, la cual le había faltado siempre á los ojos de su marido, porque Jorge era de ese singular tipo de hombres que gustan de hacer conquistas. Fría, caprichosa y todo, Sidonia respondía á esta rareza de carácter. En efecto, después de haberlo despedido con un amoroso adios, la encontraba el día siguiente fría, olvidadiza, indiferente, y aquella perpetua necesidad de atraerla, de sujetarla, suplía para él la pasión verdadera. La serenidad en el amor lo hastiaba como al buen marino una travesía sin tempestades. Esta vez por poco no perece con su mujer, y todavía no había pasado completamente el peligro. Sabía que Clara estaba desligada de él y sólo consagrada á su hija, único lazo entre ellos ya; y como este alejamiento hacía que le pareciera más bella, ponía en juego todo su arte de seducción para atraérsela, para recobrar lo perdido. Bien conocía cuán difícil había de serle esto, cuanto más que no se las había con un carácter trivial; sin embargo, no desesperaba, porque á las veces, en el fondo de la mirada tan dulce y al parecer impasible,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que veía sus esfuerzos, echaba de ver como una vislumbre de esperanza.

Atento á Sidonia, ni siquiera se acordaba ya de ella. No hay que extrañar tampoco esta especie de rompimiento moral. Aquellos seres superficiales no tenían nada que pudiera ligarlos profundamente; bien que en lo demás los dos fueran para en uno. Jorge era incapaz de sentir impresiones duraderas, como no fueran renovadas sin cesar, y Sidonia por su parte no podía inspirar nada tenaz ni grande. Era el suyo uno de esos amoríos de mujer de vida airada, engendro de vanidades, de despechos, de fantasías, que no inspiran abnegación, ni constancia, ni arrastran más que aventuras trágicas, duelos, suicidios, de que vuelve uno casi siempre y vuelve curado. Acaso si la hubiera vuelto á ver, habría vuelto á recaer; pero la ráfaga de la fuga había arrastrado á Sidonia demasiado pronto y demasiado lejos para que fuera posible volver á ella. De todas maneras, no dejaba de ser un alivio para él poder vivir sin mentir; y la vida que ahora hacía, laboriosa y estrecha, con una esperanza lejana de mejoría, no le desagradaba. Por fortuna; porque no bastaba el valor y buena voluntad de los dos consocios para levantar la casa.

Por todas partes hacía agua aquella pobre nave, ó sea la fábrica Fromont. Por eso el celoso é infatigable cajero hubo de pasar aún muchas y malas noches, atormentado por las pesadillas del vencimiento y la visión fatal del hombrezuelo azul. Pero á fuerza de economía, de actividad y orden se llegó á dominar la situación.

Muy luégo cuatro estampadoras Risler, definitivamente instaladas, funcionaron en la fábrica. La industria de papeles pintados comenzó á sentir sus efectos: Lyon, Caen, Rixheim, los grandes centros de este tráfico se inquietaron mucho con aquella prodigiosa

máquina *giratoria y duodecágona*. Hasta que un día se presentaron los Prochasson ofreciendo trescientos mil francos, sólo por participar del derecho del privilegio.

—¿Qué hacemos?—preguntó Fromont á Risler.

Éste se encogió de hombros en expresión de indiferencia.

—Usted lo ha de resolver—contestó—eso no me compete á mí, que no soy más que un dependiente de la casa.

Dichas fríamente y sin cólera estas palabras, cayeron en el alegre aturdimiento de Jorge y lo trajeron á la gravedad de una situación que estaba siempre á punto de olvidar.

Sin embargo, cuando pudo hablar á solas á su querida señora, madama Fromont, el buen Risler le aconsejó que no aceptaran el ofrecimiento de los Prochasson.

—¡Calma! No hay que precipitarse. Más tarde venderán ustedes con mayor ventaja.

Risler no hablaba más que de ellos en un negocio que le concernía con tanto derecho como gloria. Comprendíase bien que de antemano se apartaba de su porvenir.

Vinieron luégo las demandas y se acumularon en gran número. La calidad del papel y su precio bajo en razón de la facilidad y economía de la fabricación, hacían imposible toda concurrencia. Á no dudar ya, el negocio que se ofrecía á la casa Fromont era colosal: la fábrica había recobrado su aspecto floreciente de otro tiempo y su gran rumor de gigantesca colmena. Centenares de operarios llenaban sus talleres, y todo era movimiento, animación y vida. El viejo cajero no levantaba la cabeza de sus libros, y se le veía desde el jardín hacer asientos de beneficios, beneficios de la *estampadora Risler*, sin darse punto de reposo.

Risler trabaja también sin distracción ni descanso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La prosperidad sobrevenida no había cambiado sus hábitos de reclusión y trabajo; y desde la más alta ventana del último piso de la casa se complacía en oir el grandioso ruido de su invento. Ni estaba menos sombrío y taciturno.

Un día, sin embargo, se supo en la fábrica que la estampadora Risler, de que se había enviado un ejemplar á la grande exposición de Manchester, había merecido la medalla de oro, que venía á ser la consagración definitiva de su éxito.

Clara Fromont llamó á Risler al jardín á la hora del almuerzo y quiso darle ella misma la noticia.

Una sonrisa de orgullo despejó momentáneamente su semblante envejecido y sombrío. Su vanidad de inventor, la altivez de su gloria, y sobre todo la idea de poder reparar por modo tan espléndido el daño causado por su mujer á la casa, le dieron un minuto de felicidad.

Con esto, estrechó con efusión las manos de Clara y murmuró como en los dichosos días de triste recordación:

—Estoy contento... estoy contento.

Pero ¡qué diferencia de entonación! Decía esto sin entusiasmo, sin arranque, sin esperanza, con la satisfacción de un deber cumplido y nada más.

La campana de la fábrica hizo la señal para que volvieran los operarios al trabajo.

Risler subió tranquilamente á continuar el suyo como los demás días.

Al cabo de un momento volvió á bajar.

Á pesar de todo, aquella noticia lo había impresionado más de lo que parecía. Y andaba por aquí y por allá en el jardín, alrededor del despacho del cajero, sonriendo tristemente al mirar á su amigo al través de los vidrios.

—¿Qué tendrá que decirme?—se preguntaba Sigismundo.—¿Para qué me querrá?

En fin, al cerrar el despacho, se decidió Risler á entrar y le dijo:

—Planus, amigo mío... quisiera...

Y vaciló un momento.

—Quisiera que me dieras la carta aquella... ¿No te acuerdas? La carta y el paquete.

Sigismundo lo miró estupefacto. Ingenuamente había creído que Risler no se acordaba ya de Sidonia ni de la santa de su nombre.

—¡Cómo así! ¿Quieres la carta aquella?...

—¡Oh! Bien la he ganado, y bien puedo pensar un poco en mí, después de haber pensado tanto en los demás.

—Tienes mucha razón—dijo Planus.—Pues bien, mira lo que vamos á hacer. La carta y el paquete están á buen recaudo en mi casa. Si quieres, iremos los dos á cenar al *Palais-Royal*, como en los buenos tiempos, obsequiando yo, por supuesto. Remojaremos tu medalla con vino sellado, y luégo subiremos á Montrouge, donde te devolveré tus papeles. Si se nos pasara la hora, que bien pudiera ser, Mlle. Planus, mi hermana, te hará allá una cama y dormirás en casa, pues no es cosa de que vuelvas á deshora. Allá se está bien; es como estar en el campo. Mañana á las siete volveremos juntos á la fábrica aprovechando la primera salida de ómnibus. Con que, paisano, hazme este favor y vamos; donde no, creería que guardas aún rencor contra tu antiguo amigo.

Risler aceptó. No pensaba en festejar su medalla, sino en leer algunas horas después aquella carta.

Ante todo era menester vestirse, que era toda una obra, después de seis meses de andar á la llana con la humilde librea del trabajo. Fué todo un acontecimiento en la fábrica, del cual fué avisada sin retardo madama Fromont.

—Señora, señora... Mr. Risler sale.

Clara lo miró desde sus ventanas; y aquel corpachón encorvado por el pesar y apoyado en el brazo de Sigismundo le produjo honda impresión, que recordó después muchas veces.

En la calle lo saludaban muchos con interés, y aquel saludo enardecía su corazón. ¡Tenía tanta necesidad de benevolencia!... Pero el ruido de los carruajes lo aturdía un poco.

—Se me va la cabeza—decía á Planus.

—Apóyate bien en mí, amigo mío y no tengas miedo.

Y el honrado Sigismundo se erguía y pavoneaba paseando á su amigo con la ingenua y fanática altivez de un campesino del Mediodía llevando á cuestas el santo de su lugar.

Por fin llegaron al *Palais-Royal*.

El jardín estaba lleno de gente, que había ido á oir la música, y entre el polvo y el ruido de las sillas, cada cual buscaba su sitio. Los dos amigos se dieron prisa en entrar al *restaurant*, para sustraerse al bullicio, y se acomodaron en uno de los salones del principal, desde donde se veía el verdor de los árboles, los paseantes y el remate de la fuente entre los dos tristes cuadros del jardín.

Para Sigismundo, era el ideal del lujo aquella sala de fonda con oro por todas partes, en los marcos de los espejos, en la araña y hasta en los tapices de papel pintado; y la blanca servilleta, y el panecillo y la lista de una comida á precio fijo lo llenaban de alegría.

—Estamos bien ¿eh?—decía á Risler.

Luégo á cada plato de aquel gaudeamus á dos francos, cincuenta, hacía mil exclamaciones cargándole la mano á su amigo.

—Come, come de esto... es cosa buena.

El otro, á pesar de su deseo de festejar su medalla, parecía preocupado y miraba á menudo por la ventana.

—¿Te acuerdas, Sigismundo?...—dijo al cabo de un buen rato.

El viejo cajero, lleno de recuerdos de otro tiempo, de los comienzos de Risler en la fábrica, contestó sin vacilar:

—¡Pues no! ¡Vaya si me acuerdo! La primera vez que comimos juntos en el *Palais-Royal*, fué en Febrero del 46.

Risler meneó en negativa la cabeza.

—No, no es eso; yo hablo de ahora há dos años... Allí enfrente comimos aquella famosa noche.

Y le indicaba las grandes ventanas del salón de Vefour, que el sol poniente iluminaba como las arañas de una comida de bodas.

—Sí, es verdad—murmuró Sigismundo algo confuso.

¡Qué desdichada idea había tenido de llevar á su amigo á un sitio que le recordaba cosas tan tristes!

Risler, que no quería entristecer la comida, levantó su vaso repentinamente.

—Ea, á tu salud, amigo mío.

Con esto, desvió la conversación. Pero un minuto después, él mismo la traía otra vez al asunto, preguntando á Sigismundo en voz baja, como si tuviera vergüenza:

—¿La has visto alguna vez?

—¿Á quién? ¿Á tu mujer?... No, jamás.

—¿Ni ha escrito?

—Tampoco... nunca.

—Pero, en fin, noticias á lo menos, ya tendrás de ella... ¿Qué ha hecho durante estos seis meses? ¡Vive con sus padres?

—No... con sus padres no vive.

Risler palideció.

Suponía que Sidonia había vuelto á la casa paterna donde, trabajando como él, expiaba su falta. Con fre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuencia había pensado que, al tenor de lo que supiera cuando tuviese el derecho de hablar de ello, arreglaría su vida futura, y en ese porvenir lejano que tiene la indecisión de un sueño, veíase desterrado con los Chebes en el fondo de un país ignorado, donde nada le recordaría la vergüenza pasada.

No era un proyecto ciertamente; pero esto vivía en lo hondo de su alma como una vaga esperanza por esa necesidad que tienen todos los seres de volver á la felicidad perdida.

—Pero ¿está en París?—preguntó después de una pausa de reflexión.

—No... hace tres meses que salió de aquí, sin que se sepa á dónde fué á parar.

Sigismundo se guardó bien de decir que Sidonia había partido con su Cazaboni, cuyo apellido llevaba ahora; que recorrían juntos las ciudades de provincia y que su madre estaba desolada sin tener más noticias de ella que las que le daba Delobelle. No creyó prudente el viejo cajero decir nada de esto; y así, después de su última palabra, cerró la boca.

Risler, por su parte, tampoco se atrevía á preguntar más.

Estando allí frente á frente y un tanto embarazado por el largo silencio, rompió á tocar bajo los árboles del jardín una orquesta militar, ejecutando una de esas oberturas de ópera italiana, que parecen compuestas para el cielo abierto de los paseos públicos, y cuyas numerosas notas se mezclan en el aire con los parleros chorros de las fuentes. Los ruidosos instrumentos hacen resaltar muy bien la dulzura de esas tibias noches de verano, después de un día tan largo y pesado en París. Las ruedas lejanas, los gritos de los muchachos jugando, el taconeo de los paseantes, todo es arrebatado en esas ondas sonoras, frescas, refrescantes, tan gratas y útiles á los parisienses como el

diario rocío ó riego de sus paseos. Alrededor, las flores fatigadas, los pulverientos árboles, los semblantes pálidos y mates á causa del calor, todas las miserias de una gran ciudad encorvadas y pensativas en los bancos del jardín, reciben una impresión de alivio y bienestar. El aire se mueve, se renueva por esos acordes, por esas corrientes de armonía que lo atraviesan y sacuden.

El pobre Risler sintió un profundo estremecimiento.

—La música alivia el corazón—decía con ojos brillantes.

Y añadió bajando la voz:

—Estoy afectado, amigo mío. ¡Si tú supieras!...

Y permanecieron en silencio, puestos de codos á la ventana, mientras les servían el café.

Luégo cesó la música y quedó el jardín desierto.

—¿Adónde vamos ahora?—dijo Planus al salir del *restaurant*.

—Adonde quieras.

Había allí cerca, en un principal de la calle de Montpensier, un café de los que llaman cantantes, adonde se veía entrar mucha gente.

—¿Vamos á subir ahí?—preguntó Sigismundo, que á toda costa quería disipar la tristeza de su amigo.—Me consta que la cerveza es excelente.

Risler no opuso inconveniente y se dejó llevar. Hacía seis meses que no había gustado una gota de cerveza...

Era aquel un antiguo *restaurant* transformado en salón de concierto: tres grandes piezas cuyos tabiques se habían derribado formaban el local, con columnas doradas que sostenían el techo decorado, como los testeros, de arabescos de color rojo subido y azul bajo.

Bien que fuera temprano todavía, todo estaba ya lleno y se sofocaba cualquiera, aun antes de entrar,

sólo de ver el gentío agrupado alrededor de las mesas, y en el fondo, medio ocultas por la sucesión de columnas, esas mujeres apiñadas sobre un estrado, vestidas de blanco, al calor y deslumbramiento del gas.

Nuestros dos amigos se vieron y se desearon para encontrar colocación, y aún así, detrás de una columna que les quitaba la vista, dejándolos ver apenas medio estrado, ocupado á la sazón por un caballero, digámoslo así, vestido de levita negra y guante amarillo, rizado y acicalado en *cursi*, el cual caballero cantaba con voz vibrante:

Mis bravos leones de crines doradas,
sedientos de sangre de caza de pelo...
¡Alto! Yo hago sentinelo!

El público, compuesto de comerciantes de menor cuantía, con sus mujeres é hijas, parecía entusiasmado, sobre todo, las mujeres. Era, en efecto, el ideal de las imaginaciones de tienda aquel magnífico pastor del desierto que hablaba á los leones con tanta autoridad y guardaba su rebaño en traje de sarao. Así, á pesar de su aire burgués, de sus modestos trajes y la vulgaridad de sus sonrisas de mostrador, todas aquellas damas se dejaban llevar del estímulo del sentimiento y convertían sus lánguidos ojos al cantor. Lo mas cómico era que aquella mirada se transformaba de repente en el estrado, tomando expresión fiera al caer sobre el marido, en actitud de tomar un trago en frente de su mujer.

—No, no eres tú capaz de hacer *sentinelo* á las barbas de los leones, puesto de levita negra y guantes amarillos.

Y el marido parecía que contestaba con los ojos.

—Es verdad: es ese la flor y nata de los pastores.

Bastante indiferentes á esta especie de heroísmo, saboreaban su cerveza Risler y Sigismundo sin prestar muy atento oído á la música, cuando acabada la romanza con los aplausos, gritos y rumores que siguieron, exclamó el viejo cajero:

—¡Pardiez! Me pareció haber distinguido allá... y no me engaño, él es... el mismo Delobelle en persona.

Era en efecto el ilustre comediante, sentado en primera fila junto al estrado. Su canosa cabeza aparecía, sino enteramente, lo bastante para darse á conocer. Apoyábase con elegante negligencia en una columna, con el sombrero en la mano, y vestido, por decirlo así, de punta en blanco: camisa deslumbradora, rizado á medio hierro, levita negra con su camelia al ojal como una venera. De cuando en cuando se dignaba mirar al público con desdeñosa superioridad; pero adonde se volvía más á menudo era al estrado poniendo la cara amable, simulando aplausos y sonriendo como para animar á álguien, á quien no podía ver Sigismundo desde su asiento.

La presencia del ilustre Delobelle en un café concierto no tenía nada de particular, como quiera que todas las noches se retiraba á deshora; mas con todo eso, el viejo cajero hubo de sentir cierto malestar, muy especialmente cuando descubrió en la misma fila de espectadores una capota azul y dos ojos de acero en medio. Era mistress Dobson, la sentimental maestra de canto.

Entre el humo de las pipas y la confusión del público aquellas dos fisonomías, próximas una á otra, producían en el ánimo de Sigismundo el efecto de dos apariciones fatídicas, como evocarlas suelen las coincidencias de un mal sueño, y temiendo por su amigo sin saber precisamente qué, le ocurrió luégo al punto la idea de llevárselo de allí.

—¿Vámonos, Risler? Se ahoga uno aquí de calor.

Al levantarse para irse, pues á Risler le daba lo mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo partir que no partir, la orquesta, compuesta de un piano y algunos violines, comenzó á tocar un raro ritornelo.

Sucedió en el salón un general movimiento de curiosidad, y por todas partes se llamaba al orden diciendo:

—¡Silencio! ¡Sentarse!

Viéronse pues obligados nuestros dos amigos á ocupar de nuevo sus sitios.

Pero Risler comenzaba ya á turbarse.

—Conozco yo esa tocata, se decía. ¿Dónde la he oído?

Una tempestad de aplausos y una exclamación de Planus le hicieron volver los ojos.

—Vente, vente... salgamos—decía el cajero procurando arrastrarlo afuera.

Pero era ya tarde.

Risler había visto ya á su mujer, que avanzando en el estrado, se inclinó ante el público con sonrisa de bailarina.

Vestía de blanco como la noche del baile, y hacía gala de un desenfado chocante. El escote del vestido era audaz; sus cabellos volaban por encima de los ojos como una niebla, y un collar de perlas, demasiado gruesas para auténticas, daba tres vueltas á su garganta, y aun caía sobre su mal tapado seno.

Tenía razón Delobelle: hacíale falta entrar en el país de Bohemia. Su belleza había ganado en ello no sé qué expresión indolente que la caracterizaba, y hacía de ella el verdadero tipo de la mujer fugada, entregada á todos los azares y bajando de grada en grada hasta lo más profundo del infierno parisiense, sin que nada en el mundo sea bastante eficaz para traerla otra vez al aire puro y á la luz.

¡Y cómo estaba á sus anchas en su compañía de la legua! ¡Con qué seguridad andaba por las tablas!...

¡Ah! Si hubiera podido ver la mirada de desesperación que álguien le dirigía desde un extremo de la

sala, encubierto con una columna, no hubiera, no, tenido su sonrisa aquella placidez impúdica y desvergonzada, ni menos hubiera encontrado su voz aquellas inflexiones mimosas, zalameras y lánguidas para arrullar la única romanza que mistress Dobson pudo enseñarle:

¡Pobesita Zizi!
El amó, el amó la puesto asi...

Risler se había levantado, á pesar de los esfuerzos del desconcertado Sigismundo.

—¡Silencio! Sentarse!

El desgraciado no oía nada.

Miraba solamente á su mujer.

El amó, el amó la puesto asi,

repetía Sidonia con aplaudida monería.

Risler estuvo para saltar al estrado y matarlos á todos: le pasaban por los ojos rojizos resplandores y le cegaban luégo negras tempestades de furor.

Pero esto fué por fortuna fugaz, pues muy luégo poseyeron su ánimo la repugnancia y la vergüenza, y se precipitó afuera derribando sillas y mesas, y perseguido por las imprecaciones de todos aquellos mercaderes escandalizados.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VI

La venganza de Sidonia

Nunca, en espacio de veinte años que vivía en Montrouge, nunca había tardado tanto en recogerse Sigismundo Planus sin prevenir á su hermana, y así no es de extrañar que ésta estuviera en la mayor ansiedad. Viviendo en comunidad de ideas con su hermano, sin más que un alma para los dos, la vieja solterona había sufrido, durante muchos meses, el rechazo de todas las inquietudes y sinsabores del cajero, y á causa de esto le había quedado la flaqueza de temblar y conmoverse por cualquier cosa. Al menor retardo de Sigismundo, luégo decía:

—¡Ay Dios mío! ¿Qué será? ¿Qué no será? ¡Plega á Dios que no haya alguna historia en la fábrica!

Por eso aquella noche, una vez encerradas las gallinas y levantados los manteles sin haber tocado á la comida, sentóse la solterona en la salita baja y esperó llena de zozobra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En fin á eso de las once llamaron á la puerta, dando un campanillazo tímido que no se parecía en nada al vigoroso modo de llamar de Sigismundo.

—¿Es Mr. Planus?—preguntó la vieja desde lo alto de la escalinata.

Era en efecto él; pero no venía solo: un hombretón viejo ó muy encorvado lo seguía, el cual saludó lentamente al entrar. Sólo entonces reconoció la solterona á Risler, á quien no había visto desde la visita de año nuevo, esto es, algún tiempo antes de las tragedias de la fábrica. No sin dificultad pudo reprimir entonces una exclamación de piedad; pero ante el grave silencio de los dos hombres, comprendió que ella también debía callar.

—Mlle. Planus, hermana, pon sábanas limpias en mi cama, pues nuestro amigo Risler nos hace el honor de pasar la noche en casa.

La vieja solterona fué aprisa y muy buen grado á mudar las sábanas y á arreglar el cuarto, pues ya se sabe que, después de su hermano, era Risler el único hombre exceptuado de la reprobación general en que á todos nos envolvía.

Al salir del café concierto, había tenido Risler un momento de exaltación espantosa: iba del brazo de Planus con grandes sacudimientos nerviosos. Á tales horas y en tal estado, no era ya cosa de ir por la dichosa carta á Montrouge.

—Déjame, déjame y vete, Sigismundo—le decía—tengo necesidad de estar solo.

Pero el otro no creyó prudente abandonarlo así á su desesperación. Sin que Risler lo echara de ver, lo fué desviando de la fábrica, é inspirado por su corazón no le habló en todo el camino más que de Franz á quien tanto amaba.

—Éste, este es el verdadero amor, verdadero y seguro, siempre leal. Con corazones como el de Franz,

no hay que temer perfidias ni traiciones. ¡Pobre muchacho!

Hablando así, insensiblemente dejaron atrás el ruidoso París del centro, y siguiendo á lo largo de los muelles y el jardín botánico, penetraron en el arrabal *Saint Marceau*.

Risler se dejaba llevar, halagado por el asunto de la conversación.

Llegaron luégo muy cerca del Biévre, bordeado por allí de tenerías, cuyos sequeros de rejilla se rayaban de azul en el fondo del cielo; y después á las llanuras de Montsouris, vastos terrenos yermos, quemados por el aliento de fuego que París esparce al rededor, como un dragón gigantesco, cuyo resuello de humo y vapor no deja vivir á su alcance cosa de vegetación.

De Montsouris á las fortificaciones de Montrouge no hay más que un paso, y una vez allí no tuvo que hacer mucho Planus para arrastrar á su casa á Risler. Pensaba, con razón, que la paz de su hogar y el espectáculo de una amistad paternal le anticiparían algo de la dicha que esperaba al lado de su hermano Franz. Y en efecto, apenas hubieron entrado, cuando el encanto de la casita comenzó á ejercer su influencia.

—Sí, tienes razón, amigo mío; tienes razón—decía Risler paseándose en la sala baja:—es preciso que no piense más en esa mujer... dí que ha muerto para mí. No tengo en el mundo á nadie más que á mi hermano Franz, y todavía no sé si le haré venir ó si iré yo á reunirme con él: lo que hay de cierto es que hemos de vivir juntos. Tanto como deseaba yo tener un hijo, ya lo tengo... mi hermano Franz. Cuando pienso que he tenido un momento la idea de morir!... ¡Bah! Ella será feliz allá con los suyos; yo quiero vivir con mi Franz y nada más que para él.

—¡Bravo!—exclamó Sigismundo.—Así, así te quería yo ver.

En esto volvió la solterona anunciando que el aposento estaba preparado.

Risler se disculpaba de causar esta molestia.

—Estáis tan bien y sois tan felices aquí, que es una lástima traeros mis tristezas.

—Amigo mío, puedes muy bien labrarte una felicidad semejante á la nuestra — dijo radiante Sigismundo. —Si yo tengo á mi hermana, tú tienes á tu hermano. ¿Qué nos falta?

Risler se sonrió vagamente. Ya se veía instalado con Franz en una casita tranquila y cuácara como aquella.

Á no dudar, había tenido Planus una buena idea.

—Ven á acostarte — le dijo con satisfacción — te acompañamos para enseñarte el aposento.

El aposento de Sigismundo Planus era una pieza de planta baja, sencilla, pero muy limpiamente arreglada, con sus cortinas de cotonada en las ventanas y en el pabellón de la cama, y tiras de alfombra en las delanteras de las sillas. Ni la misma madama Fromont madre, hubiera tenido nada que decir del buen orden y limpieza del cuarto. Sobre unas tablas que formaban biblioteca, había algunos libros como por ejemplo: el *Manual del pescador á la caña*, el *Ama de casa en el campo*, las *Cuentas ajustadas* de Bareme. Tal era la parte inteligente de la pieza.

Sigismundo Planus miraba al rededor con cierto orgullo. El vaso de agua estaba en su sitio sobre la mesa, el estuche de afeitar en el tocador.

—Ya lo ves, Risler: aquí hay todo lo necesario... Pero si te faltase algo, las llaves están puestas en todos los muebles: no tienes más que abrir, como en tu propia casa. Y mira qué buena vista hay desde aquí. Está muy oscuro ahora; pero mañana, cuando te levantes, verás qué alegría.

Y esto diciendo, abrió la ventana. Amplias gotas de lluvia comenzaban á caer, y desgarrando las nubes algunos relámpagos, dejaban ver la larga línea de declives que se extendía á lo lejos, con postes telegráficos á trechos ó la sombría puerta de una casamata. Á intervalos, el paso de una patrulla por el camino de ronda y el sonsonete de las armas recordaban que se estaba en la zona militar. Tal era el horizonte tan celebrado por Planus, horizonte triste, si los había.

—Y ahora, buenas noches, querido. Que duermas bien.

Pero en el momento de salir el viejo cajero, su amigo Risler lo llamó.

—¿Sigismundo?...

—Presente—contestó éste deteniéndose en la puerta.

Risler se ruborizó ligeramente, despegó los labios trémulos, como para hablar y haciendo un grande esfuerzo:

—No, no—dijo—nada... Buenas noches.

En el comedor hablaron grandemente en voz baja los dos hermanos. Planus refirió á la solterona el mal encuentro de Sidonia, y figuraos si habría exclamaciones contra mujeres y hombres, odiados respectivamente.

En fin, luégo que se echó la llave á la puerta del jardín, la solterona subió á su cuarto, y Sigismundo se acomodó cómo y dónde pudo en la habitación contigua.

Hacia la media noche, la hermana muy espantada despertó al hermano diciéndole á media voz:

—Sigismundo... Sigismundo...

—¿Qué ocurre?

—¿Has oído?

—No á fe. ¿Qué pasa?

—¡Oh! Es espantoso, hermano... es algo así como un gran gemido tan triste y lastimero.

—¡Pardiez!

—Y no hay duda; proviene del cuarto bajo.

Los dos prestaron atento oído.

Por fuera caía la lluvia á torrentes.

—Es el viento—dijo Sigismundo.

—No lo creo yo así. Escucha.

En medio del ruido de la tempestad, se oía como un gran sollozo formado con un nombre penosamente articulado:

—¡Franz! ¡Franz!

Era un gemido siniestro.

Cuando Cristo en la cruz lanzó al cielo vacío aquella tan dolorosa palabra *«Eli, Eli, lamma sabacthani»*, debieron de sentir los que la oyeron la especie de terror supersticioso que sobrecogió de repente á la vieja solterona.

—Tengo miedo... Vé á ver...

—No, no, dejémoslo... Piensa en su hermano y se afecta. ¡Pobre Franz! Y todavía esta idea es la que puede hacerle más bien.

Y el viejo cajero volvió á dormirse.

El día siguiente se despertó como siempre al toque de diana en los fuertes, porque la casita, rodeada de cuarteles, arreglaba su vida á los toques militares.

La hermana, ya levantada, daba de comer á sus gallinas, y viendo ya en pié á Sigismundo, se fué á él un tanto temerosa.

—Es singular—le dijo—no se oye nada en el cuarto de Risler. Sin embargo, la ventana está de par en par abierta.

Receloso también Sigismundo fué á llamar á la puerta.

—¡Risler!... ¡Risler!...

Nadie contestó.

—¿Estás durmiendo todavía?... ¡Arriba!

Contestó el mismo silencio.

Sigismundo abrió en fin la puerta.

La habitación estaba fría. Comprendíase por la humedad que la ventana había estado abierta toda la noche.

Á la primera ojeada que Planus echó á la cama, exclamó con creciente sorpresa:

—¡Pardiez! ¡No se ha acostado!

En efecto, la cama estaba intacta, y en la habitación se revelaba en los menores detalles un insomnio tormentoso: la lamparilla humeaba aún sobre la mesa y la garrafa estaba agotada. Pero lo que aterró más á Sigismundo fué encontrar abierto el cajón de la cómoda, donde tenía él en depósito la carta y el paquete que le confiara su amigo.

La carta no estaba allí ya; el paquete deshecho sobre la mesa dejaba ver una fotografía, el retrato de Sidonia á los quince años. Con su modesta ropa y su embarazada postura de muchacha aún encogida, la aprendiza de Mlle. Le Mire no se parecía á la Sidonia de ahora, y por eso había guardado Risler su fotografía, como un recuerdo, no de la mujer, sino de la niña.

Sigismundo estaba consternado.

—Yo tengo la culpa de esto, se decía. Debía haber quitado las llaves... Pero ¿quién había de sospechar que aún pensara en ella? Hasta me había jurado que esa mujer no existía ya para él.

En esto entró la solterona temblando.

—Risler ha huido.

—¡Huído!... Pero ¿no estaba cerrada la puerta del jardín?

—No ha salido por la puerta, sino por encima de la tapia... Se ven los rastros frescos.

Los dos hermanos se miraron con espanto.

Sigismundo decía entre dientes:

—¡La carta!...

Con toda evidencia la carta de su mujer debía de contener algo extraordinario para Risler, el cual por no despertar á sus huéspedes, había saltado por la ventana como un ladrón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y por qué? ¿Con qué objeto?

—Ya verás, hermana—decía el pobre Sigismundo acabando de vestirse precipitadamente—ya verás cómo esa gran pícara le ha jugado otra mala partida.

Y como procurara tranquilizarlo su hermana, no menos recelosa que él, repitió su estribillo el bueno del cajero.

—No tengo confianza.... no las tengo todas conmigo.

Y ya vestido se lanzó afuera.

En la tierra empapada de lluvia, se descubrían los pasos de Risler hasta la puerta del jardín. Debía de haber partido antes de amanecer; porque los cuadros de legumbres bordeados de flores estaban estropeados por hondas huellas sin dirección; la tapia del fondo tenía algunos arañazos en su paramento y un desperfecto mas notable en el caballete. Los dos hermanos salieron al camino de recinto, y ya aquí era imposible seguir las huellas; conocíase, sin embargo, que Risler había ido en dirección del camino de Orleans.

—Al cabo—dijo la solterona para tranquilizar á su hermano y tranquilizarse ella misma—bien puede ser que el amigo Risler haya vuelto simplemente á la fábrica.

Sigismundo movió la cabeza.

—¡Ah! Si hubiera dicho todo lo que pensaba!...

—Entra, entra, hermana... Voy á ver yo qué le sucede.

Y el viejo cajero partió como una ráfaga de viento con su canosa cabellera más erizada que de ordinario. Á aquella hora, había en el camino de recinto un gran movimiento de soldados yentes y vinientes, de hortelanos, de relevos de guardias, de caballos de oficiales que sacaban á paseo, de cantineros con sus provisiones, todo ese gran movimiento que hay por la mañana al rededor de los fuertes.

Sigismundo se dirigió á paso largo hacia el movimiento, cuando de pronto se detuvo. Á la izquierda al pié de las rampas había una pequeña construcción cuadrada en cuyo frontis se leía en letras négras sobre el yeso crudo:

CIUDAD DE PARÍS

ENTRADA Á LAS CARRERAS

Sigismundo acababa de ver un numeroso grupo de gente en que el uniforme del soldado y el del aduanero se mezclaba con la blusa de los vagamundos de las barreras. Acercóse instintivamente, y por debajo de una poterna redonda con barrotes de hierro, un aduanero, sentado en el escalón de piedra, hablaba con gráficos gestos y ademanes, como si hiciera una demostración.

—Estaba aquí mismo donde yo estoy, decía... Se ha estrangulado sentado como yo estoy, tirando de la cuerda con todas sus fuerzas, así... Es de creer que estaba resuelto á morir, porque se le ha encontrado en el bolsillo una navaja de afeitar, de que sin duda se habría servido, en el caso de que se hubiera roto la cuerda.

—¡Pobre hombre!—exclamó álguien del grupo.

Y otra voz, pero esta temblorosa, ahogada por la emoción, preguntó tímidamente:

—¿Y hay completa certeza de que haya muerto?

Todos se echaron á reir mirando á Sigismundo.

—He aquí un viejo incrédulo—dijo el aduanero.—¿No he dicho, buen hombre, que el ahorcado estaba ya lívido esta mañana cuando lo descolgamos para llevarlo al cuartel de cazadores?

Este cuartel no estaba lejos, y sin embargo, para arrastrarse hasta allí hubo de pasar todas las penas

del mundo el pobre Sigismundo Planus. Por más que se decía que los suicidios no son raros en París, sobre todo en aquellos parajes, donde no pasa día sin que se levante un cadáver, como á la orilla de un mar peligroso, nada podía distraerlo del horrible presentimiento que le oprimía el corazón desde el amanecer.

—¡Ah! ¿Viene usted por el ahorcado?—le dijo el plantón á la puerta del cuartel.—Allí está.

Habían tendido el cuerpo en una especie de cochera sobre una mesa de tijera, y una capa de caballería lo cubría enteramente, cayendo con esos pliegues de sudario que la rigidez de la muerte ahueca al rededor de ella.

Un grupo de oficiales y algunos soldados miraban desde lejos hablando en voz baja como en una iglesia, y en el reborde de una alta ventana, un ayudante mayor estaba escribiendo el parte.

Á éste, pues, se dirigió Sigismundo.

—¿Me permite usted que lo vea?—le preguntó tímidamente.

—Véalo usted pues.

Sigismundo se acercó á la mesa, vaciló un buen espacio, y atreviéndose al fin, descubrió un rostro tumefacto, lívido, y un corpachón rígido, inmóvil en sus ropas empapadas de lluvia.

—¡Ella, ella te mató, infeliz amigo mío!—dijo entre dientes Planus.

Y cayendo de rodillas rompió á sollozar.

Los oficiales se acercaron curiosamente al cadáver que había quedado descubierto.

—Vea usted, mayor—dijo uno de ellos.—Tiene cerrada la mano como si apretara alguna cosa.

—En efecto—contestó el mayor aproximándose:—suele suceder eso en las últimas convulsiones. ¿Os acordais de Solferino? El comandante Bordy tenía así

en la apretada mano el medallón de su hija, y á duras penas pudimos arrancárselo.

Hablando así, forcejeaba para abrir la crispada mano de Risler.

—¡Pardiez!—exclamó al fin.—Es una carta.

Y la desarrugó para leerla.

Pero otro oficial se la quitó de la mano y se la entregó á Sigismundo, todavía de rodillas.

—Tome usted—le dijo:—acaso haya aquí una última voluntad, que deba usted cumplir.

Sigismundo se levantó con la carta.

Como la pieza era oscura se acercó á la ventana con paso vacilante, y leyó con ojos lacrimosos:

«Pues bien, sí, te amo, te amo... más que nunca y para siempre. ¿Á qué luchar más? Nuestro crimen puede más que nosotros...»

Era la misma carta que Franz había escrito á su cuñada un año antes y que Sidonia había enviado á su marido el día siguiente de su tragedia para vengarse de los dos hermanos á la vez.

Risler hubiera podido sobrevivir á la traición de su mujer; pero á la traición de su hermano sucumbió desesperado.

Cuando Sigismundo hubo comprendido este gran misterio, se quedó aterrado. Y allí permanecía como una estatua, con la carta en la mano y los ojos fijos mirando por la ventana, sin ver más que sombras.

Daban las seis de la mañana.

Allá abajo, por encima de París que se oía zumbar sin verse, se levantaba una niebla densa, cálida, sin cesar removida, contorneada de rojo y negro, como una nube de polvo sobre un campo de batalla.

Poco á poco, los altos campanarios, las blancas fachadas, el oro de una cúpula se desprendían de la niebla y brillaban con todo el esplendor de la mañana.

Después, en la dirección del viento, las mil chime-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

neas de fábrica, enhiestas sobre el confuso agrupamiento de los desiguales tejados, se pusieron á exhalar á la vez el aliento de su vapor, ardiente y jadeante con toda la actividad de un *steamer*, al tomar rumbo.

La vida volvía á empezar.

¡ Máquina, adelante, pues ! Y tanto peor para el que se quede en el camino.

Entonces el viejo Sigismundo se sintió poseído de la más fiera indignación, y exclamó como amagando con los puños:

—¡ Ah desalmada ! ¡ desalmada !...

Más crudo lo dijo él; sólo que no dijo á quién se dirigía, si á la mujer de Risler, ó á la ciudad de París.



INDICE

	Páginas.
DEDICATORIA.	5

LIBRO PRIMERO

I.—Una boda en Vefour.	9
II.—Historia de la niña Sidonia.	23
III.—Historia de la niña Sidonia.—Las perlas falsas.	41
IV.—Historia de la niña Sidonia.—Las luciérnagas de Savigny.	59
V.—De cómo acaba la historia de la niña Sidonia. .	75

LIBRO SEGUNDO

I.—El día de mi esposa.	85
II.—La perla fina y la falsa..	97
III.—La cervecería de la calle de Blondel. . . .	107
IV.—En Savigny.	125
V.—Sigismundo Planus tiembla por su caja. . . .	131
VI.—	145
VII.—Una carta.	163

LIBRO TERCERO

I.—El justiciero.	167
II.—Explicación.	189
III.—*¡Pobesita Zizí!*.	203
IV.—El salón de espera..	211
V.—Consecuencias..	225
VI.—De cómo prometió no volver á las andadas. .	245

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CUARTO

I.—Leyenda fantástica del hombrezuelo azul. . . 265
II.—Revelaciones. 279
III.—El vencimiento 299
IV.—El nuevo dependiente de la casa Fromont. . 319
V.—El café cantante. 335
VI.—La venganza de Sidonia. 355



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

